



PENSAMIENTO
CONTEMPORANEO
EN TIEMPOS
DE PANDEMIAS

POSNORMALES

Esteban Rodríguez Alzueta

Jaime Breilh

María Belén Herrero

Marcela Belardo

Claudio Katz

Alberto Acosta

John Cajas Guijarro

Horacio Machado Aráoz

Horacio González

Vanina Escales

Juan Manuel Cheppi

Andrea Revel Chion

Diana Kordon

Lucila Edelman

Darío Manuel Lagos

Daniel Badenes

Francisco Sierra Caballero

Gabriel Giorgi

Carlos Gamberro

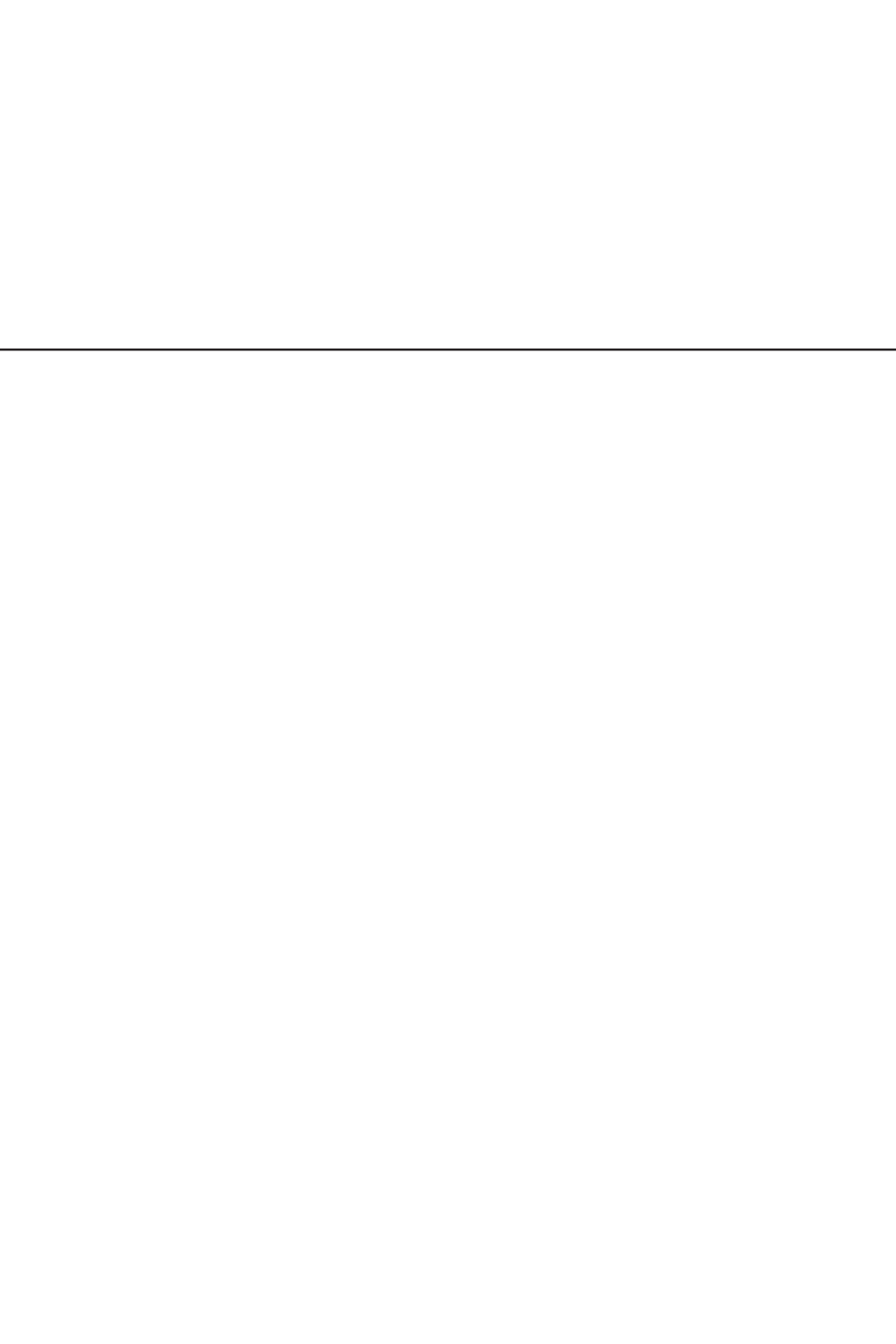
Daniel Link

Leonora Djament

AS
PC



POSNORMALES



POSNORMALES

ESTEBAN RODRÍGUEZ ALZUETA

JAIME BREILH

MARÍA BELÉN HERRERO

MARCELA BELARDO

CLAUDIO KATZ

ALBERTO ACOSTA

JHON CAJAS GUIJARRO

HORACIO MACHADO ARÁOZ

HORACIO GONZÁLEZ

VANINA ESCALES

JUAN MANUEL CHEPPI

ANDREA REVEL CHION

DIANA KORDON

LUCILA EDELMAN

DARÍO MANUEL LAGOS

DANIEL BADENES

FRANCISCO SIERRA CABALLERO

GABRIEL GIORGI

CARLOS GAMERRO

DANIEL LINK

LEONORA DJAMENT



Título original: *Posnormales*

Autorxs: Esteban Rodríguez Alzueta, Jaime Breilh, María Belén Herrero, Marcela Belardo, Claudio Katz, Alberto Acosta, Jhon Cajas Guijarro, Horacio Machado Aráoz, Horacio González, Vanina Escales, Juan Manuel Cheppi, Andrea Revel Chion, Diana Kordon, Lucila Edelman, Darío Manuel Lagos, Daniel Badenes, Francisco Sierra Caballero, Gabriel Giorgi, Carlos Gamberro, Daniel Link y Leonora Djament.

Editorial: ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio)

394 páginas | 13 x 19 cm

1.ª edición: junio 2020 | Todos los artículos aquí compilados fueron escritos especialmente para la presente edición entre el 5 de mayo y el 14 de junio de 2020.

Idea, dirección de arte, diseño y edición: [Pablo Amadeo](#)

Asesora editorial y correctora: [Laura Conde](#)

Imagen de portada: Axel Rogel

© [apxel](#)

Agradecimientos: A todxs les autorxs por la disposición, la colaboración y la confianza. A Daniel Badenes, Esteban Rodríguez Alzueta, Maristella Svampa, Leonora Djament y Sandra Goñi por el diálogo y la generosidad. A Laura y Lucio, por el amor.



✉ pabloamadeo.editor@gmail.com

f [@pabloamadeo.editor](#)

© [pablo.amadeo.editor](#)



Descargá la edición anterior de ASPO dando click a este link ► [La Fiebre](#)

a Ramona

ÍNDICE | MENÚ

NOTA EDITORIAL [13](#)

ANÁBISIS | Perplejidad y ascenso hacia la procedencia

El tamaño de las preguntas

Esteban Rodríguez Alzueta [21](#)

LA MANCHA EN EL OJO | Inquietar el ver, en su acto, en su sujeto

SARS-CoV2: rompiendo el cerco de la ciencia del poder

Escenario de asedio de la vida, los pueblos y la ciencia

Jaime Breilh [31](#)

Negacionistas, gradualistas y estrictos

El complejo engranaje entre las políticas, el tiempo y los sistemas de salud

María Belén Herrero y Marcela Belardo [91](#)

INMINENCIA | Notas para un presente-futuro

Confluencia del virus en América Latina

Claudio Katz [129](#)

Del coronavirus a la gran transformación

Repensando la institucionalidad de la económica global

Alberto Acosta y John Cajas-Guijarro [151](#)

Imaginando un (otro) mundo pospandemia

Desafíos y posibilidades desde la Ecología Política del Sur

Horacio Machado Aráoz [169](#)

POIESIS | Una agenda de lo público

Conferencia de prensa: una reflexión sobre la vida

Horacio González [197](#)

Horizontes utópicos para los feminismos

Vanina Escales [213](#)

La gestión de la emergencia y el camino hacia una Democracia Digital
Juan Manuel Cheppi [225](#)

Reflexiones en torno a la enseñanza de la salud
Lo que clausura y lo que invita a pensar
Andrea Revel Chion [237](#)

Transitando la pandemia
Anclajes subjetivos para la formulación de políticas públicas
Diana Kordon, Lucila Edelman y Darío Lagos [255](#)

VENTRILOQUIA | Médiums, usuarios y algoritmos

Comunicación, pandemia y nuevo orden
Daniel Badenes [277](#)

Políticas de comunicación y dominio público
Alternativas para el buen vivir
Francisco Sierra Caballero [293](#)

PUNCTUM | Figuras de la peste y lo viviente

Leer las imágenes del contagio
Gabriel Giorgi [321](#)

La peste como metáfora
Carlos Gamero [337](#)

Sur, infección y después...
Daniel Link [357](#)

ANÁBASIS | La invención de una errancia

Nuestro principio de esperanza (II)
Leonora Djament [373](#)

Los horizontes civilizatorios disponibles son extensas letanías de medicalización, tecnología y modelos de guerra contra lo viviente. Los estados se debaten entre diferentes estrategias de gestión de la maquinaria de *superhumanización* que rechina —oxidada pero no obsoleta— al ritmo de la apropiación, la extracción y la producción. Maquinaria que funciona en la medida en la que no es percibida como tal, por el arte de los lenguaraces y sus parábolas sobre la necesidad y la *normalidad*. ¿Quién es el soberano de las democracias contemporáneas? ¿Cómo se resuelve la controversia salud vs. economía? ¿Qué imágenes de lo humano producen esas maquinarias discursivas?

No hay huellas de pan que nos lleven de regreso a la caverna para sentirnos segurxs entre sus sombras. Es nuestro propio hábitat el que nos asedia y se nos revela como amenaza. El deseo de retorno a una vida pretérita —montada sobre afectos analógicos, presenciales, tridimensionales—, persiste sobre la imagen fragmentaria de un espejo roto y su efecto de verdad sobre lo real. ¿Son acaso las pantallas la zona erógena de la memoria? ¿Cuáles (o quiénes) son las *capturas* de la pantalla?

¿Existe la normalidad en algún extremo cardinal del tiempo?, ¿es acaso un estado al que debiéramos desear volver o llegar? Un *feed* de preguntas nos atrapa.

Ya lo hemos aprendido, o debiéramos haberlo hecho: no se supone que le demos al futuro una *forma soportable*, por el contrario, es fundamental ser hospitalarios con el *arribante absoluto* —la singularidad que se revela con el COVID-19—, alojar al huésped y asumir cabalmente las condiciones de posibilidad de su existencia; es decir, asumir la dimensión histórica y antropológica del virus y, por lo tanto, nuestra responsabilidad ética en el cuidado comunitario. Así como no debiéramos ver al animal (esa otredad) como a una mancha de Rorschach —sobre la que proyectarnos—, no deberíamos concebir al virus como un agente autónomo capaz de advenir y transmitirse más allá de nuestras acciones.

Posnormales reúne trabajos transdisciplinares que se ocupan de pensar el campo de la política (pública y estatal, colectiva y antagonista), a partir de una consigna que propone ensayar formas de sobreponerse y adaptarse activamente a los escenarios traumáticos —muerte y aislamiento— a los que nos arroja el estado de pandemia y las lógicas de inmunización neoliberales / neoindividuales.

Luego de *Sopa de Wuhan* y *La Fiebre* aparece este libro para pensar *lo que vendrá*. Sigue siendo urgente perforar los discursos del orden de lo establecido, ya que apenas poseemos algunas pocas predicciones, escritas

con gramáticas del pasado. Gramáticas que, como todo lenguaje, son en sí mismas un contrato (una textualidad performática), y como tal es preciso revisarlas para agenciar otras que sean capaces de interrumpir las figuras totalizantes y sus ficciones reguladoras.

Esta tercera edición, expuesta a las lecturas imprevistas de un público sin bordes, sostiene nuestro compromiso: mientras el confinamiento persista, **ASPO** seguirá publicando.

[VOLVER
AL MENÚ](#)

POSNORMALES

ANÁBISIS

PERPLEJIDAD Y ASCENSO HACIA LA PROCEDENCIA

Esteban Rodríguez Alzueta (La Plata, 1970). Abogado y Magister en Ciencias Sociales (UNLP). Se desempeña como docente e investigador de la Universidad Nacional de Quilmes. Dicta clases en varios posgrados sobre sociología del delito, violencia e inseguridad. Director del Lesyc y de la revista Cuestiones Criminales. Es autor de *Temor y control* (Futuro Anterior, 2014), *La máquina de la inseguridad* (EME, 2016) y *Vecinocracia* (EME, 2019).

El tamaño de las preguntas

Esteban Rodríguez Alzueta

“No somos libres de evitar la catástrofe, pero en ella hay libertad.

La catástrofe es una de las pruebas que nos toca soportar”.

Ernst Jünger, en *La emboscadura*

Voy a escribir en primera persona, no porque me crea importante, sino porque estoy perplejo, habitando la perplejidad. No quiero ceder a las redes sociales que me conminan a llevar en vivo y en directo mi intimidad. Pero me gustaría convidarles algo de este estado de asombro consciente. Y que conste que no digo anonadado o abrumado sino perplejo. Aquello que intuyo no lo puedo asir, se me escapa de las manos y, sin embargo, lo siento porque estoy atorado en sus hilos. Sé que no es la imagen que he estado dando en estas semanas recientes. De hecho fui el autor de unos cuantos artículos y algunas charlas donde me presentaba como alguien que sabía dónde estaba parado. Aquello que emergía no me sorprendía o no me podía sorprender o no me permitía estar asombrado. Pero lo cierto es que la perplejidad me ha puesto

bajo su sombra, a tener que leer o escribir con esfuerzo porque las sombras me confunden.

No es fácil quedarse sin palabras cuando vivimos de ellas, cuando nos pagan para tallar las palabras más o menos precisas que tienen que tener la capacidad de nombrar la realidad con las que nos medimos todos los días. Una realidad, se ha visto, cada vez más compleja, cruda, amenazante. Escribo en primera persona cuando avanzo a tientas, sin horizontes, para no endosarle mis pesimismo a nadie, pero sí con ganas de contagiarlo con otros interrogantes. Esa suele ser la manera en que llevo mi diario, pero ahora las palabras que tanteo tienen un destinatario o al menos lo buscan.

Porque acaso escribo pensando siempre con los otros, poniéndome en el lugar de los otros, de manera ampliada. Hace unos días le respondía a un amigo que me preguntaba “cómo estás”: “Escribiendo y leyendo, leyendo y escribiendo. Si mi mundo fuera el mundo, hasta te diría que soy feliz, pero como formo parte de aquellos que entienden que los problemas de los otros también son mi problema, llevo todo con mucha preocupación”. La respuesta no era impostada. Reconozco que formo parte de los privilegiados que saben que tienen un salario que aguarde a principio de cada mes en el cajero automático. Como decía otro amigo mío: “los trabajadores universitarios somos como los viejos trabajadores de YPF”. Privilegios que, está visto, tendrán fecha de vencimiento cuando el Estado imponga la distribución. Pero dejemos eso ahí, que no me gane el intelectual que llevo adentro.

Llevo la cuarentena en silencio, no solamente porque estoy aislado y solo, sino porque las respuestas aprendidas me quedaron cortas. Busco en lo que leo alguna punta para empezar a tirar, pero la madeja es tan grande que corro el riesgo de terminar más enredado aún. Por eso leo y pienso, en silencio, siempre en silencio, sintiendo la respiración de las palabras que balbuceo y no salen todavía, como queriéndoles hacer un espacio para acogerlas.

Hablo de palabras que tengan la capacidad de poner no solo a la realidad en su lugar sino de correrla también. Pero intuyo que esas palabras no llegarán con tanto ruido alrededor. Las preguntas crecen en silencio. Y decir “silencio” quiere decir escuchando a los otros, pero también escuchando a la naturaleza. Tal vez haya llegado el momento de apagar el televisor y desconectarse un rato de las redes, por lo menos intentarlo varias veces al día. Ese es un ejercicio que llevo adelante en paralelo a otras prácticas ascéticas que me mantienen en estado de alerta. Por lo menos eso es lo que a mí me pasa. Me repito que tengo que dejar de distraerme con esa máquina de diversión que llamamos “entretenimiento”. Dejar de estar “en vivo y en directo” o pendiente del “último momento”. Dejar de reenviar los memes que nos llegan en *loop*. Es cierto, me hacen reír, pero también me distraen.

Recuerdo que mi abuela Mai siempre decía... “lo tengo en la punta de la lengua” y al decirlo me estaba invitando a hacer un esfuerzo con ella. Porque esas palabras que busco no caerán del cielo y tampoco serán el producto de una revelación

divina o inspiración intelectual. Serán palabras animadas con las palabras de la amistad.

Dije que estaba solo y aislado, pero nunca en soledad. De hecho el lector se habrá percatado que este escrito tiene muchos aliados, o mejor dicho fue escrito con otros, pensando en otros, con los amigos siempre presentes con los que tuve diálogos reales e imaginarios también.

Le decía los otros días a una amiga que no eran estos momentos para ponerse a aventurar programas. Porque los programas, se sabe, están hechos de respuestas anticipadas y lo que necesitamos son preguntas. Los programas nos proyectan hacia delante, pero lo que necesitamos es habitar la espesura de las palabras, comprender el tamaño de las preguntas que vamos elaborando con esas palabras. Por lo menos lo que yo necesito ahora son preguntas, nuevas preguntas. Aunque tal vez no sean tan nuevas que digamos. Tal vez son las mismas preguntas de siempre. Pero son las cuestiones que ahora empiezan a encarrilarse, nos llegan en cadena, todas juntas. Preguntas que tienen la misma capacidad de multiplicarse exponencialmente como el COVID-19 que nos asola. Tal vez son las preguntas de siempre que finalmente adquirieron su vocación para interrogar, para con/moverme, para correrme y sacarme de mis zonas de confort ideológicas, allí donde me muevo con fluidez, donde sé cómo puedo hacerme trampa. No lo sé, tal vez.

No formo parte de aquellos que creen o piensan que será el fin del capitalismo, sus referentes presentarán batalla. De hecho nunca se rindieron que yo sepa. El capital tiende a apropiarse de

todo aquello que lo pone en tela de juicio. Esta ha sido siempre su fortaleza: la capacidad de recrearse, reapropiándose de la potencia de los hombres y mujeres y de la energía de la tierra que ha puesto en jaque. Sin embargo, y parafraseando al Indio Solari, sospecho que esta vez les tocará a ellos, pero también a nosotros, pagar toda esta puta fiesta, o por lo menos gran parte de esa joda que llamamos siglo XX, y que se cargó no solo a unos cuantos millones de personas sino al mismísimo Planeta. No creo entonces que estemos ante el umbral del capitalismo, sobre todo —también— porque nuestros puntos de apoyo cotidiano están enraizados a sus mercancías encantadas y a los modos de habitar que éste impuso. Tal vez sea el límite del neoliberalismo, pero sospecho que habrá capitalismo para rato. El capital siempre ha encontrado un enemigo para distraernos y volver a estirarse.

Por eso, las preguntas con las que nos vamos a medir como comunidad se volverán, y está visto y probado con esta pandemia global, cada vez más urgentes: el calentamiento del planeta y la contaminación ambiental, producto de la deforestación, los monocultivos, el exterminio de otras especies animales, la modificación de los ecosistemas, el extractivismo minero, el turismo frenético, el consumismo desaforado y la producción de chatarra como consecuencia de la obsolescencia programada y percibida; el fetichismo tecnológico; y, por supuesto, las desigualdad social y la segregación espacial; los desplazamientos poblacionales, etc. Son muchas las preguntas que tenemos que desagregar. Y la pregunta del millón seguirá siendo ¿quiénes serán los que

empuñen esas preguntas, los que tramiten esas respuestas? ¿Cuál es el Estado que debemos componer para que se haga cargo de semejantes tareas urgentes?

Las preguntas son difíciles de responder, porque las respuestas estarán llenas de desafíos. No será fácil pero tenemos que saber que el Planeta tiene fecha de vencimiento, y ya nos está empezando a pasar factura. No es el momento de ponerse apocalípticos, pero como están hoy las cosas estamos muy lejos de sentir seguridad.

Es evidente que empieza a manifestarse un cambio en el modo de hacer las preguntas. En este nuevo orden que llegará con el día después, no existirá seguridad y esa será una de las grandes demandas, el mejor punto de apoyo de las elites para chantajear a sus electores que solo quieren vivir bien hoy, aquí y ahora. No faltará por eso quien persista en la actualidad de las viejas recetas. Al fin y al cabo les han servido para tramitar muchas crisis de confianza. Y esta no será la última vez. La ansiedad tiene cara de resignación y servidumbre voluntaria. El precio de la seguridad seguirá siendo la libertad, pero será recompensada con créditos que sigan financiando el consumo encantado.

Las respuestas a semejantes cuestiones se vuelven cada vez más urgentes. Y acaso sea esta otra cuestión que no se podrá desdeñar. Porque la urgencia introduce otras preguntas, inaugura otros desafíos, nuevos problemas: el miedo al miedo, el resentimiento social; las políticas de la enemistad (y la cultura de la vigilancia, la delación y la degradación moral); las “trampas de la diversidad” o las competencias de las identidades; las habladurías

de la televisión, la radio y las redes sociales; los punitivismos de arriba y de abajo, el aplastamiento de las libertades individuales, la tentación autoritaria, la pasión linchadora y escrachadora. ¿Qué haremos con todo esto? Porque sabemos que las sociedades no se pueden resetear de un día para el otro, mucho menos los Estados, que están hechos para durar en el tiempo. Acá también hay un montón de cuestiones que aguardan ser interrogadas. Como escribió alguna vez Ernst Jünger en *La emboscadura*: “Mientras nos dedicamos a meditar sobre rutas extremas descuidamos los caminos transitables. Tampoco aquí una cosa excluye la otra. (...) En nuestra situación actual estamos obligados a contar con la catástrofe; para que no nos sorprenda de improviso por la noche, debemos seguir pensando en ella también mientras dormimos.”

Se habrá dado cuenta el lector que cambie otra vez de persona y pase a la primera del plural. Sucede que a la hora de tantear aquellas cuestiones, las palabras que iba eligiendo me quedaban demasiado grandes. Pero... ¿acaso los cambios no son colectivos? ¿No se trata de averiguar cómo podemos vivir juntos? Porque las preguntas que nos hacemos no están formuladas para prescindir de la democracia y tampoco del Estado. Pero así como la democracia no debería acotarse a la representación tampoco habría que confundirla con la multitud. Los debates, mal que nos pese, están hechos de juicios y sentido común, es decir, con desacuerdos. Deberíamos esquivar la tentación de la pasión que suele llevarnos a clausurar la política, a sincronizar las emociones y a componer consensos anímicos y difusos, muy propensos a derivarnos hacia la violencia y a escalarla hacia los

extremos. La urgencia de las tareas por delante debe aprender a convivir con la paciencia que merecen las discusiones. Un Estado democrático semejante tiene que dejar de contarse cuentos a la altura de los intereses de las elites. Abrir una nueva agenda implicará garantizar un diálogo abierto y un debate robusto, vigoroso, donde estén los expertos pero también los movimientos sociales, las universidades públicas y los partidos políticos. Está claro que si el Estado sigue quedando en manos de las elites económicas seguiremos pagando un precio cada vez más caro que puede costarnos el planeta entero.

Hablo con palabras que tienen que servir para construir esas preguntas que fragilicen aún más a este sistema lleno de grietas. Sé que nadie se dispara nunca en el pie. Y tampoco pretendo que volemos por los aires el suelo que, nos guste o no, seguimos pisando todavía y continuaremos haciéndolo un buen rato. Pero lo cierto es que este fango ya empieza a heder y cada vez más. Me muevo sobre arenas movedizas y sin embargo sé que no se puede construir nada en el aire. Necesito esas preguntas para seguir intentándolo otra vez, como siempre.

Escribí este ensayo, como todo lo que escribo, con música de fondo. Dio la casualidad que estaba sonando *After Bach* de Brad Mehldau y pensaba mientras el disco daba vueltas. Después de un buen rato, cuando llegó la última pieza, “prayer for healing” (oración para la curación), encontré no solo el tono, sino el ritmo para perseguir las palabras y sobre todo abarcar el tamaño de las preguntas que me quedan infinitamente grandes para responderlas solo y aislado.

[VOLVER
AL MENÚ](#)

LA MANCHA EN EL OJO
INQUIETAR EL VER, EN SU ACTO, EN SU SUJETO

Jaime Breilh Paz y Miño (Quito, 1947). Md. MSc. PhD. Epidemiólogo ecuatoriano; ex rector de la Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador; Ex Presidente de la Academia Ecuatoriana de Medicina; Director del Centro de Investigación y Laboratorios de Evaluación de la Salud Colectiva (Universidad Andina Simón Bolívar -UASB-E.).

SARS-CoV2: rompiendo el cerco de la ciencia del poder

Escenario de asedio de la vida, los pueblos y la ciencia

Jaime Breith

*Dedicado a todo el personal de medicina,
epidemiología, enfermería y servicios públicos
que han luchado en primera línea por la vida,
con o sin los insumos y la protección indispensables,
y muchas veces sin poder conocer ni entender
siquiera la lógica y los intereses que han sido impuestos
por quienes manejan el poder y los recursos.*

La historia de la humanidad capitalista avanza como un río caudaloso con remansos y turbulencias que nos desafían y someten a pruebas. Mirando este devenir desde el punto de vista incompleto pero relevante de “Occidente” y de quienes laboramos como trabajadores de las ciencias de la vida y la salud, se esclarece una preocupante secuencia.

La noche violenta del feudalismo abrió paso a un renacimiento que enfrentó el dogma religioso con la curio-

sidad, potencia y límite de la razón, y los levantamientos del campesinado. A la escolástica y fundamentalismo del Estado cortesano y teocrático del siglo XVIII, siguió la antítesis liberal de los burgos al frente de una revolución ilustrada. Ya en la era del capitalismo pleno de comienzos del siglo anterior, las operaciones de explotación proletaria urdidas por el Estado burgués en contubernio con la aristocracia semi-feudal, prendieron la mecha de las revoluciones anarquistas y proletarias que permitieron fundar ensayos fallidos e incompletos del socialismo realmente existente. Pero ahora en el siglo XXI, el frenético crecimiento acelerado del capitalismo de la 4ta revolución industrial, ha desbordado la potencia destructiva, la capacidad de explotación humana y de saqueo natural de los otros tiempos. El extractivismo múltiple del este capitalismo 4.0, ha colocado a la humanidad en un despeñadero en el que confluyen, como se explicará más adelante, cuatro mega-catástrofes de las cuales los ciclos pandémicos como el SARS-CoV2 (COVID-19) son apenas una de esas expresiones destructivas, y ni siquiera la más peligrosa. Las preguntas que nos hacemos en estas circunstancias, cuando está en juego la supervivencia de la especie, son: ¿Será que la fracción consciente de la humanidad y sus diversas generaciones han comprendido la gravedad de esta crónica de un holocausto anunciado? ¿Será que los(as) trabajadores(as), intelectuales, profesionales y jóvenes del mundo han comprendido la magnitud de este

explosivo tinglado que han armado las corporaciones gigantes para poner en venta toda vida en el planeta?

El ciclo pandémico que enfrentamos, formado en confluencia con dichas amenazas globales, nos coloca ante una disyuntiva: ceder como personas aisladas y cohibidas por el temor, o afrontarlo como colectivos organizados para transformar un mundo que se cae en pedazos, en medio de la opulencia absurda de una rapaz y poderosa minoría.

La crisis múltiple que vivimos ahora tiene la impronta de un proceso centenario de acumulación de capital, exclusión social, sufrimiento humano y devastación ambiental. Tendencia que hunde sus raíces, como hemos dicho, en el despunte codicioso de la burguesía comercial en el siglo XVI. Un camino forjado en cinco siglos de construcción de inequidad económica, que se retroalimenta con las formas de segregación racial y dominación patriarcal.

Pero más allá de su prolongada duración y de sus saltos periódicos, la gran historia de la dominación y desigualdad en la era moderna, mirada desde el punto de vista de quienes defendemos el bien común, tiene un hilo conductor que empata sus distintas fases históricas: es un sistema de reproducción social guiado por la sed de acumulación de capital, que asume a la naturaleza y a las personas como un universo de mercancías, donde lo que cuenta es su valor de cambio para el atesoramiento o la concentración privada de riqueza. Para ese polo dominante de la sociedad, lo que cuenta es mantener una tasa creciente de renta del capital

privado y para eso hay que mercantilizar todo: la fuerza e inteligencia humanas; los ecosistemas de la naturaleza; la vida cultural; las tecnologías; y hasta las expresiones espirituales. Desde el esperanzador polo opuesto de la humanidad, el bien común solo puede alcanzarse mediante una reproducción social centrada en los sujetos humanos y en el valor de uso de los bienes sociales y naturales con esa finalidad. Para este polo contrahegemónico lo que cuenta es el bien de todo el mundo, la protección y desarrollo de la vida.

Aquí tenemos entonces un emplazamiento contradictorio de valores y de modos de comprensión. El polo dominante de las sociedades, formado por los grandes empresarios, quiere dirigir la humanidad hacia sus intereses estratégicos privados. Busca optimizar su tasa de ganancia impulsando febrilmente las aplicaciones —más rápidas y eficientes— que permitan el uso lucrativo de todos los medios, tecnológicos o no. La historia reciente demuestra hasta la saciedad la razón profunda que tuvo Naomi Klein para hablar de un *capitalismo del shock* (2008),¹ que es lo mismo que decir la acumulación acelerada de capital en base a desastres o momentos de temor social. Es así, porque el único horizonte de comprensión de los magnates es la lógica de la renta privada del capital. Su ética es la del *"time is gold"* o de la oportunidad de lucro en cualquier circunstancia y escenario. En cambio, el polo contrahegemónico de las sociedades, está formado por: los(as)

[1] Klein N. (2008). *La doctrina del shock*. El auge del capitalismo del desastre. Buenos Aires: PAIDOS.

trabajadores(as) y profesionales del campo y la ciudad; las organizaciones sociales que se ocupan del bienestar colectivo de sus agremiados; los intelectuales y artistas que alimentan la emancipación de los sujetos; y los(as) profesores(as), estudiantes y científicos(as) que propician conocimientos y evidencias liberadoras. Este polo contrahegemónico requiere oxigenar las ideas y abrir espacios de democracia real, y para eso necesita, como diría Bolívar Echeverría, “hacer estallar el horizonte de inteligibilidad” de la modernidad del capital (2017).² Dicho en términos gramscianos, estamos urgidos de una nueva y replanteada Contrahegemonía.

Ahora bien, para los fines de este ensayo, lo que nos interesa mostrar es la directa relación de los modos estratégicos de pensar de los grandes poderes y la ciencia dominante, esa a la que Foucault llamó la “ciencia oficial” (et al. 2007).³ La des-información o la mal-información científica sobre la pandemia, como lo veremos más adelante, es un caso apremiante que nos ilustra sobre el papel que juegan las ciencias oficiales de la vida y la salud frente a los graves problemas de la realidad y las operaciones del poder.

Poniendo en términos epidemiológicos la disyuntiva epistémica que hemos enunciado, y simplificando las cosas con fines analíticos, es necesario contrastar al me-

[2] Echeverría, B. (2017). *Valor de uso y utopía* (1. ed, 4ta reimpresión). Siglo Veintiuno Ed.

[3] Foucault, M., Lotringer, S., & Hochroth, L. (2007). *The politics of truth*. Los Angeles, CA: Semiotext(e).

nos dos lógicas o miradas contrapuestas. O se estudia la pandemia desde la *epidemiología lineal, cartesiana*, que reduce su objeto de estudio y metodología al problema de observación empírica del brote y multiplicación por contagio de casos individuales de enfermedad y muerte, para correlacionarlos con factores de riesgo de transmisión; o se la mira desde la *epidemiología crítica* como un proceso complejo, multidimensional, que involucra distintos dominios de la realidad. Este es un tema de múltiples dimensiones que lo hemos tratado ampliamente en un libro reciente (Breilh, 2020).⁴

En el GRÁFICO 1 **(A)** se ejemplifica las relaciones típicas del modelo empírico lineal. Esta concepción cartesiana de la realidad asume que todos los fenómenos son una convergencia de partes, y las propiedades de esas partes, a su vez, determinan el comportamiento del todo. Siendo que para esta concepción, esas partes son los elementos esenciales preexistentes cuya conjunción es la que define la naturaleza y la existencia de todo lo estudiado. Esta operación se ha definido como reducción y su matriz metodológica se llama reduccionismo.

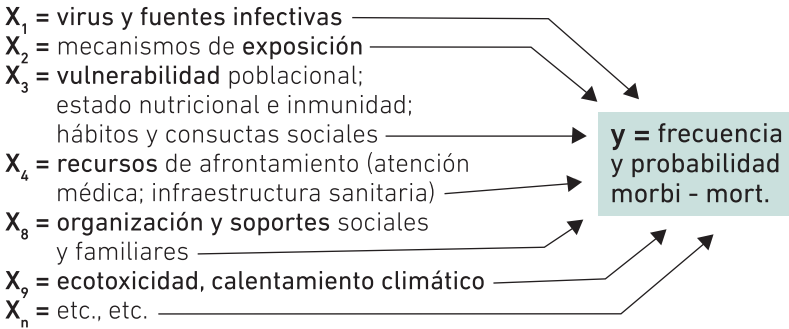
[4] Breilh J. (2020). *Critical epidemiology and the peoples' health*. New York: Oxford University Press -(in print-).

Gráfico 1

La pandemia vista desde modelos epidemiológicos contrapuestos

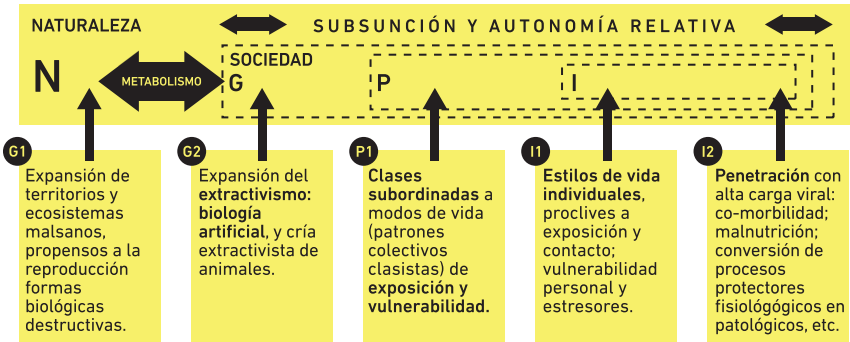
Epidemiología empírica lineal (A)

COVID-19: conjunción empírica de factores



Epidemiología crítica (B)

Procesos de exposición, vulnerabilidad y virulencia en dominios: G general / P particular / I individual



(Basado: Breilh J. 2020. *Critical epidemiology and the peoples' health*. New York: Oxford University Press -(in print-).

La burbuja cartesiana de la epidemiología del modelo oficial funcionalista

El control de la ciencia se da por un Estado "...que se justifica como razón y profunda racionalidad de la historia" con derecho a seleccionar instrumentos para racionalizar la economía y la sociedad, y por lo tanto, para incorporar el positivismo científico como *su* ciencia, permitiéndole ordenar el mundo de acuerdo a las propias "condiciones de aceptabilidad del sistema que ese poder representa"(Foucault, 1982).⁵ El Estado que encarna los grandes intereses corporativos y las necesidades estratégicas del capital, no podría hacer suya una ciencia crítica y por eso asume el positivismo como *su* ciencia funcional. Y para hacer el desafío más complejo aún, aquí cuando hablamos del Estado no nos referimos exclusivamente al gobierno, sino a todos los *aparatos*, inclusive los académicos de buena voluntad, que viven engañados al pensar que por tener fines legítimos pueden realizar una epidemiología liberadora, centrando sus denuncias —aunque inclusive con alta precisión matemática— en los fenómenos del "pico del iceberg" que explicamos luego.

Es fundamental entender mejor por qué el pensamiento lineal es funcional al poder hegemónico y por qué el pensamiento crítico se enlaza con una postura emancipadora. El contraste puede apreciarse en la TABLA 1.

[5] Foucault, M. (1982). *The Subject and Power*. In H. L. Dreyfus & P. Rabinow (Eds.), Michel Foucault. *Beyond Structuralism and Hermeneutics* (pp. 208-226). New York: Harvester Wheatsheaf.

Tabla 1

Pensamiento lineal reduccionista y complejo sobre salud

Pensamiento lineal funcional	Pensamiento complejo crítico
SALUD COMO OBJETO	
Fenómenos de un solo plano ("pico del iceberg") conectados linealmente (es decir, fragmentos descontextualizados Reificados).	Movimiento de procesos concatenado, multidimensional y contradictorio.
Factores de riesgo estáticos y fragmentados (es decir, entidades probabilísticas) que causan enfermedad; realidad factorial.	Procesos que genera el complejo movimiento multidimensional de la salud colectiva con condicionamientos individuales.
EL SUJETO DE LA SALUD	
Visión lineal en un solo plano.	Visión que explica el movimiento multidimensional complejo concatenado y contextualizado
Visión biomédica uni-disciplinaria.	Pensar transdisciplinariamente: no es una simple yuxtaposición de conocimientos y su complementariedad, sino una transvaloración mutua (Oxford UP Encyclopedia).
Visión monocultural, centrada en el monismo académico positivista.	Construcción intercultural del conocimiento y transvaloración.
Concepción de la realidad centrada en el empirismo lógico y la teoría de sistemas (Estructural funcionalismo).	Pensamiento dialéctico metacrítico (que integra las diferentes epistemologías críticas para transformar la realidad: crítica de la acumulación, de la razón instrumental funcionalista, de la subjetividad acrítica).
LA CONCEPCIÓN DE LA PRAXIS	
Acción focalizada en factores de riesgo, su sistematización basada en diferencias empíricas y peso. probabilístico	Caracterizar la acción como: movimiento contrarrestado metacrítico, razonamiento sensible, neohumanismo multidimensional; operación sobre contradicciones de procesos críticos, basada en una noción radical de inequidad y el análisis de intereses estratégicos del bien común.

Breith J. 2020. *Critical epidemiology and the peopless' health*. NewYork: Oxford University Press (Traducción del autor).

Veamos a continuación por qué en el caso de la pandemia, el Estado neoliberal requiere una ciencia cartesiana y el tipo de “poder explicativo” que le provee la epidemiología funcional. Por qué esta epidemiología lineal le sirve para manejarse y para trabajar la pandemia en el marco de “las condiciones de aceptabilidad” que convienen al capital.

Seamos o no conscientes de ello, el reduccionismo científico, separa los eventos reales en, cosas por un lado, y sus “contextos y relaciones evaluativas” por el otro (Irvine, Miles y Evans, 1979).⁶ En esta línea establece una serie de falsas dicotomías que le permiten separar la *descripción* epidemiológica de la *explicación* epidemiológica; describir y predecir probabilidades sin explicar por qué estas suceden. En otras palabras, separa la *descripción-predicción* de riesgo y probabilidad, respecto a la *explicación*; separa igualmente los *factores* (i.e de riesgo) de los procesos de *determinación*, y finalmente separa las llamadas *causas* respecto del movimiento integral de determinación de la que forman parte. De esa manera la epidemiología funcional permite realizar acciones limitadas pero sin hacer visible ni afectar la compleja estructura social que las produce y explica (Breilh, 2020).

Lo dicho conlleva una serie de consecuencias teórico-metodológicas que no podemos ampliar aquí, pero basta decir con respecto a la pandemia, que lo que requieren

[6] Irvine, J., Miles, I., & Evans, J. -Eds.- (1979). *Demystifying social statistics*. London: Pluto Press.

quienes hacen el juego al poder dominante —sabiéndolo o no— es controlarla mediante una lógica y mecanismos que operen solo en el marco de las condiciones de aceptabilidad que marque dicho poder, subordinando las interpretaciones epidemiológicas a las reglas tácitas de los intereses hegemónicos. Aquello es suficiente aunque se lo haga sin revelar las raíces del problema desnudando la responsabilidad de un sistema de producción lucrativo, que opera sobre la base de una gran estructura de inequidad y de modos de vivir peligrosos, que generan sistemáticamente patrones de alta exposición y vulnerabilidad especialmente en las clases populares. Y nos estamos refiriendo aquí a la tarea de presentar denuncias aisladas acerca de sobrepuestos u operaciones fraudulentas con fondos públicos en la compra de insumos, no solo a cuestionar la falta de información real sobre los indicadores epidemiológicos, etc. Esas voces son importantes, que duda cabe, pero lo que hace falta en términos estratégicos y frente a la requerida reforma integral del sistema de salud pública, es una renovación profunda de la epidemiología como ciencia, como canon de monitoreo y como plataforma de praxis.

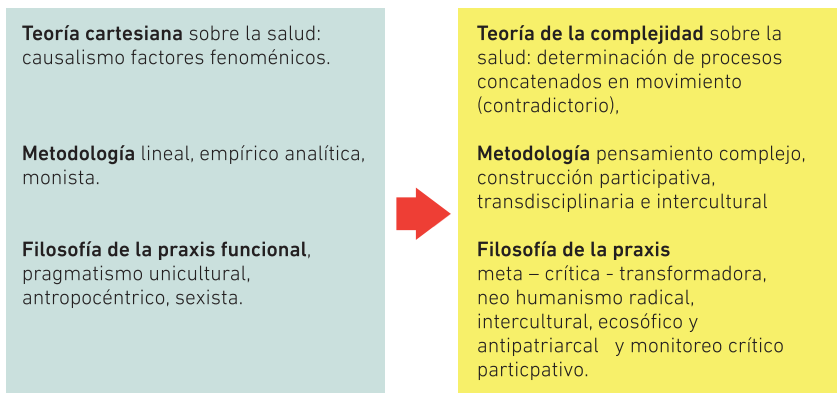
Es por este motivo crucial que se presenta el desafío de quebrar el molde cartesiano en la comprensión de la salud, de superar esa epidemiología empírica, mirar más allá del “pico del iceberg” y tomar distancia con el positivismo en el que la mayoría hemos sido formados.

Lo cual, a la par que una necesidad teórico-metodológica, es esencialmente un desafío ético para la construcción de una praxis realmente justa y efectiva.

Dicho de otra manera —más allá de la fase de respuesta epidemiológica inmediata en la que se ha trabajado con la metodología e indicadores clásicos para detectar “factores de riesgo” y probar respuestas preventivas o clínicas en el marco de la lógica del “pico del iceberg”—, requerimos, más vale tarde que nunca, trabajar la epidemiología crítica del problema, para lo cual es imperativo un cambio de paradigma (ver GRÁFICO 2).

Gráfico 2

Cambio de paradigma necesario para entender la pandemia



(Basado: Breilh J. 2020. *Critical epidemiology and the peoples' health*. New York: Oxford University Press -(in print-).

El poder explicativo de una ciencia responsable y supe-
ditada al bien común, debe convertirse en un instrumento
capaz de llevar adelante una acción integral y emancipa-
dora, repensando el objetivo utópico del bienestar pleno.
El papel de la epidemiología no es calcular los mínimos epi-
demiológicos compatibles con la supervivencia y el uso de
los escuálidos recursos que el sistema de salud neoliberal
reserva para la población —migajas para las comunidades
urbanas y rurales más pobres y vulnerables—, en la lógi-
ca del interés empresarial de capear el temporal para no
perder gobernanza pero sin tocar dichas vulnerabilidades
y los modos de vivir deteriorados que las reproducen. No,
el papel de la epidemiología no es ese. Ya sea para fines
de acción práctica o por razones políticas, el conocimiento
epidemiológico —que en tiempos “normales” poco interesa
a los políticos, tecnócratas y al poder económico—, por obra
y gracias de la crisis pandémica, se ha reconocido en estos
tiempos como una herramienta clave para la planificación y
evaluación social en la presente encrucijada.

La capacidad descriptiva y valorativa de la realidad en
salud que posee la epidemiología, la ha convertido inevita-
blemente en una herramienta para la construcción de ideas
hegemónicas o liberadoras. En otras palabras, siendo las
ciencias sociales y de la salud una herramienta potente
para la gobernanza social, su implementación y objetivos
dependen de los intereses estratégicos de quien las im-
plementa. Es decir, en la sociedad hay modos contrapues-

tos de entender, que se corresponden a intereses sociales contrapuestos. La ciencia oficial es eso: ciencia del Estado neoliberal, no importa que la practiquen epidemiólogos de buen corazón, con principios éticos y gran sabiduría. La epidemiología cartesiana, lineal y funcionalista, no dejará de servir al poder, por el hecho de que se le introduzcan unas cuantas variables sociales. Sigamos analizando el por qué.

El *modelo de ciencia cartesiano* que usa la salud pública convencional, aplica la regla de oro del positivismo que es el “principio de correspondencia”.⁷ Lo hace mediante las siguientes operaciones que hemos explicado ampliamente en varias obras anteriores (Breilh, 2004, 2010, 2015, 2019)^{8 9 10 11}

[7] El *principio de correspondencia* es la regla de oro del paradigma positivista de la ciencia. Para este paradigma el conocimiento surge de un proceso inductivo o reflejo de fenómenos observables para *registrarlos* como datos y con ellos establecer una *inferencia* válida sobre le conjunto de observaciones empíricas mediante un modelo matemático.

[8] Breilh, J. (2004). Epidemiología crítica ciencia emancipadora e interculturalidad (2da ed.). Lugar Editorial.

[9] Breilh, J. (2010[1979]). Epidemiología: Economía política y salud (7a ed.). Universidad Andina Simón Bolívar / Corporación Editora Nacional.

[10] Breilh, J. (2015). Epidemiología crítica latinoamericana: Raíces, desarrollos recientes y ruptura metodológica. (La determinación social de la salud como herramienta de ruptura hacia la nueva salud pública – Salud Colectiva). En *Tras las huellas de la determinación (Memorias de Seminario Inter-universitario de determinación social de la salud)* (pp. 19-75). Universidad Nacional de Colombia.

[11] Breilh, J. (2019). Critical Epidemiology in Latin America: Roots, Philosophical and Methodological Ruptures. En J. Vallverdú, Á. Puyol González, & A. Stany (Eds.), *Philosophical and methodological debates in Public Health* (1st ed., pp. 21-45). Springer Nature.

y en una reciente que publica este año la Editorial Oxford University Press (Breilh 2020):

- Fragmenta el mundo en partes (factores)
- Cosifica las partes, estáticas
- Asocia las partes apenas por conexión lineal (conjunción)
- Separa del contexto las partes (desconexión)
- Las convierte en variables empíricas descontextualizadas
- Así solo describe, calcula probabilidad de fenómenos, no explica, ni compromete la sociedad y su estructura de poder.
- Y cierra este círculo expiatorio focalizando la praxis epidemiológica sobre las partes (léase los factores de riesgo aislados): lo cual expía la fuerza determinante del modo de producción y estructura de poder que impera en la reproducción social general de la sociedad.

Así se genera una ilusión epidemiológica que deja contentos a quienes no entienden sus graves implicaciones. La ilusión de conocimiento que produce este tipo de pensamiento reduccionista y lineal, que trabaja con los fenómenos de la punta del iceberg, reside en el error de sustituir la explicación de los problemas en relación al contexto social que los determina, es decir los observa y los mide desconectados del movimiento multidimensional complejo que los produce, para reducir todo a la mera descripción

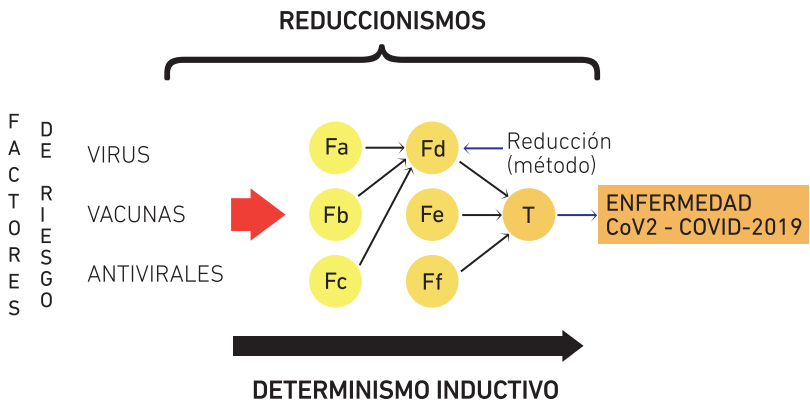
y predicción de variaciones y correlaciones parciales de esos fenómenos empíricos y sus correlaciones.

En el caso que nos ocupa, es así como mediante un procedimiento científico no siempre riguroso ni adecuado, la pandemia del capital termina convertida en la pandemia de los virus, sus factores de riesgo y su tratamiento (ver GRÁFICO 3).

Gráfico 3

Epidemiología cartesiana: metodología del pico del iceberg

(nociones fundamentales: conjunción lineal y cuantificación de las partes)



Basado en: Levins, R., & Lewontin, R. (1985). *The Dialectical Biologist*. Cambridge: Harvard University Press y Breilh J.2020. *Crítica Epidemiology and the peoples' health*.

La pandemia ha puesto al desnudo no solo al capitalismo acelerado extractivista que la genera, sino el sometimiento del tan necesario sistema público a los intereses y

lógica del poder, pensando a las ciencias de la salud desde un paradigma empírico lineal que opera en consonancia con dicha lógica del poder.

Se podrá entonces entender el contexto social contradictorio y controvertido en el que debe funcionar la epidemiología —el llamado “brazo de diagnóstico” de la salud pública—, cuya tarea central es producir evaluaciones objetivas del bienestar social. Tanto en entornos productivos privados como en espacios públicos, las declaraciones e indicadores epidemiológicos se consideran los barómetros de la salud y el bienestar de la población. En general, estas declaraciones son en definitiva evaluaciones explícitas e implícitas de la salubridad en los espacios productivos (ej. industriales) o en colectividades urbanas o rurales. Al hacerlo, la epidemiología adquiere su politicidad, pues evalúa directa o indirectamente la efectividad de las políticas públicas y las regulaciones gubernamentales.

El escenario histórico de la pandemia del capital: los cuatro jinetes de una apocalipsis epidemiológica

No se puede entender la crisis ni diseñar una estrategia para afrontarla, ahora y en los años venideros, sin comprender en profundidad el contexto del agresivo capitalismo de la cuarta revolución industrial. Paradójicamente cuando la humanidad ha llegado incrementar la escala y profundidad de su capacidad tecnológica, es cuando más amenazada está la vida y la justicia en el planeta.

Bolívar Echeverría, nuestro gran filósofo latinoamericano, expuso con lucidez los tres rasgos caracterizadores y organizadores de la vida en la modernidad tardía, que según él, además, no era apta para la vida: primero, la devoción irrestricta a la capacidad tecnológica basada en la razón; segundo, la secularización de la política para convertirla en instrumento de lucro y ventaja personal; y tercero la entronización de un individualismo extremo (Echeverría, 2015).¹²

Analizado desde un punto de vista epidemiológico, el avance desenfrenado de una base material de explotación tecnológicamente acelerada, la expansión de una civilización radicalmente individualista, tecnocrática y secularizada, la creciente dedicación del espacio social en beneficio de los principales intereses privados y la intensificación del colonialismo, implican colectivamente la derrota del bien común y la imposición de una nueva geografía de inequidad, exclusión y muerte. Esta tendencia que vivimos es la mesa tendida para la expansión de todas las pandemias, viejas y propias de siglo acelerado.

Decir que una época se caracteriza por la derrota del bien común es palabra mayor en términos de la vida y la salud colectiva. Es la negación institucionalizada y sacramentada de los cuatro principios que hacen posible el buen vivir y la salud. Vista la derrota del bien común como la caracteriza Echeverría, significa: a) un desplome de la visión

[12] Echeverría B. (2015). *Siete aproximaciones a Walter Benjamin*. Bogotá: Ediciones desde abajo. p. 51.

sagrada del mundo y sus espacios naturales que sumerge a los países en la tendencia profana y pragmática de los proyectos extractivistas. Para las sociedades andinas es la sustitución de la sabiduría social acumulada de los pueblos ancestrales y los campesinos con respecto a la Madre Naturaleza, por una razón pragmática miope; b) una caída del espiritualismo político, que degrada el valor de la gestión del Estado como herramienta para desarrollar derechos, vínculos de solidaridad efectivos para una administración social efectiva y medios culturales para la reproducción de una identidad propia y soberana, situación que implica un trastrocamiento ético, un cambio moral y práctico de la política en manos de los poderosos, que en consecuencia, impone la supremacía de los beneficios e intereses privados; y finalmente, c) infiere un profundo revés para la filosofía comunitaria descolonizada que originalmente caracterizó al ser humano, con la consiguiente imposición de intereses privados en espacios colonizados y de propiedad individual.

No es entonces exagerado declarar ahora y con firmeza que vivimos la era más peligrosa de la historia de un sistema insensible. La base material productiva y los territorios están sujetos a transformaciones impuestas para servir a un vertiginoso proceso de acumulación privada. Es en este marco de extrema amenaza, que debemos descifrar el escenario de la salud y la destrucción de los fundamentos de la vida que prenden la mecha de las epidemias. Sin lugar a dudas el ciclo pan-

démico del siglo XXI no es otra cosa que una expresión colosal de la ceguera ecológica del capital y la eclosión absurda de inequidad en una malsana civilización, económicamente poderosa pero vialmente vulnerable en la que se está dando un golpe letal a los cuatro principios de la vida (las 4 “S” de la vida como las he llamado): sustentabilidad, soberanía, solidaridad y seguridad integral en los espacios de la vida (Breilh, 2019).¹³

La reproducción social de nuestras sociedades y de la vida en el planeta está totalmente encadenada a las necesidades objetivas de la reproducción del capital y su ultra-acelerada acumulación. Los ciclos de enriquecimiento han requerido instalar procesos rápidos, altamente especializados y continuos, reduciendo costos e incrementando la renta diferencial respecto a los pequeños y medianos negocios en las ciudades y el campo. La toma privada de espacios por la agroindustria, la forestería y la minería, bajo la lógica de monopolizar tierra, agua, minerales, genoma y demás recursos vitales, expandiendo frenéticamente la apropiación privada para mejorar rendimientos y abaratar costos —en espacios monótonos de flujos productivos eficientes para el lucro relativo pero devastados en su biodiversidad y a gran escala—, son los que han colocado los más ricos

[13] Breilh, J. (2019). Ciencia crítica sobre impactos en la salud colectiva y ecosistemas (Guía investigativa pedagógica, evaluación de las 4 «S» de la vida) (1era ed.). Andina EcoSaludable, UASB-E.

valles del mundo —el gigante pulmón amazónico y las reservas de agua dulce, y en general los espacios de la vida en el mundo— en estado de emergencia.

Es en ese proceso draconiano de monopolio y aceleración donde desempeña un papel central la aplicación codiciosa de las nuevas tecnologías de la cuarta revolución industrial, es en esa inercia en la que han ido retrocediendo los espacios de la vida para dar paso a la expansión de espacios de la muerte. La regla de oro es incrementar la extracción de plusvalor y mantener el espiral de acumulación a cualquier costo. Y claro los ecosistemas y la vida humana, pagan la factura.

Si la economía de la muerte y de la inequidad se ha tomado los espacios generando entre otros efectos, los cuatro tipos de catástrofes (“jinetes de la apocalipsis epidemiológica” que explicaremos luego), es urgente penetrar más allá de la lógica del pico del iceberg y dejar de creer que la pandemia de hoy, y las futuras que se nos vendrán encima, acompañadas de la proliferación de otras enfermedades llamadas reemergentes (i.e malaria y vectoriales, tuberculosis resistente, etc.), son principalmente un asunto de virus, médicos y hospitales. La medicina y la prevención inmediata son importantes, pero de ningún agotan el campo de acción anti-pandémico.

El ritmo vertiginoso de acumulación de capital, asentado en nuevas y agresivas dimensiones de la tecnología productivista, los hipermedios y el ciberespacio, apoyándose en la ex-

pansión frenética de la civilización consumista posmoderna, nos colocan ante urgentes y nuevos desafíos.

En el centro de este holocausto socio ambiental encontramos el extractivismo en sus variadas formas. Hasta mediados del siglo XX podría describirse como forma de acumulación de capital en torno de la extracción intensiva, masiva y monopólica de recursos naturales (i.e agricultura, ganadería, silvicultura, pesca, minerales-metales, y sistemas de explotación de la biota). Los descolantes extractivismos minero-petrolero, agroindustrial, forestero, y pesquero llenaron el escenario.

En definitiva el ritmo vertiginoso de acumulación de capital, versión 4.0, gira en lo material alrededor de grandes estrategias: Despojo de recursos estratégicos en sus más variadas formas (Harvey, 2003);¹⁴ el aprovechamiento oportunista de condiciones de shock y temor social (Klein, 2008); y la convergencia de usos productivistas de las nuevas tecnologías de 4ta revolución industrial (Ribeiro & Thomas, 2019).¹⁵

Es importante destacar aquí el tercer mecanismo que ha sido descrito por el Grupo ETC como un “tsunami tecnológico”. Su base operativa está formada por: la aceleración informática-comunicacional: plataformas digitales (*big data*) y

[14] Harvey, D. (2003). The new imperialism. Oxford ; New York: Oxford University Press.

[15] Ribeiro S. & Thomas J. (2019). Frente al tsunami tecnológico. Blog NODAL. Ver: <https://www.nodal.am/2019/09/frente-al-tsunami-tecnologico-por-silvia-ribeiro-y-jim-thomas/>

el llamado postrabajo; el monopolio del espacio cibernético y mercantilización de la vida privada; el llamado Internet de las cosas (“IoT”); la inteligencia artificial: algoritmos e inequidad; y la biología artificial e ingeniería genética.

En referencia a un tema central que nos ocupa en este ensayo, que es el de la transformación acelerada de la naturaleza con fines de explotación, cabe decir que la panacea de esa manipulación tecnológica con fines productivistas, se basa en una concepción de la ciencia que opera, inconsciente o abiertamente, en la lógica de los negocios. En la mayoría de los casos, se aplica con fines rentables sin suficientes pruebas experimentales, de manera que impida la aplicación del principio de precaución y una vigilancia democrática de sus riesgos potenciales o reales (Breilh, 2020).

Con este salto de escala y ritmo del capital mediante los hipermedios, recursos digitales, nanotecnología, tecno-ciencias cognitivas y biotecnologías, redes neuronales, aprendizaje automático, aprendizaje profundo y biología artificial, que están siendo desarrollados por investigadores corporativos y los “filósofos” de las empresas, no solo se diseñan procesos productivos peligrosos para la fuerza de trabajo, sino que se ha inaugurado en serio una nueva era de control máximo de la población mundial.

La biología sintética de secuenciación y síntesis es el recurso del capital para acelerar la rentabilidad en esferas como la producción agrícola, pecuaria y paralelamente de la genómica comercial —que son campos directamente

relacionados con la pandemia a través de la cría animal, la transformación agroindustrial de los ecosistemas, la producción de antivirales y vacunas—. En estos casos el uso lucrativo de las nuevas tecnologías se orienta a romper las barreras y límites naturales que enlentecen la capacidad de extracción y lucro. Con la expansión de las biotecnologías aplicadas al agro, la genética y genómica correspondientes, se producen grandes cambios en las estrategias de privatización del conocimiento especializado, el uso y la reproducción de semillas, por ejemplo, que han habilitado nuevos mecanismos de acumulación de capital a partir del último tercio del siglo XX (Galeano, 2018).¹⁶

Este vasto campo de operación digital y tecnológica del mundo, no solo está convirtiendo al ciberespacio en un centro de acumulación de riqueza a un ritmo vertiginoso (extractivismo cibernético igualmente peligroso), sino que como lo hemos planteado en el IX Congreso Brasileño de Epidemiología (Breilh, 2015),¹⁷ nos impone a los científicos el desafío de reconocer que hay una *ciber-determinación* social de la vida y la salud, que es concomitante e interrelacionada con las formas de control directo del pasado.

[16] Galeano Pablo (2018). Biología sintética un intento por explicar de que viene. México: Ponencia en Reunión REDTECLA, Seminario nuevas tendencias tecnológicas y sus impactos en América Latina -Fundación Heinrich Böll- Grupo ETC, mayo 22).

[17] Breilh, J. (2015). Epidemiología del siglo XXI y ciberespacio: Repensar la teoría del poder y la determinación social de la salud. *Rev Bras Epidemiol*, 18(4), 965-975. Ver: <https://doi.org/10.1590/1980-5497201500040022>

La captación y apropiación en el espacio de la comunicación digital de un aluvión de datos por milisegundos de los cuales extraen datos personales sobre preferencias, decisiones, afinidades y rechazos, se convierte en la más preciada y rendidora mercancía. “Por esa vía, los datos personales y más íntimos se han convertido en la mercadería más preciada de la era digital, comercializados a gran escala por algunas de las compañías más poderosas de Silicon Valley y más allá” (Dance, 2018).¹⁸

Los “filósofos” de las grandes corporaciones no solo elaboran algoritmos para los sistemas digitales de comercialización (criptomonedas, “*bit coins*” y “*block chains*” que además encarnan un grave problema energético); no solo permiten la conexión instantánea de millones de consumidores exigentes con proveedores de servicios de movilidad compartida que operan a través de aplicaciones —*Apps*— (i.e. *Uber*, *UberEats*, *Seamless*, *Door Dash*, etc.) abriendo todo un océano de consecuencias en los campos del derecho laboral y tributario (Breith, 2020), sino que los nuevos usos de la inteligencia artificial están sirviendo para consolidar mayor control sobre la ciudadanía y las operaciones. Con esto no es que se crea un poshumanismo estrictamente hablando, sino más bien se establece el control absoluto corporativo sobre los dise-

[18] Dance Gabriel, La Forgia Michael and Confessore Nicholas. (2018). As Facebook Raised a Privacy Wall, It Carved an Opening for Tech Giants. New York. The New York Times, December 1. Ver: https://www.nytimes.com/2018/12/18/technology/facebook-privacy.html?emc=edit_th_181219&nl=todaysheadlines&nid=694068611219

ños del Internet de las cosas, de las ciudades inteligentes y, como ya se está demostrando sobre el diseño de algoritmos de atención en salud, encarnan una asignación injusta y racista de los recursos basada en las prenociones ideológicas de dichos filósofos empresariales (Obermeyer et al., 2019).¹⁹

Esta gobernanza por algoritmos o la supeditación de la gente a los condicionamientos comerciales, culturales y políticos que han estado realizando por intermedio del Internet y de los monopolios de las redes (Facebook, Twitter, Instagram, etc), han inaugurado la *quinta forma de subsunción* del pueblo en el sistema dominante, a la cual le he llamado subsunción cibernética (Breilh, 2015, 2019, 2020).

Como estamos viendo, la velocidad digital de lucro y la necesidad de un sociedad ciber-controlada, hace que no sea suficiente definir a un Estado como "policial". Es un Estado de control inteligente, una nueva era de represión oculta y de auto-represión aceptada, una especie de fascismo auto-represivo del siglo XXI que nos impone un individualismo radical que cala en nuestras almas, como lo concibiera, ya hace tiempo, Passolini en sus *Escritos Corsarios* (1978).²⁰

Cumpliendo el aforismo de que "...una acumulación interminable de propiedad debe basarse en una acumu-

[19] Obermeyer, Z., Powers, B., Vogeli, C., & Mullainathan, S. (2019). Dissecting racial bias in an algorithm used to manage the health of populations. *Science*, 366(6464), 447-453. Ver: <https://doi.org/10.1126/science.aax2342>

[20] Passolini PP. (1978). *Escritos Corsarios*. Caracas: Monte Ávila Editores (Traducción de Hugo García Robles).

lación interminable de poder” (Arendt 1968),²¹ la sed de control lucrativo se proyectó en todas las direcciones. Esta búsqueda frenética de monopolio se proyectó, por ejemplo sobre la apropiación de recursos naturales como el agua, que en etapas anteriores de un mínimo “bien común”, fueron asumidos como bienes públicos protegidos. Pero en su codicia, el extractivismo hídrico ha montado un asalto final del agua. Ya no se trata solo de acaparar el riego para la agroindustria y el agua para mezclar con agro-tóxicos; el asalto en este siglo asume este bien vital como el “oro azul”, como lo demuestra un reportaje muy serio de la televisión alemana (Jentzsch & Hockmeyer 2013).²²

Según este prestigioso medio internacional, una sola empresa controla el mercado de agua embotellada (63 marcas en 36 países), expande mediante compra y concesiones gratuitas el control de fuentes, compra derechos de tierra y agua. Dicho reporte documenta el caso de la estación de extracción de Ciudad de Salida (Condado de Colorado, EUA): para pagar 2 centavos de USD por 4 litros, los embotella y vende esos 4 litros a 10 USD; paga 200 mil USD por compensación por el agua del Condado de Salida (EUA) y esa agua embotellada vale 185 millones en el mercado. Todo esto siendo que el agua de red pública de esas zonas es de igual o aun mejor calidad que el agua embotellada.

[21] Arendt, H. (1968). *Imperialism*. New York: Harcourt Brace Janovich.

[22] Jentzsch C & Hockmeyer K. (2013). Los dueños del agua: El monopolio de NESTLE. (22). En Reportajes de Deutsche Welle.

El argumento persistente de este tipo de grandes empresas es que el crecimiento de sus ganancias equivale al progreso y al bien común, pero los hechos demostrados por la investigación y la dolorosa experiencia de comunidades en todo el mundo, ha hecho caer estrepitosamente el mito de la economía y la política del “goteo” de la riqueza de las grandes empresas hacia los pueblos: “progreso” y “empleo” para todos.

Y como si todo eso fuera poco, la cuarta revolución industrial —que dicho sea de paso es la que nos está imponiendo las condiciones más preocupantes de cara a las pandemias del siglo XXI— al desnaturalizar una aplicación de la tecnología para el bien común y protección de la humanidad, está multiplicando aún más la aceleración del lucro y potenciando la injerencia destructiva de las corporaciones. Paradójicamente, el progreso global más acelerado del capital tecnológico en la historia, trae consigo el mayor nivel de descomposición de las condiciones reales para la reproducción social en el planeta (Arizmendi 2014).²³

Pues bien toda esa vuelta analítica que hemos dado en estas páginas alrededor de la descomposición social, ambiental y ética de nuestras sociedades, es para enmarcar al argumento final de esta sección: la presencia actual de cuatro *procesos epidemiológicos catastróficos inter-dependientes*, cuatro

[23] Arizmendi, L. (2014). El florecimiento humano como mirador iconoclasta ante la mundialización de la pobreza. *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*, (23). Ver: <https://doi.org/10.29340/23.636>.

amenazas globales interconectadas por una misma matriz social, las que podríamos definir —metafóricamente— como los cuatro jinetes de una apocalipsis epidemiológica:

1. La eclosión de un ciclo de pandemias del siglo XXI (entre las cuales obviamente descolla el SARS CoV2-COVID 2019) y reemergencia de otras epidemias.
2. El desate y aceleración de un cambio climático catastrófico.
3. La creciente y exponencial reproducción de desigualdad social en las ciudades neoliberales del mundo y en la nueva ruralidad agro-tóxica e injusta que se ha expandido.
4. El virus de la desinformación (infodemia real).

Las tres primeras quedaron ya explicadas en las secciones precedentes. Cabe solo decir que forma parte del colapso del bien común y del derecho a la comunicación/información la tan mentada *infodemia*. Solo que aquí no vamos a incluir en el virus de la desinformación solamente los elementos que preocupan a la OMS: Difusión descontrolada y rápida de información falsa a través de redes; noticias, memes que alimentan creencias sesgadas, incrementan controversias, crean estados de confusión, incertidumbre y ansiedad. Siguiendo con la metáfora, diremos que la *infodemia real* abarca otras cepas del virus de la desinformación que son aún más graves frente a la protección de la vida a nuestros derechos:

- Desinformación política de incidencia sectorial sobre la opinión colectiva y los sectores más vulnerables.
- Desinformación implícita en la estructura y funcionamiento del sistema de comunicación/información por estrategia de gobernanza.
- Desinformación científica-técnica que se produce por las carencias, limitaciones y restricción de cobertura del sistema de información epidemiológica.

Es decir no se trata solo del amarillismo noticioso, sino de la profunda desinformación científica epidemiológica que nos impide conocer eso que está por debajo del pico del iceberg y que torna invisible la profunda desigualdad social ante la exposición, el contagio y la vulnerabilidad.

El obsoleto, desfasado y escuálido sistema de salud neoliberal, tiene como una de sus características mayores la desactualización, la incompletitud, la superficialidad, el verticalismo de la obsoleta vigilancia epidemiológica que lo representa.

Algunos datos y reflexiones sobre la pandemia real

Basta consultar cualquiera de las APPS que ofrecen actualizaciones en tiempo real de las cifras básicas de SARS-CoV2-COVID-19 (i.e casos totales, casos activos, muertes, recuperados) y contrastar las curvas pandémicas con los “picos del iceberg” de los primeros 90 días de distintas so-

ciudades, para empezar a poner en evidencia, a pesar de lo incompleto y limitado de la información, las diferencias sustanciales del comportamiento pandémico en espacios distintos de la determinación social.

Alcanza con realizar un ejercicio muy básico de comparaciones: a) por un lado la diferencia entre China y la India, dos países gigantes del grupo BRICS que rebasan los mil millones de habitantes, muestran sin embargo magnitudes y tiempos totalmente distintos; b) las dos economías mayores de América del Norte y del Sur —EUA y Brasil—, lamentablemente bajo la conducción política del fundamentalismo ultra neoliberal y racista, son en primer término la prueba del fundamentalismo económico y analfabetismo científico —real o fingido—, y aparecen como los casos emblemáticos de la incompetencia —forzada por la política— de los sistema de salud que habrían podido salvar miles de vidas y evita cientos de muertes; c) comparar las curvas pandémicas de Costa Rica, Ecuador y Uruguay, tres de los más pequeños países del Sur Americano, que más allá de las notables diferencias de calidad de sus servicios de salud, ponen en evidencia el peso de una cultura y una institucionalidad solidaria —son los casos de Costa Rica y Uruguay— como elementos protectores ante la pandemia. En este último caso cabe destacar en primer lugar, la notable diferencia de magnitud y capacidad de recuperación entre Ecuador y los otros dos países.

El Ecuador con un sistema de salud asistencialista y obsoleto, que a pesar de las inversiones en construcción de hospitales —esfuerzo atravesado lamentablemente por dramáticos niveles de corrupción de redes mafiosas que tuvieron pleno oxígeno en los dos últimos gobiernos— muestra en la curva una magnitud mucho mayor de casos-muertes y una capacidad de recuperación igualmente muy inferior. Mientras que Costa Rica con su ejemplar sistema de Seguridad Pública de cobertura universal e ilimitada, tiene cifras que le colocan entre las mejores del mundo (que triste que en estos mismos momentos en Ecuador, algún sector de capitalistas quiere aprovechar el shock para privatizar el Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social, por una vía parecida a la desastrosa privatización del modelo colombiano). El caso de Uruguay es otro que desde hace décadas ha mostrado un desarrollo de cobertura nacional en un sistema de salud más solidario.

Si miramos con atención las tendencias comparativas de la pandemia en varios países (ver GRÁFICO 4), se puede ver como Estados Unidos y Brasil, los dos países más grandes y ricos de Norte y Sur de América respectivamente, son los que muestran una tendencia con tiempo de duplicación más corto.

En el caso de Brasil, país hermano con uno de los peores indicadores de la pandemia, la población afro representa el 9,3% de la población total, y sin embargo este grupo ostenta el 32,8% de las muertes. La profunda inequidad de género es universal, pero en Brasil el hecho de que las

mujeres ocupen el 80% de la fuerza de trabajo en unidades de salud, hace que tengan que afrontar solas los graves problemas de muchas familias, y estén expuestas a la violencia sexista, etc., eso explica porque tienen las tasas más altas de mortalidad (Kunzle 2020).²⁴

Gráfico 4

Índices de mortalidad acumulativos (escala log) en países seleccionados con diferencias de los tiempos de duplicación - Junio 6, 2020

(nociones fundamentales: conjunción lineal y cuantificación de las partes)

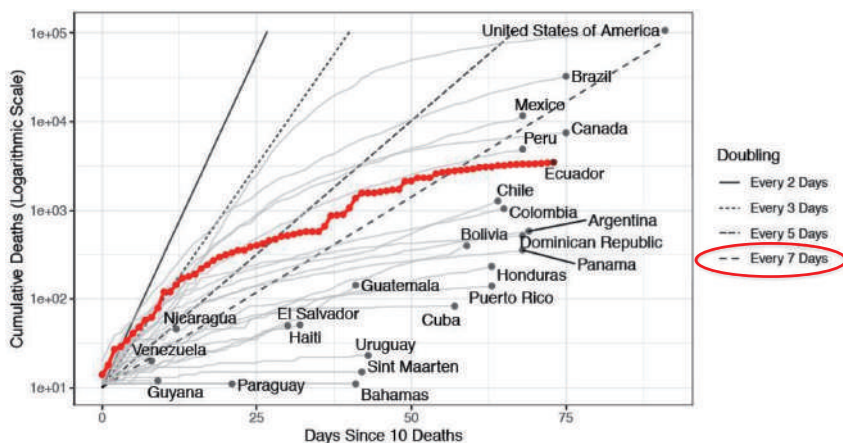


Figure 1: Cumulative Death since 10 deaths. Country nos shown it fewer than 10 deaths.

(Imperial College London.2020.Situation report for COVID-19: Ecuador2020-06-06. London: MRC Centre for Global Infectious Disease Analysis)

[24] Kunzle L. (2020). El COVID en América latina. Webinar La Salud Colectiva en Tiempos de Pandemia – Andina Saludable-CILAB Salud, Área de Salud. UASB-E.

El caso de la vulnerabilidad enorme de las poblaciones indígenas amazónicas del Ecuador es muy emblemático. Justamente los pueblos que han dado luces a la humanidad sobre los mejores sistemas de protección de la naturaleza y cuidado de la vida, son golpeados ahora por un sistema perverso y por la incompetencia cultural y técnica de un Estado que, más allá de las fórmulas aparentes de una mal llamada “salud intercultural”, discrimina notablemente y agrede a estas poblaciones. No solo se trata de las falencias intencionadas de los servicios de salud, sino de las políticas de connivencia con el extractivismo que han afectado seriamente esos territorios. Los procesos de deforestación para implantación de enclaves petroleros, mineros o de forestería, tienen la complicidad de los gobiernos de Ecuador al igual que los demás países de la Cuenca Amazónica. La élite política es cómplice desde hace décadas, y más aun ahora, de procesos de extensa afectación de los ecosistemas y comunidades amazónicas.

Adolfo Maldonado en su magnífica ponencia al *webinar* organizado por el CILAB Salud y el Área de Salud de la Universidad Andina, mostró la historia de despojo y vulneración a la que han sido sometidos nuestros hermanos amazónicos. Primero el despojo de su historia e identidad, luego el racismo y dominación cultural, y luego el despojo de sus territorios, de aquellos que cuidaron por siglos con la mayor sabiduría. En esta misma ponencia se ha mostrado el desentendimiento del estado con respecto a la alarmante

tasa de suicidios de las poblaciones Wao, Siona, Siekopai, Kofán, Kichwa en un territorio donde la toxicidad humana y las co-morbilidades son muy altas por la promoción y descontrol en el uso de agrotóxicos y la contaminación ambiental petrolera. Se suman otros elementos de exclusión como la ausencia de un programa real de educación propia, la implantación burocrática, en el gobierno anterior, de unas “ciudades del milenio” en cuyo diseño no se contemplaron las chakras o espacios de vida y alimentación de esas comunidades. La consecuencia obvia de eso es que ahora pasan hambre. Para colmo, el gobierno ha cedido ahora los planes de vida a las empresas petroleras, lo que viene a ser un acto de consagración a los intereses de las corporaciones. Es decir, tenemos en las colectividades indígenas y territorios campesinos verdaderos escenarios de extrema vulnerabilidad al COVID (Maldonado 2020).²⁵

Para abonar con más ejemplos nuestra argumentación a favor de un enfoque integral, cabe mencionar otros elementos. Al investigar la evolución espacial de la pandemia en el territorio ecuatoriano, se ha constatado una secuencia que justamente corresponde a distribución de los espacios de capital. Tal como era de esperarse, la pandemia tuvo su más importante arranque e impulso en una de las más importantes ciudades del país, Guayaquil, puerto pujante con una típica

[25] Maldonado A. (2020). Pueblos indígenas y COVID-19: Exposiciones, vulnerabilidades y responsabilidades del Estado. Webinar: La salud Colectiva en Tiempos de Pandemia-UASB-E.

estructura de desarrollo neoliberal. En esa ciudad costanera se ha evidenciado un claro contraste entre barrios proletarios o sub-proletarios respecto a las zonas residenciales, poniéndose en evidencia una segregación social que se corresponde a las diferencias de densidad poblacional y calidad de servicios públicos urbanos. Desde esta ciudad la pandemia se desplazó a otras regiones siguiendo los flujos de movilidad y de relación territorial con polos urbanos satélite históricamente construidos —la ruta de transmisión siguiendo la ruta del comercio—. También se ha comenzado a constatar los notables diferenciales de niveles de transmisión entre distintos cantones (Aguilar, 2020).²⁶

Con fines exploratorios empezamos con Giannina Zamora, nuestra investigadora y reconocida figura de la geografía crítica, a mirar los diferenciales de morbilidad por COVID-19 entre parroquias de la ciudad de Quito utilizando el sistema INSOC (Breilh, 2017),²⁷ desarrollado por el autor para investigación desde fuentes secundarias de gradientes por clase social. Sobre la base del trabajo de investigación de Giannina Zamora para su programa doctoral, utilizando para el efecto los muy limitados reportes del Municipio de la Ciudad, se pudo trabajar una clasificación de unidades socio-espaciales urbanas. A Quito, la ciudad más poblada del Ecu-

[26] Aguilar M. (2020). Análisis crítico de la pandemia por COVID-19 en Ecuador y la respuesta del sistema nacional de salud.

[27] Breilh Jaime. (2017). INSOC Cuestionario para la investigación de la inserción social en la investigación: fundamentos teóricos y explicativos). Quito: Dirección Nacional de Derechos de Autor y Conexos, Certificado N. QUI-052530, N. 002301-2017.

dor, con un hiper-centro socialmente heterogéneo, pudimos estudiarla anteriormente en cuanto a los diferenciales de mortalidad infantil neonatal y posneonatal entre barrios clasificados según su composición social e infraestructura en 4 grupos (Breilh & Granda & Campaña & Betancourt, 1983).²⁸ Ahora empezamos de manera exploratoria a constatar que la morbilidad registrada por COVID-19 muestra tasas diferenciales de morbilidad según la categorización social del barrio, establecida por la composición de clase predominante en tres tipos: 1=alta composición de clase empresarial y clase media alta; 2= composición predominante de clase media y pequeños productores propietarios; y 3= composición social predominante de sector sub-asalariado, y desocupados (ver tabla 2 y MAPA DEL GRÁFICO 5).

La geografía crítica está descubriendo la espacialidad de un proceso cuya distribución geográfica reedita la lógica que hemos descrito.

Los datos son preliminares y el nivel de significación es bajo, pero así todo, se empieza a establecer un patrón de condicionamiento social que será trabajado en profundidad en el futuro.

El momento que vivimos entonces no es cualquier tiempo histórico, es un escenario de amenazas extremas que se ciernen sobre la vida y futuro de nuestra sociedad y de la humanidad, exigiendo un giro radical de enfoque.

[28] Breilh J & Granda E & Campaña A & Betancourt O. (1983). Cuidad y muerte infantil: investigación sobre el deterioro de la salud en el capitalismo periférico. Quito: CEAS.

Tabla 2

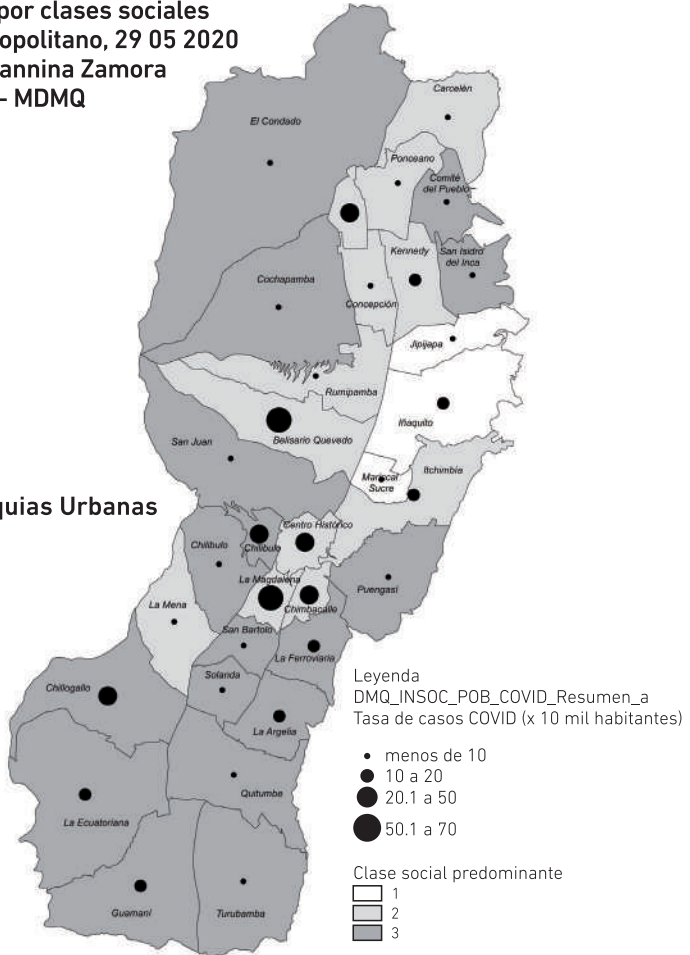
Casos de COVID-19 al 29 Mayo según barrios urbanos por clase social predominante de Quito, 2020

Clase social predominante	Tasa COVID-19 x 10 ⁴ hbtes.	Número de Barrios	STDEV
1= Empresarial y clase media alta	7,12	5	6,18
2= Clase media y pequeños productores propietarios y asalariados calificados	13,60	4	10,61
3= Clase subproletaria	19,27	23	18,59
TOTAL	16,66	32	16,80

Fuentes: Instituto Ecuatoriano de Estadísticas y Censos; Municipio del DM Quito

Gráfico 5
**Distribución socio-geográfica del COVID-19,
 según zonas por clases sociales
 en Quito Metropolitano, 29 05 2020**
 Elaborado: Giannina Zamora
 Fuente : INEC- MDMQ

DMQ - Parroquias Urbanas



Fuente: COE - DMQ 2020; INEC 2010, 2020; UASB-Área de Salud 2010, 2020.

La epidemiología crítica y la ruptura con la salud pública del poder

La ciencia crítica constituye una demanda de claridad epistemológica, pero también y fundamentalmente responde a la urgencia de una reafirmación ética. Esto primero es así, porque requiere desentrañar y cuestionar radicalmente los datos de desigualdad social y epidemiológica que se contraponen a la construcción de la salud colectiva y el bien vivir; segundo, porque cuestiona seriamente las condiciones epistémicas o culturales impuestas a las personas que viven asediadas bajo modos de vivir malsanos que son producto de la inequidad social; pero además y fundamentalmente, porque conecta los sufrimientos sanitarios con la estructura social capitalista y la decadencia de los espacios y modos de vivir que experimentamos. La ciencia crítica denuncia la determinación regresiva de la salud a la que nos conduce una base material regida por el principio de acumulación de riqueza privada y simultánea exclusión social de amplias mayorías. En conocimiento además de que esta base socio-económica requiere para reproducirse de un sistema cultural propicio, la epidemiología crítica no puede perder de vista los problemas de la civilización que acompaña este tipo de sociedad.

La investigación epidemiológica crítica, al indagar las formas imperantes de reproducción social general, y al estudiar los procesos críticos de la salud colectiva, cuestiona las ideas dominantes, prácticas y ethos de un campo científico particular.

Hacia fines de los 70 propusimos la *determinación social* como categoría central de la epidemiología de nuevo cuño. La misma que constituye un eje de la nueva teoría sobre la salud, pues nos permite quebrar la lógica cartesiana que coloca el *principio causal lineal* como centro del conocimiento. Como hemos explicado aquí, el paradigma positivista aplanaba la realidad, reduciéndola a los fenómenos empíricos del pico del iceberg que explicamos antes, reduciendo la epidemiología a la búsqueda y sistematización de relaciones causales del plano fenoménico. La vieja epidemiología aunque se adorne de una sofisticación de instrumentos empíricos, no abandona el círculo lógico de los factores de riesgo —como causas o variables independientes— y las distintas expresiones e índices de morbi-mortalidad —que son las variables dependientes—.

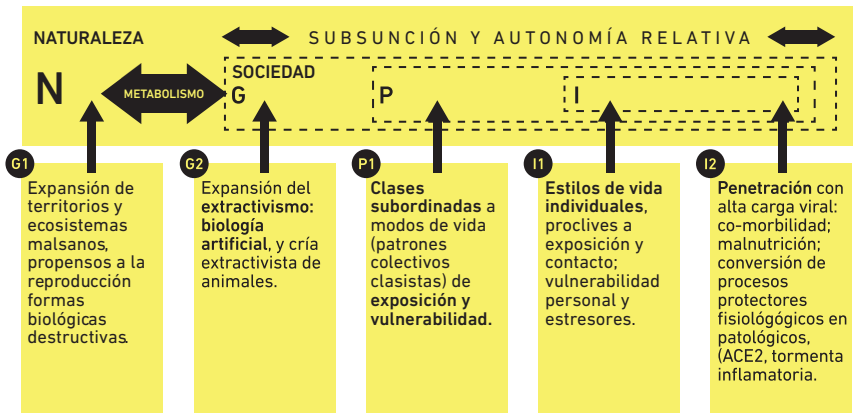
Lo que busca el paradigma de la determinación social para comprender los procesos epidemiológicos —sean estos de carácter epidémico o no— es devolverle a la salud la integralidad y movimiento que le quitó el modelo estático causal lineal, al despojar a los procesos epidemiológicos de su contexto determinante. Para eso trabaja la realidad como un proceso complejo de movimiento multidimensional y no como un conjunto de factores estáticos conectados externamente; reconectando además el movimiento de los procesos de distintas dimensiones, no por su contacto externo causal, sino por la interdependencia que crea entre ellos el movimiento dialéctico de subsunción y autonomía relativa.

Lo que da a la salud su carácter de proceso en movimiento es su intrínseca conformación contradictoria. Movimiento contrapuesto de *subprocesos saludables* —de soporte vital, de protección— y por el contrario, *subprocesos concretos no saludables* —dañinos y destructivos— que se producen y chocan entre sí, generando este movimiento multidimensional que se desarrolla simultánea e interdependientemente en las tres dimensiones (G - P - I); en cada uno de esos tres dominios existen diferentes contradicciones entre los procesos de salud protectores y destructivos (ver GRÁFICO 6).

Gráfico 6

COVID-19: Proceso crítico multidimensional

Procesos de exposición, vulnerabilidad y virulencia en dominios:
G general / P particular / I individual



De esa manera podemos explicar cómo deviene la generación compleja de procesos como la pandemia, y no solo describir variables que afloran en el proceso. Igualmente de esa manera podemos conformar una praxis emancipadora y no solo una gestión epidemiológica funcional al poder.

Para aterrizar el análisis de la determinación social de una pandemia o de cualquier proceso epidemiológico en un espacio social concreto, hemos utilizado como herramienta metodológica la *matriz de procesos críticos con base social y territorial*. Un *proceso crítico* es una transformación multidimensional, socialmente determinada, que genera encarnaciones (“*embodiments*”, colectivas e individuales en la salud humana y los ecosistemas —como los que se ejemplifican en el gráfico 4: G1, G2, P1, I1, I2—. Todo eso se genera en un territorio y se distribuye de acuerdo con las relaciones de poder de clase, género y etnoculturales (Breilh 2020). Dichos subprocesos tienen, como hemos indicado, una *base territorial* —es decir una espacialidad— que debe desentrañar la geografía crítica de la salud, y una *base social* que corresponde a los modos de vida típicos que se reproducen en dicho territorio, según cinco dimensiones del modo de vida de esas clases: 1) modos y patrones de trabajo; 2) modos y patrones de consumo; 3) modos/capacidad de organización y soportes; 4) modos/capacidad de construcción de identidad cultural propia; y 5) modos de relación con los ecosistemas (relaciones metabólicas).

La tipología de modos de vida permite caracterizar el grado de consolidación saludable o malsano de colectivida-

des en el territorio y caracterizarlas correspondientemente según patrones de exposición y vulnerabilidad a la transmisión viral. Igualmente permite conocer el grado de desarrollo de la capacidad organizativa y cultural como protectores.

En síntesis, se trata de comprender la realidad socio-epidemiológica interrelacionando los tres ámbitos: el dominio general (G) de la sociedad (es decir, la reproducción social y las relaciones metabólicas ambientales más amplias de la naturaleza-sociedad); (P) los modos de vida particulares de los colectivos típicos con sus relaciones metabólicas sociales y específicas (es decir, clase social, género y poder etnocultural y relaciones metabólicas); y el dominio individual (I) de personas / familias con sus estilos personales específicos de vida y encarnaciones psicológicas corporales (es decir, fenotípicas, genotípicas, psicológicas y espirituales).

En síntesis, la determinación social de la pandemia de SARS-CoV2 (COVID-19) no solo es compleja debido a su naturaleza multidimensional, sino a que la dinámica de su proceso de acondicionamiento de la salud abarca el movimiento contradictorio de subprocesos concretos saludables, de soporte vital, de protección y, por el contrario, procesos concretos malsanos, dañinos y subprocesos destructivos. Como se explicó anteriormente, este movimiento multidimensional se desarrolla simultáneamente e interdependientemente en las tres dimensiones (G - P - I) que se muestran en el GRÁFICO 6.

Sobre la base del conocimiento de los procesos destructivos/malsanos y protectores/saludables se puede, además, conocer el espectro de acciones de prevención (contrarrestar los procesos malsanos en las tres dimensiones (G-P-I)) y las de promoción de la salud (favorecer y consolidar los procesos protectores en los tres ámbitos).

La epidemiología crítica, la biología molecular y la genómica del virus

El debate académico pero también político sobre si la pandemia por SARS-CoV2 (COVID-19) es natural o socialmente generada, ha desinformado a la colectividad y ha incidido en un falso dilema sobre dicha naturaleza. Una visión unilateral desde la hiper-especialidad, en lugar de impulsar una lógica integral y la indispensable investigación interdisciplinaria del problema, ha terminado divorciando campos de análisis que en la realidad son interdependientes: el biológico y el social. El virus es el elemento biológico especificador de la pandemia y de sus consecuencias en la salud, pero sus procesos de transformación genómica, transmisión en huéspedes humanos, capacidad infecciosa y confrontación de defensas y protecciones, son esencialmente sociales. Todo fenómeno bio-natural es a la vez social o socialmente determinado. Entre el movimiento social y el biológico hay un estrecha interdependencia.

Este argumento sobre la relación social-biológico tiene una vasta literatura científica, para cuyo conocimiento invito al lector a mirar, entre otras, la bibliografía de mis propios escritos anteriores sobre esta temática y el fenómeno de subsunción (Breilh, 1994, 2020).²⁹ Lo social no es externo a lo biológico, ni lo social se reduce al orden de un factor de riesgo. En la realidad los procesos biológicos, sean estos los que se desenvuelven en los cuerpos humanos o en los ecosistemas, se desarrollan bajo subsunción de los procesos sociales más complejos. Esto no significa que pierdan especificidades de sus elementos ni de sus condicionamientos y normas de reacción biológicos. Lo que ocurre es que su movimiento se supedita o subsume bajo las condiciones del espacio social en que opera (Levins & Lewontin, 1985; Lewontin & Rose & Kamin, 1984).^{30 31}.

Desde las dos vertientes biológica y social hay interpretaciones y hallazgos significativos, así como argumentos potentes frente al conocimiento de este nuevo campo del conocimiento epidemiológico. La complejidad del mismo, a la fuerza, lo convierte en un problema transdisciplinario. Y cuando reivindicamos una aproximación transdisciplinaria estamos

[29] Breilh, J. (1994). Las ciencias de la salud pública en la construcción de una prevención profunda. En *Lo biológico y lo social: Su articulación en la formación del personal de salud*. Washington: Organización Panamericana de la Salud, p. 63-100. Ver: <http://hist.library.paho.org/Spanish/DRH/21485.pdf>

[30] Levins, R., & Lewontin, R. (1985). *The Dialectical Biologist*. Harvard University Press.

[31] Lewontin R & Rose S & Kamin L. (1984). *Not in our genes: Biology, ideology and human nature*. New York: Pantheon Books.

implicando la acepción que a este término le da el Manual de Transdisciplinaridad de Oxford, que lo define como el trabajo por medio del cual se logra una cuidadosa complementación conceptual y metodológica, integración y colaboración de disciplinas que resulta en una nueva forma alternativa de conocimiento y no una simple yuxtaposición artificiosa de aportes (Thompson, 2010, 15-30).³² Este enfoque respetuoso y sapiente de disciplinas, y la integración constructiva sin prejuicios de sus potencialidades, hace posible un tipo de cognición inteligente, penetrante y motivadora que excede las contribuciones valiosas pero incompletas de disciplinas especializadas aisladas, trascendiendo sus límites unidisciplinarios y haciendo posible el conocimiento transformador (Breilh, 2020).

En ese marco transdisciplinario y focalizando el análisis en el dilema de choque versus complementación de escuelas científicas, la literatura reciente permite reconocer dos vertientes transdisciplinares. En primer lugar la epidemiología crítica de la generación y distribución social de la pandemia, la cual a su vez se abre en dos miradas o énfasis: por una parte los estudios enfocados en el peso de las actividades de cría animal a gran escala (i.e origen socio-zoonótico de la pandemia), sus consecuencias en los ecosistemas y por otra parte los estudios acerca de la distribución social de las encarnaciones fisiopatológicas

[32] Thompson J. (2010). A taxonomy of interdisciplinarity in *The Oxford handbook of interdisciplinarity*, Frodeman R, Thompson J & Mitcham C (Eds.). Oxford: Oxford University Press, p.15-30.

(“*embodiments*” y vulnerabilidades en colectivos humanos socialmente diferenciados según sus condiciones de clase, de género y etno-culturales/raciales.

En segundo lugar están los estudios sobre la biología molecular y la genómica de la producción y reproducción de cepas virales, su virulencia y comportamiento antigénico. Tal vez la crítica a la medicalización excesiva y a la hegemonía del pensamiento lineal biologicista que hemos expuesto en secciones anteriores de este ensayo, puede haber dado al lector la impresión errada de que nosotros no consideramos fundamental el conocimiento de los procesos bio-moleculares y de la genómica viral. Nada más lejano a nuestro pensamiento.

Justamente desde la perspectiva de la determinación social se resalta la relación profunda que existe entre los “*embodiment*” que se presentan en los genotipos y fenotipos de las personas, como pueden ser en la problemática que aquí tratamos: la transformación del papel protector de la enzima convertidora de angiotensina en el rol destructivo de puerta de entrada para la penetración viral; la transformación del papel inmune de los macrófagos en una función patógena de ser desencadenantes de una tormenta inflamatoria de citoquinas en el llamado síndrome de activación macrofágica; o el cambio del proceso hemostático en desencadenamiento del síndrome anti-fosfolipídico con baja de plaquetas y fibrina que regula la hemostasia. A su vez, los procesos biomoleculares de los virus —como es el caso de la ca-

pacidad de transformación del ARN viral— se suman a estos ejemplos sueltos de procesos que no son fruto de una modificación fisiológica o genómica espontáneas o mutaciones meramente probabilísticas, sino de un contexto de determinación socio-ecosistémico.

El Profesor Luc Montagnier, ganador del premio Nobel de medicina en 2008 por su descubrimiento de los virus de la inmunodeficiencia humana (VIH), sostiene que el genoma del SARS-CoV-2 habría sido diseñado y contiene algunos genes del VIH -1 y afirma que esa similitud genómica es imposible de haberse logrado sin intervención directa de la ingeniería genética. Alrededor de su argumento se ha producido un álgido debate, el hecho es que sea por intervención directa en un laboratorio o como consecuencia de patrones de artificialización agropecuaria, la recombinación genética demuestra que es un hecho que hay una clara determinación social en la genómica viral.

En esa misma dirección cabe recordar que el caldo de cultivo para producir mutaciones o recombinaciones genéticas de virus más letales y bacterias multi-resistentes a los antibióticos, es la cadena de transformaciones provocadas por una actividad agro-industrial descontrolada en la que confluyen grandes concentraciones de animales hacinados genéticamente uniformes, con sistemas inmunológicos debilitados y a los que se administran continuamente antibióticos. Es lo que demuestran los estudios de

Wallace (*Big farms make big flu* (2016)³³ y las recopilaciones científicas de Ribeiro (2020).³⁴

Lo que interesa destacar en este punto es que las publicaciones que han declarado —como es el caso de la propia OMS— “el origen natural del virus” no constituyen criterios científicos serios sino argumentaciones político-ideológicas.

Qué hacer: transición-reforma e interregno hacia una sociedad de la vida

En uno de sus recientes ensayos, mi buen amigo Boaventura Santos, al invitarnos a alimentar la esperanza, comienza citando palabras de José Martí en “Nuestra América” donde aseveró que las “trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra” y retomando además el concepto gramsciano de *interregno*, que se refiere a la situación de sociedades que pasan por períodos en los que lo viejo no acaba de morir y lo nuevo aún no ha nacido plenamente (Santos, 2020).³⁵ Al acierto del querido Boa de articular estas dos ideas fuerza de Martí y Gramsci y de recordarlas justamente en estos tiempos en que se disputa la di-

[33] Wallace, R. G. (2016). *Big farms make big flu: Dispatches on infectious disease, agribusiness, and the nature of science*. Monthly Review Press.

[34] Ribeiro, S. (2020, febrero 29). Coronavirus, agro-negocios y estado de excepción. *La Jornada*. Ver: www.jornada.com.mx/2020/02/29/economia/019a1eco

[35] Santos B. (2020). Para alimentar la llama de la esperanza. *La Habana: Revista Casa de las Américas* No. 298 enero-marzo/2020 pp. 5-15.

rección que deberán tomar las sociedades en una supuesta pospandemia, yo añadiría una tercera noción de Bolívar Echeverría en su teoría de las transiciones y la noción de una reforma que toma distancia respecto a un reformismo funcional (Echeverría, 1990).³⁶ Lo que Echeverría indica es que para que una sociedad se transforme debemos evitar las prácticas del reformismo que consisten en cambiar las formas pero dejando la sustancia social intacta. Esgrime él, con su notable sapiencia, que el camino de la transformación es la reforma que avanza mediante cambios formales que emplazan la sustancia y la horadan.

En la combinación de estos principios de la transición —i. e trincheras conceptuales para romper el cerco del pensamiento hegemónico; claridad para entender que lo viejo no acaba de morir y que lo nuevo no ha nacido todavía—, entendiendo por tanto los peligros y oportunidades del interregno, es que debemos armar proyectos de reforma desde varios frentes para avanzar en la derrota de la sustancia histórica del capitalismo del siglo XXI en cada campo. Un camino en el que es indispensable una relación dialéctica y una estrecha cooperación entre nuestros pueblos movilizados por la vida, y una academia contrahegemónica.

De alguna manera a lo largo de estas páginas hemos dado unas pinceladas sobre el complejo y amenazante

[36] Echeverría, B. (1990). La izquierda: Reforma y revolución. Utopías, Revista de la Facultad de Filosofía y letras - UNAM, 6.

interregno que vivimos en el campo de la salud y la vida. Cabe ahora sintetizar aquí algunas ideas extraídas del libro reciente que hemos citado a lo largo de estas páginas. Son posturas y pensamientos surgidos de una larga experiencia de trabajo conjunto con colectividades de trabajadores rurales que luchan en el campo agrario por una sociedad justa y saludable. Si bien en esa vinculación nos hemos propuesto una construcción transdisciplinaria e intercultural de la ciencia, la mirada de estas páginas es inevitablemente producto de una práctica académica desde la universidad pública. Una tarea central es desentrañar las ideas y la práctica funcionales, mono-metódicos, monoculturales y “eurocéntricas” que impregnan las ciencias convencionales.

Los pueblos del sur, y también los del norte, deben establecer un inventario epistemológico crítico para descolonizar las teorías, los elementos metodológicos y las concepciones que someten nuestro trabajo científico y técnico a los principios extraños y unilaterales del empirismo funcional.

Para realizar este ambicioso cambio de paradigma, el trabajo académico crítico no solo debe separarse de la excesiva especialización, sino que también debe derrotar el silenciamiento epistémico de los pueblos de otras culturas.

En nuestras sociedades se encuentran activos y movilizados diversos sujetos que tiene una comprensión y postura crítica frente al modelo de sociedad que nos amenaza. Como parte y subproducto de su compromiso con la justicia, la equidad y la defensa de la vida, cada

sujeto social activo tiene su propia narrativa e intereses estratégicos. Los gremios de trabajadores(as), los movimientos indígenas, afroamericanos, las organizaciones de género, las ambientalistas, todas tienen sus agendas y reivindicaciones. Todas ellas deben consolidarse y enriquecerse, pero hay una necesidad ineludible frente a la historia que es, a la par, tener la sabiduría y fuerza para conformar espacios y momentos de unidad en aras de una meta-crítica de la sociedad neoliberal y sus políticas contra la salud y la vida.

El análisis meta-crítico implica la convergencia de las diversas epistemologías críticas representadas en todos y cada uno de los participantes sociales. Cada uno debe estar dispuesto a integrar una plataforma social colaborativa que reconozca sus intereses estratégicos, pero al mismo tiempo, cada grupo debe estar dispuesto a reconocer las necesidades estratégicas del otro como iguales a las suyas. También presupone un reconocimiento mutuo epistémico y la voluntad de aceptar la transferencia mutua de conocimiento y la transgresión de las declaraciones convencionales a través de la complementación (Breilh, 2020).

La inequidad en salud es la encarnación central de nuestra civilización. Como he explicado en publicaciones anteriores, el elemento central de la inequidad es la confluencia de distintas dimensiones de concentración del poder social y de la correspondiente exclusión que abarcan

los componentes de la desigualdad de clase, género y etnoculturalidad (Breilh, 1991,1994,1996, 1999,2003).^{37 38 39 40}

En toda sociedad, pero particularmente en aquellas que experimentan una lucha por la interculturalidad y la plurinacionalidad, debemos superar la folclorización y el funcionalismo multicultural. Una vía potente para este esfuerzo es el estudio profundo de las riquezas especiales del pensamiento de los(as) otros(as). En las sociedades andinas esa sabiduría existe en las colectividades indígenas.

Desde esa base consistente de renovación epistemológica profunda, pueden subvertirse las nociones hegemónicas de salud en general, de prevención y promoción de la salud. Justamente el modelo de la determinación social de la salud ha sido concebido para ampliar su horizonte y los campos de prevención.

Es en ese marco de de-construcción y reconstrucción conceptual, filosófica y ética que debe implementarse un

[37] Breilh, J. (1991). *La triple carga (Trabajo, práctica doméstica y procreación): Deterioro prematuro de la mujer en el neoliberalismo*. Centro de Estudios y Asesoría en Salud -CEAS.

[38] Breilh, J. (1993). *Género, poder y salud* (1era ed.). Universidad Técnica del Norte y CEAS.

[39] Breilh, J. (1996). *El género entrefuegos: Inequidad y esperanza*. Centro de Estudios y Asesoría en Salud -CEAS.

[40] Breilh, J. (1999). La inequidad y la perspectiva de los sin poder: Construcción de lo social y del género. En M. Viveros & G. Garay Ariza (Eds.), *Cuerpo, diferencias y desigualdades: Simposio del VIII Congreso de Antropología en Colombia, diciembre de 1997* (1era ed., pp. 130-141). Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, U. Nacional.

replanteamiento radical de la llamada vigilancia epidemiológica para convertirla en un sistema de monitoreo crítico participativo, ligado al reforzamiento del principio de precaución y a un modelo de acción que articule un bloque social de afectados e interesados, un proyecto emancipador y una capacidad científico-técnica y de gestión (ver TABLA 3).

Este es apenas un ejemplo de reforma del sistema de salud en su vertiente colectiva, que debe necesariamente ir de la mano con una profunda transformación de la lógica y principios del modelo médico, o mejor dicho farmo-bio-médico imperante. Al respecto de esto último, hay dos líneas y casos emblemáticos que deben destacarse en esta pandemia. En primer lugar la necesidad de que la atención integral de la salud y de las emergencias radique en el sector público y sus sistemas de seguridad social eficientes. Cuestión que ha sido reconocida hasta por un líder conservador europeo como Macron, el Presidente de Francia. Afirmación que además cobra sentido práctico en el éxito evidente de Costa Rica con su ejemplar sistema de seguridad social pública universal, alrededor del cual se ha construido una cultura en salud basada en el derecho de pobres y pudientes por igual. Pero en segundo lugar, está el potente ejemplo del éxito llamativo del sistema público del Estado de Kerala en la India —que ha posicionado el derecho social en el control de la pandemia, articulando con gran éxito y orgánicamente, la solidaridad del Esta-

Tabla 3

Vigilancia epidemiológica convencional versus monitoreo crítico participativo

Dimensiones	Vigilancia epidemiológica convencional	Monitoreo estratégico participativo
Objeto	Enfermedad (casos); expresiones individuales de enfermedad; acciones de cuidado público de salud.	Salud colectiva, procesos críticos (protectores y destructivos), realizaciones respectivas.
Fundamentos conceptuales/ teóricos	Causalidad; prevención etiológica individual pero en escala ampliada.	Determinación social de la salud (colectiva e individual); pensamiento complejo - epidemiología crítica; planificación estratégica, control social y responsabilidad participativa.
Sujetos sociales involucrados	Tomadores de decisiones con enfoque estado-céntrico, inteligencia de salud centralizada vertical.	Estado (público) y conducción social; organismos participativos de inteligencia sanitaria; organizaciones de la comunidad social en cooperación con los encargados de tomar decisiones públicas intersectoriales
Tipo de participación	Reporte de de legos "lay reporting" pasivo, colaboración externa.	Inteligencia de salud de dos vías, participativa y empoderadora.
Sistema de información / organización	Flujo de información vertical; centralizado; ineficiente; costoso; cobertura limitada; y centrípeto.	Lógica político-estratégica centrada en los intereses de los pueblos; con tres subsistemas: monitoreo crítico; reacción inmediata participación comunicativa..

Breith J. 2020. *Critical epidemiology and the peopless' health*. NewYork: Oxford University Press (Traducción del autor).

do con un modelo popular solidario de investigación y prevención— Esto incluye la participación popular en el monitoreo y control del problema, pero además, la activación en los más altos estándares de la medicina científica —logrados en espacios de investigación de universidades y centros públicos que he tenido la suerte de conocer— que trabajan para romper el monopolio privado del sistema de patentes de medicinas e insumos de la salud; produciendo alternativas genéricas baratas a los medicamentos patentados; y aplicando la filosofía del software libre en la medicina, con códigos fuente bajo licencia pública. En la línea del *Creative Commons* de Lawrence Lessig, han logrado: instituir la libertad de propagar innovaciones científicas y culturales sin ánimo de lucro, solo reconociendo la identidad y el papel del innovador; organizar la investigación de fármacos de código abierto (Open Source Drug Discovery -OSDD-) con sentido social y no bajo cánones de lucro. En ese marco se ha podido implementar la iniciativa COVID de código abierto centrada en la Fundación Abierta de Fármacos (Open Pharma Foundation), en la que los científicos indios juegan un papel de liderazgo. Una fundación que transformando una estrategia de investigación a puertas cerradas y de competencia desleal, trabaja sobre los principios de transparencia colaborativa, logrando procesos más baratos y eficientes. Lo más importante de esta filosofía humanista es que está rompiendo el cerco

perverso de la burbuja biomédica comercial, que solo trabaja drogas lucrativas y deja sistemáticamente por fuera la investigación y producción de medicinas vitales pero no rentables, mediante financiamiento público internacional. Así han dispuesto los hermanos de esa fascinante provincia india, las medicinas que requieren las personas aliviando los presupuestos públicos. Mediante una Coalición de Código Abierto han instituido un Pool Abierto de Patentes (Open Patent Pool) que realiza investigaciones detalladas sobre patentes existentes en la atención médica y expide licencias a aquellos interesados en producirlas (Ekbal, 2020).⁴¹

Finalmente para quienes trabajamos desde las universidades, el gran desafío es liberarlas de lo que Enrique Dussel ha llamado acertadamente el *sucursalismo*. Que es el más claro síntoma de universidades que han perdido el alma soberana y solidaria, dejando de ser una autoconciencia potente de su sociedad. Este desafío se ha tornado más visible en la pandemia pues los negocios de la salud se han activado a la par que los apuros de las acciones de reacción inmediata que parecen tornarnos más vulnerables ante la dependencia obediente de los protocolos y modelos externos.

Repito aquí un fragmento de mi propuesta de gobierno universitario cuando fui electo rector de la Universidad

[41] Ekbal, B. (2020, junio). Open Source Covid Movement: Non-Capitalist Alternative to Control Pandemic Kerala: Peoples Democracy. Ver: https://peoplesdemocracy.in/2020/0607_pd/open-source-covid-movement-non-capitalist-alternative-control-pandemic

Andina Simón Bolívar del Ecuador en 2016: “Trabajemos por una universidad latinoamericanista, transdisciplinaria e intercultural, enamorada del Sur, junto a su pueblo, y hermanada en la construcción de un mundo distinto —también con soñadores del Norte—, con convicciones y fortalezas que se conviertan en herramientas de transformación social.”

[VOLVER
AL MENÚ](#)

María Belén Herrero es Licenciada en Sociología y Doctora en Ciencia Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Se ha especializado en Epidemiología en la Escuela de Salud Pública de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Es Investigadora principal en el Área de Relaciones Internacionales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO Argentina) e Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Dirige el proyecto PICT sobre "El proceso de regionalización de las políticas de salud en América Latina: un análisis de las trayectorias de pensamiento latinoamericano". Participa en proyectos de investigación con el Instituto Gino Germani, la Universidad Nacional del Litoral y la Universidad Nacional de José C Paz. Docente y tutora en la Maestría de Relaciones Internacionales de FLACSO, en el doctorado de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y en otras instancias de formación a nivel regional. Ha sido coordinadora académica del Diplomado en Cooperación Sur-Sur (2019-2020). Ha sido coordinadora del Grupo de Trabajo Regional "Salud Internacional y Soberanía sanitaria" del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Seleccionada en representación de Argentina para el Programa de Líderes en Salud Internacional de la Organización Panamericana de la Salud (2016). Es integrante de la Red de Salud Internacional y de la Red Argentina de Investigadoras e Investigadores en Salud (RAIIS). Sus publicaciones incluyen artículos en revistas nacionales e internacionales, capítulos de libros, libros, documentos técnicos y notas de opinión, y trabajos científicos presentados en Congresos y otros eventos técnico-científicos. Su campo disciplinar es la Salud Colectiva y sus principales áreas de investigación son: Salud Internacional; Cooperación Sur-Sur; Epidemiología Social; Políticas de salud.

Marcela Belardo es Licenciada en Ciencia Política y Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y magíster en Epidemiología, Gestión y Políticas de Salud por la Universidad Nacional de Lanús (UNLA). Ha realizado un posdoctorado en el Departamento de Política, Planificación y Administración en Salud del Instituto de Medicina Social de la Universidade do Estado de Rio de Janeiro (IMS-UERJ) (2015-2018). Es investigadora de CONICET en el Instituto de Estudios Sociales en Contextos de Desigualdades de la Universidad Nacional de José C Paz (IESCODE-UNPAZ). Es profesora de Teoría del Estado en la Facultad de Derecho (UBA) y en distintos posgrados relacionados a la salud colectiva en diversas universidades públicas del país. Dirige actualmente el proyecto UBACYT sobre "Trayectorias del pensamiento latinoamericano en salud y las políticas regionales" y participa en diversos proyectos de FLACSO-Argentina. Es Editora asociada internacional de la Revista Physis de Saúde Coletiva (RJ-Brasil) y es miembro de la Red Argentina de Investigadoras e Investigadores en Salud (RAIIS). Su campo disciplinar es la Salud Colectiva con énfasis en la interfaz entre ciencia, evidencia y políticas públicas, análisis de diseño, formulación e implementación de políticas de salud; biomedicina y racionalidades médicas-epidemiológicas, y salud internacional.

Negacionistas, gradualistas y estrictos El complejo engranaje entre las políticas, el tiempo y los sistemas de salud

María Belén Herrero y Marcela Belardo

La pandemia del siglo XXI y las políticas sanitarias: un modelo explicativo

El primer caso de coronavirus que el sistema de salud chino detecta se produjo el 16 de diciembre en el Hospital Wuhan Union cuando una mujer de 57 años se acerca ante varias consultas previas por una gripe muy fuerte que no cesaba. A lo largo de los días comenzaron a acercarse otros pacientes con síntomas parecidos a los de una neumonía (La Nación, 30/3/2020). Esta cantidad de casos atípicos alertó, en primer lugar, a los médicos. El 26 de diciembre se reporta esta situación al sistema de vigilancia epidemiológica y el 30 de diciembre las autoridades definen una búsqueda activa de pacientes con estos mismos síntomas. El 31 de diciembre la provincia de Wuhan alerta al sistema de salud nacional, al *Center for Disease Control*

de China y la Organización Mundial de la Salud (OMS) es notificada de este infrecuente aumento de casos de neumonía, que a primera vista no parecía deberse al SARS.¹ El 7 de enero los científicos chinos detectan que se trata de un coronavirus y el 12 de enero, esto es, a menos de un mes de notificarse el primer caso, secuencian su genoma. Al otro día ya disponían de los primeros kits para pruebas (Pueyo, 2020). El 20 de enero se incorpora como enfermedad de notificación obligatoria para todo el sistema de salud, y el 23 de enero se cierra por completo la provincia de Wuhan y al día siguiente sucede lo mismo con otras 15 ciudades. El 30 de enero la OMS declara la emergencia de salud pública de importancia internacional y ante la rápida propagación del virus al resto del mundo, el 11 de marzo declara el estado de pandemia. El virus se había extendido a 190 países y entre marzo y abril el 90% de la población mundial estaba sometida a cierres parciales o completos de fronteras y a restricciones para viajar (Sanahuja, 2020).

La rápida propagación del Sars COV 2 se debe a hechos biológicos (mutación del virus, salto intra-especies y su alta contagiosidad) sobre los cuáles influyen determinantes sociales, que se inscriben en un mundo hiperconectado como el actual. Sin embargo, luego de 4 meses desde que se ha declarado la emergencia sanitaria es posible ver que la en-

[1] Síndrome respiratorio agudo grave. El SARS apareció en China en 2002. La epidemia se extendió por 37 países desde finales de 2002 hasta mediados de 2003 tras originarse en el sur de China, provocando 774 muertes.

fermedad impacta de manera muy desigual en los distintos países. Basta con ver algunas cifras como por ejemplo la tasa de letalidad² que va del 0,3% en Hong Kong al 16% en Bélgica, como también la cantidad de casos nuevos por día como EE.UU. que tuvo hasta 39 mil nuevos casos en un día o las muertes y casos por millón de habitantes.

¿A qué se deben estas diferencias tan profundas? En un mundo interconectado e interdependiente y siendo la salud un proceso multidimensional y complejo, sin dudas se debe a muchos determinantes en distintos niveles, que pueden ayudarnos a comprender algunas variaciones, desde cuestiones ambientales y estacionales, las características demográficas hasta los niveles de desigualdad, entre otros. Sin embargo, hay un conjunto de aspectos que tiene un peso fundamental a la hora de explicar el devenir de la pandemia en cada país, su desarrollo y (sin pretensión de futurología) su desenlace. Estos aspectos están vinculados con 3 dimensiones: el *sistema de salud*, el *tiempo*, y las *políticas* (Grafico 1). Ahora bien, a la hora de enfrentar la pandemia, ¿cuáles tienen más peso? ¿se trata de la capacidad de respuesta de los sistemas de salud, de las medidas adoptadas (políticas) o el momento en el cual se adoptaron? Dicho de manera resumida ¿es el sistema de salud o son las medidas adoptadas?

[2] Aquellos que fallecen a causa de la enfermedad (número de fallecidos/número de casos).

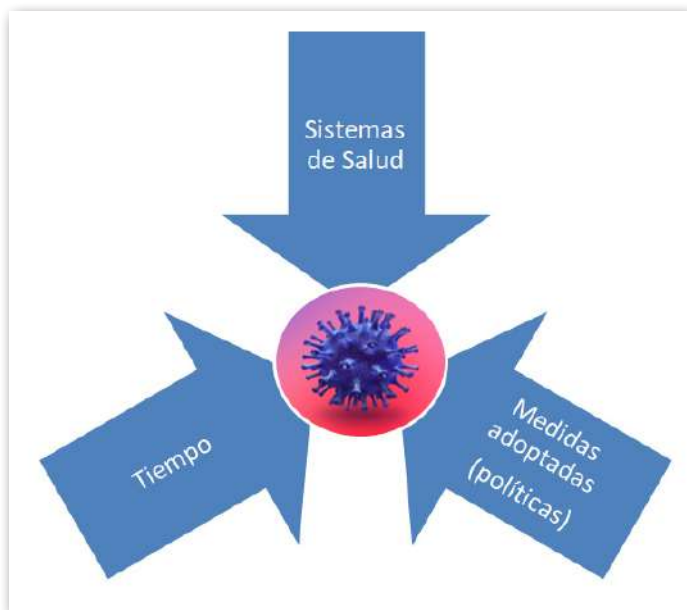


Gráfico 1: Dimensiones explicativas del devenir de la pandemia.
Fuente: Elaboración propia.

En este trabajo se entiende por *tiempo* a los días transcurridos entre el primer caso confirmado y las primeras medidas de aislamiento adoptadas. Por *política* o *medidas adoptadas* se entiende al conjunto de acciones dictadas por los gobiernos para hacer frente a la pandemia, sean de contención, mitigación y las vinculadas al aislamiento y/o seguimiento estricto de casos y contactos. Sin desconocer que existe otro conjunto de medidas complementarias como las de prevención individual (uso barbijos, distancia física, etc.)

y económicas pero que exceden a este escrito. Por *sistema de salud* se entiende el modelo de organización social para dar respuesta a los problemas de salud de la población que articula tres componentes: el modelo de gestión, el modelo de financiación y el modelo de atención. Según una clasificación clásica, existen 3 tipos “ideales” de sistemas de salud: público de acceso universal, seguro social y privado (Esping-Andersen, 1990; Rodrigues y Santos, 2010)

El objetivo de este trabajo es analizar el impacto de las *medidas políticas adoptadas*, del momento de su implementación (*tiempo*) y de la capacidad de respuesta de los *sistemas de salud*; y, a su vez, la interacción entre estas dimensiones en el abordaje y devenir de la pandemia en un conjunto de países seleccionados

Este trabajo parte de una hipótesis, que trataremos de demostrar en las siguientes secciones: la interacción, dialéctica y permanente, de 3 dimensiones determina el devenir de la epidemia en escenarios específicos. La capacidad de respuesta de los *sistemas de salud* es un aspecto fundamental, necesario, pero no suficiente para enfrentar esta pandemia. Las *medidas políticas* de aislamiento y decretadas a *tiempo* desempeñan un papel central. De la presencia diferencial de estas tres dimensiones, y su interrelación, surgen escenarios y resultados diversos que determinan un devenir diferente de la pandemia, en términos de propagación comunitaria del virus, ocurrencia de casos y muertes, ante la inexistencia de vacunas y tratamientos

en los distintos países. Intentaremos evidenciar en este trabajo estos escenarios, a través de la identificación de 3 grupos de países que hemos denominado: “*Negacionistas*”, “*Gradualistas*” y “*Estrictos*”.

La “revelación progresiva”

Una epidemia puede ser pensada como una obra dramática con una secuencia narrativa bastante predecible. Como en una obra de teatro las epidemias atraviesan por una serie de escenas que siguen una línea argumental de creciente y reveladora tensión, provoca una crisis de carácter individual y colectiva, y finalmente deriva en su culminación (Rosenberg, 1992). Así es como esta pandemia nos ha vuelto protagonistas de una obra dramática que además de tener aún un final incierto, nos mantiene expectantes frente al libreto que va escribiendo cada país.

En toda epidemia el acto inicial se produce como una especie de “revelación progresiva” en donde las sociedades y, sobre todo, las instituciones son renuentes a reconocer la presencia de la entrometida enfermedad. En general, la primera reacción es la negación, y a medida que la epidemia se extiende, enferma y cubre con su manto de muerte a aquellos que no pudieron huir de ella; el reconocimiento de su existencia se va produciendo gradualmente. Solo cuando la presencia de una epidemia es inevitable recién ahí se admite públicamente su existencia. Efectivamente la existen-

cia de una enfermedad es un evento que tarda cierto tiempo en incorporarse en el relato público, y más tiempo aún en la nómina de enfermedades que deben ser notificadas a las autoridades con cierta periodicidad, primer paso en el reconocimiento de su existencia por parte de un Estado. Antes de que la enfermedad sea incorporada en la agenda de las autoridades sanitarias los médicos tuvieron que acumular suficiente evidencia y “los enfermos debieron ir en ascenso y los muertos debieron ir acumulándose” (Rosenberg, 1992), para que los funcionarios reconozcan lo que ya no puede ser ignorado.

En un primer momento hubo alguna resistencia a reconocer la existencia de una enfermedad cuyo origen se encontraba en un virus desconocido, pero, aun así, y ante el viejo fantasma del SARS, China activó rápidamente las alarmas y cerró el mercado de Wuhan. Algunos medios de comunicación sostenían que la población china no tenía información sobre el nuevo virus, pero veía que las autoridades desinfectaban el mercado cerrado con trajes especiales (Heraldo, 2020). A pesar de los casos confirmados y en sospecha, no se admitía, probablemente por falta de evidencia, la transmisión entre humanos. De todas formas, solo dos semanas pasaron desde el reporte del primer caso en Wuhan y la notificación a la OMS (WHO, 2020). En un mundo cada vez más interconectado los tiempos se aceleran, las enfermedades se propagan a mayor velocidad porque tienen vías más rápidas para

conquistar lugares —China tiene 40 aeropuertos internacionales desde los cuales, en 2019, viajaron 173 millones de personas al exterior—. Así rápidamente los casos de COVID-19 fueron en aumento, y se empezó a detectar la enfermedad en ciudadanos residentes en otros países que habían estado en Wuhan, por lo que proveyó la evidencia de que no solo se estaba ante la presencia de una enfermedad desconocida, sino ante un posible problema de salud pública a escala planetaria.

Algunos gobiernos, científicos, medios de comunicación, sectores de la economía e individuos, aunque con diferentes intenciones y relatos, también negaron la gravedad e incluso la existencia de la enfermedad por un período de tiempo bastante prolongado. Afirmaban que era parte de un complot para tapar la crisis económica mundial, que forma parte de la guerra comercial entre Estados Unidos y China, que otras enfermedades como la gripe son más dañinas que el coronavirus o que los peritos de la OMS son incapaces y, por lo tanto, dudosas sus recomendaciones (Herrero y Belardo, 2020). A medida que pasaron las semanas, los enfermos y muertos fueron en ascenso, los médicos empezaron a acumular evidencia científica, y estas voces se tornaron cada vez menos audibles y aceptaron lo que ya no podían seguir negando. Más temprano o más tarde, todos tuvieron que aceptar la nueva realidad mundial. Pero aceptar la realidad no implica necesariamente actuar para evitar sus amargas consecuencias.

Las acciones políticas

Cada país fue adoptando en tiempos diferentes modalidades distintas de aislamiento en función de las características políticas, económicas, las condiciones estructurales, sanitarias, tecnológicas, y las experiencias previas con otras epidemias.

Desde que la OMS declara la emergencia sanitaria internacional, hemos visto tres tipos de actitudes y acciones de los gobiernos: los que prácticamente no han aplicado medidas; aquellos que implementaron medidas más drásticas, y países que fueron aplicando progresivamente las medidas de aislamiento hasta tener que decretar, muchos de ellos, a medida que se hacía evidente la progresión exponencial de la enfermedad, cuarentenas totales. Al interior de estos grandes grupos de países y tipos de reacciones es posible observar que el devenir de la pandemia varía en función de la capacidad de respuesta de los sistemas de salud, de las medidas adoptadas y del tiempo, y de cómo éstos interactúan.

En esta tipología identificamos países exponentes de cada grupo que hemos denominado *representativos*, que implica que son los que mejor reflejan las características de cada grupo. Esto está vinculado a que son los países que primero se vieron afectados por la pandemia (en su mayoría europeos o asiáticos), por lo que hoy es posible ver esa película completa. También están aquellos que rápidamente han manifes-

tado su postura. A los fines de este escrito hemos trabajado con una selección de países, sin embargo, creemos que esta categorización es aplicable a muchos otros, brindando un marco de análisis para estudiar y comprender el devenir de la pandemia en los distintos escenarios.

Los países Negacionistas

Este grupo de países desde el inicio de la pandemia, y durante un tiempo prolongado, negaron la realidad. Los países paradigmáticos de este primer grupo han sido las administraciones ultraderechistas de Donald Trump (EE. UU.), Boris Johnson (Inglaterra) y Jair Bolsonaro (Brasil), que pregonaron el «dejar pasar» del virus, más preocupados por la parálisis económica que las consecuencias en la salud colectiva. De América Latina, además de Brasil, también ubicamos a los gobiernos de Daniel Ortega (Nicaragua) y López Obrador (México), aunque se encuentran en otra fase de la epidemia, por lo que centraremos el análisis en los primeros 3 países.

En el caso de Estados Unidos y Brasil subestimaron la gravedad de esta nueva enfermedad, la catalogaron de una simple gripe o “gripezhna” y desafiaron abiertamente al mundo, a los gobernadores y a sus propios pueblos. El extremo de ese accionar es el del exmilitar brasileño que viola constantemente las restricciones de distancia, la utilización de barbijo, despidió ministros de salud para

ubicar a alguien a su imagen y semejanza y convoca a manifestaciones en apoyo a su gobierno en una puja abierta con los gobernadores que adoptan medidas obligatorias de aislamiento físico, como el de San Pablo. En cambio, el gobierno de Boris Johnson justificó su accionar con el argumento epidemiológico de la “inmunidad del rebaño”³ con la esperanza de que con el tiempo llegue a haber tantos individuos que hayan superado la infección, que el virus no encuentre fácilmente personas susceptibles a las que infectar, interrumpiendo, de esta manera, la transmisión. Una estrategia completamente arriesgada, ya que aún no se conoce completamente el comportamiento de la enfermedad y tampoco se conoce si efectivamente se crea algún grado de inmunidad. De hecho, se estima que para alcanzar la inmunidad se necesita entre el 60 y el 70% de la población infectada, y los primeros estudios que se han hecho en Europa muestran en su mayoría cifras por debajo del 5%, esto indica no solo que la letalidad es demasiado alta para hacerlo solo con la (potencial) inmunidad que produce la infección, sino que la inmunidad

[3] La inmunidad de grupo (también, inmunidad colectiva o inmunidad de rebaño) describe un tipo de inmunidad que se produce cuando al vacunar a una parte de la población, y también por personas que son inmunes por contagio previo, se proporciona protección indirecta a los individuos no vacunados. Generalmente este tipo de protección se busca a través de la vacunación pero en el caso de la infección por coronavirus, al no disponer de vacunas, la esperanza es que con el tiempo llegue a haber tantos individuos que ya han superado la infección (de forma clínica o subclínica) que el virus no encuentre fácilmente personas susceptibles a las que infectar, por lo que se cortarían la transmisión.

de rebaño solo podría alcanzarse con la vacuna (El País, 11/5/2020). Esto ha implicado una estrategia irresponsable cuando se trata de la vida de las personas y más aún cuando afecta, según recientes estudios de la Oficina Nacional de Estadísticas inglesa, a la población más vulnerable de esta sociedad: adultos mayores, condición médica preexistente, y clase social (Página 12, 17/52020).

Observemos, ahora, los resultados en términos de casos totales (infectados), casos por millón de habitantes, número de fallecidos, muertes por millón y tasa de letalidad de Estados Unidos, el Reino Unido, y Brasil; cifras que superan ampliamente, por el momento, al resto de los países de los otros grupos, como veremos más adelante. Cuando más alejados los países del centro de la telaraña, más altas son las cifras para cada indicador (Gráfico 2). Estados Unidos hoy es el país con mayor cantidad de casos totales en el mundo, acercándose a los 2 millones de casos, muy lejos de los 82 mil casos de China, país donde se originó la pandemia. Brasil se ha convertido en los últimos días, en el segundo país con la mayor cantidad de casos de COVID-19 del mundo, nuevo epicentro de la enfermedad. Reino Unido posee una tasa de letalidad por COVID-19 de las más altas del mundo, siendo el quinto país en número de casos.

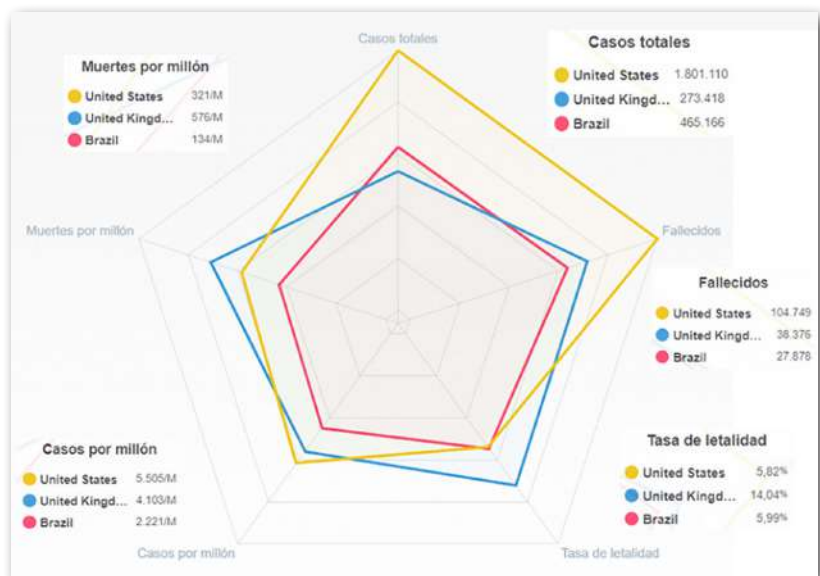


Gráfico 2: COVID-19 según casos totales, fallecidos, muertes por millón, casos por millón y tasa de letalidad, en *Negacionistas* (30/05/2020)

Fuente: Elaboración propia, <https://coronavirus.app/>

Ahora bien, analizando al interior de los países, en cuanto a su dimensión estructural vinculada a la capacidad de respuesta de los sistemas de salud, los 3 países tienen sistemas de salud muy distintos.

Estados Unidos es uno de los países que más gasta en salud (gasto público y privado), sin embargo, es uno de los sistemas de salud más inequitativos del mundo ya que

predomina el sector privado, accediendo los ciudadanos a los servicios en función de su capacidad de pago (Iriart, 2016). El enfoque de salud de EE.UU. es totalmente individualizado y curativo porque la salud es entendida como un negocio más. Luego de casi 3 meses, no logra aplanar la curva y tiene más de cien mil fallecidos y casi 2 millones de casos confirmados (datos de junio), frente a China que, con estrictas medidas de confinamiento, al mes ya había comenzado a aplanar la curva y hoy lleva registrados 83 mil casos y 4600 fallecidos aproximadamente.

Reino Unido tiene una tasa de letalidad que triplica la de China y 4000 casos confirmados por millón de habitantes (vs. China 60 / millón). Reino Unido tiene una curva muy similar a la de Italia, que ha sido el epicentro de la enfermedad en Europa, y a diferencia de este país, cuyo sistema de salud ha sido más desfinanciado en los últimos años, Reino Unido, a pesar de las privatizaciones y tercerizaciones periféricas, sigue siendo considerado el país con el mejor sistema de salud universal en el hemisferio occidental. No hay país capitalista que haya tenido un sistema de salud socialista como el que ha tenido Gran Bretaña (Rovere, 2020), pero desde que detectaron el primer caso, el gobierno de Boris Jonhson demoró más de un mes en implementar las medidas de aislamiento, y ya para entonces los hospitales no lograron abastecerse a tiempo de equipos y pruebas esenciales para hacer frente a la epidemia en suelo británico.

Brasil, finalmente, que ha invertido durante varias décadas en salud con un sistema que ha sido considerado ejemplo en la región y en el mundo, el Sistema Único de Salud —SUS— (Fleury, 2007), es el epicentro de la enfermedad en América del Sur, segundo país con más casos del mundo y una curva en franco y preocupante ascenso y un sistema de salud que está colapsando en varios Estados.

Esto demuestra que, sin *medidas de aislamiento*, el sistema de salud por sí mismo no es suficiente para enfrentar la epidemia. Esta pandemia también deja al descubierto que tampoco son suficiente los sistemas de salud universales y de acceso gratuito —sistemas que hasta ahora no habían sido cuestionados, como los de Suecia o Reino Unido—, puesto que también quedan obsoletos y rápidamente colapsan si no son acompañados por medidas adecuadas desde los gobiernos. En síntesis, los recursos destinados a salud, y la capacidad de respuesta de los sistemas sanitarios parecen ser un aspecto importante pero no suficiente, ya que sin las medidas adecuadas, se ven colapsados en su capacidad de respuesta.

Los países Gradualistas

Otro conjunto de países que podríamos denominar *gradualistas*, al principio descreídos, fueron aplicando progresiva y, en algunos casos, muy tibiamente, medidas de aislamiento físico hasta que se hizo evidente la pro-

gresión de la enfermedad y el ascenso exponencial de las muertes. El virus rápidamente se propagó por el continente europeo y no tuvieron ni la misma capacidad de respuesta ni los recursos de China para implementar las medidas de contención y mitigación, y sumado a una tardía definición política, los sistemas de salud colapsaron velozmente. “Como en una guerra, tenemos que decidir a quién salvar” declaraba un médico italiano. En este grupo se encuentran Italia, España, Francia y Alemania (aunque este último país implementó la “cuarentena selectiva”) y en América del Sur, donde la epidemia llegó varias semanas más tarde, estas experiencias no fueron suficientes para alertar a algunos gobiernos cuyos sistemas de salud colapsaron rápidamente como en Guayaquil —el más importante centro de comercio, finanzas y entretenimiento de Ecuador, una ciudad ampliamente conectada con vuelos regulares al exterior—, y más recientemente Chile (Gráfico 3). Al igual que en el grupo anterior, cuando más alejados los países del centro de la telaraña, más altas son las cifras para cada indicador (Gráfico 3).

Italia ha sido el epicentro de la pandemia en Europa y se considera que gran parte de la expansión de la enfermedad por el continente, e incluso por América, se ha debido a la velocidad con la que los casos se produjeron en este país. España, Italia y Francia se encuentran entre los primeros siete países con mayor cantidad de casos de COVID-19 en el mundo, y a su vez

estos dos últimos se encuentran entre los países con letalidad más alta junto con Reino Unido, tal como se ha mencionado en el grupo anterior. En América Latina, Ecuador ha sido el primer país de la región cuyo sistema de salud se vio rápidamente colapsado y hoy registra una de las tasas más elevadas de letalidad de toda la región, junto con México.



Gráfico 3: COVID-19 según casos totales, fallecidos, muertes por millón, casos por millón y tasa de letalidad, en *Gradualistas* (30/05/2020).

Fuente: Elaboración propia, <https://coronavirus.app/>

Los sistemas de salud de España e Italia se vieron colapsados fundamentalmente en la comunidad de Madrid y en la región de Lombardía, correspondientemente. Si bien es cierto que tuvieron menos tiempo para preparar a los sistemas de salud y los tomó de sorpresa, las medidas graduales no pudieron frenar la rápida propagación, esto sumado al debilitamiento de ambos sistemas de salud como consecuencia del más brutal ajuste y privatización que se inició durante las gestiones, en el caso de Italia, de Silvio Berlusconi. En España, por su parte, la cuestión no es más alentadora para el Sistema Nacional de Salud, que desde la década de 1990 se descentralizó en las 17 comunidades autónomas, y que ha sufrido sustantivos recortes presupuestarios desde 2011 que se evidenciaron en el movimiento de profesionales de la salud “Marea Blanca” que se movilizaron contra los recortes y los planes de privatizar hospitales y centros de salud.

En Chile, se están viendo, al momento de escribir este artículo, las consecuencias de la estrategia de la cuarentena selectiva y dinámicas en algunas comunas y regiones. Chile, bajo el gobierno dictatorial de Pinochet, privatizó gran parte de la salud, que ha llevado a un progresivo aumento en la exclusión de vastos sectores de la población. Esto sumado a la crisis social, económica y política que se expresó en una rebelión popular antes de la pandemia, por el aumento de la pobreza, la desigualdad y la falta del acceso a la salud y a la educación.

La segmentación ha sido la característica del sistema de salud de Ecuador conformado por el sector público y el privado; con un sistema de seguridad general financiado por las contribuciones de los trabajadores y los empleadores, la asistencia pública a cargo del Ministerio Público, y sistemas privados para los ciudadanos que pueden pagarlo. Esta fragmentación ha tratado de ser atenuada en el gobierno de Rafael Correa mediante una estrategia encaminada a que los pacientes puedan usar la red de servicios del Seguro Social Ecuatoriano o la de la asistencia pública, indistintamente de su condición de afiliación. Sin embargo, persiste la fragmentación en el acceso y la atención (Jimenez-Barbosa y col., 2017).

Este grupo de países muestra, por un lado, las consecuencias de las políticas de privatización, tercerización, la lógica de las ganancias y los ajustes presupuestarios sobre los sistemas de salud. En este contexto los sistemas vieron reducida su capacidad de respuesta y rápidamente colapsaron, ante la falta de medidas de aislamiento oportunas. Esto indica que el *tiempo* ha jugado un papel crucial. No solo se trata de implementar medidas de aislamiento, sino especialmente de adoptadas a tiempo. Medidas tomadas tardíamente, y muchas de ellas flexibles, llevaron al rápido colapso de sus sistemas de salud, que venían siendo debilitados de manera sistemática por políticas que no priorizan la salud, y que profundizaron el impacto social y económico de la enfermedad. A pesar del tiempo de venta-

ja con el que contó nuestra región, y de la evidencia disponible que daba cuenta de la necesidad de medidas rápidas de aislamiento, Chile y Ecuador fueron definiendo acciones de manera más paulatina, y las consecuencias salieron a la luz. Ambos países se encuentran en una fase distinta de la pandemia, en comparación con los países europeos, por lo cual las consecuencias de este tipo de acciones políticas por parte de los gobiernos se están viendo recién ahora. Por otra parte, nuestra región tiene características muy particulares (como por ejemplo convivir con otras emergencias sanitarias y ser la región más desigual del mundo) que hacen pensar que el impacto social y económico de esta pandemia será profundo.

Los países Estrictos

Finalmente, el tercer grupo de países son los denominados *estrictos*. Estos países, inmediatamente aceptaron la nueva realidad e implementaron medidas rápidas y drásticas como China, Corea del Sur, Paraguay, Argentina, Perú y El Salvador. Si bien son países que tuvieron sus primeros casos notificados en períodos de tiempos muy disímiles —los países asiáticos entre los meses de diciembre y enero y los latinoamericanos en marzo— ninguno titubeó y bloquearon paulatinamente las fronteras, los eventos masivos, la presencia en las aulas de los estudiantes y el traslado de las personas a sus trabajos. Cada país fue adoptando diferen-

tes modalidades en función de sus características políticas, económicas, culturales, las condiciones estructurales, sanitarias, tecnológicas, la experiencia previa con otras epidemias como el SARS y el MERS en Asia; por lo que son dos los aspectos que los engloba en el mismo grupo: haber adoptado *medidas de aislamiento* efectivas y estrictas *apenas se detectaron los primeros casos*.

China, al ser el lugar donde se originó la pandemia, es el que ha corrido con la mayor desventaja en cuanto a poder tomar medidas de manera anticipada. El 23 de enero se cierra por completo la provincia de Wuhan y al día siguiente 15 ciudades más. Menos de un mes había transcurrido desde la aparición de los primeros casos, y apenas unas semanas antes se había descubierto el genoma de la enfermedad, sin embargo, para ese entonces el contagio se había extendido en el territorio y los casos no demorarían en ser diagnosticados. Ante la preocupación por frenar la propagación del virus, que hasta el momento concentraba el 99% de los casos en el mundo, demostró una rápida capacidad de respuesta a través de investigaciones en tiempo record de pruebas de detección rápida; de la reducción de la circulación en la ciudad de Wuhan, entre otras, poniendo en cuarentena a 40 millones de personas (equivalente a casi toda la población de Argentina y que hasta entonces parecía una medida extrema); a través del cierre de los principales puntos de turismo internacional; de la suspensión de una de las fiestas más importan-

tes del calendario chino: fin de año, y finalmente, con la construcción —en 10 días— en Wuhan de un hospital con más de 1000 camas de terapia intensiva (que le seguiría un segundo hospital). Esto, en parte, porque el SARS había dejado algunas lecciones aprendidas para el abordaje de la salud de la población, pero también para reducir el impacto que podía tener la enfermedad en términos comerciales y económicos si continuaba expandiéndose, algo que finalmente fue sucediendo en todo el mundo, además de demostrar todas sus capacidades para hacer frente a esta problemática. Esto último no era un tema menor para China que aspira a mantener e incrementar su liderazgo mundial. Las drásticas medidas de confinamiento que permitieron desacelerar la expansión del virus, y preparar al sistema de salud y mejorar su capacidad de respuesta, ha sido la principal estrategia para frenar el avance de la pandemia (Gráfico 4). Estos primeros ensayos fueron posteriormente adoptados por países al ver la efectividad para aplanar la curva de contagios, y evitar el colapso de los sistemas de salud. Corea del Sur, por su parte, delineó una estrategia estricta de testeos masivos y seguimiento estricto y aislamiento de los contagios y contactos, que ha resultado ser muy efectiva en ese país, que comenzó con un aumento muy acelerado de los casos y pudo finalmente enlentecer la transmisión (Gráfico 4). Sin embargo, esta estrategia fue más difícil de replicar en otros países, en primer lugar ante la falta de insumos necesarios para

testear en la misma proporción a países con una densidad poblacional mucho mayor, y por lo costosa de estas medidas, no solo de testeo sino de seguimiento estricto de todos los nuevos casos y sus contactos.

En América Latina, los países se encuentran en una fase muy distinta de la pandemia, y han contado con varias semanas de ventaja para anticiparse. Sin embargo, como hemos visto, no todos los países han tomado el mismo camino. Hemos seleccionado 3 países de la región que han llevado adelante medidas estrictas de aislamiento: Argentina, El Salvador y Paraguay, y que hasta el momento ha sido posible desacelerar la transmisión de la enfermedad (Gráfico 4) e ir tomando medidas de adaptación del sistema de salud ante el aumento de casos que se prevé seguirá ocurriendo en las próximas semanas, sobre todo ante la llegada del invierno en este hemisferio.

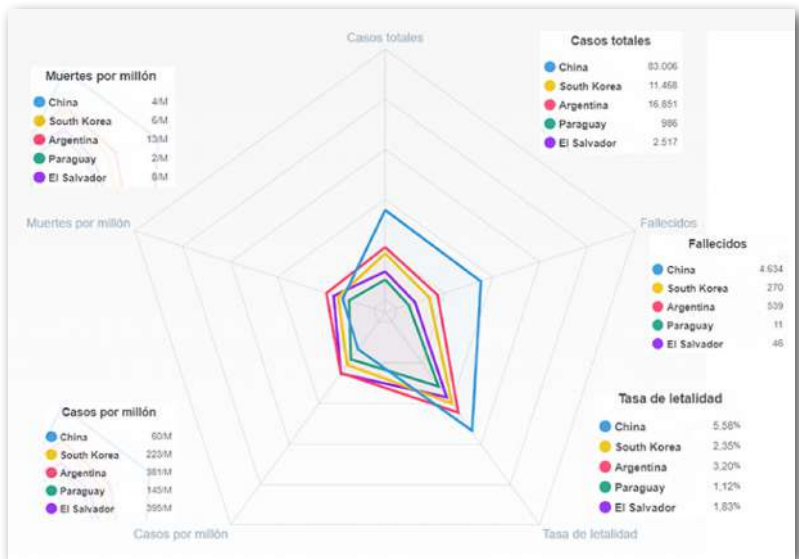


Gráfico 4: COVID-19 según casos totales, fallecidos, muertes por millón, casos por millón y tasa de letalidad, en *Estrictos* (30/05/2020).
Fuente: Elaboración propia, <https://coronavirus.app/>

En este grupo de países, también es interesante analizar los *sistemas de salud*, puesto que todos los países tienen sistemas muy distintos entre sí.

El sistema de salud de China es público con servicios básicos, pero con copagos altos y dividido en 3 partes: el Seguro Médico Básico para Empleados Urbanos, el Seguro Médico Básico para Residentes Urbanos; y el Nuevo Esquema Rural Cooperativa de Seguro Médico. Corea del Sur tiene un sistema de seguro de salud contributivo para los traba-

jadores complementados por subsidios estatales. Paraguay tiene un sistema de salud con dos subsectores: el público y privado, pero un modelo fragmentado y segmentado. Desde la reforma del 2008, el sistema de salud público ha sido reorientado a la atención primaria. Argentina tiene un sistema de salud dividido en tres subsectores: público, seguro social, privado, con un modelo fragmentado y segmentado. El Salvador tiene un sistema de salud privado y público, donde se atiende el 80 por ciento de la población. En el 2008 se inició una reforma ampliando la red de atención primaria.

La capacidad de respuesta de estos sistemas de salud ha sido diferente por la estructura previa y la capacidad económica de cada uno de los países. Por lo que son las *políticas de aislamiento* y el *tiempo* los que se conjugaron aquí. En este grupo de países, las cifras están más próximas al centro de la telaraña, debido al descenso del número de casos y de muertes, en comparación con los países que integran los otros dos grupos (Gráfico 4).

En síntesis, los gráficos 2, 3, y 4 nos muestran que a 5 meses de los primeros casos registrados en China y en otros países del mundo, aquellos que pertenecen al grupo de *negacionistas* tienen resultados mucho más negativos que los más *estrictos* en sus medidas, lo que demuestra que efectivamente las *medidas de aislamiento* tomadas a *tiempo* reducen la cantidad de casos y muertes; lo que permite mejorar la capacidad de respuesta de los *sistemas de salud* y reducir la posibilidad de un colapso repentino.

En los países pertenecientes al grupo de *gradualistas*, las cifras también son elevadas, a pesar de ciertas medidas de aislamiento; incluso algunos de estos países tienen resultados muy parecidos a los del primer grupo.

Llegados a este punto entonces, resulta interesante ver cómo ha operado el *tiempo*. Lo que indica, ni más ni menos, cuántos casos y cuántas muertes se podrían haber evitado tomando las medidas para contener y mitigar la enfermedad a tiempo. A continuación, mostramos cómo ha operado el *tiempo* en cada uno de los países seleccionados, pertenecientes a los 3 grupos en análisis, tanto en número de casos y muertes por millón (Gráficos 5 y 6).

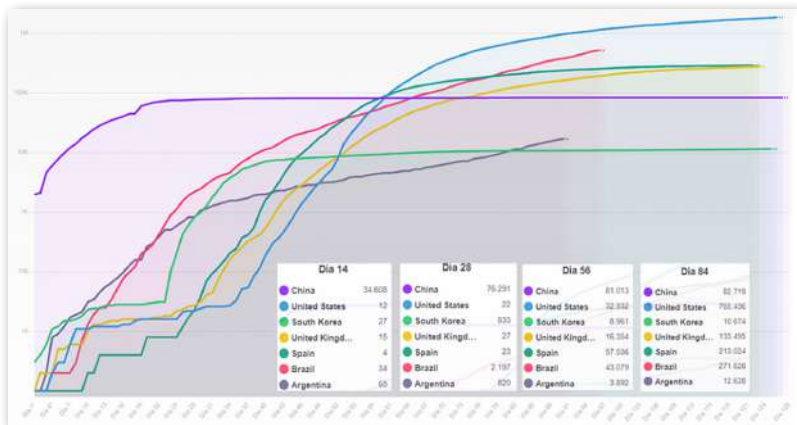


Gráfico 5: Casos totales de COVID-19, en tres periodos. Argentina, Brasil, China, Corea del Sur, EEUU, España, Reino Unido.

Fuente: Elaboración propia, <https://coronavirus.app/>, 30/05/2020

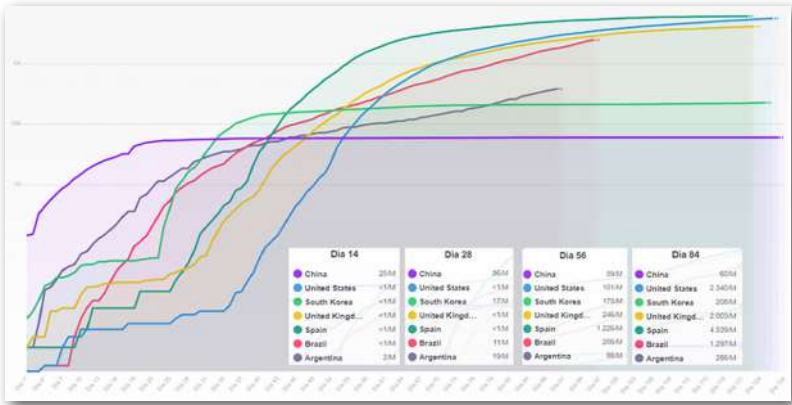


Gráfico 6: Casos de COVID-19 por millón de habitantes, en tres períodos. Argentina, Brasil, China, Corea del Sur, EEUU, España, Reino Unido.

Fuente: Elaboración propia, <https://coronavirus.app/>, 30/05/2020

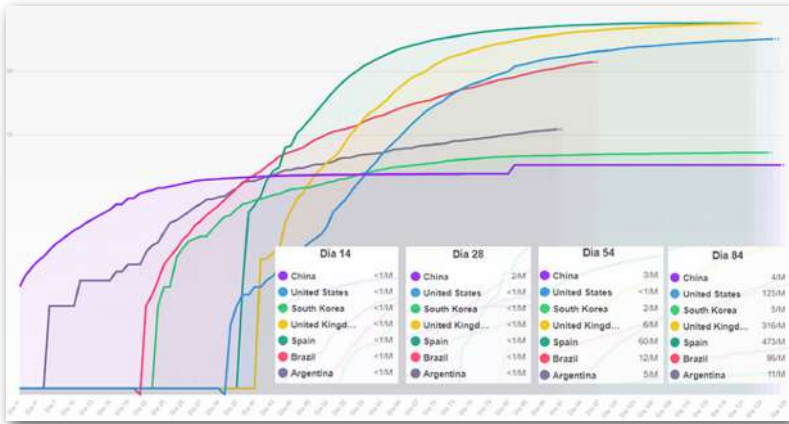


Gráfico 7: Muertes por COVID-19 por millón de habitantes, en tres períodos. Argentina, Brasil, China, Corea del Sur, EEUU, España, Reino Unido.

Fuente: Elaboración propia, <https://coronavirus.app/>, 30/05/2020

Tomamos como punto de corte el día 14 por el período de incubación de la enfermedad, desde el primer caso confirmado.⁴ Ese día todos los países estaban en una situación muy similar, a excepción de China (que no ha tenido esos 14 días para anticiparse, al estar frente a una enfermedad desconocida y donde se originó la epidemia).

En el gráfico 5 estaban todos en una situación similar y conforme pasan los días, los números cambian. En el día 28 China, que venía ascenso, logra aplanar la curva. Los países europeos, luego del epicentro en Italia desde donde se expande, registran un ascenso de manera exponencial (Gráficos 5 y 6). Tanto en los países *gradualistas* (en este gráfico representado por España), como de los *negacionistas* (EEUU y Reino Unido) los casos y muertes por millón aumentan de manera dramática y sostienen esos números a lo largo de los diferentes períodos (Gráficos 5 a 7). En Brasil, epicentro en América del Sur, aumentan considerablemente los casos y las muertes. A diferencia de lo que sucede en China que mantiene desde el día 28 aplanada la curva de casos y muertes al día de hoy. Argentina y Paraguay (que aplicó medidas de aislamiento estrictas,

[4] El “período de incubación” es el tiempo que transcurre entre la infección por el virus y la aparición de los síntomas de la enfermedad, que según los datos disponibles oscila entre 1 y 14 días, y en promedio alrededor de 5 días (Msal, 2020). Es por ello que se recomiendan 14 días de cuarentena. De hecho, se sabe que los países ven hoy una fotografía de algo que sucedió hace varios días atrás (la transmisión y el contagio de la enfermedad). De ahí que en muchos países las medidas se organizan en períodos de 14 días.

antes que en Argentina, al confirmarse el primer caso) son de los países que al día de hoy registran las tasas más bajas de incidencia en la región.

Al día 84 de confirmado el primer caso, los países de los primeros dos grupos tienen cifras entre 10 y 20 veces superiores (e incluso más) que los países pertenecientes al último grupo analizado. Dicho de otra manera, en esos países se enfermaron 20 veces más personas que en el grupo de países que implementaron medidas más estrictas, y registraron hasta 40 veces más muertos por millón de habitantes que en países que aplicaron medidas más rígidas de aislamiento —y diferencias más elevadas en algunos casos— (Gráficos 5 a 7).

Final abierto y conclusiones provisionarias

Este trabajo ha mostrado que no hay *sistema de salud* que pueda soportar por sí mismo el impacto de la enfermedad sino se toman *medidas políticas a tiempo*. Si bien no existe una receta aplicable a todo momento y lugar, la estrategia del *aislamiento estricto, a tiempo*, ayuda a mejorar la capacidad de respuesta del sistema de salud y es la combinación que parece estar dando mejores resultados. Como hemos visto aquí, incluso aquellos países con mayor capacidad de respuesta de sus sistemas de salud, e incluso más igualitarios y de acceso universal, la falta de medidas adecuadas y oportunas se tradujo en un aumento

exponencial de casos, con el consecuente colapso de estos sistemas de salud. Esto se tradujo en un aumento del número de muertes por habitantes, como así también en tasas más elevadas de letalidad (en muchos países, por encima a las esperadas). Esto da cuenta, como señala Rovere (2020), que “entre enfermar y morir están los servicios de salud, pero entre enfermar y no enfermar está la política pública”. Desde la declaración de estado de pandemia por parte de la OMS, hemos llegado a la conclusión (provisoria) de que ni uno ni lo otro son suficientes por sí mismos para hacer frente a la propagación de este nuevo virus. De lo que se trata es de un complejo engranaje entre la estructura (capacidad de respuesta) de los sistemas de salud y de la coyuntura (las medidas políticas adoptadas) en un momento determinado para detener la transmisión de la enfermedad. Este proceso dialéctico entre lo estructural y lo coyuntural, en un mundo interconectado, es lo que pone en evidencia cuán fuertes o frágiles son los sistemas de salud, y cuáles son las acciones correctas que deben realizar los gobiernos.

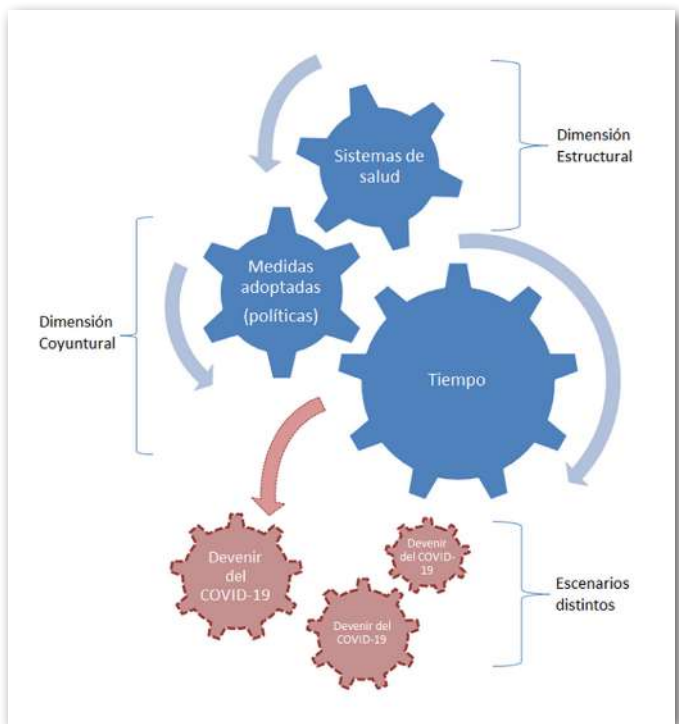


Gráfico 8: Modelo explicativo del devenir de la pandemia.

Fuente: Elaboración propia.

La pandemia de COVID-19 está iluminando algunos aspectos relevantes que conviene resaltar. En este sentido, ha dejado en claro que la salud es un asunto internacional incuestionable, sobre todo en un mundo tan interconectado, ocupando un lugar cada vez más relevante en materia

de política exterior, en un escenario donde se movilizan múltiples actores, públicos y privados. No es menor este punto, si se tiene en cuenta que la actual agenda de salud a escala global está fuertemente condicionada por fondos de agencias multilaterales, fundaciones filantrópicas y por algunos países ricos e industrializados.

Asimismo, el COVID-19 confirma una vez más que la salud no es un concepto estático ni a-histórico, sino que es producto de un proceso complejo de determinación social, es decir, múltiples condiciones influyen en el estado de salud de las poblaciones, que van desde el nivel macroestructural —como las políticas internacionales, regionales y nacionales, las características sociodemográficas de una población, la situación económica, ambiental, social y la estructura de los servicios de salud— hasta el nivel de la salud individual (Herrero y Belardo, 2020). Si bien en su origen se presenta como una crisis sanitaria, la pandemia de COVID-19 está afectando todas las dimensiones de la vida social. Es preciso avanzar en estudios que profundicen el análisis de este complejo proceso y sus múltiples determinantes, considerando los distintos escenarios y realidades locales.

A su vez, la pandemia trae al escenario una vieja discusión en salud pública en torno a las cuarentenas. Lo cierto es que son muy difíciles de sostener en el largo plazo. Así es como los países que implementaron el aislamiento hoy se debaten entre salir de la cuarentena o flexi-

bilizarla, y la respuesta depende de muchas condiciones: el comportamiento de la enfermedad no depende solo de lo biológico ya que también es un hecho social, por lo tanto depende de igual manera de las medidas gubernamentales para frenar los despidos, del hambre y la escasez de alimentos, de la inversión pública, del financiamiento del sistema sanitario y del tamaño de la economía de cada país (Belardo, 2020). En definitiva, esta pandemia está mostrando los principios, intereses y valores que están en juego en esta gran obra de teatro mundial, y cómo cada país concibe a la salud, si la prioriza (o no) en relación con otros temas que preocupan como la economía, y si tiene la capacidad de conjugar ambas esferas.

En este trabajo se presenta un modelo explicativo que pretende contribuir al análisis del complejo devenir de la pandemia, y poner en cuestión, a la vez que echar luz, el sistema decisional de los diferentes países para definir las políticas de salud pública en casos “inesperados”. Esto no es menor, puesto que como decíamos anteriormente, de las políticas adoptadas, y del momento en el que se implementan, dependerá cuántos se enfermen y cuántos no, quiénes puedan (o no) acceder al sistema de salud y finalmente, cuántos (y quienes) mueran. Y en estos últimos aspectos, los sistemas de salud y su capacidad de respuesta, desempeñarán un rol importante. En función de cómo se conjugan las tres piezas claves de este engranaje, dependerá el tipo de escenario en el devenir de la pandemia. Finalmente, esta

pandemia confirma además que si bien los virus no conocen fronteras, cuando las traspasan encuentran canales específicos por donde circular, de acuerdo con las características y contexto de cada lugar, que en general están marcados por las profundas desigualdades sociales e inequidades en salud. Por lo tanto, las medidas políticas tomadas a tiempo son fundamentales para proteger a los sectores socialmente más vulnerados, más expuestos a las desiguales condiciones de enfermar y morir, de acceder al sistema de salud y en donde el impacto social y económico de la enfermedad se manifiesta con mayor crudeza.

Consideramos que futuros estudios son necesarios en línea con este trabajo, para profundizar el análisis de cada una de las dimensiones aquí propuestas, a través de la identificación de los factores que operan al interior de las mismas, de su interacción y del peso relativo de cada uno en el devenir de la enfermedad según los distintos escenarios.

Referencias bibliográficas

- Belardo MB (2020) "Coronavirus: lecciones de la pandemia". Revista Cuadernos Marxistas, número 18, mayo, Disponible en: <http://www.cefma.com.ar/category/cuadernos-marxistas/>
- Belardo MB y Herrero MB y (2020) "La OMS en el ojo de la tormenta". Revista Hamartia, 21 de abril, Disponible en: <http://www.hamartia.com.ar/2020/04/21/oms-tormenta/>
- Esping-Andersen (1990). Three Worlds of Welfare Capitalism, Polity Press, Cambridge.
- Fleury Sonia (2007). Salud y Democracia en Brasil: Valor Público y Capital Institucional en el Sistema Único de Salud. Salud Colectiva. 3(2):147-157.
- Helardo (5/01/2020) "Un brote de neumonía atípica en China revive el fantasma de la epidemia mortal" Disponible en: <https://www.heraldo.es/noticias/internacional/2020/01/05/un-brote-de-neumonia-atipica-en-china-revive-el-fantasma-de-la-epidemia-mortal-1351994.html>
- Herrero MB y Belardo MB (2020) "COVID19 y la necesidad de re-discutir nuestros sistemas de salud". El País Digital, 5 de abril, Disponible en: <https://www.elpaisdigital.com.ar/contenido/covid-19-y-la-necesidad-de-rediscutir-los-sistemas-de-salud/26294>
- Iriart C (2016) El sistema de salud de los Estados Unidos: mitos y realidades (Parte I). Saúde em Redes. 2016; 2 (1): 07 - 21. DOI: <http://dx.doi.org/10.18310/2446-4813.2016v2n1p07-21>
- Jiménez-Barbosa WG, Granda-Kuffo ML, Ávila-Guzmán DM, Cruz-Díaz L.J, Flórez-Parra JC, Mejía LS, Vargas-Suárez DC. Transformaciones del Sistema de Salud Ecuatoriano. Rev Univ. Salud. 2017;19(1):126-139. DOI: <http://dx.doi.org/10.22267/rus.171901.76>

- La Nación (30/3/2020) "Coronavirus: habrían identificado en China a la "paciente cero" de la pandemia". Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/el-mundo/coronavirus-habrian-identificado-china-paciente-cero-pandemia-nid2348971>
- La Tercera (14/5/2020) <https://www.latercera.com/la-tercera-pm/noticia/por-que-no-funciono-la-estrategia-de-las-cuarentenas-dinamicas-en-el-gran-santiago/SU4ICTJWENANBBJG4R6WM2FAGY/>
- Página/12 (17/05/2020) "Factores determinantes para contraer el coronavirus". Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/266343-factores-determinantes-para-contraer-el-coronavirus>
- Pueyo, Tomas "Coronavirus: por qué tenemos que actuar ahora". Diario Página/12, 15/03/2020. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/253133-coronavirus-por-que-tenemos-que-actuar-ahora>
- Rodrigues y Santos (2010) Saúde e Cidadania – Uma Visão Histórica e Comparada do SUS. Editora Atheneu, Brasil.
- Rosenberg, Charles (1992) Explaining epidemics and other studies in the history of medicine. New York: Cambridge University Press.
- Rovere, Mario (2020) "La pandemia desde el sanitarismo: entrevista con mario róvere: "entre enfermar y no enfermar está la política pública" Disponible en: <https://sintesismundial.wordpress.com/2020/05/23/2894/>
- Sanahuja JA (2020) COVID-19: riesgo, pandemia y crisis de gobernanza global. En: Riesgos globales y multilateralismo: el impacto de la COVID-19, Anuario CEIPAZ 2019-20, M. Mesa (Coord.)
- World Health Organization (5/01/2020) "Neumonía de causa desconocida – China". Disponible en: <https://www.who.int/csr/don/05-january-2020-pneumonia-of-unkown-cause-china/es/>

[VOLVER
AL MENÚ](#)

INMINENCIA
NOTAS PARA UN PRESENTE-FUTURO

Claudio Katz es argentino y nació en 1954. Es licenciado en Economía (1987) y doctor en el área de Geografía (1997). Dirige proyectos de la Universidad de Buenos Aires y es investigador del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Coordinó grupo de trabajo de CLACSO y es miembro del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe. Se desempeña como profesor de las cátedras Economía para Historiadores y Economía II en las Facultades de Filosofía y Letras y Ciencias Sociales de la UBA. Es docente de seminarios de doctorado y posgrado y ha sido profesor invitado en varias universidades de América Latina. Participa activamente en los foros sociales internacionales de impugnación del endeudamiento externo y la militarización. Su último libro *La teoría de la dependencia, 50 años después* (2018) recibió el Premio Libertador al Pensamiento Crítico. Allí aborda temas complementarios de su texto anterior *Neoliberalismo, neo-desarrollismo, socialismo* (2015). Esos trabajos profundizan la indagación de la problemática regional que analizó en *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina* (2008) y *El rediseño de América Latina. ALCA, MERCOSUR Y ALBA* (2006). El enfoque general de su mirada está presente en otros los libros de investigación del capitalismo contemporáneo, como *Bajo el Imperio del Capital* (2011) y *La economía marxista, hoy. Seis debates teóricos* (2010). Su propuesta alternativa fue anteriormente expuesta en *El porvenir del socialismo* (2004). Es miembro del consejo editorial de varias revistas académicas y tiene una vasta producción de artículos, textos y conferencias en distintos idiomas. Se pueden consultar estos trabajos en su página web <http://katz.lahaine.org>. En ese mismo sitio figuran, además, todos sus análisis sobre la coyuntura política y social de la Argentina, que elabora como parte de la red de Economistas de Izquierda (EDI).

Confluencia del virus en América Latina

Claudio Katz

La pandemia ya provocó en América Latina un drama mayúsculo en tres países (Brasil, Ecuador y Perú) y escenarios de gran peligro en otro grupo de naciones. El cuadro de situación cambia día a día y nadie sabe cuál será el impacto final de la infección. Hasta ahora el porcentual de fallecidos es inferior a Europa y Estados Unidos, pero la oleada de contagios no alcanzó su pico.¹

Como el coronavirus llegó más tarde, todos los gobiernos tuvieron cierto tiempo para implementar el distanciamiento social requerido para aplanar la curva de contagios. Esa medida fue rechazada o adoptada en forma tardía por los países que concentran el grueso de las víctimas.²

[1] Al 12 de mayo del total de 286.000 fallecidos en todo el mundo, 21.528 se localizan en América Latina y de 4.100.000 infectados hay 383.670 en la región. Ver: <https://www.infobae.com/2020/05/12/>

[2] El número de infectados y fallecidos según los datos oficiales de cada país es el siguiente: Brasil (169.594 casos, 11.653 muertos), Perú (68.822 casos, 1.961 muertos), México (36.327 casos, 3.573 muertos), Chile (30.063 casos, 323 muertos), Ecuador (29.509 casos, 2.145 muertos), Colombia (11.613 casos, 479 muertos), República Dominicana (10.634 casos, 393

Variantes del negacionismo

Bolsonaro es el responsable de una tasa explosiva de infectados y un ritmo desgarrador de muertes. Los contenedores sustituyen a las morgues, las fosas comunes reemplazan a los cementerios y los aviones transportan ataúdes. En algunos sanatorios rige un protocolo para definir quién será sacrificado en la asignación de los escasos respiradores.

Este dantesco escenario es un efecto directo de la ausencia de prevención. Las escasas medidas de protección sanitaria fueron instrumentadas en forma caótica por los gobernadores. Bolsonaro mantiene la política criminal que Trump y Johnson debieron abandonar. Prioriza los negocios a la vida humana y minimiza la "gripecita", mientras propicia actividades masivas e incentiva el funcionamiento corriente de la economía. Actúa como un psicópata en la presidencia que sonríe durante los paseos acuáticos, en medio del luto nacional imperante por el récord de 10.000 muertos.

Ecuador ha sido testigo de una crueldad equivalente. Guayaquil concentra el mayor número de casos per cápita de la región, con fallecidos recogidos en sus domicilios

muertos), Panamá (8.616 casos, 249 muertos), Argentina (6.278 casos, 317 muertos), Bolivia (2.831 casos, 122 muertos), Honduras (2.100 casos, 116 muertos), Cuba (1.783 casos, 77 muertos), Guatemala (1.114 casos, 26 muertos), El Salvador (998 casos, 18 muertos), Costa Rica (801 casos, 7 muertos), Paraguay (724 casos, 10 muertos), Uruguay (711 casos, 19 muertos), Jamaica (505 casos, 9 muertos), Venezuela (422 casos, 10 muertos), Nicaragua (16 casos, 5 muertos). Ver: <https://www.infobae.com/2020/05/12/>

sin ninguna atención hospitalaria. Muchos cadáveres permanecieron en las calles hasta que la alcaldía habilitó una fosa común. Ni siquiera funcionaron los crematorios que cobran altas sumas por la recepción de los cuerpos. Lenin Moreno oculta la magnitud de las víctimas fatales y compite con Bolsonaro en su indiferencia ante la muerte.

En Perú el torrente de fallecidos aumenta en forma vertiginosa, a pesar de los controles y la inversión en reactivos. La incapacidad para implementar el distanciamiento social ha confirmado el rol insuficiente de los testeos. Un sistema sanitario desmantelado por años de maltrato neoliberal ha quedado desbordado por la masa de los contagiados.

Otras variantes negacionistas han descollado en el plano retórico. El ministro de salud de Chile convocó a desconocer las cuarentenas y su par de Bolivia se opuso a las campañas de prevención. Los gobiernos derechistas —que finalmente implementaron en forma parcial el confinamiento bajo la presión de las provincias o los municipios— intentan relajar o anular esa restricción. Colombia es un ejemplo de esa aplicación a regañadientes y en cuentagotas de la cuarentena.

El alto número de testeos y la baja mortalidad inicial en Chile contrastan con la gran aceleración de los contagios y el potencial desborde del sistema hospitalario. Piñera no puede desentenderse como Bolsonaro de la pandemia. Bajo el impacto de una gran rebelión popular debe simular preocupación por el avance de la infección.

Otras respuestas

Varios gobiernos de la región adoptaron medidas de protección sanitaria. En Argentina se introdujo una cuarentena muy estricta y temprana para preparar los circuitos sanitarios, bajo un inédito comando de los epidemiólogos. Estas medidas han permitido controlar hasta ahora la tasa de contagios, el número de fallecidos y las camas disponibles. En estos tres indicadores se verifica una abismal distancia con las cifras de Brasil, Ecuador o Perú.

Pero el peligro persiste en las zonas más vulnerables de los suburbios, las cárceles y los geriátricos. Además, la proporción de personal de salud infectado se ubica en un tope internacional y el número de testeos es muy bajo.

Cuba ofrece otro modelo de protección, basado en un sólido sistema sanitario. La población está preparada para lidiar con catástrofes periódicas (como los huracanes) y afronta la pandemia con una cuarentena parcial y normas específicas de atención de la enorme población adulta.

El sistema de salud público e igualitario de la isla permite ajustar los dispositivos, en un escenario económico muy deteriorado por el desplome del turismo y la retracción de las divisas. Estos logros son silenciados por los grandes medios de comunicación, que siempre elogian algún caso significativo (ahora Costa Rica) para ignorar los méritos de Cuba.

También llama la atención la rápida reacción del gobierno venezolano frente a la pandemia, en un contex-

to económico-social durísimo. Se ha logrado mantener aplanada la curva de contagios, mediante un método de control domiciliario y telefónico. El gobierno utiliza la gran estructura de organismos populares (misiones, CLAPS) y el asesoramiento médico cubano. Ha conseguido un alivio, en el dramático escenario del bloqueo, la agresión externa, la dolarización informal de los altos ingresos y la asistencia social al grueso de la población. El país bombea un tercio del petróleo extraído en el pasado, en un marco de virulenta desvalorización de su principal producto de exportación.

En México la tasa de contagios y fallecidos se intensifica en un marco contradictorio. Las confusas declaraciones presidenciales al comienzo de la pandemia fueron seguidas por medidas de cuidado y vigilancia epidemiológica, pero sin cuarentena general. Se puso en práctica un sistema de testeo, alerta temprana y centralización del sistema sanitario. El gobierno explicita sus críticas a la destrucción neoliberal de la salud pública y a la mercantilización de un sistema que desatendió las enfermedades crónicas.

Existe además un foco de potencial contagio en las maquilas, que si no es contenido podría convertir a las ciudades fronterizas en la Lombardía de México. La decisión de proteger la vida de los operarios será puesta a prueba, frente a la presión estadounidense para forzar un retorno anticipado al trabajo en ese sector.

Nicaragua plantea un enigma. Allí no rige la cuarentena, ni los barbijos, ni los testeos. Tampoco se han aplicado políticas de distanciamiento social. El gobierno convoca a concentraciones masivas, propicia las actividades festivas y mantiene abiertas las fronteras. Además, un presidente ausente propone la lectura de la Biblia para lidiar con la pandemia, omitiendo todas las recomendaciones de los epidemiólogos. En ese escenario el número oficial de fallecidos es llamativamente bajo. Seguramente se podrá dilucidar en poco tiempo esa anomalía.

Muchos factores inciden en los distintos casos en la evolución general de la infección, pero las políticas de abandono o protección de la salud agravan o atenúan los contagios. La conducta de cada gobierno es determinante de esas consecuencias.

Indefensión por la dependencia

Como la demografía determina cursos muy variados hay que ser cuidadoso en las comparaciones con otras regiones. Al igual que en Medio Oriente o África, no se sabe aún si en América Latina la oleada más fuerte de coronavirus se ha demorado o pasará de largo.

La misma cautela se impone en los contrastes entre países. La desconexión con el exterior o las dificultades del transporte interno (resultantes del propio subdesarrollo) suelen actuar como barreras al movimiento de las

personas infectadas. Algunos especialistas consideran, además, que la preexistencia de otras epidemias puede contrarrestar la expansión de las nuevas.

Lo único seguro es el atroz efecto de la pandemia, si alcanza en América Latina la magnitud observada en el hemisferio norte. La elevada urbanización de la región es sinónimo de pobreza, subalimentación y viviendas sin agua corriente. El hacinamiento y la dificultad para lavarse las manos impiden cumplir los requisitos básicos del distanciamiento social. En tres áreas/temas críticos de la cuarentena—geriátricos, cárceles y femicidios— ya hay anticipos explosivos. La emergencia sanitaria empalma, además, con otras infecciones de gran impacto como el dengue.

El desamparo de América Latina salta a la vista en la magnitud de la brecha sanitaria. La inversión per cápita en salud no llega al 10% del gasto promedio en las economías avanzadas. Mientras que la OMS recomienda destinar el 6 % del PBI a la atención sanitaria, la media regional se ubica en 2,2 %. Las 8 camas de hospital por cada mil habitantes que propicia el organismo oscilan entre 0,3 y 2,2 en el país más poblado (Brasil).³

Estas carencias de larga data fueron agravadas por el desmantelamiento neoliberal de la salud pública. El abandono del principio de universalidad ha derivado en estruc-

[3] "¿Cuáles son los países que más invierten en salud?". Ver: <https://chequeado.com/el-explicador>, Zibechi, Raúl. "Una bomba a punto de estallar", 12 de mayo de 2020. Ver: [//www.motoreconomico.com.ar](http://www.motoreconomico.com.ar)

turas privadas de calidad para una minoría, en medio del generalizado colapso del sector público.

El deterioro en ese ámbito es monumental. No solo faltan camas y respiradores para la emergencia, sino que los propios testeos han sido muy reducidos. Todos los países afrontan dificultades para importar los buscados reactivos, que los Estados solventan luego de un ensayo de comercialización privada a altísimos precios.⁴

La indefensión latinoamericana frente a la pandemia es un resultado de varias décadas de neoliberalismo, precedidas de una larga trayectoria de capitalismo dependiente. Esa condición impide erigir diques efectivos contra el contagio. La misma fragilidad se ha verificado frente a otras calamidades naturales. Cada terremoto, inundación o sequía provoca desastres humanitarios, en una región que ingresó al mercado mundial bajo la sombra de una infección mortal. La viruela introducida por los conquistadores europeos diezmó en muchas zonas al 70% de la población originaria.

El coronavirus ha puesto de relieve no solo el incommensurable desamparo que prevalece en comparación a las economías centrales. El contraste es también significativo con los países asiáticos. Se ha verificado una distancia sideral con Corea o Singapur en el manejo de reactivos,

[4] La carestía de los reactivos obligó a poner un tope a su cobro. Cada uno costaba según el país entre 70 y 420 dólares. "¿Cuánto cuesta un test de coronavirus en América Latina?", 1 de abril de 2020. Ver: <https://www.resumenlatinoamericano.org>

respiradores, hospitales o mecanismos informáticos de seguimiento de los contagiados. La pandemia ha retratado en forma dramática, el lugar que actualmente ocupa cada país en la división global del trabajo.

La propia geografía del virus confirma esas diferencias. La infección irrumpió en Asia que opera como el taller del mundo y concentra todas las tensiones contemporáneas de la urbanización, la globalización y la industrialización agropecuaria. América Latina ha sido receptora de los contagios, en su condición de región agobiada por la desposesión, el extractivismo y el drenaje de la renta. Soporta una calamidad externa y exhibe poca capacidad para lidiar con esa adversidad.

Otra escala de la crisis

Los pronósticos de derrumbe económico regional son aterradores. La CEPAL ya había modificado su previsión de una leve mejora del PBI en el 2020 (1,3%) a una contracción (1,8%) y ahora proyecta un desplome del 5,3%. Estimaciones muy semejantes de la debacle difunden el Banco Mundial (4,6%) y el FMI (5,2%)⁵.

Esas cifras son equivalentes al derrumbe padecido durante la depresión de 1930 (5%) o en la Primera Guerra

[5] Ver: <https://www.cepal.org/es/comunicados/pandemia-covid-19>, mayo 2020. "El FMI ve una "década perdida" en América Latina por el coronavirus", 16 de abril de 2020. Ver: <https://www.infobae.com/america/agencias>

Mundial (4,9%). La magnitud de la regresión se verifica también en la comparación con la caída del 2009 (2%).

La gravedad de la crisis deriva de cuatro adversidades convergentes. Los precios de las materias primas se desploman, China frenará las compras de productos básicos, habrá escasez de divisas por la retracción conjunta del turismo y las remesas y el deterioro de las cadenas globales de valor afectará al enlace centroamericano.

El efecto social de esa tormenta ya se vislumbra en la previsible destrucción de 31 millones de empleos. La pesadilla de la pandemia para los trabajadores informales persistirá por la creciente pobreza que sucederá al aislamiento.

Una diferencia significativa con la crisis del 2009 es la abrupta reducción de la capacidad de endeudamiento regional. Todos los países cargan con los efectos del significativo incremento de la deuda pública, que en la última década saltó del 40% al 62% del PBI. El costo relativo de la financiación se acentúa y circulan numerosas previsiones de un default generalizado.

Argentina afronta esa potencial cesación de pagos desde el año pasado. Ha forzado la prórroga de todos los vencimientos en moneda local, intenta postergar obligaciones con su principal acreedor (FMI) y discute con los acreedores privados un canje de títulos con quitas y exenciones en las erogaciones inmediatas.

La quiebra de las finanzas ecuatorianas es muy semejante. Su economía sobrevive con el respirador que admi-

nistran los acreedores, mediante un continuado pago de intereses para refinanciar los vencimientos, que agiganta el pasivo y contrae las reservas.

En otros países predomina el efímero alivio generado por la renovación del endeudamiento. Pero la crisis actual ha desatado una acelerada emigración de capitales, que vacía por una ventanilla las divisas ingresadas por otros circuitos. Varias economías latinoamericanas forman parte del pelotón de los emergentes que sufre esa dramática salida de fondos. Ese drenaje en el mundo ya alcanzó un monto que quintuplica las expatriaciones registradas en el 2009 (100.000 millones de dólares).

Ese turbulento contexto explica el creciente clamor por la condonación de la deuda latinoamericana. La petición no se limita al Papa Francisco y a un espectro de economistas consagrados. El propio FMI afloja el financiamiento general, anticipando una eventual escalada de cesaciones de pagos. La moratoria que dispuso el G 20 para los 76 países ultraempobrecidos es irrisoria, pero expresa el mismo temor.

Tal como ocurre a escala global, el coronavirus detonó en América Latina una crisis precedente. Los últimos siete años de bajo crecimiento anticiparon la presencia de otra década perdida y la pandemia ha precipitado la eclosión de los desequilibrios acumulados en varios frentes. En las finanzas impera una asfixia de pagos, en el comercio aumenta el desbalance, en la producción se confirman las carencias para proveer insumos sanitarios

y todos los mercados internos sufren agudas contracciones. El coronavirus ha desencadenado otra típica crisis del capitalismo dependiente.

Agresiones y rescates

Las clases capitalistas utilizan la pandemia para multiplicar sus agresiones contra los trabajadores. Cuentan con el sostén explícito de los gobiernos derechistas y aprovechan la pasividad de los mandatarios de otro signo.

En Brasil se han dispuesto suspensiones, reducciones de salarios y anulaciones de contratos. En Perú se autorizan licenciamientos sin compensaciones y en Ecuador despunta una mayor flexibilización laboral con despidos en la administración pública. En Chile resucitaron una ley que desprotege a los asalariados y en Costa Rica se concertaron acuerdos para reducir el salario a la mitad. En Panamá el gobierno habilitó a los empleadores para cancelar los contratos laborales vigentes.

Algunos cínicos neoliberales afirman que esa contracción de los ingresos populares proveerá al fisco el dinero requerido para los gastos en salud. Recurren a cálculos arbitrarios para describir cómo la ausencia de austeridad estatal privó a los países de esos recursos.⁶

[6] Alejandro Izquierdo; Martín Ardanaz. "Cómo puede financiar América Latina el combate al virus", 15 de abril de 2020. Ver: <https://www.lanacion.com.ar>

Con ese razonamiento contra-fáctico divulgan estimaciones que no resisten la menor evaluación. Nadie sabe lo que hubiera ocurrido con otro manejo del gasto público, pero salta a la vista que el fanatismo neoliberal demolió un hospital tras otro.

En el campo opuesto los gobiernos enemistados con la derecha han intentado una gestión más equilibrada, disponiendo limitaciones a los atropellos capitalistas. En Argentina se anunció la prohibición de los despidos, pero sin ninguna acción para impedir las cesantías. En los hechos ha imperado la convalidación oficial de la pérdida de empleos o el apañamiento de las empresas que desacatan las normas. El chantaje patronal ya forzó un duro compromiso de reducción de los haberes.

Como ya ocurrió en todas las crisis precedentes ha reaparecido el protagonismo de los Estados en el sostén de la economía. Frente a ese dato los neoliberales cajonean sus doctrinas de inutilidad del sector público o invariable reinado del mercado.

El socorro estatal en América Latina es muy inferior al prevaleciente en las economías centrales. Una estimación destaca que los auxilios fiscales promedian el 10% del PBI en Estados Unidos, el 14,5% en Alemania y casi el 20% en Japón. Pero solo oscilan entre el 0,7% y el 3,5% en Argentina, Brasil y México.⁷ Otro cálculo considera que los

[7] "¿Qué hacen los países frente a la pandemia de coronavirus?" 16 de abril de 2020, CENTRO CEPA. Ver: <https://www.cronista.com/>

paquetes dispuestos en los países metropolitanos rondan el 16,3% del PBI y apenas el 4,1% en América Latina.⁸

En el marco de esa brecha la magnitud de los auxilios nacionales es muy variada. Chile, Perú o Colombia habrían lanzado planes más ambiciosos que Argentina, Bolivia o Ecuador, pero las cifras en danza son muy controvertidas. Las mediciones del programa fiscal argentino, por ejemplo, oscilan entre el 1% al 7% del PBI, confirmando que solo dentro de algún tiempo se podrá contar con evaluaciones más nítidas.

Mucho más cristalina es la interpretación cualitativa del destino de los rescates. Todos los planes socorren a cuatro actores: los empresarios, los asalariados, la clase media y los precarizados. El sostén de las firmas se consume a través de los bancos, que intermedian en la implementación de los auxilios estatales. Esa mediación introduce un filtro de calificación de los subsidios que obstruye, demora e incluso bloquea la llegada del crédito público. Los bancos están acostumbrados al negocio financiero de corto plazo (especialmente con títulos públicos) y no asumen riesgos en la emergencia actual.

A fin de evitar el cierre o la quiebra de las firmas, el Estado se hace cargo también del pago parcial de los salarios, en función del tamaño y el grado de afectación de las empresas por la cuarentena. Para la clase media se han dis-

[8] "Coronavirus: ¿cómo ayudó cada gobierno de América Latina al sector privado?", 25 de abril de 2020. Ver: <https://www.lanacion.com.ar>

puesto alivios de erogaciones (alquileres, hipotecas, servicios) y créditos a bajas tasas de interés. Los planes asistenciales se han multiplicado, para proveer algún recurso a los pauperizados que perdieron abruptamente sus ingresos.

Pero aún se desconoce cómo se distribuyen los montos en circulación entre los cuatro destinos en juego. No se sabe qué porcentual subvenciona directamente a los capitalistas y qué porción recibe la población. No hay muchos estudios precisos sobre esa decisiva distinción. Una primera evaluación comparativa —que diferencia recursos con o sin contraprestación (deudas versus ayudas sociales)— estima que el plan argentino ofrece menos socorros a los empresarios que su contraparte brasileña. Pero ensaya una estimación muy provisional.⁹

En países como México —que arrastran la traumática experiencia de paquetes fiscales que enriquecieron a los capitalistas (Fobaproa-1995)— existe especial preocupación por evitar la repetición de esa estafa.

Otro problema a dirimir es el financiamiento de los rescates. Como en todos los países el freno de la economía ha desplomado la recaudación, se discute acaloradamente el sostén de los nuevos paquetes con emisión, endeudamiento o impuestos. Los neoliberales convocan a tomar préstamos, resaltando las bajas tasas de interés imperan-

[9] Nicolás Oliva, Guillermo Oglietti y Mariana Dondo, "Latinoamérica y el COVID-19: ¿Movilizar recursos o gastar en la gente?", 24 de marzo de 2020. Ver: <https://www.celag.org/latinoamericagente/>

tes en el mundo. Perú, Colombia y Brasil ya optaron por ese camino. Pero son evidentes los enormes riesgos de esa captación crediticia en plena fuga de capitales.

En países como Argentina —que tienen cerrado el acceso al crédito internacional— se debate otra alternativa: un impuesto a las grandes fortunas. Ese tributo permitiría obtener los fondos requeridos para la emergencia (3800 millones de dólares), mediante una afectación mínima del patrimonio de 15 mil acaudalados.

La iniciativa ha desatado una feroz campaña de oposición derechista, que denuncia el carácter “inconstitucional”, “inédito” y “gravoso” de un tributo que cuenta con incontables antecedentes locales e internacionales. La pandemia no conmueve a los millonarios que privilegian sus fortunas al drama de la población.

Ese impuesto no representa ninguna carga significativa para los dueños de Argentina, que tributan muy poco y evaden cifras monumentales. Suelen ocultar en el exterior las tres cuartas partes de sus patrimonios por sumas equivalentes a todo el PBI del país.

Los poderosos exaltan el modelo chileno de donaciones. Ponderan el gesto filantrópico del principal grupo empresario (Luksic) que donó un millón de mascarillas. Suponen que esa insignificante migaja bastará para enmascarar la permisividad impositiva, ante las 119 familias que en ese país detentan fortunas superiores a cien millones de dólares.

El sentido de los auxilios

Los gobiernos han repetido la misma receta de intervención del 2009. En las economías centrales, esa política de generación de liquidez (*quantitative easing*) permitió salvar a los bancos de una inminente quiebra. Luego de proteger la gestación de ganancias privadas, los Estados generalizaron la socialización de las pérdidas a través del gasto público. El mismo rescate en la actualidad involucra en mayor medida a las empresas y a la población que a los bancos.

La pandemia impone una paralización productiva que contrae los ingresos corrientes y desencadena cortocircuitos en las cadenas de pagos. Los Estados intentan contener con subvenciones la bancarrota que sucedería a ese freno del nivel de actividad. Pero el socorro presenta más parecido con las políticas contra-cíclicas de entre-guerra, que con el sostén de los bancos durante el 2008-09.

Muchos analistas destacan las analogías actuales con la economía de guerra. La similitud se verifica en la ruptura del circuito económico, la fuerte presencia de los ministerios y el direccionamiento del gasto. Pero la gran diferencia radica en la ausencia de un propósito destructivo. En las conflagraciones se demuelen recursos productivos y humanos y en la pandemia se intenta resguardarlos.

En lugar de organizar bombardeos, asaltos y capturas se busca descubrir una vacuna que neutralice la infección. Las empresas privilegiadas son laboratorios y no contra-

tistas de pertrechos. Por esas razones, la crisis en curso genera desvalorizaciones masivas de capitales (valor de cambio), pero no necesariamente destrucciones físicas de las empresas (valor de uso).

En la crisis actual los Estados intervienen regulando la oferta. La enorme suma de fondos inyectada en la economía no tiene contrapartida en depósitos, reservas o activos de la misma envergadura. Esos montos representan un adelanto de los impuestos futuros. Expresan lo que el sector público recaudaría a partir de las ganancias, rentas y salarios surgidos de esa recuperación.

De esas tres fuentes emergería la compensación de la monumental erogación actual. Ese adelanto presupone que la reactivación futura permitirá reingresar los fondos ya anticipados por la Tesorería. Pero si esa recuperación no se concreta en el lapso esperado, la marea de desvalorizaciones impactará sobre los créditos y las monedas emitidos por los Estados.

Esta conceptualización del rescate permite contextualizar el debate en curso entre monetaristas y heterodoxos, sobre los peligros inflacionarios de la emisión actual. Lo ocurrido en el 2009 ya ilustró cómo opera una enorme expansión de la liquidez sin consecuencias inflacionarias. Esa experiencia podría extenderse al inminente marco de fuerte recesión y consiguiente presión deflacionaria.

La traslación de esos parámetros a América Latina no es automática y las consecuencias inflacionarias serían

muy distintas para países que soportan (Argentina, Venezuela) o no padecen esa tensión (Brasil, Chile). Pero en todos los casos, el impacto del enorme gasto público sobre los precios está momentáneamente compensado por la gravedad de la depresión en ciernes.

Por esta razón la heterodoxia refuta acertadamente los fantasmas inflacionarios, que el monetarismo despliega para exigir ajustes. Este debate es muy semejante en Argentina, Brasil y México. Pero también es cierto que la eficacia contra-cíclica del gasto público estará condicionada por la duración e intensidad de la recesión.

El trasfondo de esos debates es el modelo económico en gestación para el escenario pos-pandemia. Los neoliberales trabajan para perfeccionar el esquema de apertura comercial, flexibilización laboral y privatizaciones, con algunos ingredientes de mayor estatismo. El neo-desarrollismo conservador propicia correcciones al mismo curso, mediante regulaciones comerciales y financieras. El social-desarrollismo alienta en cambio un giro radical basado en la redistribución del ingreso. La factibilidad de cada opción dependerá del resultado de grandes conflictos políticos que se avecinan.

Referencias bibliográficas

- Inés Capdevila. "Cuatro resultados positivos". 24 de abril de 2020. <https://www.lanacion.com.ar>
- Eric Nepomuceno. "Bolsonaro, el genocida demente". 3 de mayo de 2020. <https://www.pagina12.com.ar/263446>
- Elaine Bortone. "Mercadores da morte: a ação empresarial contra o isolamento social". 7 de abril de 2020. <https://esquerdaonline.com.br>
- Mario Campaña. "El rebrote". 3 de abril de 2020. <https://rebelion.org/autor>
- Iván Ruiz y Delfina Arambillet. "Coronavirus: la Argentina es uno de los países que menos testeos hacen en la región". 4 de mayo de 2020. <https://www.lanacion.com.ar>
- Sullkata M. Quilla Bolivia. Una dictadura que niega la pandemia. Abr 22, 2020 <https://kaosenlared.net>
- María Cristina Rosas. "Coronavirus: medidas extraordinarias". 17 de marzo de 2020. <http://americat.barcelona/>
- Marco Teruggi. "Venezuela resiste: entre la pandemia y la agresión estadounidense". <https://notasperiodismopopular.com.ar>
- Adrián Sotelo Valencia. "El perverso mecanismo del corona-capitalismo en México". 28 de abril de 2020. <https://www.globalizacion.ca/e/>
- José Luis Avendaño C. "Llueve sobre mojado". 1 de mayo de 2020. <https://www.alainet.org>.
- Fabián Medina Sánchez. "Nicaragua insólita". 12 de abril de 2020. <https://www.infobae.com/america/america-latina>
- Sergio Kiernan. "¿La pandemia le pasó de largo o recién empieza?". 2 de mayo de 2020. <https://www.pagina12.com.ar/263251>

- Rodrigo Quiroga. "Coronavirus: Argentina comparada". 25 de abril de 2020. <https://www.pagina12.com.ar/261982>
- Arturo Guillén. "La crisis económica global del "coronavirus" y América Latina". <https://www.clacso.org/>
- Manuel Cabieses Donoso. "Millonarios detrás de las mascarillas". 20 de abril de 2020. <https://radio.uchile.cl>
- Luiz Carlos Bresser-Pereira. "País não tem presidente e devia emitir moeda na crise". 19 de abril de 2020. <http://www.bresserpereira.org.br/view.asp?cod=8057>
- Coral Salvador, María Asensio, Lenin Antonio Mejía, Jesús Martín Salinas. "El mapa que el coronavirus deja en México". 8 de mayo de 2020. <https://www.elsaltodiario.com/mexico>
- Gabriela Selser. "Nicaragua: "Entierros exprés" ponen en duda cifras de virus". 12 de mayo de 2020. <https://apnews.com/6c02f1103bfa9954522adec0b31d24a9>
- La Nación. "Coronavirus: la veloz reacción de Perú ante la crisis chocó con un sistema de salud ineficiente". 8 de mayo de 2020. <https://www.lanacion.com.ar>

[VOLVER
AL MENÚ](#)

Alberto Acosta es Economista ecuatoriano. Profesor universitario dentro y fuera de su país. Ministro de Energía y Minas (2007). Presidente de la Asamblea Constituyente (2007-2008). Candidato a la Presidencia de la República del Ecuador (2012-2013). Juez del Tribunal Internacional de los Derechos de la Naturaleza. Compañero de lucha de los movimientos sociales. Autor de varios libros y de múltiples artículos en revistas especializadas.

John Cajas-Guijarro es Economista ecuatoriano. Candidato a doctor en economía del desarrollo en FLACSO-Ecuador. Profesor titular de Economía Política de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Central del Ecuador. Ha sido profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Escuela Politécnica Nacional, así como profesor invitado y ocasional en FLACSO-Ecuador. Autor de múltiples artículos y libros sobre la economía-política ecuatoriana y mundial. Ocasionalmente ha asesorado a movimientos sociales y políticos. Principales líneas de investigación: economía política teórica y aplicada al caso ecuatoriano y mundial; economía del desarrollo; comercio internacional.

Del coronavirus a la gran transformación Repensando la institucionalidad económica global

Alberto Acosta y John Cajas-Guijarro

*“Se debe invocar la anormalidad y entender la desobediencia.
La novedad debería estar en explorar alternativas
no solamente incómodas, sino también aquellas que resultan
inconcebibles bajo las actuales normalidades”.*

Eduardo Gudynas

La crisis sanitaria provocada por el coronavirus terminó por agudizar y complicar mucho más la recesión económica global que estaba en marcha desde tiempo atrás. Se habla incluso que sería una crisis mayor a la *Gran Recesión* (crisis financiera internacional de 2007-2009) y comparable a la *Gran Depresión* de 1929-1939.¹ El Fondo Monetario Internacional (FMI) ya le otorgó un nombre: el *Gran Confinamiento*. Según previsiones del mismo Fondo de abril de

[1] Para un amplio análisis comparativo entre la crisis del COVID-19 y la crisis de 2007-2009, ver *Foreign Policy*: “Is the Coronavirus Crash Worse Than the 2008 Financial Crisis?”, marzo 18, 2020. Ver: <https://bit.ly/39Y0U81>

2020,² para dicho año la economía mundial caería 3%, una contracción mayor que aquella registrada en 2009 de 0,1% según el FMI o de 1,7% según el Banco Mundial (BM). Semejante crisis económica, que exacerba la crisis civilizatoria provocada por el capitalismo mundial, necesita enfrentarse desde múltiples aristas. Entre ellas se encuentra la arista *institucional* de la economía global.

Pensando en una institucionalidad económica global para la transición

Tenemos claro que la institucionalidad existente en el capitalismo es en extremo limitada incluso para su “normal” funcionamiento. Y por cierto no brinda mayores posibilidades para una transformación radical. Sin embargo, la realidad concreta nos obliga a disputar espacios al poder constituido con el fin de resolver urgencias inmediatas que implican la supervivencia de miles de personas. En ese sentido, en este texto planteamos algunos puntos de disputa con respecto a la institucionalidad económica internacional, aclarando que dicha disputa tiene como objetivo el generar espacios que viabilicen la *transición post-capitalista*.³ Este esfuerzo debe

[2] Fondo Monetario Internacional: *Perspectivas de la Economía Mundial*, abril de 2020. Ver: <https://bit.ly/3fFLl9n>

[3] Una versión preliminar de esta propuesta institucional se la puede encontrar en el artículo de Alberto Acosta y John Cajas-Guijarro (2015). “Instituciones transformadoras para la economía global. Pensando caminos para dejar atrás el capitalismo”. En *La Osadía de lo Nuevo*.

enmarcarse en una estrategia de transiciones múltiples que pueden entrar en debate con otras propuestas regionales e internacionales, en diversos ámbitos de la vida de los humanos y no humanos (como, por ejemplo, los que se proponen desde las diversas lecturas del *Green New Deal*).

Algunos de estos puntos los planteamos resumidamente a continuación.

Banco Central de Finanzas y Fomento Mundial

Un Banco Central de Finanzas y Fomento Mundial —o Banco Central Mundial para acortar— es indispensable para coordinar mundialmente la respuesta económica —y en especial monetaria— a los golpes causados por las crisis recurrentes del capitalismo. Asimismo, este banco buscaría fomentar sobre todo la transformación productiva y de transportes, así como también de los patrones de consumo desde la escala global. Tal banco, que reemplazaría al Fondo Monetario Internacional (FMI) y al Banco Mundial (instituciones que deberían desaparecer), emitiría una moneda global a través de los Derechos Especiales de Giro (DEG),⁴ respaldados en una canasta de monedas que asigne menor peso al dólar.⁵

Alternativas de política económica (varios autores), Ediciones Abya-Yala y Fundación Rosa Luxemburgo, pp. 133-197. Ver: <https://bit.ly/2Tu9whF>

[4] El DEG es un activo creado por el FMI en 1969 (una suerte de moneda de cuenta internacional). Solo lo usan gobiernos y organismos multilaterales.

[5] Se podría recuperar algunas ideas de Keynes presentadas en Bretton

Dicho banco deberá ser una institución especializada dentro de unas Naciones Unidas democratizadas (tarea pendiente y cada vez más urgente), y cuyo funcionamiento se regule a través de una legislación internacional igualmente determinada en Naciones Unidas. Además, todo país miembro de la Unión, cuando sea del caso, podría impugnar —o acusar de ilegítimas— las acciones del Banco, impugnaciones que se discutirían entre los demás países miembros. A su vez, este Banco deberá servir de espacio para coordinar la acción de los distintos bancos centrales de todos los países (o sus equivalentes), buscando de esa manera restar poder actualmente concentrado en la Reserva Federal norteamericana. Asimismo, dentro de este banco podrían crearse las instancias y tribunales necesarios para regular las finanzas globales y enfrentar los problemas derivados de su mal manejo.

Con una capacidad mundial de emisión se busca que el Banco Central Mundial reduzca la volatilidad de la economía en tiempos de crisis. Para ello, se podría adaptar una de las propuestas de John Maynard Keynes en Bretton Woods: crear un sistema de equilibrio económico mundial donde los países con superávit en balanza de pagos aporten y los países en déficit reciban ingresos automáticamente.⁶ La propuesta im-

Woods; por ejemplo, crear una divisa global -Bancor- con estrechos márgenes, anclada a los precios de una veintena de productos básicos esenciales para la Humanidad.

[6] Esta propuesta ya fue analizada en su momento por Raúl Prebisch

pulsaría la emisión de DEG según los superávits de todos los países, distribuyéndolos —sin ataduras ni condiciones de corte fondomonetarista— solo entre países deficitarios de bajos ingresos, mientras que los países ricos —enriquecidos por *la sociedad de la externalización*, es decir a costa de otras sociedades (Stephan Lesenich, 2019)— renunciarían a los DEG. Asimismo, aquellos DEG sobrantes (no pagados a los países ricos deficitarios) podrían usarse para prestárselos a los países empobrecidos, igualmente sin ningún tipo de condicionamiento que afecte la situación económica de sus sociedades y su medio ambiente (e incluso, posiblemente, a una tasa de interés nula y plazos amplios).

A más de la estabilización de balanzas de pagos, el comercio exterior igualmente debería realizarse en DEG, y no en una sola moneda (como el dólar). Así, se quitaría la capacidad de Estados Unidos de emitir dólares y extraer recursos del resto del mundo. A la vez el Banco Central Mundial serviría como una cámara de compensación global, encargada incluso de definir cómo se fijan los tipos de cambio referenciales para las transacciones internacionales. Aquí será necesario incluso repensar el papel de la Organización Mundial de Comercio (OMC), de modo que la Organización quede alineada a la planificación del Banco Central Mundial, restando poder a las grandes corporaciones transnacionales.

(1944): "Observaciones sobre los planes monetarios internacionales". El trimestre económico 11(42), México D.F, p.186.

A más de estas medidas, cada año el Banco podría emitir una determinada cantidad de DEG para destinarla en créditos no condicionados para financiar, en países empobrecidos, entre otras cuestiones, la transformación de la matriz productiva para irles liberando de los extractivismos, la producción de pequeñas empresas, cooperativas y asociaciones, junto con proyectos de inversión pública previa aprobación de una comisión especializada de Naciones Unidas (para evitar, en lo posible, que los recursos se destinen a financiar “elefantes blancos”). En todos estos financiamientos, siempre se deberá priorizar la creación de empleo y en todo caso respetar límites ambientales. Esta tarea demanda tender puentes entre las visiones y lecturas del decrecimiento y las del postextractivismo / del postdesarrollo.⁷

Código Financiero Internacional

El mundo requiere un marco jurídico regulador de su sistema financiero: un *Código Financiero Internacional*, pactado y acordado en Naciones Unidas, y de cumplimiento obligatorio para todos los países. Con este Código se deberá definir la legalidad y legitimidad de todas las actividades financieras, dando espacio a que cada región del mundo aporte en esa definición. Igualmente, este Código

[7] Alberto Acosta y Ulrich Brand (2017). *Salidas del laberinto capitalista – Decrecimiento Postextractivismo*, ICARIA, Barcelona. Disponible en <https://www.rosalux.org.ec/producto/salidas/>

sería el que regule las acciones el Banco Central Mundial y todas las instancias creadas en su interior.

Entre los objetivos de este Código Financiero Internacional está superar el problema de que los códigos jurídicos actualmente corresponden a la territorialidad de los acreedores de deuda pública externa, especialmente por la ejecución de garantías. Es decir, en la contratación de créditos externos se aplican las condiciones establecidas en las leyes y la jurisprudencia del país del acreedor. Así, la propuesta es que todo crédito externo, ya sea adquirido entre países o con acreedores privados, deberá hacerse exclusivamente bajo los lineamientos y los límites que establezca este Código, de modo que se dejaría de imponer la jurisprudencia de algún país sobre los deudores. Su aplicación implicaría una jurisprudencia internacional.⁸ Dentro de los elementos que pueden contenerse en el Código Financiero Internacional, se puede mencionar los siguientes:

Redes de seguridad, información y estabilización financiera. Estas redes deben ayudar a impedir que existan agentes que “aprovechen” de las crisis financieras recurrentes. Con estas redes, las cuales deberían recoger la información de todas las transacciones internacionales realizadas en el mundo, se buscaría transparentar la dinámica financiera global al indicar

[8] Recuérdese que, con todas las críticas que se le puede hacer, existe el Código de Comercio Internacional elaborado a través de la UNCITRAL /CNUDMI (United Nations Commission on International Trade Law o Comisión de las Naciones Unidas para el Derecho Mercantil Internacional), que cuenta con varios componentes consensuados y uniformes.

todos los vínculos que poseen los activos financieros entre sí (así como la información que justifique porqué un activo financiero posee un determinado valor nominal). A través de estas redes se podría prohibir las ventas de títulos a futuro cuando hay desplomes o alzas agresivas de precios en los mercados financieros, o una devaluación o revalorización agresiva de una moneda. Por ejemplo, se podrían establecer límites dentro de los cuales las negociaciones de títulos serían aceptables para evitar que los especuladores ganen apostando a un mayor desplome o a un mayor aumento de precios. Con estas regulaciones se buscaría racionalizar los mercados a futuro (que incluso expanden los extractivismos, como la venta de cereales que no han sido sembrados o petróleo que no ha sido ni descubierto, por ejemplo). También estas redes deberían incluir un acceso universal a toda la información referente a endeudamiento público externo (y quizá hasta interno).

Aplicación de impuestos estabilizadores. Se pueden aplicar fuertes impuestos —cotizados en DEG— a las salidas extraordinarias de capital, así como a las salidas abruptas de fondos que, en muy corto plazo, superen un límite que pueda desestabilizar las cuentas del país del cual salen. Aquí puede considerarse la aplicación del *Impuesto Tobin*, como regulador de volatilidad financiera internacional. La idea original, según Tobin,⁹

[9] Esta descripción la hace James Tobin en una entrevista, el 3 de septiembre de 2001. Ver: http://web.archive.org/web/20050306201839/http://www.jubilee2000uk.org/worldnews/lamerica/james_tobin_030901_english.htm

fue establecer un impuesto global a todas las transacciones con divisas. Así los especuladores, que suelen ganar con compras y ventas de divisas a muy corto plazo, disminuirán el ritmo de transacciones (caso contrario pagarían varias veces el mismo impuesto), brindando mayor estabilidad a los tipos de cambio. Este impuesto puede extenderse a todas las transacciones financieras, para brindar mayor estabilidad a los precios internacionales. Todos los recursos recaudados de estos impuestos pasarían a disposición del Banco Central Mundial.

Calificación internacional de riesgos financieros. El Código Financiero Internacional debe disponer metodologías claras, estandarizadas y transparentes para la calificación internacional de riesgos financieros (crediticios, operativos, de tipo de cambio, de tipo de interés, de operaciones de mercado abierto, etc.). Dicha calificación quedaría a cargo y sería difundida por alguna dependencia dentro del Banco Central Mundial.

Eliminación de paraísos fiscales. El Código deberá prohibir los paraísos fiscales, así como prohibir la existencia de jurisdicciones que permitan el anonimato y la restricción al acceso a información financiera. Hasta que se consolide esa eliminación, para presionar a que los fondos contenidos en paraísos fiscales salgan se podría aplicar un fuerte impuesto a toda transacción que involucre a un paraíso fiscal, y los ingresos recaudados pasarían a manos del Banco Central Mundial.

Codificación de crímenes financieros. En el Código deberá señalarse el tipo de actividades financieras que puedan considerarse como criminales y/o corruptas, estableciendo tanto criterios sociales como ambientales (bajo el espíritu de una continua globalización del derecho).¹⁰ Aquí debería considerarse como crimen financiero al uso de instrumentos financieros para la subyugación económica y política de los países,¹¹ así como la “confidencialidad” de los contratos de deuda pública.

Regulación del endeudamiento público. Respecto al endeudamiento público, el Código Financiero Internacional deberá prohibir y sancionar: cláusulas ilícitas, vicios de consentimiento, anatocismo (intereses sobre intereses), gastos y comisiones desproporcionados cubiertos por los deudores sin control alguno, operaciones simuladas, colusión dolosa (acuerdos especialmente entre acreedores y gobernantes en perjuicio de la población), deudas “estatizadas” o “socializadas”, etc. También el código deberá determinar cuándo un país necesita la condonación total o parcial de su deuda, considerando su capacidad real de pago (que de ninguna manera podrá afectar sus inversiones sociales), distinguiendo entre casos de fuerza

[10] “La protección de las libertades, el otorgamiento de igualdad ante la ley, y el aseguramiento de la paz social ya no pueden ser garantizados o comprendidos solo como resultado del accionar de los sistemas jurídicos nacionales. Menos aún, cuando en muchos casos, parte sustantiva de estos derechos no ha sido materializada en el propio ámbito nacional.” (Alexander Schubert)

[11] Aquí cabe recalcar que el Club de París, carente de base jurídica alguna, debe dejar de servir para la presión y chantaje de los países acreedores, y por tanto sugerimos su inmediata desaparición.

mayor y casos de mala administración.¹² Además habrá que pensar en cláusulas de acción colectiva: si una mayoría calificada de acreedores bonistas acuerda reestructurar una deuda, las nuevas condiciones rigen para todos los acreedores.

Fomento a uniones monetarias regionales. Dentro del Código se podrían incluir medidas que fomenten la creación de uniones monetarias regionales con monedas propias que cumplan una convertibilidad 1 a 1 con los DEG. Con este propósito también se puede fomentar la coordinación regional de políticas económicas.

Instancias por crear dentro del Banco Central Mundial

Entre las instancias que se pueden crear dentro del Banco Central Mundial que permitan ejecutar sus acciones y, en especial, permitan resolver controversias entre países, podemos plantear las siguientes (a las cuales pueden agregarse otras más).

Tribunal Internacional de Arbitraje de Inversiones y Finanzas. Este Tribunal servirá para dirimir controversias causadas por inversiones extranjeras, implementando un sistema de arbi-

[12] Puede tomarse como referencia, las cláusulas de salvaguardia en el comercio internacional en caso de incumplimiento, expuestas en el Tribunal Internacional de Arbitraje por la Cámara Internacional de Comercio de París, al entrar en disputa. Estas cláusulas tienen un criterio de fuerza mayor para los incumplimientos de contratos de entrega de bienes.

traje que reemplace al Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones (CIADI), dependiente del Banco Mundial y al servicio de los intereses transnacionales. En este Tribunal deberá definir mecanismos de compensación para los actores dolosamente perjudicados o estafados; igualmente, se debe puede terminar con la sobreprotección a los capitales y las inversiones extranjeras en detrimento de los pueblos.

Tribunal Internacional de Arbitraje de Deuda Soberana. Este Tribunal deberá encargarse del manejo de controversias entre deudores y acreedores de todo tipo de deuda soberana, tanto entre países como aquella adquirida en los mercados financieros internacionales.¹³ Este Tribunal debe buscar que el pago de la deuda externa nunca frene el bienestar humano ni amenace el equilibrio ambiental. Asimismo, deberá responder a los pedidos soberanos de los diferentes Estados a conformar auditorías de Deuda Externa —con amplio control ciudadano— para definir cuándo hay deudas ilegales e ilegítimas que no deberían pagarse y que deban impugnarse (p.ej. desde la doctrina de las deudas odiosas,¹⁴ usurarias y corruptas).

[13] Sobre el tema hay varios textos elaborados desde hace un par de décadas, por Oscar Ugarteche Alberto Acosta, se puede consultar un texto corro en "A favor de un tribunal internacional de arbitraje de deuda soberana (TIADS)", Caracas, revista Nueva Sociedad N° 183, 2003.

[14] Declarar a parte de las deudas como odiosas, es decir, deudas contratadas en contra del interés de los habitantes de un país (normalmente por gobiernos dictatoriales) no solo conduciría a la suspensión de su pago, sino que podría constituirse en una barrera para prevenir

Las disposiciones de este tribunal, sobre todo respecto a la condonación o anulación total o parcial de deudas, deberán ser definitivas y de obligatorio cumplimiento.

Tribunal Internacional de los Derechos de la Naturaleza

Aparte del endeudamiento externo tradicional, habrá que reflexionar sobre la *deuda ecológica*, analizable quizá según los costos requeridos para reparar y restaurar el daño ambiental provocado por los países capitalistas desarrollados, más el daño ambiental sufrido por los extractivismos¹⁵ (aunque teniendo cuidado de no reducir a la Naturaleza a meros términos económicos). Esta deuda está bastante ligada a una *deuda histórica*, donde los países empobrecidos serían los verdaderos acreedores, tanto por la acumulación originaria como por la acumulación por desposesión e intercambio desigual en el comercio internacional vigente hasta la fecha.¹⁶

aventuras dictatoriales, pues parte de la motivación de las dictaduras que especialmente se impusieron en América Latina durante los años 60 y 70 fue precisamente el endeudamiento agresivo (en complicidad con los intereses del capitalismo desarrollado).

[15] Vale la pena anotar al margen al impuesto Daly a la extracción de petróleo crudo u otros combustibles fósiles que afecten a la biodiversidad y al ambiente.

[16] Según datos muy generales recopilados por el sitio web therules.org, en cada año, mientras los países pobres reciben en promedio 130 mil millones de dólares en ayuda desde los países ricos, en cambio estos últimos reciben 900 mil millones de dólares de los países pobres por medio de lo que las corporaciones roban a estos últimos países, más 600

En ese sentido, junto con un Banco Central Mundial, una transición económica necesita de una regulación ambiental global, enfocada en asegurar la calidad del entorno y la conservación de la biodiversidad, olvidando la finalidad del lucro. Incluso por cuestiones de supervivencia, como las que han quedado evidenciadas por la actual crisis, es inviable pensar en la economía al margen de la Naturaleza. Por ello proponemos crear un Tribunal Internacional para sancionar los delitos contra la madre Tierra o Pachamama. Este Tribunal deberá conocer las amenazas o violaciones al Derecho de la Tierra y los derechos reconocidos en la Declaración Universal por los Derechos de la Madre Tierra y demás instrumentos nacionales e internacionales que reconozcan los Derechos de la Naturaleza.

Cuando considere que hay amenaza o violación a los Derechos de la Naturaleza, el Tribunal deberá dictar sentencia, establecerá responsabilidades y sugerirá medidas de restauración integral y de reparación a las comunidades afectadas. Las sentencias serán publicadas y difundidas internacionalmente, y serán de cumplimiento obligatorio. Igualmente, el Tribunal deberá disponer medidas cautelares contra todo acto u omisión de autoridades o particulares, que en forma actual o inminente lesione, restrinja,

mil millones por servicios de deuda externa y más 500 mil millones por pérdidas en el comercio internacional. Así cada año va aumentando la brecha entre países ricos y pobres a la vez que los países pobres financian a los países ricos. Ver: <http://therules.org/inequality-video-fact-sheet/>

altere o amenace los Derechos Humanos y la integridad física y de defensoras/es de la Naturaleza.¹⁷

Buscando una transformación civilizatoria post-capitalista

El Gran Confinamiento nos ha ubicado en una época compleja y llena de incertidumbres, la cual refleja los límites y riesgos de la globalización capitalista, proyectando una pesada sombra de crisis civilizatoria. Esa crisis llega a un punto tal que combina a la crisis económica y la crisis de salubridad incluso con crisis políticas que crean escenarios perversos como la “reapertura” de una economía que no da ninguna garantía para la supervivencia de los pueblos.¹⁸

Los puntos de disputa institucional que hemos planteado deben tomarse como elementos de partida que generen los espacios para una posterior transformación civilizatoria. No son el fin último, son herramientas para la transición. Adicional a dichos puntos, la transformación ci-

[17] Entre los muchos textos sobre el tema recomendamos la “Entrevista a Alberto Acosta sobre los Derechos de la Naturaleza”, realizada por Carlos Soria (2018). Disponible en <https://www.servindi.org/actualidad-noticias/21/09/2018/entrevista-alberto-acosta-sobre-los-derechos-de-la-naturaleza>

[18] De estas tendencias se tienen casos extremos como Brasil: el presidente Jair Bolsonaro quien, pensando en no detener la acumulación capitalista, se ha opuesto explícitamente a aplicar medidas de confinamiento para contener el virus. El resultado de semejante barbarie (con tintes hasta de un posible proceso de “limpieza social”, pues las primeras víctimas del COVID son poblaciones pobres) es la consolidación de Brasil como el epicentro de la pandemia del coronavirus en Latinoamérica. Ver *BBC*: “Coronavirus en Brasil: las frases del presidente Jair Bolsonaro que han marcado el impacto de la pandemia en Brasil, el país más golpeado de América Latina”, mayo 14 de 2020. Ver: <https://bbc.in/2Z9FW4u>

vilizatoria debe llevarnos, en primer lugar, a oponernos totalmente a que el capital y su acumulación sean la razón de ser de la economía. Es más, ya ni siquiera es suficiente —o quizá nunca lo fue— plantear aquella máxima de “la vida por encima del capital”. Al capital hay que *desterrarlo* de todas las esferas de la vida, y reemplazarlo por relaciones sociales de carácter post-capitalista, en donde incluso la economía sea reemplazada por una *post-economía*.¹⁹ Caso contrario, si no desterramos al capital y superamos las limitaciones de la economía como la conocemos (tanto ortodoxa como heterodoxa), seguiremos sufriendo de una civilización que depreda el planeta y que, según algunos expertos, nos llevará a que en el futuro volvamos a enfrentar pandemias cada vez más graves.²⁰ Por todo aquello que amamos y soñamos —hermanos y hermanas, padres y madres, hijos, hijas, nietos y nietas—, busquemos que de la actual crisis nazca una nueva sociedad. Una sociedad donde la idea de *lucro* pierda sentido; una sociedad cuyo fin supremo sea una *vida plena, digna y justa*.

Así, ante una vida humana en peligro, urge reencontrarnos con quienes logran vivir en armonía y equilibrio en sus relaciones sociales y con la Naturaleza, desterrando incluso las nociones de “progreso” y “desarrollo” propias de la

[19] Acosta Alberto y Cajas-Guijarro, John (2018): “De las “ciencias económicas” a la post-economía”. Ecuador Debate No. 103, abril 2018. Ver: <https://bit.ly/2X4S4Rw>

[20] Nueva Tribuna: “Las pandemias se multiplicarán”, abril 19 de 2020. Ver: <https://bit.ly/2WBpWqo>

Modernidad, por medio de la construcción de visiones *post-desarrollistas*.²¹ El fin último de existir es alcanzar una vida digna (humana y no humana) desde la libertad, sin esclavitud de ningún tipo, donde el goce de la cotidianidad deje de fragmentarse entre el trabajo obligatorio y el ocio mercantil.²²

¿Será posible aprender de las visiones, valores, experiencias y prácticas de otras formas de vida para construir un mundo en donde quepan todos los mundos en equilibrio y libertad, el ansiado pluriverso?²³ ¿Podremos pensar en un mundo del Buen Vivir,²⁴ en donde los equilibrios sociales y la armonía ecológica formen una sola unidad?

Si del *Gran Confinamiento* no salimos construyendo un nuevo mundo entonces, quizá, no superaremos nunca la pesadilla de las crisis capitalistas recurrentes. Por ello, si no transformamos las estructuras sociales de manera profunda y radical, tendremos que atenernos a las consecuencias de la gran crisis del siglo XXI: la barbarie está mucho más cerca de lo que imaginamos.

[21] Acosta, Alberto y Cajas-Guijarro, John (2020): "Ghosts, pluriverse, and hopes. From "development" to post-development". En *The Routledge Handbook to Global Political Economy* (Ernesto Vivares, ed.). Londres: Routledge.

[22] Acosta, Alberto (2018): "El Buen Vivir como emancipación", ponencia presentada en el *Congreso Mundial de Ocio 2018*, páginas 104 - 126. Ver: <https://bit.ly/3dMZUGg>.

[23] Kothari, A. Salleh, A., Escobar, A., Demaria, F., Acosta, A. (eds) *Pluriverse: A post-development dictionary*. New Delhi: Tulika Books. Ver: <https://bit.ly/364k1Nu>

[24] Acosta, Alberto (2013). *El Buen Vivir Sumak Kawsay, una oportunidad para imaginar otros mundos*. Barcelona: ICARIA.

[VOLVER
AL MENÚ](#)

Horacio Machado Araújo (Catamarca, Argentina) es licenciado en Ciencia Política, magíster en Ciencias Sociales y doctor en Ciencias Humanas. Trabaja como investigador de Conicet y profesor de Sociología en la Fac. de Humanidades de la Universidad Nacional de Catamarca. Allí, actualmente se desempeña como director del Doctorado en Ciencias Humanas. Aprendiz de las luchas populares, seguidor de las huellas de educadora/es populares de Nuestra América, sueña una ciencia comprometida e involucrada con las causas de los condenados de la Tierra. Participa de la gestación del Colectivo de Investigación de Ecología Política del Sur (Conicet-CITCA-UNCA <http://www.ecologiapoliticadelsur.com.ar/>). Es autor de *Potosí, el origen. Genealogía de la minería contemporánea*, editado en Argentina, Bolivia, Perú, Ecuador y Brasil; *Economía Política del Clientelismo. Democracia y Capitalismo en los márgenes* (Grupo Editorial Encuentro, Córdoba, 2007), y de otros libros en coautoría sobre minería, extractivismo y ecología política.

Imaginando un (otro) mundo pospandemia Desafíos y posibilidades desde la Ecología Política del Sur

Horacio Machado Aráoz

“Las fuerzas generadas por la economía y la tecnociencia son ahora lo suficientemente poderosas como para destruir el medio ambiente, es decir, los fundamentos materiales de la vida humana. (...) Nuestro mundo arriesga una explosión o una implosión.

Esto debe cambiar. No sabemos a dónde vamos. Sin embargo, una cosa es clara, si la humanidad tiene futuro, ese futuro no puede ser la prolongación del pasado o del presente. Si intentamos construir un tercer milenio sobre esta base, con seguridad fracasaremos.”

Eric Hobsbawm, “La edad de los extremos”, 1949.

La pandemia como síntoma; el Capitaloceno como enfermedad

En el marco de la inercial vorágine de la vida social contemporánea, con la globalización ya surcando el siglo XXI, la azarosa e imprevisible contingencia de la materia

viviente nos ha deparado una súbita parálisis. Un evento de por sí trágico, pero que bien podríamos convertir en prodigioso. Quizás, como dándonos una (¿última?) oportunidad para mirar y tomar conciencia del *mundo en que vivimos*, un microorganismo, de existencia imperceptible, saltó de los animalitos que eran su hábitat natural al de los organismos humanos, a través de la comida; se fue expandiendo de humano a humano, a través de la respiración. El agua limpia que escasea es, hasta hoy, la única protección conocida. Así, a través de su elemental acción microbiológica, un virus, lenguaje de la Tierra, nos viene a advertir hasta qué punto el régimen de relaciones sociales en el que nos hallamos inmersos va completamente a contramano de las leyes de la vida. Ha creado un mundo en el que respirar, comer y beber, incluso hasta abrazarse y amar, se ha tornado peligroso.

Probablemente para algunos, la tenacidad de la pedagogía de la Tierra pueda parecer cruel, pero en rigor, habría que considerarla en proporción a la indolencia de la racionalidad dominante. Aún así, el mensaje sigue ahí, flotando en el aire: una vez más, se nos viene a advertir que lo que nos debería dar vida es lo que nos está matando.

Con sabiduría dialéctica, el virus se muestra como una enfermedad (a nivel biológico) que podría ayudar a curar (a nivel civilizatorio). El confinamiento obligado nos revela el estado generalizado de aislamiento que, en nombre del progreso, ha sido impuesto a vastas poblaciones humanas

y no humanas, de especies silvestres y domesticadas, como condición permanente de vida. La vida, que vuelve a respirar en estos días de cuarentena, nos muestra en qué medida ha sido asfixiada. El aislamiento como profilaxis, nos hace tomar conciencia de la comunidad como necesidad vital, de la centralidad de los vínculos y la cooperación social; de la vida como interdependencia, como-proceso-en-común. La “anormalidad” de estos días de paro, nos advierte sobre la entropía y la disfuncionalidad intrínseca a la normalidad que hemos creado. Las muertes que produce se comparan con las que, a la vez, evita; nos hace registrar las otras múltiples y generalizadas formas de matar que se encuentran vigentes en la rutina del mundo contemporáneo.¹

En marzo de este año, en pleno auge de la pandemia en Europa, el Secretario General de la ONU llamaba a no perder de vista que el problema de fondo no era el coronavirus, sino la crisis climática, de la que aquél es solo una manifestación temporal más. Y advertía:

Contamos el costo en vidas y medios de vida humanos a medida que las sequías, los incendios forestales, las inundaciones y las tormentas extremas cobran su precio mor-

[1] El Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente estima que la mortalidad global por la contaminación del aire y el agua, asciende a nueve millones de personas por año. Ver: <https://www.unenvironment.org/es/resources/perspectivas-del-medio-ambiente-mundial-6>

tal. No tenemos tiempo que perder si queremos evitar una catástrofe climática.²

Queda claro que lo que nos está matando no es estrictamente el coronavirus. No ha declarado éste ninguna guerra. En todo caso, el virus ha venido solo a revelar el estado crítico del mundo; el grado extremo de deterioro y descomposición del sistema de Vida-Tierra.³ La sintomatología del coronavirus muestra, de modo contundente, inapelable, que *la verdadera pandemia es, en realidad, la contaminación biosférica del Capitaloceno*. Esto significa que la toxicidad y destructividad intrínseca al modo capitalista de concebir y producir la existencia ha alcanzado ya límites insostenibles. La Biósfera, el útero que abraza y sostiene la vida en el Planeta, ha sido contaminada. La vida en sí, como totalidad *sympoiética*, en todas sus dimensiones, escalas y procesos, ha sido contaminada. No podemos ya soslayar este diagnóstico.

Justamente, Capitaloceno remite a una contaminación sistémica, geológica y antropológica; una contaminación no solo de la atmósfera sino, sobre todo, de la noósfera. Refiere no solo al estado de degradación de la *naturaleza externa*, sino, sobre todo, de la *naturaleza*

[2] Ver: <https://news.un.org/es/story/2020/03/1470901>

[3] Ver: <https://ipbes.net/global-assessment>
<https://www.unenvironment.org/es/resources/perspectivas-del-medio-ambiente-mundial-6>

interna. La vertiginosa aceleración del sociometabolismo del capital, habida en las últimas cinco décadas, ha involucrado un agravamiento drástico de los sopores y procesos materiales de la vida en el Planeta, así como también ha provocado profundos efectos ecobio-políticos a nivel de los organismos humanos vivientes. El modo de sentir-se “humano” fraguado al calor del capitalismo globalizado como modo de vida incuestionado, ha acabado haciendo realidad la antropología imaginaria del ultra-liberalismo darwiniano. Hoy, el mundo está superpoblado de monstruos hobbesianos, que se paran frente al mundo con la pose del *Conquistador*, dispuestos a arrasarlo todo; en tanto, vastas mayorías permanecen inmutables, anestesiadas por el consumo, *normalizadas en el disfrute inmediato* (Scribano, 2013).

Somos plenamente conscientes de que hablar de Capitaloceno es tan evidente como problemático. Mientras que desde el rigor histórico-científico resulta irrefutable, dada la radicalidad de los cambios que involucra asumirlo, casi como un acto reflejo se lo tacha de “irrealista”, “utópico” y cosas por el estilo. No es un problema de falta de evidencias; ni de falta de alternativas. Es un problema que, más bien, expresa hasta qué punto el virus del capital ha infectado las estructuras perceptivas, emocionales, libidinales e intelectuales de una gran masa de población humana, para la cual —como dijera Jameson— es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo.

Frente a ello, la pandemia irrumpe haciendo evidente lo que hasta ahora había permanecido imperceptible a las sensibilidades hegemónicas. Pone de manifiesto la terminante inviabilidad de este modelo civilizatorio. Muestra que el Capitaloceno, más que una nueva era geológica, constituye la epifanía de un *evento límite* (Haraway 2016); un punto histórico desde el cual ya no podemos imaginar el futuro como mera prolongación del pasado o el presente.

Con abrumadora lucidez, ante el escenario de la gran crisis capitalista de inicios del siglo pasado, Rosa Luxemburgo definía la encrucijada histórica como "socialismo o barbarie". Y ya sabemos cuál fue el rumbo seguido. Tras la bomba de consumo keynesiana, el neoliberalismo nos ha colocado ante el último umbral de la barbarie. A esta altura de los acontecimientos sabemos que, si bien el capitalismo no es inmutable, solo puede ser trascendido por actos de la voluntad. Hablar de la inviabilidad del capitalismo no es suponer una "evolución histórica" predeterminada, ni creer que sus días están contados. Inviabilidad quiere decir que el horror no tiene fondo; que, de no mediar una decidida intervención de la acción humana que modifique de manera sustancial el actual curso histórico, el horizonte es el colapso. Cien años después, la encrucijada "socialismo o barbarie" resurge con mayor nitidez; resuena ahora como epílogo de un curso civilizatorio devenido en *deriva exterminista* (Thompson, 1983).

Capitaloceno y colapso geosociometabólico

Como efecto del grado extremo de hipermercantilización de la vida alcanzado en el presente, amplios sectores de la sociedad contemporánea —sobre todo, las clases medio-altas, urbanas y blancas— viven en un estado de profunda desconexión ontológica respecto de los flujos más elementales de la vida. Desde esas sensibilidades, la cuestión de la sustentabilidad se percibe apenas como un “problema ambiental”, no como una crucial problemática política, relativa a la producción social de la vida y a la determinación colectiva de su sentido.

El grado de descomposición de la Tierra se manifiesta inexorablemente al mismo nivel que el de su especie más compleja. Políticamente, el Capitaloceno es un tiempo de desvaríos extremos. Las acechanzas emergen principalmente de las pulsiones colonialistas, supremacistas, patriarcales, clasistas y xenófobas encarnadas en liderazgos desquiciados y electorados predispuestos a seguirles. Pero esas nuevas caras de la derecha se alimentan también de los extravíos de la vieja izquierda.

Un aspecto clave de los problemas que afrontamos pasa por la pasmosa desorientación de las fuerzas que se adscriben como progresistas o de izquierda. Muchas siguen presas de la vieja nostalgia bienestarista de posguerra. Partiendo de una evaluación superficial de la crisis, sitúan el problema en el plano de las desigualdades y en el

“achicamiento” del Estado; desde allí plantean propuestas post-pandemia centradas en políticas de redistribución del ingreso y la regulación estatal sobre los mercados.

Sin embargo, el problema es mucho más grave. La generalización de la precariedad, la profundización de las desigualdades y la concentración de la riqueza no son solo una herencia del neoliberalismo; son síntomas del profundo trastorno geosociometabólico del capital. Más que un problema de concentración de la riqueza, lo que tenemos es un enorme déficit de democracia económica y de justicia ecológica global. Esta pandemia ha develado hasta qué punto nuestras vidas están en manos de grandes aparatos tecno-burocráticos globalizados que diseñan, organizan y gobiernan los flujos de materia y energía del Planeta, bajo el exclusivo criterio de sus planes de negocio.

La crisis del coronavirus pone de manifiesto que el mundo está crecientemente bajo el gobierno de un régimen oligárquico-corporativo que —a través de la apropiación de las energías vitales (*tierra y trabajo*)—, detenta la capacidad de disposición concentrada sobre la muerte y la vida en la Tierra.⁴ Desde la cima de las finanzas y el control monopólico de las tecnologías y los circuitos de producción y comercialización globales, tales grupos diseñan las geografías, las ciudades, los transportes, los ecosistemas, las dietas, los cuerpos, los programas educativos,

[4] Ver: <https://www.newscientist.com/article/mg21228354-500-revealed-the-capitalist-network-that-runs-the-world/>

los sistemas comunicacionales, los fármacos, los sistemas sanitarios y securitarios, los regímenes de trabajo, los deseos, el tiempo libre; en fin, prácticamente todo.

El poder concentrado se ejerce sobre los flujos de materia y energía que circulan diferencial y asimétricamente entre los cuerpos, las poblaciones y los territorios de la geografía mundial. El comando corporativo sobre las “cadenas de valor” globalizadas, significa, *de jure* y *de facto*, que la vida en sí —el conjunto de comunidades de vida que integran la Biósfera terráquea—, se halla bajo el poder concentrado de mega-aparatos burocráticos que la gobiernan en función de su rentabilidad máxima como criterio político supremo.

La vida (con sus propias dinámicas, ritmos y flujos) se halla en sí violentada, abusivamente intervenida para ser disponibilizada y subsumida bajo la lógica ciega de la valorización abstracta y la acumulación sin-fin y como-fin-en-sí-mismo. Un virus ha venido a poner de manifiesto este radical trastorno geosociometabólico.

Visto retrospectivamente, es posible advertir cómo la mercantilización de la vida ha seguido un curso de expansión ininterrumpida, desde los orígenes del capital como Ecología-Mundo (Moore, 2013). Las sucesivas crisis han fungido instancias de aceleración de esa misma trayectoria. Desde la crisis del 29 (para no irnos más lejos) a la crisis de los 70 y a la del 2008, la dinámica sociometabólica del capital ha ido incrementando extensiva e intensivamente la frontera de mercancías, a través de una progresiva

concentración/centralización/uniformización/globalización de las tecnologías y los procesos productivos, y una creciente subordinación de los sistemas vivos a las reglas y dinámicas de la valorización financiera. Y lo que vemos es que la financierización de la vida es su descomposición.

En esa trayectoria, keynesianismo y neoliberalismo han sido estadíos diferentes y sucesivos de una escala ascendente de mundialización de las finanzas y concentración del poder corporativo; de intensificación de la producción y masificación del consumo. La aceleración del metabolismo social del capital significa el incremento exponencial del extractivismo y la depredación; el aumento de las escalas, velocidades y volúmenes de materias primas, productos y desechos tóxicos; el gigantismo de las infraestructuras, de las fortunas, de las deudas y de las vidas sacrificables.

De manera que no estamos solo ante un problema redistributivo. Con o sin redistribución, lo que el capital necesita es crecer; expandir infinitamente su proceso de valorización. El automatismo del crecimiento funge como mecanismo de coerción política. Los gobiernos deben, ante todo, "procurar el crecimiento". Y la palanca del crecimiento —que define el empleo y el consumo— la detentan los inversionistas. A través de las inversiones, la lógica de la valorización financiera decide qué, cómo, cuánto, dónde, a qué ritmo, con qué tecnologías, a qué costos, para qué y para quiénes se produce (casi todo) lo que se produce en el mundo. La concentración de la capacidad

de decisión sobre lo que se produce es un control remoto sobre nuestras vidas, sobre nuestro trabajo. Este sistema no solo produce las mercancías; a través de ellas, produce principalmente nuestras necesidades presentes y futuras; nuestras formas de percibir, sentir y habitar el mundo.

La dinámica geosociometabólica del capital, en su vorágine geofágica sobre el mundo de la vida, nos confronta a la expropiación de la determinación autónoma de nuestras propias condiciones de existencia; las desigualdades y la explotación (creciente e incesante) de la *naturaleza genérica* (Tierra) y la *naturaleza específica* (trabajo), son problemas derivados de aquella cuestión central.

Cambio geosociometabólico: la sustentabilidad como justicia y democratización social

La sustentabilidad no es solo una “cuestión ambiental”, sino una problemática política. En la base de los problemas ecológicos tenemos una profunda injusticia estructural que nace de la apropiación asimétrica de los medios de vida y de un régimen autocrático de gobierno de la economía. No hay sustentabilidad sin justicia y sin democracia. Eso implica la necesidad de trascender el metabolismo social del capital.

La abstracción del sistema económico bajo el modo del capital lo ha llevado a crecer *por afuera* de los límites geofísicos y biológicos de la economía de la naturaleza y *por encima* mismo de la sociedad que lo ha creado y a quien debería ser-

vir. Una transformación geosociometabólica exige odificar el orden político en base al cual se estructura la producción de la vida social. Supone, en primer lugar, recuperar el control democrático sobre el sistema de producción de necesidades y satisfactores. Y, en segundo lugar, ya como comunidad política, abordar la tarea insoslayable de re-encauzar y re-enraizar el subsistema económico dentro de las dimensiones, ritmos, flujos y procesos propios del Sistema Tierra.

Concebido como una hoja de ruta hacia una mudanza radical, la noción de cambio geosociometabólico se comprende como una agenda transicional de un proceso que, sabiendo que debe ir construyéndose sobre la marcha y sin fórmulas ni modelos pre-establecidos, no debe perder su vocación y pasión revolucionaria. Puede resumirse esquemáticamente en cuatro grandes principios: democratización, desmercantilización, despatriarcalización, descolonización.

Democratización. La necesidad y urgencia de la agenda redistributiva no debe hacer perder de vista que la raíz de las desigualdades es un régimen oligárquico de apropiación y disposición de la Tierra y el Trabajo. El principal desafío y objetivo es avanzar en una agenda que procure revertir el régimen de expropiación originaria sobre nuestros medios y modos de vida; recuperar el control democrático sobre el sistema económico y los procesos productivos, general e integralmente considerados. Más que redistribuir el ingreso, necesitamos redistribuir el

poder; el poder de decisión sobre qué se produce, cómo, cuánto, dónde, para qué y para quiénes. Someter al escrutinio democrático los criterios de priorización de fines y medios productivos, de asignación de recursos, de evaluación y selección de tecnologías y procesos de trabajo. Democratización económica es desactivar el autoritarismo corporativo y la dictadura de los inversores.

Esto supone, por cierto, replantear el régimen de propiedad, pero también el rediseño de las unidades de producción y de los procesos productivos, hacia formas horizontales, autónomas y cooperativas de trabajo. Hay muchas experiencias en estos campos en base a las cuales re-imaginar el futuro. Sabemos ya que *la estatización de las empresas no es socialización de la producción*; las participaciones de lxs trabajadorxs en las empresas también han resultado avances insuficientes que deberían profundizarse. Asimismo, la democratización requiere extenderse al campo de las pautas y ritmos de consumo; es preciso afrontar democráticamente la ineludible cuestión de los límites del Planeta y los procesos de entropía.

En términos geográficos, democratización supone la descentralización y desconcentración de los sistemas productivos; la profunda revisión de las escalas y del tamaño de las unidades de producción y circulación. Gran parte de los problemas políticos y ecológicos de las tecnologías tienen que ver con el gigantismo y el globalismo; lo que se presenta como “economías de escala”, en realidad,

encubre la socialización de riesgos y costos y la concentración del poder-de-explotación y apropiación privada de ganancias. La relocalización de los procesos de producción y distribución no solo son una condición necesaria a los requerimientos de la eficiencia energética y la sustentabilidad ecológica, sino también para la participación y el control democrático de los mismos.

Desmercantilización. Desmercantilizar es desarmar el régimen de apropiación privada sobre bienes y servicios fundamentales y sobre el gobierno de los procesos económicos. Supone, fundamentalmente, subordinar los sistemas productivos a *los valores de uso*; lo que en gran medida se ha hecho de manera extraordinaria en estos días de pandemia. En efecto, la crisis ha revelado que reestructurar integralmente los procesos económicos para re-orientarlos a la finalidad de permitir y asegurar la reproducción de la vida, es absolutamente posible. Se ha visto cómo la salud, los alimentos, el trabajo, la vivienda, la educación, el agua, la energía, no pueden ser tratados como mercancías. Se ha visto cómo la mercantilización de estos bienes y servicios esenciales produce formas aberrantes de explotación y de degradación de las condiciones de vida.

Poner la vida en el centro es desmercantilizar la tierra, el agua, los alimentos, el trabajo, la salud y los servicios básicos; es construir-los como *bienes políticos*, y no como bienes de mercado; sus sistemas de producción, asignación y

distribución tienen que estar garantizados por la sola pertenencia a la comunidad política y regulados en los términos y condiciones que defina la comunidad.

Desmercantilizar supone abrir-nos a otras nociones de bienes y de riqueza, que tengan que ver, no con una escalada (presunta) infinita de consumo de mercancías, sino con niveles de satisfacción, de realización y de proyección de aptitudes y facultades humanas. Los valores de uso son un regulador indispensable para afrontar la cuestión de los límites y los ritmos de los procesos de producción y consumo. Pero también para la re-humanización de la vida colectiva, para pasar de una ontología de la felicidad centrada en el *tener* a la del *ser*; del *ser-con*.

Despatriarcalización. La eliminación de la toxina patriarcal de los sistemas económicos es fundamental para reimaginar la vida. Lo que desde hace tanto tiempo y con rigurosidad vienen planteando los movimientos feministas, ahora, en tiempos de pandemia, se ha visto abrumadoramente confirmado. Urge reorientar el sistema social a la reproducción de la vida. El cambio del sociometabolismo del capital hacia economías sustentables implica de modo imprescindible un giro despatriarcal de la economía política reorganizando las relaciones de producción en torno a la centralidad de la economía del cuidado y del sustento. La economía feminista presupone y radicaliza los principios de democratización y desmercantilización. Plantea un

giro político a la cuestión de la *propiedad*, que supone dejar de pensarla como *posesión* para concebirla y practicarla más bien como *pertenencia*. La idea de propiedad como pertenencia implica un cambio radical en el régimen de propiedad; no hace lugar a la lógica del individualismo, pues asume y parte del reconocimiento de que la (re)producción social de la vida es una cuestión necesariamente colectiva; supone asumir que no hay vida sin producción en-común, sin co-operación. La vida como inter-dependencia es lo que está en la base de la centralidad de los cuidados como aspecto y práctica fundamental de toda economía política. La despatriarcalización implica, en definitiva, una deconstrucción radical del *habitus hobbesiano* que impera en el mundo de los negocios y de las finanzas, como un cambio indispensable. No solo la sustentabilidad, sino incluso la democratización de la vida, dependen sustancialmente de la despatriarcalización en este sentido, de refundar la economía en base a la productividad de los afectos, la cooperación y el cuidado mutuo, antes que en el individualismo competitivo.

Descolonización. Una dimensión fundamental del geosociometabolismo del capital es su base imperial. La apropiación colonial de las riquezas naturales y de la capacidad de trabajo de los territorios-pueblos inferiorizados y subsumidos como proveedores de “recursos” para los centros imperiales, ha sido y es un factor clave del “desarrollo” del capitalismo y de la hegemonía de Occidente.

La explotación extractivista de las economías coloniales y periféricas es la base material del “modo de vida imperial” que se presenta como “ideal de desarrollo” presuntamente universal; es la base también de los racismos y de las injusticias histórico-estructurales entre pueblos y culturas. Solo sobre esas bases ha sido posible sostener la falacia de un crecimiento ilimitado.

En su dimensión ecológico-política, la descolonización supone la desactivación de los mecanismos estructurales de la depredación extractivista y la implementación de políticas mundiales de resarcimiento de las desigualdades ecológicas acumuladas durante la mundialización del capital. La descolonización implica plantear una dimensión elemental de justicia ecológica. En el presente y hacia el futuro, exige la adecuación de los patrones de consumo de las sociedades respecto a la capacidad de carga de los territorios, como un aspecto clave para pensar la sustentabilidad.

En términos epistémico-políticos, descolonizar es deconstruir los presupuestos occidentalocéntricos, evolucionistas y pseudo-universalistas del desarrollismo que ha llevado a arrasar la sociobiodiversidad en la Tierra y a imponer una globalización monocultural, racista y supremacista. Descolonizar la economía es descolonizar los imaginarios, y abrirnos a pensar en una globalización emergente de una ecología de la con-fraternidad, desde la horizontalidad y la diversidad sociocultural como criterio y requisito de evolución política de la especie.

Como estrategia orientadora para avanzar hacia estas transformaciones, consideramos necesario impulsar una política general de desglobalización selectiva y reterritorialización estratégica. Tomando como base la noción de “desconexión” de Samir Amin, se trataría de someter a una profunda revisión y rediseño democrático el esquema dominante de la división internacional del Trabajo y de la Naturaleza, devolviendo el control sobre los territorios a las poblaciones y sus entidades políticas. Desglobalización selectiva y reterritorialización estratégica supone un cambio geopolítico multiescalar: una restitución del poder desde las corporaciones a los países y los pueblos. Implicaría revertir el proceso de despojo de los lugares y la concentración vertical de la economía, para pasar a esquemas de restitución de la complejidad (tecnológica, ecológica y de los procesos de trabajo) y la autonomía a los territorios. Estos procesos se pueden ir desarrollando desde abajo hacia arriba, de manera descentralizada —y sinérgicamente— a través de programas participativos de ordenamiento territorial estratégico.

Asimismo, esta propuesta consiste en el diseño e implementación de políticas de Autonomía Alimentaria, Hídrica, Energética. La democratización, desmercantilización, despatriarcalización, descolonización de la economía debe empezar por la reapropiación social del agua, la energía y los alimentos como fundamentos básicos de la materialidad de la vida. Las políticas de rediseño socioterritorial en base a los objetivos de autonomía alimentaria,

hídrica y energética, son mecanismos radicales e integrales de redistribución —no apenas de ingresos— sino de poder social. La autonomía alimentaria, hídrica y energética, son ya objetivos y políticas de vida de una gran diversidad de comunidades alrededor del mundo.

Los objetivos de autonomía alimentaria, hídrica y energética implican el rediseño de los hábitats y las infraestructuras de servicios básicos, orientados a restituir la diversidad biológica, socioeconómica, cultural y tecnológica de los territorios. Esto involucra el gran desafío de repensar los diseños urbanos y las escalas sostenibles de las ciudades y los espacios rurales, pasando a extender y diversificar las múltiples experiencias socioterritoriales ya en curso de hábitats rur-urbanos. Los servicios básicos, principalmente el transporte, el agua potable y la energía eléctrica deben pensarse como bienes públicos gestionados bajo control democrático, con criterios de sostenibilidad y equidad.

En la escala nacional, la propuesta de desglobalización selectiva y reterritorialización estratégica implica principalmente el desmantelamiento de los enclaves extractivistas que han colonizado la geografía nacional; principalmente el del agronegocio, el minero y el petrolero. Es prioritario desmontar el *páís-commoditie* que se ha intensificado desde los 90 en adelante. Por supuesto, esto no se puede hacer de la noche a la mañana, pero requiere un sostenido programa estratégico nacional a mediano y largo plazo tendiente a restituir diversidad y complejidad a nuestro entra-

mado socioterritorial, tecnológico y productivo, básicamente destinado a ganar en sanidad y calidad de vida y ampliar niveles de soberanía económica y política.

Por las condiciones vigentes, el desafío más grande pasa por la diversificación socio-agroalimentaria. Los grupos de poder constituidos en torno al agronegocio se han consolidado en los últimos treinta años. Pero también son cada vez más evidentes sus nefastas consecuencias sanitarias, ecológicas y socioeconómicas. Las fuerzas de resistencia han ganado visibilidad pública y consistencia propositiva. Movimientos socioambientales, comunidades originarias y campesinas, también colectivos interdisciplinarios de investigación, vienen trabajando por la ampliación y consistencia de tejidos agroecológicos y de nutrición saludable. La agroecologización del territorio nacional es una propuesta política que va no solo en la dirección de la salud de la población y los territorios, sino también de la sustentabilidad económica y la democratización política. Un buen punto de partida acá es rediseñar el plan estratégico agroalimentario y agroindustrial nacional, bajo las antípodas de la lógica agroexportadora con la que fue originalmente concebido.

En materia del extractivismo minero, es necesario y posible avanzar en un plan más radical y urgente. Es imperioso una moratoria de proyectos mineros hasta que se realice una profunda reforma del marco normativo (fiscal, social y ambiental) heredado del menemismo y que ha permanecido inalterado hasta nuestros días. Como se sabe,

esa legislación fue confeccionada por el Banco Mundial a la medida de los exclusivos intereses de las grandes empresas mineras transnacionales. Las exenciones tributarias y de fiscalización, los regímenes promocionales de importación y de exportación deben ser profundamente modificadas para adecuarlos a las necesidades e intereses del país. Es necesario avanzar en una profunda revisión de los sistemas de fiscalización y control socioambiental de las actividades mineras, pero antes urge abrir un profundo debate nacional sobre la prohibición absoluta de la mega-minería transnacional a gran escala: no podemos concebirnos como un país minero. Se deberían diseñar democráticamente programas estratégicos de gestión de los recursos mineros, limitando la extracción a las condiciones socioecológicas de los territorios-poblaciones de origen de los yacimientos y a las necesidades de abastecimiento del aparato industrial nacional. Es fundamental extraer menos, mucho menos, de otra manera, con otras tecnologías, para fines productivos y sociales definidos democráticamente. Las asambleas y movimientos de las provincias cordilleras tienen una vasta experiencia y batería de propuestas en esa materia, priorizando la defensa de las fuentes de agua y la autonomía socioeconómica de los territorios. Desde ya, ese es el punto de partida para redefinir qué tipo de minería necesitamos y sería posible en nuestro país.

En materia petrolera, es necesario redefinir los objetivos y las visiones desde los cuales se concibe la "sober-

ranía energética”, pensándola desde una urgente planificación democrática de transición energética, que vaya de la mano de la descentralización, desconcentración y descontaminación del sistema de generación y distribución. En este plano, aunque hay ya muchas propuestas desarrolladas respecto a una reforma integral del sistema energético del país, es prioritario partir por una inmediata suspensión de las explotaciones no convencionales y plantear la prohibición terminante de las técnicas de fractura hidráulica, siguiendo el ejemplo de varios países en esa materia. En nuestro caso, suspender inmediatamente y prohibir el *fracking* es una imperiosa necesidad económica y no solo ecológica: no es posible que los recursos del Estado estén subsidiando a empresas transnacionales y grupos económicos concentrados para la explotación destructiva de grandes sistemas geológicos. Esos subsidios y recursos en materia de investigación y capacidad laboral y tecnológica deberían ser totalmente direccionados a un plan nacional de transición energética, que contemple no solo un cambio drástico de la matriz energética del país, sino también de las pautas y los perfiles de consumo energético, para hacerla más democrática, justa y sostenible.

Por supuesto, muchas de estas propuestas requieren cambios significativos y simultáneos que involucran otras escalas geopolíticas. Temas urgentes de y en nuestro país, como la cuestión de la deuda externa, reformas comerciales y tributarias, los regímenes de resolución

de controversias y la responsabilidad judicial y penal de las empresas transnacionales, solo por mencionar los más evidentes, requieren cambios y políticas a nivel global. En este plano, es fundamental avanzar en una agenda que ya ha sido diseñada por los pueblos y está en movilización por fuerzas sociales y sectores políticos de todo el mundo, por caso:

- ***Una auditoría mundial de las deudas soberanas***, que desactive esta arma de despojo masivo de los pueblos. La eliminación de las deudas odiosas tiene que extenderse a la determinación de las responsabilidades políticas y penales de los actores financieros, políticos y empresariales involucrados en estos fenomenales sistemas de fraudes a gran escala.
- ***Una auditoría mundial de las deudas ecológicas***. En directa correlación con las deudas financieras, es fundamental llevar a cabo una profunda y seria auditoría de las deudas ecológicas entre países, continentes y sectores poblacionales, que desemboque en propuestas de resarcimiento histórico y de supresión de los mecanismos de transferencia de activos ecológicos asimétricos entre pueblos. Las herramientas y los estudios de la ecología política (huella ecológica, agua virtual, trasvase de nutrientes, etc.) hoy disponibles hacen sumamente factible esta política en el corto plazo.

- En correlación con el punto anterior, es de suma utilidad un cambio aparentemente irrelevante pero muy significativo: la sustitución del PBI y de otros indicadores económicos de base exclusivamente financiera por sistemas de contabilidad compleja que tengan en cuenta variables físicas, socioambientales y de eficiencia energética.

Por último, volviendo a Samir Amin (2003), cabría recordar su propuesta de transición post-imperialista, muy pertinente para la época. La misma contemplaba:

- el lanzamiento de una fiscalidad unificada de alcance mundial, que incluya un impuesto a las rentas por explotación de materias primas;
- la renegociación y regulación de los mercados de capitales y de los sistemas monetarios a fin de impedir los mecanismos de especulación financiera y evasión fiscal;
- la reestructuración de la OMC, orientada a una regulación justa del comercio mundial y la división internacional del trabajo y la naturaleza;
- la democratización de la ONU y la creación de un sistema jurídico internacional de protección de los derechos de los pueblos, y la desmilitarización del planeta.

Las propuestas que acá esbozamos se inscriben en un sentido estrictamente realista; concibiendo el realismo en función de la envergadura de los problemas que debemos afrontar: nada menos que la deriva colapsista del metabolismo geofágico del capital. Frente a ello, nada más realista que empezar a ensayar ya salidas efectivas y eficaces que nos proyecten a horizontes post-capitalocénicos. No tenemos ya tiempo para volver a confundir realismo con posibilismo. Hoy, más que nunca, pensar en términos realistas, es pensar (y actuar) radicalmente.

Referencias bibliográficas

- Amin, Samir (2003). *Más allá del capitalismo senil*. Buenos Aires: Paidós.
- Haraway, Donna (2016). "Antropoceno, Capitaloceno, Plantacionoceno, Chthuluceno: generando relaciones de parentesco". *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, Año III, Vol. I.
- Moore, Jason (2013). "El auge de la ecología-mundo capitalista. (I)". *Laberinto* N° 38.
- Thompson, E. P. (1983). *Opción cero*. Barcelona: Crítica.
- Scribano, Adrián (2013) "Una aproximación conceptual a la moral del disfrute: normalización, consumo y espectáculo". *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, v. 12, n. 36.

[VOLVER
AL MENÚ](#)

POIESIS
UNA AGENDA DE LO PÚBLICO

Horacio Luis González (Buenos Aires, 1944). Es sociólogo, docente, investigador y ensayista argentino. Es profesor de Teoría Estética, de Pensamiento Social Latinoamericano, Pensamiento Político Argentino y dicta clases en varias universidades nacionales, entre ellas la Universidad de Buenos Aires, la de La Plata y Rosario. Entre 2005 y 2015, se desempeñó como director de la Biblioteca Nacional. Ha publicado numerosas obras de gran valor para el campo de la sociología y la filosofía, tales como *La ética picaresca*, *Decorados*, *El filósofo cesante*, *Las multitudes argentinas*, *Restos Pampeanos* y *Filosofía de la conspiración*. Fue director de la revista *El ojo mocho* e integró el Espacio Carta Abierta desde su creación en 2008 hasta su disolución en diciembre de 2019.

Conferencia de prensa: una reflexión sobre la vida

Horacio González

En todos estos días que estamos pasando, se pone de relieve un desocultamiento de situaciones que tenían una fuerte incorporación en nuestra aceptación natural, amablemente irreflexiva, pues nuestras capacidades críticas iban por otro lado. Digo *desocultamiento* coqueteando con una palabra fundamental de un conocido filósofo, y señalo que las críticas estaban dirigidas hacia otros focos de atención, acudiéndose a la alternativa de pagar o no la deuda externa, el probable *default*, y también al importantísimo y deficientemente tratado tema de la “falsa opción” entre economía y vida. Partimos, con estas reflexiones apiladas rápidamente, de lo ocurrido en una *Conferencia de Prensa* sobre la prosecución de la cuarentena, dada por las máximas autoridades del país al promediar el mes de mayo. Para el caso no importa mencionarla específicamente, pero sí advertir sobre los modos en que se desarrollan las llamadas conferencias de prensa, como desafíos a los funcionarios desde órganos

de prensa especializados, tratando de ponerlos ante un límite, ridiculizarlos y ofrecerlos como piezas ya capturadas por diestros mastines que disfrazan de pregunta ingenua su capacidad de desgarrar vestiduras.

Ante una afirmación del gobernador de la Provincia de Buenos Aires, respecto a que ya con las gripes clásicas el sistema hospitalario estaba colapsado —y se refería a la situación durante el gobierno anterior—, la pregunta fue qué le hacía suponer que ahora, con las obras nuevas que estaba promoviendo, iban a alcanzar las camas para los afectados. Al virus del cual se hablaba, lo veían escalando la tabla de las estadísticas de un modo peligroso, como la curva de un objeto de vuelo lineal que repentinamente se encumbra. Una parte de la respuesta indicó que habría más camas, además de las que se estaba previendo, porque ante el virus nuevo disminuían las gripes clásicas, y porque el enclaustramiento colectivo reducía las muertes por accidentes de tránsito. Evidentemente son razonamientos estadísticos, pero indican hechos de cierta extrañeza, pues nos llevan a pensar, mucho más allá de las estadísticas, los costos generales de la existencia en la civilización urbano-técnica y tecno-circulatoria. ¿Un virus mayor absorbe los ya conocidos? ¿No está bien, aunque se considere un efecto secundario, que disminuyan las muertes por causa de la densidad del tráfico urbano?

Entenderíamos que los muertos por accidentes de tránsito, desde los más simples a las caídas de los aviones —que

de un modo tajante no acatan el relativismo de todo evento trágico callejero, y súbitamente encierra en una única masacre a todos los pasajeros—, son los cálculos que deberíamos aceptar por vivir en una cultura constituida por mecanismos que suplen la traslación humana por locomoción “a sangre”, por poderosos artefactos que consumen tiempo de una manera favorable para darle racionalidad al misterio de las distancias. El monto de muertes que tiene esa superación de las caravanas y las carretas, está ya computados y absorbidos por la “progresión civilizatoria”. ¿Acaso no podían hundirse los trirremes griegos en el mar Egeo, las carabelas españolas en el voraz océano antes incluso de llegar a las islas Canarias? Todo horizonte cuya línea es traspasada por el diseño de un nuevo artefacto que lo desbarata como límite, interioriza la ecuación trágica, accidental. La exploración con cohetes espaciales tiene el precio de la muerte de varios astronautas por malos cálculos matemáticos, esto está previsto, incluso como retraso de un plan espacial por varios años. Las muertes sorprendidas, no por la caída del jinete de un caballo, sino de los turistas del Titanic, están insertas como fúnebre combustible humano en la hipótesis inicial que diseña cualquier dispositivo que afecta la cotidianeidad naturalista del tiempo.

No obstante, cuando la retracción del tránsito impone la noticia de que hay menos muertes que ocupan las salas de terapia intensiva de hospitales, que así pueden derivarse a otros usos —el más urgente es el del virus, que es

un accidente, pero de otro tipo, no fácilmente definible—, entonces nos preguntamos, a diferencia de los periodistas de la conferencia de prensa, como si se tratase de una pregunta sobre el ser y la nada, si esto no demostraría que el cese provisorio de la productividad en sus diversas formas, fabril o locomocional, no constituye un hecho benéfico para la vida humana. Si lo es, deberían pensarse nuevas formas productivas, lo que es muy difícil, y si no lo es, hay que admitir que la racionalidad instrumental que rige la construcción de las grandes metrópolis, con sus puentes, vigas de acero, rutas aéreas y trenes subterráneos, es una dialéctica entre el habitar y la cuota de muertos necesaria, entre el construir y la cuota de muertos necesarios, entre el transportar, y la *cuota de muertos necesarios*. Etcétera.

Necesariamente, esta situación en torno a la cuota de sacrificados estadísticos, los sin nombre, los que no saben que entran en la cuota accidentaria pues la cuota tampoco lo sabe, traduce el juego de las estadísticas en una figura de la conciencia, la *angustia*, término que también apareció entre las preguntas de los periodistas a las autoridades. Llamativo momento donde un concepto lo suficientemente inscripto en la lengua cotidiana y lo nutridamente expuesto en obras filosóficas —la más notoria la de Kierkegaard, que dejó una honda huella en el Siglo XX—, permitió que la figura presidencial se mostrara razonablemente enojada por una inquisitorial advertencia respecto a la angustia de los encerrados por la cuarentena. Hay un nudo central

en esta cuestión, más allá de los alcances filosóficos del concepto de angustia, que se redondea dificultosamente alrededor del punto en el cual, los seres mortales no consiguen ubicar en su finitud, la hipótesis onto-teológica de la eternidad imaginada. Lo imaginado se presenta con una solidez provocada, por que la certeza de muerte solo es comprobable en los otros, no en un sí mismo que apuesta temblorosamente por su propia perennidad. Evidentemente hay una trama angustiosa en el existir lanzado al mundo por sus propios medios. Un Estado, razonablemente, no trata las cuestiones de angustia más que cuando se presentan bajo categorías como las de “políticas de Estado”.

Suprimir, acentuar, o elaborar cuestiones en torno a la angustia, solo sería competencia de departamentos de asistencia social del Estado, y, aun así, se podría considerar las lógicas estatales, vistas del ángulo que fueren, como entes inadecuados para tratar las manifestaciones de la conciencia angustiada. La Filosofía del Derecho de Hegel o el anarquismo nómada que ve al Estado como un panóptico disciplinario, no admitiría ese compromiso entre instituciones psiquiátricas del Estado y atención de la “conciencia desdichada”. La estatalidad tendría una consistencia impropia para considerar el tema del “nido oscuro” de la subjetividad humana, excepto fuera bajo las consignas de una oficina neuropática funcionando con consignas positivistas y una estricta línea divisoria entre patológico y normal.

No obstante, la palabra angustia fue pronunciada en una pregunta que la máxima autoridad del Estado respondió tomando en cuenta la oscura intencionalidad con que se la formulaba. Se quería acentuar las dificultades de la cuarentena, que es notoriamente un momento de pausa existencial, de reclusión domiciliaria que nada tendría de anómalo en la visión romántico burguesa del hogar donde impera una división de trabajo amorosa. Pero las medidas de reclusión actual en tanto “políticas de cuidado”, se sostienen en una ética de expropiación de la ciudad, con sus nervios vitales como corredores vitales y su contrarréplica como lugar de emplazamiento de hechos políticos, artísticos y los dramas del “logos accidental”, que ahora nos son provisoriamente ahorrados.

En la pregunta sobre la angustia, fue respondida por el presidente señalando que no es posible plantear una angustia en torno a la retención de la vida en el hogar, si está de por medio la completa angustia por la existencia. O el hecho de un desconocimiento de los “protocolos” que conducen a la muerte. De ese hecho único brota la angustia, en este caso, las “angustia del Estado”. La respuesta es propicia, pues tenía varios planos, uno de los cuales apuntaba a responder a quienes quieren desmoronar el esquema de la cuarentena, con el cual se está empujando al gobierno a que acepte, domeñado, el retorno al esquema económico productivo, reactivando el mercado “normalizado”, previniendo, como insólitamente hizo un notorio dirigente político de los

años 70, de que podría haber una “rebelión social” ante la desmesura de un cierre de los flujos de la producción. Si en cambio estos se abrieran, resolverían el hambre y la angustia, con un precio en cantidad de vidas seguramente mayor que aquel que habría con el cierre social. Pero con la apertura hacia la correntada del capitalismo real, en su nerviosa espera, las muertes mayores si continúa la peste igual son tan probabilísticas como las específicas de la enfermedad. La opción sería entonces entre estadísticas más suaves y estadísticas más graves, pero con estas últimas se volvería al trabajo y también a las muertes “aceptables”, por accidentes de trabajo o de tránsito.

La pregunta periodística actuaba en nombre de una dudosa dedicación por conjurar la angustia de la inactividad social —cuidadora de las muertes por contagio de “origen indeterminado”, pero centradas ahora en los puntos de aglomeración y hacinamiento—, desdeñando las muertes que estadísticamente se producen en toda sociedad por enfermedades varias, accidentes de trabajo, la llamada “tasa de criminalidad” y descuidos previsibles o imprevisibles. Lo mismo da. ¿Por qué no sacar consecuencias del asombro de la ecología o del ciudadano común que no se siente agresivo con la naturaleza al oír los pasos ganados por el mundo animal sobre las ciudades? Los lobos marinos en Mar del Plata en las calles del puerto, exigiendo ciudadanía portuaria, los ciervos en el Delta del Paraná que se dejan ver y quieren ver, las especies que huyen de las ciudades y las visitan aho-

ra como orondos plantígrados que recorren calles periféricas sin temor a tener que mostrar cédula de identidad.

¿Ese espectáculo de las liebres y osos asustados que se asoman a un terreno que creen provisoriamente ganado, “la selva urbana”, no puede decirnos algo? La actividad humana mediada por tecnologías necesariamente amenazadoras, pues no hay mundo técnico sin una instrumentalidad agresiva, no es necesario aclarar que no está dispuesta a tomar como una señal más elocuente que la que dan los supuestos ovnis “extraterrestres” avistados por los aviones de la CIA, a esta invitación del mundo animal que es llamado a las primeras estribaciones del mundo humano para compartir visibilidades. Llamado, ciertamente, por un instinto de convivencia inexplicable, o por lo menos, no fácil de explicar.

Pero es posible decir que hay una angustia en tanto sentimiento de estar en las inmediaciones de los abismos. Y para quienes los miran con la obsesión de resguardar su ser o entregarse al vacío de la nada, es una angustia que se hace presente en las circunstancias en que hay una decisión del Estado sobre la sociedad para desactivarla. Inmovilizarla por razones superiores que crearán un tipo de angustia de paralización circulatoria o laboral, y si vamos más lejos, de ser un dato computable para todos los aparatos de vigilancia y localización de itinerarios que se hallan vigentes en nombre del mesianismo digital que le dará otra terminalidad a los domicilios y proveerá a los estados y a las empresas de las estadísticas reales sobre

el complejo poblacional, su estado sanitario, psicológico y sus supuestas capacidades para la disciplina o la “desprotocolización” (un protocolo para cada actividad, si perdurase luego del cese del estado excepcional, sería un inaceptable indicio de congelamiento arbitrario y burocratización digitalizada del fluir real de la vida).

Así, para preservar de la angustia mayor —la suprema y única de la que nada puede decirse—, un Estado justamente indignado por los factores que quieren debilitar su cuarentena, podría afirmar la angustia primordial de la muerte en nombre de las psicopatologías de la vida cotidiana, bien estudiadas, y motivos frecuentes de políticas de estado a través de las instituciones oficiales de psicología colectiva y gabinetes hospitalarios de consulta psiquiátrica o psicológica. Formidable discusión, que aparece en los sordos debates entre periodistas y funcionarios, y como es de índole política, no trasciende al plano específicamente filosófico.

El enojo presidencial cabe, porque las preguntas del cuerpo periodístico que responde a las necesidades fundadoras del orden productivo-corporativo —que solo sabe calcular en términos financieros—, están graduadas voluntaria o involuntariamente para afectar al Estado. Las inquisiciones del Estado Comunicacional parten de una institucionalidad volátil engarzada en lugares comunes, ya fortificados, de la lengua usual. Es más etéreo, simbólico, evanescente y reticular que las instituciones públicas conocidas. Por eso hay una pregunta sobre la porción de muertes necesarias para volver

a la producción "normal". Es una tasa de mortandad que también se origina en una suerte de ontología financiera. Son los circuitos abstractos en que se produce dinero con tiempo y tiempo con cuerpos vivos sumergidos en su propio desastre. Es así que lo que ocurría en esa *Conferencia de Prensa* lo debemos ver en una franja de tensión política que a su vez está recorrida por muchas otras estrías.

Era una discusión profunda sobre las valoraciones de la vida en su sentido más desencarnado y a la vez como categoría fundadora de toda posibilidad de pensar en destinos comunes. Vidas sin vestimentas en particular, seres empíricos, despojados de singularidades, pues no hay ámbitos compartidos porque hay itinerarios desnutridos, atados al monolito cero del vivir societal e histórico, donde toda vida se anonada y queda apta para la aplicación de protocolos, haya o no infecciones. Pero ese *cero* choca con el infinito histórico, que reparte las vidas en suertes inagotablemente plurales, según el ritmo de los casilleros que determinan la disparidad de las propiedades y las desiguales herencias recibidas. Los trabajos, las competencias, las violencias, las simbologías, los distingos raciales, sexuales y simbólicos actúan para quebrar el grado de ingenua nulidad inicial de las vidas, que las iguala en breves instantes y las separa enseguida con toda clase de segmentaciones estamentales. La contracara de esta violentación del trabajo del ser, y del ser del trabajo, tiene su complementación en la vituperación del mundo natural,

que, por mirar al mundo histórico, se historiza él mismo, trasladando las dificultades de su supuesta inmovilidad, que la naturaleza en verdad nunca tiene, al mundo social y produce el efecto de "naturalizarlo".

Los virus son intermediarios letales bajo cierta circunstancias y personajes centrales de una dialéctica oscura y nociva entre naturaleza e historia; bajo otras circunstancias, que no atinaríamos a definir cabalmente, suelen ser la tensión que puede componer esa relación bajo un permanente equilibrio inestable. Pero lo más seguro es que este equilibrio se rompa por la incapacidad de evaluación sensitiva del monto socialmente necesario de la producción humana, agregada de la reproducción incesante de lo producido, que desequilibra las condiciones de existencia colectiva, soltando las piezas intermediarias que "ni vivas ni muertas", comienzan a recorrer y ser recorridas, con los funcionarios y los medios de comunicación viéndolas como humanoides dibujados por los diseñadores de los medios masivos como un muñequito redondo semejante a un emoticon con pinchos de peluquería.

En verdad estas micro formaciones relacionadas con el origen de la vida y los desplazamientos de las enfermedades de muerte, representan constantes mediaciones socio-naturales, cuya tensión sostenida casi que con cables de acero, se va acentuando hacia la consideración de la naturaleza viva como un simple depósito de materiales, un cantero inerte de recursos que hay que pasar ya mismo a la

cinta de producción, que es como retirarlos de su forma de vida, esa materialidad que no es inerte sino que se brinda a lo humano dispuesta a humanizarse ella misma y se ve atrapada por un cerco que la condensa cada vez más en una especie única, destinada a la servidumbre del “homo economicus financierus”. Si siempre largó virus, bacilos, fiebres, cóleras, ahora interviene con un dato desnudo de advertencia. No se trata de un antropoide, ni de una zoomorfia que tiene nombre científico y entra en batalla para culpabilizarnos, invocar plegarias o rezar por la ciencia. Como los viejos dioses trágicos y cómicos, un rostro del bacilo añora la cadena natural que lo ha desprendido y busca alojamientos en huéspedes involuntarios a los que les hace correr peligro de muerte. El otro rostro es su grasa quieta, sus proteínas dormidas que quizás no hubieran querido despertar.

No hay mundo productivo, sensitivo, existencial y de compromisos políticos, sin que intervengan organismos que parecen exógenos pero que vuelven hacia la historia crítica de lo humano, que es la que —finalmente— los ha creado. Por eso nos obliga a pensar en la economía de la muerte, cuestión para la cual no hay “políticas públicas” que valgan. Con “economía de la muerte” queremos decir que toda la estructura última del capitalismo se recorta sobre el fondo de unas estadísticas de la fatalidad. De alguna manera, las estadísticas siempre tienen un sello predictivo y destinal. Son famosas las estadísticas de suicidas que hizo Durkheim a finales del Siglo XIX. No las atribuía a la economía sino al modo en que

la sociedad se “interiorizaba” en la constitución misma de las expectativas del sujeto capaz de decidir sobre sus propios itinerarios. Pero las estadísticas como acontecimiento ontológico —así son para Durkheim—, reclaman cada año su cuota ya establecida de muertes. Son de algún modo una “política pública”, no un recuento burocrático de casos, sino que imponen a los casos mismos su destinación. Evidentemente, esta es una ilusión que crean los Estados con sus estadísticas, necesarias sin duda, pero ignorantes del modo en que ellas van condicionando los hechos futuros y del modo en que traducen un razonamiento fundamental de la economía: ¿cuántos muertos se precisan para tal o cual inversión, plan de desarrollo o la selección de tal o cual tecnología de extracción de tesoros “naturales”?

De la *Conferencia de Prensa* se desprenden entonces muchos planos, como franjas de una masa de hojaldre. No solo el choque sutil e implícito entre el cuerpo periodístico que expresa el cuestionamiento de las corporaciones a las restricciones que impone el sanitarismo al despliegue libre del circuito del mercado del dinero que se multiplica en la magia caricaturesca de las finanzas, sino también la filosofía subterránea que hay en una conferencia donde el Estado —que con sus figuras representativas hace anuncios fundamentales—, se expone a la democracia de las inquisiciones toleradas, que fingen provenir de una necesidad de información, pero buscan que queden al desnudo las contradicciones de los expositores. Estos son los momentos en que el Estado se hace

voz pública e imagen rígida, donde empiezan a contar los gestos imprevisibles de los funcionarios o sus “gaffes”, carnívoramente computadas. Es lo más fácil de mundo percibir sus contradicciones, sobre todo cuando se produjo un gesto inesperado, pues en vez de anunciar solamente “políticas sanitarias de aislamiento”, se las envolvió en una teleología humanista, la “preferencia por la vida”, que de ser observada como nueva doctrina estratégica, obliga al poder económico a combatirla con salvajismo mandando primero sus peones, luego los alfiles, y así pensando nuevas jugadas hasta obligar a invertir la ecuación vida-economía.

Todo el esfuerzo de la corporación económico-financiera (cuyo resumen en términos de lenguaje puede llamarse “periodismo de investigación de las fisuras que se abren cuando el Estado habla de sus opciones sensibles”), es desmembrar las políticas públicas de las que se desprenden fragmentos vitales extraídos de una hipótesis de humanización de las decisiones técnicas. ¿Hay tiempo y lugar para mantenerlas? ¿O serán derrotadas porque quienes las plantean no saben muy bien cómo defenderlas? Los ciervos volverán a esconderse, los accidentes volverán a las rutas y los pájaros volarán más alto para evitar el hollín de las chimeneas. Esta democracia bucólica sin productividad no es posible. O si lo fuera, vendría a suplir la economía de la información. Los domicilios convertidos en terminales de trabajo, como lo son del gas, la luz y la telefonía fija. Ahora, como Terminales Totales, son anexos “amorosos” de

las empresas digitales, con su logo-centrismo basado en la sustitución de la "vita activa" por la actividad del "macro-dato", con lo que los accidentes serán de otra forma —algunas conocidas—, como "la caída del sistema". Y si el centro de todas las redes donde concurran los flujos reactivos quedan a cargo de una "Inteligencia General" que procede como el virus pero contagia sin enfermar los cuerpos, sino adosándolos invisiblemente al autómata central, entonces una conferencia de prensa de la índole que estamos comentando, nunca deja de ser un hecho filosófico, un conjunto de temas que inesperadamente se abren a una reflexión mayor.

Que esa *Conferencia*, en sí misma, no puede consumir pero sí puede mostrar, como invitación a la reflexión y angustia de los seres vivientes, que ven que partes de lo viviente alcanzado menos por lo orgánico y más por los estilos de elección grupales y sociales, son porciones de libertad que van quedando canceladas. Una oclusión ética del pensar como apertura temática en lugares abiertos, puede quedar relativizado si fracasa la preferencia por la vida. Esta no rehúye ni rechaza el mundo de la economía. Se invita a pensar en otro que le sea alternativo. Y sirva a la vida, en vez de ésta servir a la economía. La ecuación vida-economía podría ser entonces economía-vida-economía. Donde en la segunda vez que aparece luego de haber pasado por la vida, la economía ya es otra.

[VOLVER
AL MENÚ](#)

Vanina Escales (San Juan, 1976) es ensayista y periodista, codirige [LatFem](#) y trabaja por los derechos humanos en el CELS. Es parte del grupo fundador del movimiento *Ni Una Menos*. Publicó una biografía de Lou Andreas Salomé y realizó las antologías *Crónicas del Centenario*, de Juan José de Soiza Reilly, y *Desobediencia civil y otros escritos*, del filósofo de la naturaleza Henry David Thoreau. Su último libro es *¡Arroja la bomba! Salvadora Medina Onrubia y el feminismo anarco*.

Horizontes utópicos para los feminismos

Vanina Escales

La cercanía con el aniversario quinto del acontecimiento que significó la concentración del 3 de junio de 2015, que dio origen al movimiento Ni una menos, hizo de las feministas las sujetas políticas inesperadas y provocó un cambio hacia la masividad de los feminismos, hace que estas palabras se inscriban bajo la influencia de estos años. La concurrencia fue una sorpresa para todxs y tal vez haya respondido a una mezcla de malestar social, la falta de voces oficiales claras frente a los femicidios y una estrategia de anticipación en la comunicación de la convocatoria. Esta estrategia fue la única posibilidad que había mientras se elaboraba el documento a leer, con una caracterización de la estructura social de la opresión —y sus narrativas morbosas y morales— y una lista de pedidos de políticas públicas consensuada.

Algunas de las demandas de ese momento están pendientes. Pero Ni una menos implicaba y aún lo hace, un cambio al nivel de la cultura y la potencialidad de esa transformación en lo que llamábamos vidas libres de violencias.

Las demandas no fueron securitarias sino que inscribió la consigna “ni una menos” en la misma línea política del “nunca más”, es decir en el linaje de la lucha por los derechos humanos y con la mediación de los derechos humanos para hablar al Estado. La demanda fue tan revolucionaria como poder decir “no” sin castigo y poder afirmarnos en una libertad social que habilite construir biografías de acuerdo a nuestros deseos, con dignidad, sin coerciones, paternalismos, infantilizaciones, tutelajes. El escenario se hizo ancho y vasto como para que deudas históricas como el derecho al aborto pudiera estar en el prime-time de la agenda política. A cinco años, también podemos decir —para tomar una máxima de *Alicia en el país de las maravillas*— que es muy difícil cuidar el sentido, porque sigue su propio camino, y que puede que los sonidos se distorsionen.

Ahora bien, en aquel momento denunciábamos violencias alojadas y permitidas, invisibilizadas y naturalizadas. Eran emergentes de un sistema de opresión cuando la masculinidad hegemónica —cis y hetero— necesitaba validarse. La complejidad que es el Estado buscó dar respuestas a “casos” que, en general, fueron de tipo penal, los femicidios se comenzaron a caracterizar de ese modo y la perspectiva de género para explicar esa violencia estuvo presente; también hubo cuotas de demagogia punitiva y recorte de derechos. Un tema nada menor en ese esquema es la pregunta —bastante compartida por muchos— sobre si esa respuesta repara. En otro

plano también hubo políticas de empoderamiento, tendientes a la autonomía económica de mujeres que habían sufrido violencias machistas, y un trabajo cuyo impacto no se puede mensurar de prevención social. Eso que se hizo, lo hayamos o no pedido, se hizo en nuestro nombre.

Hoy, el hecho de que el Estado cuente con un Ministerio de Mujeres, Géneros y Diversidad tal vez permita que al transversalizar las políticas haya acciones más afirmativas sobre el entramado complejo de la desigualdad y sobre modos de reparar que no sean jurídicos. Necesitamos políticas que no refuercen la atomización, que habiliten la experiencia colectiva, la reflexión sobre cómo se sostiene un sistema de precarización de existencias y el valor social de sacarle el cuerpo a la complicidad con lo que somete, también, la identificación de las herramientas para hacerlo —ESI, por ejemplo—.

Las organizaciones sociales, colectivos activistas de distintas edades y en distintos ámbitos buscaron formas de resolver los conflictos de forma colectiva, con éxito dispar. Esta caracterización, como se puede ver, tiene trazo grueso y no es generalizable, pero quiere destacar que para muchos colectivos la identificación de formas de opresión, su funcionamiento como un sistema y la puesta en marcha de modificaciones en su engranaje para hacer otra cosa, fue importante en tanto proceso. Supuso entender lo político del patriarcado y lo incompatible que es con las ideas de justicia social y de libertad. Guattari diría a

eso que el individuo está ligado a un sistema de representación que coloca la libido bajo la dependencia de la máquina capitalista. Y que, en cambio, en un dispositivo colectivo, con una carga colectiva del deseo, las cosas son muy diferentes, ya que se conectarían a multiplicidades más grandes, siempre más abiertas al campo social. Que los feminismos sean el movimiento político y social más dinámico y expansivo de los últimos años significa también que se instalaron en vastísimos grupos, organizaciones, parejas, trabajos y modificaron las formas de vincularse.

La palabra *violencia* pega. La filósofa italiana Tamar Pitch remonta hacia el origen del uso de la palabra por parte de las activistas feministas: *violencia* desplazó a *opresión*. Ese desplazamiento repercutió también en los términos de la discusión ya que, si *opresión* remitía al lenguaje de la política y hablaba de una estructura social en la que el poder del heteropatriarcado buscaba someter a las mujeres, las maricas, las lesbianas, las trans, al hablar ahora de *violencia* las alarmas se encienden y alguien cita el Código Penal. No solo eso, se busca un culpable último: el agresor —nótese la esencialización del acto de agredir en la persona—, solitario responsable, separado de lo social. Y tampoco solo eso, sino que la víctima también está esencializada como tal, sin margen político discursivo para salir de esa nueva trampa. Su voz ahora es escuchada, pero parece ser una de las pocas posibilidades de escucha que la sociedad permitiría. Dicho de otro

modo, la app social tiene deshabilitada la opción de alojar planteos que vengan por fuera de la subjetividad de la víctima, y la caracterización de “violencia” está recubierta de una legitimidad, que cualquier reclamo parece esforzarse por quedar bajo su paraguas.

Pitch propone complejizar la noción misma de “violencia de género”, ya que la idea de víctima está ligada a la justicia penal y el binario víctima/agresor supone un maniqueísmo que le resta complejidad al sistema de poder y desigualdad que sostiene el patriarcado. Es decir, son violencias que no van a resolverse en un juzgado. La investigadora Catalina Trebisacce, en conversación con Agustina Paz Frontera, intenta definir el significante que en estos cinco años caracterizó el feminismo, y es *violencias*: “aunque haya otras demandas más que la lucha contra las violencias hacia las personas subalternizadas por el género, vemos traducir un montón de experiencias en términos de violencia”.

La violencia sobre los cuerpos fue entendida en función de una matriz de desigualdad social, de una lógica particular de acumulación de riquezas y de condiciones laborales, de una consideración desigual del Estado —en tanto no tenemos autonomía sobre nuestros cuerpos—. Este lustro dejó además experiencias diversas, superpuestas. Significó en buena medida la recuperación de una memoria social ligada a la subalternidad y que se rompiera el silencio intergeneracional, para hilar afectaciones comunes. Lo personal es político le dio densidad a esa micropo-

lítica: por primera vez muchas actualizaron experiencias que no habían podido caracterizar en el pasado y las resusitaron con palabras nuevas. También se reconocieron y recuperaron las prácticas colectivas del feminismo popular y se agudizaron los esfuerzos interpretativos de la trama patriarcal. Se militó hasta el agotamiento para llevar los feminismos al interior de cada organización, sindicato y lugar de trabajo. Claro que para 2015 ya éramos un movimiento, solo que no nos veían.

En este punto, tal vez podamos pensar si queremos vidas libres de violencias o simplemente vidas vivibles y deseadas. Pedíamos en aquel momento políticas públicas y cinco años después, en medio de una crisis —no por el aleteo de una mariposa sino por una sabrosa sopa de murciélago—, parece ser el momento de que los feminismos pensemos la utopía, imaginemos el buen vivir.

Por suerte, una crisis permite poder pensar en las transformaciones posibles, la dependencia fundamental de uno u otro como condición inalterable, una dependencia como fortaleza, reconocida como la base de la comunidad política global. Con el resto de crítica que nos deja el aislamiento, podemos traer la propuesta hacia comunidades más chicas, vecinales, laborales, de amigas, de afinidad y hacer que la política sea una forma instituyente de nuevas libertades sociales y de derechos demasiado postergados.

Cuando comenzó este tiempo de excepción, este aislamiento social preventivo obligatorio, surgieron una serie

de preguntas acerca de las formas en que se nos va la vida y si es posible salir del espanto que nos afecta gracias a las imágenes de la muerte, para rehabilitar la crítica e imaginar horizontes emancipatorios. Es probable que las preguntas que nos hacemos en estos días sean —como dice la artista y teórica Marcela Fuentes (Marsha Gall)— la configuración de la base desde la que generar transformaciones sociales, “los sitios, el ritmo, los afectos y las formas de lo colectivo que pueden albergar no solo ideas, sino también hacer que la gente genere el mundo que ansía”. Son los pasos preliminares de la performance futura.

Si coincidimos en que el capitalismo nos vampiriza y se sostiene sobre nuestra existencia, ¿cómo vamos a oponernos?, ¿cómo salimos del juego en el que siempre perdemos?, ¿cuál es la otredad radical al capitalismo? Fredric Jameson dice que no podemos imaginar ningún cambio radical en nuestra existencia social que antes no haya lanzado visiones utópicas. También es posible preguntarnos si no hay ya utopías puestas en marcha, si hay políticas de la diferencia que se sustraen en la práctica de modos capitalistas.

La práctica de las asambleas feministas intenta un modo de organización de lo heterogéneo, para hacer lo horizontal, para que sea un espacio donde todas las voces cuenten, antijerárquico, solidario. No siempre es así y suelen aparecer tensiones, como las que surgen de la necesidad de autonomía que muchas plantean para los feminismos y el hecho de que muchas compañeras se

hayan sumado al Estado, pero no son las únicas. Las últimas movilizaciones del 8 de marzo y del 3 de junio se organizaron en la ciudad de Buenos Aires en la Mutual Sentimiento. Con todo, la experiencia asamblearia muestra en su forma lo que quiere como feminismo en práctica, una voluntad horizontal, volcada a la construcción de consensos y organización y con disposición a la escucha de los otros. ¿Tienen las asambleas chispas del cometa utópico? Que se sostengan dependerá de si mantenemos y propiciamos la capacidad crítica y, al mismo tiempo, valoramos y cuidamos el capital político que tenemos como movimiento, que se llama a sí mismo transfeminista, antirracista, anticolonial y anticapitalista.

Un impulso utópico seguramente rige la vida de las comunidades campesinas que producen alimentos con una ética del cuidado del medio ambiente. Desde sus granjas y campos no salieron virus ni regaron la tierra de agrotóxicos ni organizaron matanzas de animales no humanos. La filósofa Donna Haraway, segura de que el apocalipsis es una posibilidad con muchas fichas, dice "'nuestras' relaciones con la 'naturaleza' podrían ser imaginadas como un compromiso social con un *ser* que no es 'eso', ni 'tú', ni 'él', ni 'ella', ni 'ellos' en relación con 'nosotras'". Toda esa gramática es política. Y se pregunta "¿Qué posibilidades narrativas podríamos hallar en monstruosas figuras lingüísticas para las relaciones con la 'naturaleza' en una labor ecofeminista?". Muchas de las

prácticas sobre el buen vivir, la idea de soberanía alimentaria, provienen de las comunidades campesinas e indígenas —además de comunidades de zonas periurbanas—, no solo respecto de la cultura del saber hacer, de la técnica, sino del modo solidario, de codependencia de la vida. En ese orden, los defensores ambientales cuidan la tierra, el agua y las semillas, contra el extractivismo, los desalojos y los avances del monocultivo. En esta zona de afinidad podrían ubicarse el antiespecismo y el veganismo.

El fin de la historia es la imposibilidad de pensar utópicamente. Dicho de otra forma, con Jameson, los contornos de una política práctica nueva y efectiva para la época de la globalización solo son posibles a través de la utopía. Es un síntoma que esa idea se haya ido desplazando de las retóricas militantes, porque es un principio que dibuja el mundo que deseamos y los valores en los que debe basarse —y también ordena el rechazo—. Propone un camino, una ilusión, una incitación a la lucha, el telescopio por donde mirar una visión del mundo que no dé asco, a la medida de los sueños colectivos por venir, un ansia frente al pesimismo estéril y el optimismo consumista. Tal vez sea necesario aclarar que no hace falta coherencia interna ni una idea de armonía rectora: cómo podría eso alojar a quienes viven —vivimos— la contradicción y la incomodidad.

José Esteban Muñoz dice *tenemos que actuar* “place-res nuevos y mejores, otras formas de estar en el mundo”, en su ensayo *Utopía queer*. Lo queer sería un espacio de

futuro, un horizonte del orden de la potencia, adivinable en ciertas producciones culturales disidentes, contraculturales, a las que nos acercamos con la esperanza como metodología crítica para buscar en sus memorias saltos hacia adelante. Todavía no llegamos a la utopía queer. Ese impulso fantasma, eso que anima, es una lucha contra el presentismo, contra el aquí y el ahora; recupera lo que nos escamotearon y ocultaron del pasado y se esfuerza por tener visiones de futuro a pesar de cuánto inundan nuestra existencia los planes cortoplacistas. La utopía es una resistencia. No podemos resignarnos ni como sujetos políticos ni como movimiento a no tener utopías; lo queer se propone como oposición a una pulsión antirrelacional y como colectividad. También, la utopía entraña una idea de felicidad y, aunque por momentos pueda ser frustrante, nos movemos tras sus pasos.

Las experiencias que recuperan la idea del buen vivir no niegan la posibilidad de tensiones —nunca está descartado que no vamos a ceder a políticas del prestigio o burocráticas, subirnos al patrullero o entregarnos a la paranoia—. Pero recuperar formas de vida comunitaria, no reguladas por lo estatal, sino más bien construidas desde los colectivos de afinidad política —feministas—, preguntarse por el sentido social de ser con otre, parece ser un desafío y una obligación ética para el futuro *madmaxiano* de la pospandemia.

Referencias bibliográficas

- José Estéban Muñoz, *Utopía Queer* (Caja Negra, 2020)
- Donna Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (Cátedra, 1995)
- Félix Guattari, "Psicoanálisis y política" (Terra nova, 1980)
- Fredric Jameson, *Arqueologías del futuro. El deseo llamado utopía y otras aproximaciones de ciencia ficción* (Akal, 2009)
- Marcela Fuentes, *Performance Constellations: Networks of Protest and Activism* (Michigan University Press 2019; adelanto publicado en Moléculas Malucas: "Constelaciones de performance. Protesta y activismo en red")
- Agustina Paz Frontera, "Catalina Trebisacce: «El feminismo es el lado B del Estado»" (Latfem, 2020)
- Tamar Pitch, "La violencia contra las mujeres y sus usos políticos" (Anales de la Cátedra Francisco Suárez, 2014).

[VOLVER
AL MENÚ](#)

Juan Manuel Cheppi (Mar del Plata, 1986). Es Licenciado en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata, maestrando en Economía Política en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Fue diputado provincial en Buenos Aires entre 2015 y 2019 y actualmente se desempeña como Secretario General de la Presidencia en la Honorable Cámara de Diputados de la Nación. Tiene a su cargo la Dirección de Modernización Parlamentaria y busca aportar a la gestión del Congreso una impronta digital y de avanzada que logre poner a la tecnología al servicio de la política en pos de un trabajo legislativo más transparente, eficiente y participativo.

La gestión de la emergencia y el camino hacia una Democracia Digital

Juan Manuel Cheppi

La pandemia del COVID-19 dio lugar a una serie de transformaciones profundas en las estructuras sociales, políticas, económicas y culturales en el mundo, cuyas características ya empezaron a vislumbrarse, pero seguirán tomando forma durante mucho tiempo más.

Abundan en la academia, en los medios de comunicación y en las instituciones a nivel internacional, partidarios y detractores de la teoría de que al final de este camino nos encontraremos íntegramente con un nuevo orden mundial, en el que las formas de actuar, pensar y relacionarnos tal como las conocemos, habrán quedado obsoletas.

La realidad es que, de una u otra forma, se abrirán algunas puertas, se cerrarán otras, y transitaremos diversas transformaciones que requerirán —y ya requieren— ser analizadas. Sucede también, que todo esto ocurre en un escenario que precisa respuestas rápidas.

Somos a la vez observadores y protagonistas de estos cambios profundos. Desde los distintos estamentos de la sociedad adoptamos cotidianamente nuevas prácticas y avanzamos en la utilización de herramientas que nos permiten seguir funcionando en estos tiempos de limitaciones.

Resulta necesario entonces, abrir el juego a un futuro que traerá, indefectiblemente, nuevas maneras tanto de hacer las cosas como de entender el mundo. Los Estados, los gobiernos y quienes formamos parte de la función pública, tenemos la responsabilidad de sumar herramientas, no solo para tener una percepción más profunda de lo que pasa, sino también, para poder llevar adelante las acciones pertinentes.

En ese sentido, aquellos que ocupamos un lugar en la toma de decisiones, atravesamos conjuntamente un proceso de resignificación de nuestras responsabilidades al representar a la ciudadanía. Y estamos emprendiendo un camino que parece tener como punto de llegada el fortalecimiento de la Democracia Digital.

Hoy, adoptamos y hacemos uso de la tecnología como una herramienta para poder continuar con el desarrollo de la actividad pública en sus distintas formas en esta situación que muchos señalan como la *nueva normalidad*. Eso implica estudiar, desarrollar y aprender modos y lenguajes que hasta ahora existían pero que no necesariamente operaban en un primer plano.

Ubicamos esos cambios en el centro de la escena, nos relacionamos a través de ellos, construimos consensos y

trabajamos fuertemente en el objetivo de seguir llevando adelante, durante la situación de aislamiento social, las mismas funciones y roles que cumplíamos antes, pero en un escenario distinto. Situación que ya de por sí es transformativa, que produce una serie de reflexiones profundas y da lugar a nuevos paradigmas sociológicos; pero cuyo mayor punto de interés seguramente radique en los caminos que es capaz de abrir en el presente y hacia adelante.

Las nuevas demandas para el buen desarrollo del Poder Legislativo, y del Congreso de la Nación como su mayor exponente en el país, vinieron a acelerar procesos de digitalización y tecnologización que en la Cámara de Diputados, se habían planteado como objetivo central desde el inicio de la gestión de Sergio Massa como su presidente el 10 de diciembre de 2019; pero que se proyectaban en todos los casos para el mediano o el largo plazo. Este cambio de prioridades no solamente trajo aparejada la necesidad de apoyarse en lo digital para dotar de mayor agilidad y eficiencia a la actividad parlamentaria; sino que también puso de manifiesto que el potencial intrínseco de la digitalización es la generación de un poder legislativo más transparente, más abierto, más cercano, y sensible a una participación ciudadana exponencialmente mayor. Experiencia que sin lugar a dudas estará definiendo al desarrollo de la función pública en sus múltiples niveles, en la totalidad de los poderes y en los diferentes países.

Ahora bien, el desafío no radica únicamente en adaptar las formas, modernizar las estructuras y garantizar las vías de funcionamiento. La realidad mundial que nos aguarda al final de esta crisis será muy difícil de afrontar, especialmente para aquellas naciones que se adentraron en ella en medio de una situación de profunda debilidad económica como es el caso de la Argentina. Es por eso que la segunda cara de esta moneda será la construcción de procesos políticos, y, sobre todo, de una clase política que esté a la altura de las demandas de ese contexto.

Harán falta representantes capaces de interpretar las necesidades de una ciudadanía más empobrecida, con menos recursos y menos expectativas de futuro, y en mayor estado de alarma. Gobernantes capaces de dar los debates indispensables de cara a una sociedad que estará discutiendo profundamente la desigualdad y la inequidad, el rol del Estado, el asistencialismo y las políticas de carácter proteccionista; los modelos del sistema sanitario y de salud en el mundo, los derechos laborales. Y todo eso ocurrirá en circunstancias de vida que para la inmensa mayoría serán peores que las de hoy, donde seguramente habrá enojo, desesperanza, frustración y focos de violencia.

El desafío será arduo e inevitable en innumerables aspectos, pero abordar las dificultades será mucho menos complejo si el contexto de pospandemia nos encuentra con una democracia fortalecida y con una unidad firme, que solo puede ser resultado de una decisión política colectiva

y multipartidaria desde todos los niveles del Estado, que ya parece estar caracterizando al durante de la pandemia. Más democracia, más política, más responsabilidad, más diálogo entre el Gobierno y el Pueblo.

La importancia de una representatividad federal y multipartidaria

¿De qué hablamos cuando decimos que los procesos de digitalización y el uso de tecnologías que se potenciaron a partir de la pandemia y las políticas de aislamiento pueden conducirnos a una democracia más fortalecida? ¿Cómo se explican las expectativas frente a la construcción de una Democracia Digital?

Hablamos, por supuesto, de más transparencia, más apertura y más cercanía de las gestiones de gobierno frente a los ciudadanos. Pero hablamos también de lógicas de consenso, de instancias de escucha y de construcción colectiva en el ejercicio de la política, como cualidades absolutamente necesarias.

Uno de los mayores saldos positivos dentro del Congreso Nacional en esta situación de emergencia, es que en un marco donde las nuevas dinámicas entran en juego día a día, la política se consolida en el plano simbólico como la práctica fundamental para toda clase de construcción.

Existen dos indicadores para dar cuenta de esa consolidación: el primero es que desde el inicio del Aislamiento

Social Preventivo y Obligatorio, se trabajó fuertemente en la vinculación entre el Poder Legislativo y el Poder Ejecutivo, resultando por ejemplo en la participación de 27 ministros y representantes del gabinete nacional durante los primeros 70 días de cuarentena en reuniones de comisión virtuales con la presencia de diputados y diputadas de todas las fuerzas políticas.

El segundo es que de la misma manera y en pos de articular los medios necesarios para la adaptación del trabajo parlamentario a las demandas de la sociedad, se reforzaron las instancias de diálogo y debate para, por un lado, garantizar las condiciones del funcionamiento telemático eficiente y seguro; y por el otro, hacer frente a las necesidades sociales desde una perspectiva verdaderamente federal.

Aquí es donde toma protagonismo la valoración de una de las cualidades intrínsecas a la existencia del Poder Legislativo en Democracia, fundamental desde su misma concepción: los cuerpos del Senado y de la Cámara de Diputados están integrados por representantes de todas las provincias del país y de todas las fuerzas políticas que reflejan los intereses, visiones y necesidades de la ciudadanía. Cada uno con su voz y con su voto, que valen lo mismo que el del resto de los integrantes del pleno.

Y si bien esa característica de la representatividad y el federalismo es siempre esencial, cobra especial importancia en contextos como este, que nos atraviesan y demandan respuestas inmediatas desde todos los puntos

del país, pero con profundas diferencias y particularidades en cada territorio geográfico y en cada realidad socioeconómica. Incluso, en cada conjunto de circunstancias sanitarias delineadas por la infraestructura previa, por la capacidad de respuesta material ante la emergencia, y por el nivel de penetración y circulación del virus que muchas veces está atado —también— a razones aleatorias.

En ese mapa de particularidades sectoriales dentro de la problemática general de la pandemia en Argentina, la voz de cada legislador y legisladora como expresión de la realidad de su territorio se torna fundamental para el debate y el desarrollo de políticas públicas integrales, efectivas e inclusivas. Es un momento en el cual se hace más evidente el impacto y la implicancia que conlleva tener en un mismo campo de decisión a referentes que encarnan y manifiestan lo que sucede en cada provincia, cada uno desde su perspectiva político-partidaria y con igual peso a la hora de generar proyectos, de emitir el voto en sesiones plenarias, de formar parte en las prácticas de control sobre el accionar del Poder Ejecutivo y de participar en todas las instancias del quehacer parlamentario.

En síntesis, la lógica constitutiva del Poder Legislativo y su delimitación inicial, que determina cuál será el origen de sus integrantes, permite que en una crisis como la actual, las respuestas desde este Poder del Estado en particular se construyan en un campo de debate donde todas las perspectivas están representadas.

Pero lo más interesante en este punto es que ese concepto de representatividad, en circunstancias habituales, suele pensarse mayoritariamente en términos de posicionamiento ideológico-partidario. El centro del intercambio de visiones y del valor del voto legislativo tiene que ver con dar lugar a distintas posturas políticas, miradas estratégicas o proyectos de país. El Congreso actúa como un vector del accionar gubernamental y es el espacio donde las fuerzas minoritarias con representación electoral pueden incidir en el rumbo de la gestión del Estado. Pero en estas crisis, cobra más importancia la representatividad como garantía de una construcción parlamentaria federal: la posibilidad de que cada diputado y diputada ponga en agenda lo que está pasando en su provincia y contribuya a que la legislación acompañe la realidad de todo el país por igual.

Los procesos sociales y la construcción legislativa

En una situación de emergencia de esta magnitud, el Estado adquiere una importancia absolutamente central como articulador de la organización social. El gobierno argentino orientó su política pública al cuidado de la salud como prioridad, pero desarrollando en paralelo un plan de gestión y de asignación de recursos a la asistencia de la ciudadanía en lo económico, en lo cotidiano, en lo educativo, en lo cultural y en lo productivo. En esa planificación, la búsqueda de unión —social, política, territorial— fue columna vertebral.

En ese marco, y pensando el contexto desde una perspectiva parlamentaria, cabe una reflexión que resulta ordenadora: la clave en la responsabilidad de legislar es saber dar cuenta, representar y responder a los procesos sociales.

Pero ese desarrollo no puede darse en un solo sentido o de manera lineal. No debemos caer en el error de referenciar a la propuesta, discusión y posterior votación de proyectos solamente con el ejercicio de pretender “leer” lo que sucede y a raíz de ello articular la producción de leyes.

Ante la aparición de situaciones novedosas, algunas de las cuales además de ser desconocidas implican una amenaza para la salud pública, las dinámicas de interrelación en sociedad también sufren importantes variaciones, que hasta en algunos casos requieren ser analizadas desde lo normativo.

Al poner en práctica la modalidad de Sesión Parlamentaria Virtual en el marco del aislamiento social, preventivo y obligatorio, la Cámara de Diputados de la Nación trató dos proyectos de ley que ejemplifican el rol del Congreso en este escenario.

Con una dinámica de participación mixta, en la cual la mayoría de los integrantes del cuerpo debatieron y votaron de modo telemático desde sus provincias, se autorizó que en la Argentina los médicos puedan prescribir medicamentos de manera electrónica a través de Recetas Digitales, y también que la atención médica pueda realizarse con validez de forma virtual. A su vez, se abordó, se debatió y se

aprobó la ley que habilita la modalidad educativa a distancia para todos los niveles en situaciones de emergencia.

Ambos casos son profundamente representativos del Parlamento cumpliendo el rol de generar y habilitar nuevas herramientas para dar respuestas a las demandas sociales del tiempo histórico que le toca transitar. Soluciones prácticas de la realidad, que significan nada más ni nada menos que un mejor cuidado de la salud de la ciudadanía. De este modo, dos áreas de continuación indispensable para la sociedad como son la salud y la educación, pueden desarrollarse bajo nuevas modalidades dentro de los marcos regulatorios nacionales y con la misma validez legal que en los modos tradicionales.

Pero podemos ir un poco más allá: estas nuevas leyes, construidas como solución para una situación particular de emergencia y para un momento histórico determinado, dejarán atrás los tiempos en los que en la Argentina, prácticas sociales tan básicas podían llevarse adelante con validez solamente de un modo físico y presencial.

La educación debe continuar su camino pese a la pandemia y para eso se desarrollarán nuevas condiciones y la adaptación a nuevas dinámicas docente/alumno. La salud no esperará al fin del aislamiento y entonces se generarán nuevos modos de vinculación médico/paciente para garantizar la atención. El Congreso acompañará la creación de esas nuevas dinámicas de funcionamiento. Y seguramente estaremos dando pie a un futuro en el que el acceso

a las prácticas cotidianas de servicios básicos como estos, estén un poco más al alcance de todos y todas.

Atravesamos entonces un nuevo tiempo caracterizado por ciertas transformaciones que no tendrán vuelta atrás. Se han puesto en discusión los roles que deben cumplir las instituciones, los organismos y principalmente el Estado, y hemos repensado las formas y las estructuras para hacer frente a la situación de emergencia en la que nos sumergió la pandemia del COVID-19.

Ahora es momento de empezar a pensar colectivamente la construcción legislativa y gubernamental y la planificación de políticas públicas de cara a un futuro que nos deparará diversas dificultades y desafíos. La representatividad federal, la responsabilidad ante los procesos sociales, la capacidad de interpretación de las demandas sociales en circunstancias complejas y desconocidas. Debemos emprender juntos un camino que parece tener una única fórmula: un Estado presente, una sociedad activa y participante, y la política como eje.

[VOLVER
AL MENÚ](#)

Andrea Revel Chion (Buenos Aires, 1960) es Doctora en Didáctica de las Ciencias Experimentales. Es investigadora del Instituto CE-FIEC de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, y profesora Adjunta Regular de la asignatura Didáctica Especial y Práctica de la Enseñanza I y II en la misma casa de estudios. Es docente titular la asignatura Construcción de la Práctica docente del departamento de Biología, del Instituto Superior del Profesorado Joaquín V. González y construye narrativas sobre las epidemias del pasado y del presente para contarles a sus estudiantes de biología de cuarto año del *Colegio de la Ciudad*, en el barrio de Belgrano.

Reflexiones en torno a la enseñanza de la salud Lo que clausura y lo que invita a pensar

Andrea Revel Chion

Aclaración necesaria: En este artículo y tal como sugiere Cas-sany (2013) con el objetivo fundamental de hacer fluida la lectura advierto que, si bien hablaré de profesores, humanos, actores e investigadores, entre otras designaciones, me refiero del mismo modo a: investigadoras, actrices, profesoras, humanas y alumnas.

La actual pandemia de COVID-19 sumió al mundo entero en un dramatismo que, en términos de la salud, tiene su correlato más directo en la Gran Gripe Española de 1918. Y no es que no hayan sucedido otros eventos desgraciados y de complejo abordaje en el plano de las enfermedades infecciosas: la irrupción del HIV en la costa Oeste de los Estados Unidos en la década de los años ochenta, la encefalopatía espongiforme bovina en el Reino Unido a mediados de la misma década, los brotes de Ébola en aldeas africanas, y las enfermedades endémicas americanas como la enfermedad de Chagas-Mazza

—desde siempre— han supuesto enormes esfuerzos para la comprensión de las causas de su *emergencia*. Antes de avanzar en el análisis creo que se impone aclarar que el término emergencia hace referencia a la aparición de una enfermedad debido a alguno de los tres factores siguientes: a) la generación de un agente causal o patógeno nuevo, b) la transmisión de un agente causal de una población adaptada al mismo a otra que no lo está, y c) debido a la transmisión de un agente patógeno de una especie —en general un animal— a otra especie diferente, en muchos casos los seres humanos (Lozano, 2004).

Algunas de aquellas enfermedades infecciosas emergentes demandaron inversiones siderales de dinero para la búsqueda de tratamientos y/o vacunas y su implementación, la infección por HIV fue una de esas. Para otros la espera continúa, es el caso de la enfermedad de Chagas-Mazza, enfermedad huérfana y desatendida sobre la que, sin embargo, se sabe mucho. La tragedia silenciosa, como se denominó la conocida publicación de *Médicos sin frontera* (2005), es la enfermedad emblemática de la pobreza y precisamente por eso el conocimiento disponible no se convierte en acciones masivas.

El dramatismo en la pandemia actual bascula entre los esfuerzos para su comprensión y la sorprendente cantidad de defunciones en apenas un par de meses. Paralelamente sobrevuela la preocupación por la depresión de las economías que, muy especialmente en los paí-

ses emergentes, se cobrará nuevas víctimas. De acuerdo con un informe reciente de la Cepal (Comisión Económica para América Latina y el Caribe), los países de América del Sur que son básicamente exportadores de materias primas, sufrirán un colapso por la caída de los precios de los productos básicos (commodities). En la región de América Latina y el Caribe, de la mano del desempleo que se avizora se estima que, de un total de 620 millones de habitantes, el número de pobres en la región suba de 185 a 220 millones de personas, al tiempo que las personas que serán empujadas a la pobreza extrema podrían aumentar de 67,4 a 90 millones. Estas serán las nuevas víctimas, infectadas por el virus con corona o no.

El aislamiento que, con matices, han propuesto los diferentes gobiernos extendidamente en el mundo ha tenido enorme impacto no solo en la economía, sino también en las dinámicas personales y las familiares. El sistema educativo no ha sido la excepción, ha debido reinventarse sin tiempo alguno para la reflexión acerca de los mejores modos de conservar el vínculo pedagógico con los estudiantes que, ahora en sus casas, están más cautivos que en la presencialidad del aula.

La escuela debió ajustarse a una propuesta de enseñanza a través de las pantallas y modificó las permanencias de lo escolar, lo que Viñao (2002) postula bajo el concepto de “cultura escolar” para dar cuenta de las tradiciones, prácticas, rituales, acuerdos, contratos y principios

que las instituciones se empeñan en sostener. Esta idea intenta contener a los actores de las instituciones escolares, a los lenguajes que por ella circulan, a los discursos, a los aspectos organizativos y administrativos, a las lógicas de funcionamiento y a los saberes que se legitiman y privilegian. La cultura escolar se vio ante la pandemia forzada a resignificarse, basta pensar en la organización de los momentos y formatos en los que profesores y estudiantes se encuentran para compartir saberes.

Todos los sistemas educativos de la totalidad de los niveles se han visto obligados a virtualizar la enseñanza. El cuerpo de profesores se vio compelido a repensar sus clases en un nuevo formato mediado por las pantallas que les ha supuesto, y les supone, un enorme esfuerzo de creatividad, el desafío de dominar la tecnología disponible y ajustarla adecuadamente a sus disciplinas con sentido didáctico y, al mismo tiempo, sostener el vínculo pedagógico en condiciones atípicas y complejas.

La contundencia del paso a la virtualidad y la modificación de la cultura escolar no parece impactar, sin embargo, en la selección de contenidos escolares; los saberes que se privilegian son probablemente el aspecto más reacio al cambio dentro de las dimensiones de la cultura escolar, aun en tiempos de la presente severa crisis sanitaria.

Hace unos años, Umberto Eco publicó un artículo ciertamente provocativo bajo el no menos provocativo título: “¿De qué sirve el profesor?”, en el que se proponía

reflexionar acerca del lugar del profesorado en tiempos en los que internet que ha hecho posible, como nunca antes en la historia de la humanidad, el acceso extendido a la información. Y ahí está precisamente el nudo. En épocas en que una minoría accedía a las escuelas, en tiempos donde el acceso a datos acerca del mundo social o natural se lograba casi exclusivamente dentro de ellas, o en bibliotecas, la transmisión de información parecía tener sentido.

La escuela de hoy se muestra aún interesada en sostener esos sentidos intentando competir vanamente con la información que deja disponible internet, accesible para casi todos a partir de un teléfono celular, no se requiere mucha más tecnología que esa para echar mano a datos del mundo. Sin embargo, son esos datos los que las instituciones educativas aún privilegian en las evaluaciones que determinarán las acreditaciones de los estudiantes (¡con las maravillosas excepciones que encontramos cada tanto, claro!).

Pero el problema es que mucha de esa información sirve para poco más que para ser repetida, y cuando se olvida (lo que sucede muy rápidamente con la mayor parte de ella), bastan dos o tres igualmente rápidos clicks para recuperarla. ¿Qué sentido tiene entonces el sitio de privilegio que les dan las escuelas? Si la repetición —memorización mediante— es suficiente para aprobar los exámenes, para los cuales se supone que el profesorado selecciona los contenidos/datos más importantes de la disciplina a su cargo, entonces los estudiantes quedan habilitados a

creer que memorizar datos es precisamente lo más relevante que deben hacer.

Ahora bien, si ponemos el foco en las informaciones que la escuela ha venido seleccionando, vale preguntar: ¿se trata realmente de saberes? ¿A qué cosas habilitan estos saberes? ¿Qué preguntas pueden hacerse los estudiantes, y los egresados, de un sistema educativo que privilegia los datos y su memorización, y que premia con la aprobación la solvencia con la que lo logran? ¿Qué vinculaciones podrán establecer entre la deprecación de los ecosistemas y la emergencia del SARS-CoV2? Frente a la confirmación de la comunidad científica acerca de que son los murciélagos los reservorios del coronavirus, pero también de una multiplicidad de virus como: Hendra, Ébola, Marburgo, Nipah y muchos otros, algunos extremadamente peligrosos con tasas de letalidad cercanas al 90 por ciento, ¿qué preguntas podrán hacerse los estudiantes en relación con este hecho? ¿Qué “decisiones” tomaría o recomendaría nuestro estudiantado? ¿Terminar con todas las poblaciones de murciélagos de los trópicos?

Y una vez establecidas las pandemias, ¿qué preguntas podrían formularse en relación con las formas en que pueden afrontarlas las personas en situación de calle, las poblaciones afectadas por conflictos armados, o los refugiados que viven abarrotados en tiendas de campaña con una sola canilla de agua para compartir entre miles?

Reflexionar acerca de los saberes que circulan en las clases de biología es central porque ellos impactarán directamente en la calidad de aquellas preguntas, de las que podrían esperarse buenas intervenciones, adecuadas declaraciones de principios, participaciones comunitarias, demandas, militancias, y la misma comprensión acerca de las razones que sostienen las medidas tomadas para intentar el control de la pandemia.

¿Qué interpretaciones podrán hacer los estudiantes con una pila de datos inconexos sobre éste u otros virus?

Lo que clausura y lo que abre, de eso se trata reconocer qué saberes privilegia la escuela hoy en relación con la enseñanza de la salud. La distinción entre información y conocimientos que habiliten a la acción, es clave: informaciones para memorizar y repetir, y conocimientos que posibiliten ser usados para situaciones nuevas, es decir, competencias que habiliten intervenciones eficientes en el mundo.

En el marco de la Enseñanza de las Ciencias, más concretamente con foco en las temáticas vinculadas con la salud y la enfermedad, la pandemia nos ofrece la oportunidad de reflexionar acerca de la importancia de la contextualización de los contenidos. Aquí el desafío es abordar la emergencia del SARS-CoV2 desde perspectivas que iluminen adecuadamente la relación que se establece entre el ambiente, considerado en sus dimensiones naturales y sociales, y la salud. Una nueva concepción de salud multidimensional, explicada con modelos comple-

jos, multicausales que, en tanto exploran la *multidimensión*, reclaman diferentes referencias disciplinares para su abordaje, serán por tanto también *multirreferenciales*. Será necesario darle voz a la Geografía crítica para que exponga las nuevas conceptualizaciones de la noción de “espacio” (Santos, 1985), asumido ya no como meras localizaciones físicas, sino como localizaciones geográficas en movimiento, ligadas a los sistemas y las prácticas sociales. La Economía explicará las diferentes formas de apropiación de recursos que generan los *derrames*, los saltos, que ponen en relación especies salvajes con los humanos y la consecuente generación de enfermedades zoonóticas. Los aportes antropológicos darán cuenta del espacio de la cultura que construye subjetividades, que expone el valor de ciertas prácticas en relación con especies exóticas, la organización de las comunidades, los tipos de consumo.

Una nueva concepción de salud anclada a la concepción de ambiente en sus dimensiones ecológicas y sociales abre, a su tiempo, la oportunidad de explorar modos potentes de exponer estas nuevas miradas sobre las enfermedades. Los eventos que dieron lugar a la pandemia actual, al igual que aquellos que causaron la peste negra medieval en el siglo XIII, comparten explicaciones complejas acerca de su emergencia: antes y ahora, ningún agente causal surgió espontáneamente, antes y ahora es preciso hacer foco en las consecuencias de las actividades humanas sobre el ambiente.

La complejidad de las relaciones que se establecen entre las intervenciones humanas para obtener los recursos de la naturaleza, y las transacciones que derivan de ellas son *historias* complejas, ricas, que deberían ser los insumos a trabajar en las clases de ciencias ya que ellas conjugan, en sí mismas, las referencias disciplinares del ámbito de las ciencias sociales y las naturales. El análisis de estas historias permitiría comprender no solo cómo se generó la actual pandemia del COVID-19, sino que hará posible realizar algunas inferencias acerca de qué otros eventos podrían suceder en el futuro. Se abre por tanto una oportunidad riquísima para crear y compartir con el estudiantado el mejor relato sobre el origen del SARS-CoV2 y la pandemia que supuso su dispersión.

Lo que sabemos del SARS-CoV2 y del COVID-19 **El aporte irremplazable de la Biología**

Se sabe poco, es natural, se trata de un virus que ha emergido en China en una fecha reciente e incierta ubicada en torno a finales de 2019, que genera una enfermedad denominada COVID-19 (“corona”, “virus” y “disease” —enfermedad en inglés—). Se ha identificado que el virus pertenece a la gran familia de los coronavirus y que, como muchos de sus miembros, se transmite a través de las micro gotas que se eliminan al toser y también al infectar superficies que luego son tocadas y llevadas a la boca, la nariz, e incluso la conjuntiva de

los ojos. También se sabe que el coronavirus afecta al sistema respiratorio, que los síntomas son debilidad general, fiebre y tos seca, y que puede producir neumonías porque tiene cierta afinidad por las células pulmonares. Las partículas virales son eliminadas por las secreciones nasales y la saliva, tanto de personas que tienen los síntomas como de aquellas que están infectadas, pero aún no los manifiestan (lo que dificulta identificar cómo se está propagando la enfermedad en una región determinada). También se comprobó que las medidas de control son bastante simples: lavado de manos con jabón, métodos adecuados al toser o estornudar y el distanciamiento social allí donde hay circulación del virus.

Estos saberes, y los que vayan sumándose conforme se diluciden los enigmas que aún esconde el comportamiento del SARS-CoV2, son imprescindibles, pero no suficientes, porque no alcanzan para explicar cuáles fueron las condiciones que hicieron que este virus emergiera. Es aquí donde se reclama la presencia y el aporte de las ciencias sociales, ha quedado claro que el reduccionismo biologicista impide la mirada de conjunto; sumado a la fragmentación y sofisticación de los saberes restringen, o hacen esquivar para la mayoría de las personas, la idea multidimensional de la problemática de las enfermedades infecciosas emergentes (Revel Chion, 2015).

En el campo de la enseñanza esto supone un problema que es el carácter de la propia formación docente en biología que es disciplinar y fragmentada. ¿Cómo podrían los fu-

turos profesores diseñar estrategias didácticas y abordajes complejos —en diálogo con las ciencias sociales— para dar cuenta de las dimensiones que se juegan en la emergencia de enfermedades? Si se asume que únicamente un enfoque de estas características hace posible una comprensión real, entonces la gran mayoría del colectivo docente del área tendrá vedada la propuesta: sus formaciones se circunscriben casi exclusivamente a los dominios de la biología y otras ramas de las Ciencias Naturales.

Es aquí donde propongo el aterrizaje en el aula de Biología de relatos potentes y de buena calidad de esos que, sin razones explícitas, abandonan la escuela muy tempranamente, para ponerlos al servicio de abordar las problemáticas vinculadas a la salud y la enfermedad.

Hace tiempo ya que venimos investigando el impacto que tienen las narrativas en estas temáticas en tres niveles: la formación docente inicial, el posgrado, y el nivel secundario; en los dos primeros andamiando y acompañando la creación y/o adaptación de relatos —que quienes están en ejercicio “incrustan” en secuencias didácticas que desarrollan con sus estudiantes de escuela media— (¡yo misma!). En este sentido, en trabajos anteriores (Revel Chion, 2013; Revel Chion y Adúriz-Bravo, 2014, 2017, 2018; Adúriz-Bravo y Revel Chion, 2016), hemos presentado los análisis que realizamos en torno a estas experiencias y alertado en torno a la potencialidad de las narrativas como instrumento para la presentación de contenidos complejos vinculados con la salud y la

enfermedad. Hemos trabajado bajo la hipótesis de que los relatos pueden ser los vehículos que “transporten” los contenidos imprescindibles que, recuperados por los estudiantes, se constituyan en la materia prima para ejercitar la competencia argumentativa. Identificamos que las explicaciones así construidas son más robustas y, por otra parte, revelan más claramente la calidad de sus aprendizajes. He aquí una relación —entre narrativas y argumentos— que nos interesa muy particularmente profundizar e instalar en la agenda educativa (Revel Chion y Adúriz-Bravo, 2019).

Apuntamos a que la potencialidad de las narrativas radica en su propio carácter *interdisciplinar* (Wasserman, 2006), entendido como la presencia de aspectos psicológicos, históricos, políticos, sociales y biológicos que dan cuerpo al relato, les otorgan verosimilitud y contribuyen a exponer el carácter complejo de la experiencia humana. Los docentes de Biología que abordan las problemáticas en salud, no se verán entonces obligados a ser “expertos” en todas estas áreas, bastará con apoyarse en una tarea colaborativa en sus colegas de las Ciencias Sociales para construir relatos de calidad.

El carácter multicausal del origen de las enfermedades encaja muy aceitadamente en esta estructura; incluimos entonces historias porque ellas conjugan una serie de elementos de diferentes campos que sería imposible abordar exclusivamente con los aspectos biológicos, y porque son innegociables cuando se persigue mostrar todas las dimensiones que atraviesan a las historias.

El poder de las narrativas

El potencial de los relatos para expresar ideas y exponer mundos posibles se muestra en la historia de los seres humanos, cuyas experiencias se han estructurado desde el inicio de los tiempos en formato narrativo. En este sentido Bruner (2003), afirma que los relatos plantean *el problema ontológico*, es decir, ¿las historias son reales o imaginarias? Y se responde que los relatos no *están* en el mundo, sino que son creados con diferentes propósitos: contar lo acontecido, imaginar lo que hubiéramos querido que acontezca, suponer finales diferentes para las historias que ya han tenido el suyo, y otros propósitos.

Es en ese mismo sentido en que Michael Gazzaniga (2010) propone la *teoría del intérprete*: la existencia de un módulo neuronal ubicado en el hemisferio izquierdo que se ocupa precisamente de interpretar los estímulos provenientes del mundo y las propias acciones de manera tal de construir una trama coherente de sucesos. En la confección de la trama inventamos incluso falsas memorias que “cosemos” a las verdaderas buscando un relato coherente y cohesionado en el que ya no es posible identificar lo vivido de lo inventado en nuestra propia narrativa.

Superado el problema ontológico queda aún la cuestión de la perspectiva, es decir, aquel punto desde el cual se relata una historia. Bruner (2013) ejemplifica esto muy claramente cuando afirma que los combatientes de una

batalla tienen historias muy diferentes para contar si la postura es la de aquellos que han sido vencidos o de los que se hicieron con el triunfo de la batalla. La toma de una postura pone en evidencia la existencia de la otra.

Haciendo foco en la problemática de la salud, y más precisamente en el dispar impacto que generan las epidemias en los diferentes sectores sociales, Bruner nuevamente nos alerta acerca de que la pobreza amplifica el impacto que tienen las enfermedades y las muertes por ellas producidas. Este hecho suele ser ocultado, a su juicio, porque las historias de las epidemias las relatan los epidemiólogos y no los economistas, ni los que las sufren mayoritariamente. Una mirada interesante que no llega a las clases de biología ocupadas del estudio detallado y minucioso de los agentes causales y los síntomas de las enfermedades.

Detenerse en el mero ejercicio de identificación de la perspectiva a la que corresponden los relatos, posterga otro aspecto del problema ontológico: ¿cuál es la finalidad del relato? Contar una historia persigue siempre un objetivo: convencer, informar, engañar, sugerir, influir, condicionar, atemorizar; se trata de la intención narrativa o la fuerza ilocutoria.

El modelo pragmático-ilocutivo asume que es imprescindible contemplar la estructura de una explicación junto con el efecto que la misma tiene en su receptor y propone, por tanto, considerar a los usuarios del lenguaje y muy

especialmente los contextos de uso. Por su parte, el efecto “perlocutivo” de una explicación o de un relato es hacer que el receptor vea el fenómeno “con los mismos ojos” que el emisor (Izquierdo- Aymerich y Adúriz-Bravo, 2003; Eder y Adúriz-Bravo, 2008).

Si la propia experiencia humana se estructura en formato narrativo si, como sugiere Lodge (2006: 27) “leemos narrativa, a fin de cuentas, no solo por el relato, sino para ampliar nuestro conocimiento y comprensión del mundo, y el método narrativo autorial es particularmente apto para ofrecernos ese tipo de conocimiento”, entonces la enseñanza y el aprendizaje como experiencias vitales, deberían beneficiarse de los relatos como forma de organización, transmisión y presentación de los contenidos, muy especialmente los contenidos científicos escolares.

El poder de atracción de los relatos sustentado en la natural afinidad de la mente para con ellos, podría generar en las instancias en las que se desarrollan contenidos vinculados a las pandemias, mayor interés, mayor afinidad con los contenidos científicos que involucran estas temáticas y actitudes positivas hacia la ciencia.

Apuesto, sobre todo, a que habilitaría a los estudiantes a identificar que la Gran Plaga que asoló Atenas durante el Siglo de Pericles y el COVID-19 tienen un parecido dramático y aleccionador: las formas en que los humanos intervenimos en el ambiente.

Referencias bibliográficas

- Adúriz- Bravo, A y Revel Chion, A. (2016). Pensamiento narrativo y enseñanza de las ciencias. *Revista Inter-Ação, Goiânia*, v. 41, n. 3, 601- 704.
- Bruner, J. (2013). *La Fábrica de historias. Derecho, Literatura, Vida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Cassany, D. (2014). *La cocina de la escritura*. Barcelona: Anagrama.
- Eder, M. L. y Adúriz-Bravo, A. (2008). La explicación en las ciencias naturales y en su enseñanza: Aproximaciones epistemológicas y didácticas. *I Encuentro Regional (Cono Sur) de la Red Iberoamericana de Investigadores en Enseñanza de las Ciencias, las Matemáticas y las Tecnologías*. Montevideo, Uruguay.
- Gazzaniga, M. (2010) *¿Qué nos hace humanos? La explicación científica de nuestra singularidad como especie*. Madrid: Paidós Ibérica.
- Izquierdo, M., Adúriz-Bravo, A. (2003). Epistemological Foundations of School Science, *Science & Education*.12 (1), 27-43.
- Lodge, D. (2006). *El arte de la ficción*. Barcelona: Península.
- Lozano, M. (2004). *Ahí viene la plaga*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Médicos sin frontera. (2005). Una tragedia silenciosa. Buenos Aires: Losada.
- Pandemia del COVID-19 llevará a la mayor contracción de la actividad económica en la historia de la región: caerá -5,3% en 2020. <https://www.cepal.org/es/comunicados/pandemia-covid-19->
- Revel Chion, A. (2013). Estudios de caso en la enseñanza de la Biología y la Educación para la salud en la Escuela Media. *Revista Bio-Grafía. Escritos sobre la Biología y su enseñanza*. En Sección Bioartículos de reflexión. N° 10, 47-53.

- Revel Chion, A. y Adúriz -Bravo, A. (2014). ¿Qué historias contar sobre la emergencia de las enfermedades? *Revista Tecné, episteme y didaxis*. N° 36, 47-59.
- Revel Chion, A. (2015). *Educación para la salud. Enfoques integrados entre salud humana y ambiente. Propuestas para el aula*. Buenos Aires: Paidós.
- Revel Chion, A. y Adúriz Bravo, A. (2017). Relatos para la enseñanza de una problemática americana: la enfermedad de Chagas- Maza. *Revista Tarbiya*. N 45, 83-92.
- Revel Chion, A. y Adúriz- Bravo, A. (2018). Pensamiento narrativo y argumentación en la enseñanza de las ciencias. *Revista Tecné Episteme y Didaxis*. Número Extraordinario Memorias. p. 22-26.
- Revel Chion, A. y Adúriz- Bravo, A. (2019). Las narrativas como dispositivo para el aprendizaje de las ciencias en la escuela secundaria. *En Enseñanza y Aprendizaje de las Ciencias en Debate. Memorias del X Congreso Iberoamericano de Educación Científica*. (CIEDUC), Vol. 2, 579-586.
- Santos, M. (1985). *Espaço e método*. San Pablo: Nobel.
- Viñao, A. (2002). *Sistemas educativos, culturas escolares y reformas. Continuidades y cambios*. Madrid: Morata.
- Wasserman, S. (2006). *El estudio de casos como método de enseñanza*. Buenos Aires: Amorrortu.

[VOLVER
AL MENÚ](#)

Diana Kordon (1944). Médica psiquiatra y psicoanalista. Militante de DDHH (cofundadora e integrante de Liberpueblo). Coordinadora del Equipo Argentino de Trabajo e Investigación Psicosocial (EATIP). Miembro de honor de la Asociación de Psiquiatras Argentinos (APSA). Miembro titular y docente de la Asociación de Psicología y Psicoterapia de Grupo (AAPPG). Beca Guggenheim 2004. Premios por trayectoria en Salud Mental y DDHH Bárbara Chester (EEUU), Inge Genefke (Dinamarca) y Leo Eitinger de la Universidad de Oslo (Noruega). Coautora de, entre otros libros, *Efectos psicológicos de la represión política, La impunidad, una perspectiva psicosocial y clínica, Desarrollos sobre grupalidad, una perspectiva psicoanalítica, International Handbook of Multigenerational Legacies of Trauma, Por-venires de la Memoria, Sur, dictadura y después, Vínculos en crisis.*

Lucila Edelman (1940). Médica psiquiatra y psicoanalista. Miembro del Comité Ejecutivo del Equipo Argentino de Asistencia e Investigación Psicosocial (EATIP). Miembro de honor de la Asociación de Psiquiatras Argentinos (APSA). Miembro titular y docente de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo (AAPPG). Beca Guggenheim 2004. Coautora de, entre otros libros, *Efectos psicológicos de la represión política, La impunidad, una perspectiva psicosocial y clínica, Desarrollos sobre grupalidad, una perspectiva psicoanalítica, International Handbook of Multigenerational Legacies of Trauma, Por-venires de la Memoria, Sur, dictadura y después, Vínculos en crisis.*

Darío Manuel Lagos (1940). Médico psiquiatra. Militante político y de ddhh. Miembro del Comité Ejecutivo del Equipo Argentino de Trabajo e Investigación Psicosocial (EATIP). Miembro de honor de la Asociación Psiquiatras Argentinos (APSA) y de la Asociación de Psiquiatras de América Latina (APAL). Miembro del Comité de Reválida en Psiquiatría de la Asociación Médica Argentina (AMA). Co-fundador del Consejo Internacional de Rehabilitación Víctimas de Tortura (IRCT) (1985). Miembro del colectivo *Plataforma 2012*. Coautor de artículos y libros publicados en Argentina y el exterior.

Transitando la pandemia Anclajes subjetivos para la formulación de políticas públicas

Diana Kordon, Lucila Edelman y Darío Lagos

Pasaron varios meses y el mundo sigue tomado por la pandemia. Hay una especie de cuarto intermedio, de puesta en suspenso de las formas habituales de organización social y de la vida cotidiana. Las regulaciones explícitas e implícitas que hasta hace poco tiempo nos situaban en el estar en el mundo, garantizando nuestro sentimiento de pertenencia no solo se modificaron abruptamente, sino que, de acuerdo a lo que acontece en el día a día, siguen cambiando. Resulta sorprendente que la máquina económica y social de funcionamiento del mundo, que muchas veces parecía tener vida propia más allá de la acción de los humanos, a partir de la emergencia sanitaria, esté trastocada tan profundamente. La zozobra sostiene el presente, pero se refuerza el interrogante del qué vendrá, con enigmas ampliados a los más diversos ámbitos. Hasta surge la pregunta acerca de qué

va a pasar con el mundo. El imaginario social señala un antes y un después de la pandemia, marcados por rupturas. La imagen bíblica del diluvio universal, que siempre nos pareció tan alejada de nuestras representaciones y fantasías, se presenta ante alguno de nosotros como cercana, como metáfora del presente que nos inunda. Verdadero o no, el diluvio simboliza un cambio de ciclo histórico, un nuevo comienzo a raíz de un cataclismo. La duración de la catástrofe, de cuarenta días y cuarenta noches, refuerza la potencia de la metáfora. ¿Habrá un Arca de Noé contemporáneo? ¿El salvataje será restitutivo de lo anterior o podrá abrir caminos novedosos?

En un mundo integrado, en el que nos enteramos de lo que pasa en cualquier lugar, por más alejado que esté, en forma inmediata, llegan las imágenes de los cuerpos envueltos en bolsas negras apilados en camiones en la ciudad de Nueva York. Nos aclaran que el sistema de salud no da abasto por la avalancha de casos graves, más frecuentes en la población negra o de origen hispano, que son los que realizan las tareas de mayor riesgo. ¿La pandemia no discrimina? Antes nos mostraba el desastre de Guayaquil, con la gente poniendo sus muertos en cajas de cartón, o esperando vanamente que una funeraria los fuera a buscar. Los rituales funerarios, inscriptos en nuestra cultura, están alterados por la magnitud de la pandemia, y en algunos casos se tornan irrealizables.

“Crisis identitaria”

Lo que es evidente es que, a partir de una catástrofe imprevista y prolongada en el tiempo, se ha producido una verdadera “crisis identitaria” de un sistema económico social dado, por muchos, como definitivo en la historia. La pandemia y las medidas que se han tomado para reducir el daño, paralizan la economía y ponen al rojo vivo el gran síntoma de los sistemas que organizan el mundo contemporáneo: la inmensa desigualdad entre los de arriba y los de abajo, entre el Norte y el Sur. La economía global está en caída libre. Increíble pero real: por primera vez en la historia el “oro negro”, motivo de guerras, disputas geopolíticas, enfrentamiento entre las potencias, pierde violentamente su valor en manos de la pandemia.

La crisis planteada a nivel planetario, crisis sanitaria y subsecuentemente económica y social, no se da en términos de neutralidad, sino en un marco de disputas de intereses, frecuentemente antagónicos. Se formulan hipótesis respecto de los modos de continuidad de la existencia social y material, de los caminos de salida de la crisis. Después de años de hegemonía del llamado neoliberalismo, las voces que cuestionan la esencia misma del sistema capitalista-imperialista, se multiplican.

En el plano material y en el simbólico, en la Argentina, a medida que la gravedad de la epidemia avanza en el tiempo y las consecuencias económicas se hacen sen-

tir produciendo padecimientos enormes en el cuerpo social, y especialmente en los sectores más vulnerables, las contradicciones se agudizan. Notablemente mientras las pequeñas empresas están al borde del colapso o ya colapsadas, en el campo de la salud los primeros que redujeron el salario fueron algunas de las grandes prepagas.

Después de un primer momento, en que el estupor, el desconcierto y la angustia, contribuían a crear un clima de fraternidad que reducía las diferencias, con el andar y las crecientes dificultades económicas, reaparecieron los debates y las líneas de fractura. ¿Quién pagará la crisis? Entendemos que las políticas públicas tienen que atender, en lo inmediato, a resolver la emergencia sanitaria que involucra a toda la sociedad. Para ello hay que afectar los intereses de los económicamente más poderosos y la situación no es fácil. Las grandes presiones, hasta ahora, lograron por ejemplo, evitar que se unifiquen los sistemas públicos y privados para atender la demanda asistencial cuando llegue el pico de la crisis.

Indudablemente, la pandemia afecta de diferente manera según las condiciones materiales y sociales de vida. Para los sectores más vulnerables, la situación es extremadamente difícil. ¿Cómo cumplir la cuarentena cuando hay problemas graves de vivienda, o cuando faltan los suministros necesarios en cuanto a alimentación e higiene? Ya que además de la emergencia sanitaria, nuestro país está en emergencia alimentaria y de vivienda.

¿Cómo soportar la falta de trabajo cuando se depende de los ingresos del día a día? ¿O la reducción salarial? ¿O las suspensiones y despidos? ¿Cómo no desesperar cuando las pequeñas empresas no pueden funcionar? La situación es verdaderamente crítica.

En esta coyuntura se han puesto en evidencia, al rojo vivo, problemas estructurales de la Argentina. Problemas históricos que siguen sin ser resueltos.

Las políticas de los últimos años produjeron una devastación social y económica gravísima con el avasallamiento de derechos básicos. Se agudizaron en un salto cualitativo la desigualdad y la falta de políticas capaces de garantizar el derecho a la vivienda, al trabajo, a un salario que cubra las necesidades, etc. En particular, las políticas sanitarias llevaron a una grave crisis del sistema de salud pública, cuya destrucción se evidencia hoy violentamente, empezando por la carencia de elementos de protección. Estas políticas tenían un marcado signo de clase: los de nivel económico medio a alto podían atenderse, fuera de la urgencia, en el sistema privado prepago con recursos, hasta la pandemia, suficientes. Los asalariados contaban con las obras sociales. Para el resto, funcionaba el sistema público a cargo del Estado, con un abandono y un deterioro creciente.

Por otra parte los sueldos del personal de salud son bajos en todos los niveles: mucamas, enfermería, médicos/as y llevan a la multiplicidad de trabajos. Con el coronavirus,

esta situación incrementa los riesgos de trasladar contagios antes de la aparición de síntomas. Con pocos casos relativos de infectados, gracias a la implantación de la cuarentena precoz, ya tenemos, sin embargo, uno de los porcentajes más altos del mundo entre el personal de salud. En la pandemia, se agrega no solo la falta de respiradores, sino también la dependencia de la importación en elementos tan primarios como barbijos adecuados. La desprotección del personal de salud va acompañada de representaciones sociales que la justifican, con el argumento de que se trata de un “riesgo asumido”. Esto refuerza aquella vieja representación del “apostolado” con la que muchas veces, aún ahora, se identifican muchos trabajadores de la salud. Y que pueden también ser aprovechadas para que no haya demasiadas protestas por las condiciones de trabajo y la falta de elementos de protección.

Políticas públicas y protagonismo social

Como ocurre con las grandes crisis, todo está en discusión. Se trata de repensar y reformular políticas públicas, no solo para atravesar la emergencia, sino para abordar los problemas estructurales de fondo, tales como la reindustrialización del país en un camino independiente y la redistribución del ingreso. Es importante tener en cuenta que temas que parecían obsoletos o delirantes (deuda, impuesto a las grandes fortunas), pasaron a la agenda de debate siendo

pensadas por amplios sectores como necesarios y posibles. En el abordaje de los problemas coyunturales y los de fondo, indudablemente habrá, y ya los hay, costos sociales y económicos enormes. Hay un antes y un después de la pandemia. De lo que se trata es de hacer lo posible, y lo imposible, para reducir las pérdidas a su mínima expresión.

Las políticas de Estado que está implementando el gobierno nacional son un elemento esencial para enfrentar la epidemia. Es necesario que se amplíen y profundicen, y que se articulen, en colaboración mutua, con las diferentes organizaciones sociales que garantizan la participación colectiva, para resolver los problemas fundamentales que la emergencia plantea, para asegurar que las medidas protectoras lleguen a todos y para preservar y ampliar los elementos psicosociales de anclaje subjetivo. Esta experiencia puede tener un carácter fundante.

En estos días hemos vivido prácticas solidarias creativas adecuadas a las circunstancias críticas actuales. Es conmovedor el trabajo de todos aquellos que hacen posible darle continuidad a nuestra vida cotidiana. El compromiso de los médicos y de todos los trabajadores de la salud y el de todos aquellos que hacen cargo de sostener los servicios esenciales. A su vez, desde los más diversos ámbitos se despliegan tareas solidarias, en algunos casos espontáneas, en otros por parte de colectivos organizados. Se facilitan instalaciones

para alojar pacientes o personas en riesgo. Miles de voluntarios se hacen cargo de comedores y merenderos. Hay una diferencia con otras grandes experiencias, como las ollas populares del 2001: los que las protagonizan están poniendo en juego su salud y hasta su vida.

Estas experiencias de protagonismo social pueden ser un punto de inflexión para impulsar y consolidar esas políticas públicas que, tal como planteábamos, den una nueva dirección transformadora, que tenga en cuenta la independencia de nuestro país y un desarrollo económico y social que satisfaga las necesidades de los más amplios sectores populares. Tarea difícil pero necesaria que requiere un doble movimiento entre el Estado y las organizaciones sociales en sus más diversos estamentos.

Algunos sectores estimulan hoy políticas represivas, que hasta ahora han tenido solo expresiones aisladas y que no se condicen con la orientación general del gobierno. Más que vigilar y castigar, es imprescindible que el Estado ponga en juego todos los recursos que se articulen con la solidaridad, el apoyo, la comunicación del conjunto. Es fundamental apuntalarnos en el aporte colectivo y no en el miedo generalizado. La situación no se resuelve por la vía punitiva. El gran riesgo de la implementación de la represión es que siempre los más vulnerables son los más perjudicados y el problema que se pretendería resolver sigue abierto. Nuestro pueblo tiene una larga expe-

riencia en la lucha contra la impunidad y la represión y ha logrado conquistas que no admiten vuelta atrás.

La respuesta de cómo saldremos y quién pagará la crisis depende en buena medida de cómo transitemos esta experiencia y de cómo construyamos la unidad que nos dará la fuerza imprescindible para impulsar los cambios necesarios. A pesar de las pérdidas inmensas que dejará como secuela, la crisis puede transformarse en una oportunidad.

Huellas en la subjetividad

Vivimos un momento que nos enfrenta a nuestra propia vulnerabilidad y que da por tierra con las fantasías de omnipotencia absoluta de lo humano. Estamos confrontados, en última instancia, con los fantasmas de la muerte. En la medida en que pasan los meses se incrementa la incertidumbre, que tiende a desestructurarnos, estimulando sentimientos de desamparo e inseguridad.

A pesar de las informaciones científicas, lo imaginario inunda la escena. Sobre una vivencia de indefensión, aparecen las más diversas fantasías que remedan los gigantes fantasmas infantiles que se nos presentaban por la noche desde los vidrios y espejos de nuestras casas. Fantasmas, delirios que, con desplazamientos, podrían pasar al orden de lo real. ¿Cómo distinguir realidad de imaginación? ¿Cómo distinguir imaginación de delirio?

No es lo mismo tener temor, que estar tomados por el miedo extremo o por el pánico. El temor puede funcionar como una señal de alarma para implementar defensas adecuadas. El miedo exagerado y el pánico, que aparecen especialmente cuando tenemos vivencias de aislamiento, nos conectan con los fantasmas interiores y con peligros externos que los imaginamos terribles, transformando la vulnerabilidad real en indefensión al paralizarnos. Por su parte, los mecanismos de negación respecto de la gravedad de la epidemia, reforzados por campañas mediáticas de crítica de las medidas de cuarentena, y hasta por la circulación de *Whatsapps* anónimos llamando a romperla un día y hora determinados, incrementan la fragilidad.

El sentimiento de pertenencia a un conjunto y la interacción con éste, funcionan como elementos de protección subjetiva. No es lo mismo estar tomados por la angustia de la soledad y por las vivencias de aislamiento, que saber internamente que tenemos otro, otros, con los que compartimos el cuidado. En diferentes situaciones históricas, como en los campos de concentración del nazismo o durante la dictadura en la Argentina, la conciencia y el sentimiento de pertenencia a un grupo, a un colectivo, demostró ser una herramienta fundamental para la preservación psíquica de quienes sufrían graves violaciones a los derechos humanos.

Hemos transcurrido muchas situaciones traumáticas colectivas, cuya expresión paradigmática fue la última

dictadura. Sabemos que afectan al cuerpo social en su conjunto. No pretendemos compararlas. Menos aún en cuanto a los impactos traumáticos. Pero es la primera vez que, sin la mediación de la violencia del Estado, se da la imposibilidad del contacto físico y visual directo. Lo que es seguro es que algo va a cambiar en nosotros. Todos experimentamos algún grado de sufrimiento, que puede llegar a la intensidad de lo traumático y dejar huellas definitivas.

Con la cuarentena están afectadas las interacciones más elementales de la vida cotidiana. Cambian los organizadores básicos del psiquismo al modificarse las variables de tiempo y espacio. Casi parece irónica aquella primera frase de una historia clínica: "orientado en tiempo y espacio". No se diferencian días hábiles de feriados.

La subjetividad reconoce un aspecto privado e íntimo y una dimensión colectiva a la que podemos denominar transubjetividad. Un zócalo básico que nos atraviesa horizontalmente, produce la paradoja de que en el distanciamiento físico, el espacio de lo compartido se amplifique. En las dos variables de la transubjetividad: la estructurante, con función organizadora del psiquismo y la "regresiva", como ciertas emergencias del pánico colectivo.

En nuestra cultura, la proximidad corporal está inscripta como una expresión de afecto. El abrazo, el beso, definen fraternidad. También la mirada y sus matices, y lo gestual son modos de comunicación significativos.

Más aún, como sujetos de vínculo, vivimos el contacto corporal como un aspecto interno de nuestra subjetividad. El distanciamiento, en consecuencia, favorece sentimientos de pérdida, de fractura. En términos imaginarios, la carencia podemos llegar a vivirla como una afectación del esquema corporal. Este distanciamiento físico, con las pérdidas subjetivas que lo acompañan, al mismo tiempo conlleva otro tipo de vincularidades que nos ayudan a compartir y apuntalarnos. Solemos compartir en grupos virtuales vivencias que habitualmente teníamos reservadas para la intimidad. Mantenemos fluido contacto e intercambio con compañeros con los que antes nos unía la cordialidad de la tarea compartida. En las actuales condiciones nos sentimos hermanados. De ahí que sostenemos que el distanciamiento físico no es aislamiento social.

La situación de cuarentena también pone en juego el funcionamiento de los vínculos más cercanos, de las parejas, de las familias, que comparten hábitat. Pueden y aparecen vivencias de atrapamiento. La angustia del encierro se traduce muchas veces en agresiones al interior de los vínculos. La catarsis de hostilidad, lejos de aliviarnos, incrementa las vivencias angustiosas. Transformar la angustia en enojo, en rabia, y descargarla en los otros, nos deja más solos e impotentes. Merecen una mención especial la grave situación de la violencia doméstica y el aumento de los femicidios durante la cuarentena. Las mujeres quedan encerradas con sus victimarios.

Se han realizado acciones colectivas de denuncia como tuitazos a una determinada hora, pero lo más importante es que aquellas se animen a denunciarlos, lo que representa el primer paso para salir de la situación y que el Estado tome medidas de protección. También es frecuente el incremento de los consumos adictivos con las consecuencias personales y vinculares que acarrea.

Producciones de subjetividad: terreno de disputa

Amén de los problemas materiales y sociales generales, en concomitancia con las discusiones acerca de las medidas económicas, hay una fuerte batalla por la incidencia en las producciones de subjetividad, tanto en su aspecto singular como colectivo. Los discursos de cada sector social se proponen generar consensos favorables. Ese consenso es imprescindible como elemento de legitimación.

Lo que suele llamarse “ánimo social” merece atención especial. Basta con analizar algunas experiencias históricas de crisis o de traumatismos sociales para dimensionar su importancia.

Las situaciones críticas y las experiencias colectivas novedosas producen modificaciones en la subjetividad. Tanto en el orden personal, como en el vincular y social, el proceso de subjetivación no es ni lineal ni aconflictivo. Se da al interior de un debate que parte de concepciones e intereses de los distintos grupos sociales. Es absoluta-

mente válida la premisa de que el contexto social es texto mismo de la subjetividad.

El lazo social es condición de posibilidad para la existencia misma del psiquismo y garantía de su continuidad a lo largo del tiempo. Incide como factor interno en la elaboración personal y colectiva de las crisis y situaciones traumáticas de origen social. Es decir, que la subjetividad reconoce un aspecto privado e íntimo y una dimensión colectiva de la que surge el sentimiento de pertenencia que nos apuntala a lo largo de la vida.

Cada período histórico promueve modelos y contenidos específicos, prescripciones y proscripciones, así como determina el carácter de las instituciones que lo sostienen. Pero en cada uno de ellos están en disputa diferentes modelos, ideologías, significaciones y sentidos, aunque obviamente, los hegemónicos tienen tal pregnancia que quedan inscriptos en la memoria colectiva e histórica y marcan lo que denominamos subjetividad de época.

En las últimas décadas la cultura de la posmodernidad, correlativa al llamado neoliberalismo, con el endiosamiento del individualismo —del *sálvese quien pueda*, el consumismo como valor simbólico e ideal casi excluyente, junto con la banalización del sentido de la vida, la inmediatez; todos ellos rasgos apoyados en la falta de perspectivas de futuro—, parecía haberse instalado como modelo y referente ampliamente hegemónico. En estos días, la realidad del consumismo, sobre todo de un sec-

tor que lo podía sostener materialmente, se derrumba forzosamente como un castillo de naipes y los enunciados ideológicos que lo sostenían acompañan esa caída. Algunos hasta predicen que ya no volverán.

Los avances tecnológicos actuales se inscriben en el mundo material y social y, a su vez, contribuyen a generar ciertas producciones de subjetividad. Los cambios en la velocidad de las comunicaciones han modificado las variables témporo-espaciales, que son también organizadoras de la vida social. La irrupción del coronavirus y las cuarentenas han potenciado exponencialmente estos cambios y han producido modificaciones tan violentas y abruptas en los parámetros habituales de vida que, todo hace suponer que habrá profundos cambios en la subjetividad.

La “peste” del coronavirus ha puesto en cuestión certezas, ilusiones, “verdades”, fantasías omnipotentes; en fin, nuestros modos de sentir y pensar. Y en esa huella abierta por la falta de parámetros, de paradigmas organizadores, se da esta verdadera batalla por la producción de subjetividades.

Los discursos y representaciones sociales que irrumpen no son homogéneos, dado que existen formulaciones producidas desde el poder y desde el orden instituido, también con rasgos diferenciales entre sí, y diversas otras de carácter contrahegemónico, construidas en el marco de distintas prácticas sociales.

En medio del diluvio, los sectores del poder pugnan por sostener un tipo de sujetos adecuados para garanti-

zar su persistencia. Dicho de otra manera, el orden social dominante persiste en sostener en correlato, no lineal, los modos de subjetividad instituida. Esto está en el centro de los mecanismos de control social. Entendiendo por control social al conjunto de prácticas, actitudes, hábitos y valores que impone el poder y que tienen que asumir los miembros de un conjunto, independientemente de la conciencia que tengan de ello, para que se pueda mantener el orden instituido. Los mecanismos de control social se apoyan en el poder de la fuerza, que si bien los sostiene, no se hace evidente. Siendo producto de discursos intencionalmente elaborados, las conductas que determinan, aparecen como espontáneas, lógicas y naturales. El llamado sentido común también se inscribe en ellos, y ancla en los prejuicios y en los aspectos más conservadores de la tradición. Esta problemática está íntimamente vinculada a los procesos de alienación social.

La disputa por incidir en la subjetividad se agudiza día a día. Cada sector social construye discursos a partir de sus propias necesidades, diagnostican la situación y proponen salidas. Lejos de reducir las diferencias la crisis del coronavirus pone más en evidencia esta disputa. Por un lado, aquellos que pretenden naturalizar aún más la desigualdad y la opresión y reforzar los mecanismos de control social, y, por otro, los que intentan recuperar el protagonismo social y su potencia emancipatoria en tanto acción colectiva. Los grises también están presentes.

Para pensar las políticas públicas vale la pena considerar la importancia que adquieren los discursos dominantes y la utilización de los llamados medios de comunicación de masas. La supuesta labor informativa no es neutral. Los medios son empresas que constituyen verdaderas máquinas productoras de subjetividad y alienación. Su preocupación principal: que no se afecten los intereses que representan. Dos elementos sirven de ejemplo: Después del primer período de la cuarentena se comenzó a cuestionar su continuidad alegando razones económicas. Se llegó a decir que el gobierno encuentra comodidad en el mantenimiento de esta medida. Obviamente la afectación de la economía es un tema que con el tiempo se torna más gravoso. Pero se utiliza ese argumento para contraponer falsamente la emergencia sanitaria con la económica. Existe, efectivamente, una contradicción. Pero a la hora de hablar de economía, la preocupación son los bonistas, los bancos, la posibilidad de impuestos que afecten un milímetro sus intereses.

Otro ejemplo es lo ocurrido con la liberación de detenidos, que lleva semanas de “debates” en los medios y que tuvo incidencia fundamental en la aparición de cacerolazos. No nos detenemos en el análisis exhaustivo del tema, pero lo que queremos señalar es la manipulación que se pretende utilizar a partir de él, para crear un clima que debilite al gobierno por sus aciertos y no por sus errores.

La protección de la población carcelaria excede a los propios presos, que por otra parte merecen ser respec-

dos en sus derechos. El cuidado ayuda a prevenir lo que puede llegar a ser un contagio extensivo en todo el colectivo carcelario y generar un colapso en el sistema de salud nacional. Mostrando casos aislados de liberaciones de violadores, femicidas o genocidas, que por supuesto tienen que permanecer en las cárceles, alimentan la contradicción existente en la sociedad sobre el nivel de injusticia e impunidad en Argentina.

Estos ejemplos evidencian algunas de las maniobras discursivas de la derecha, que mantiene resortes de poder fundamentales en nuestro país. Pero también la imprevisibilidad de la pandemia, esa crisis de organizadores, abre la posibilidad de irrupción de lo novedoso y su incidencia material y simbólica en la batalla por las producciones de subjetividad. Del individualismo y la violencia sin sentido que se imponían cotidianamente en la escena social, nos encontramos hoy con múltiples y conmovedoras experiencias solidarias. Entendiendo la solidaridad como aquello que hacemos, no por otros, sino con otros, para resolver un problema común. La forma verdaderamente eficaz de lograr la preservación personal es que todo el grupo social, colectiva y conscientemente, tome medidas de prevención. La preservación individual es simplemente ilusoria.

Las condiciones de la pandemia desenmascaran simultáneamente los aspectos más progresivos y los más regresivos de los colectivos humanos. Así como se dan prácti-

cas colectivas solidarias en sus más diversas expresiones, aparecen agresiones a personal de salud, considerado como peligroso o se puede ubicar a otro como sospechoso.

Por eso plantear la lucha contra la epidemia en términos de conjunto no es mera especulación voluntarista. Implica la construcción de significaciones y sentidos, un marco continente y una práctica común que nos ayudan a afrontar la emergencia desde el punto de vista social y personal. Las prácticas solidarias constituyen, como ya habíamos planteado, mecanismos protectores que refuerzan el lazo social, y ayudan a preservar el psiquismo y la autoestima, como parte de la identidad personal. En la práctica social se genera un nosotros identificador y se construyen discursos y representaciones que permiten pasar de la indefensión de la soledad a la potencia de la acción compartida, al reapuntamiento múltiple y en red.

Las políticas de Estado tienen que tener en cuenta, más aún participar, de esta disputa por la subjetividad. Se trata de marcar una direccionalidad que dispute con los discursos dominantes, con el concurso, el aporte de todos los actores sociales del campo popular. Pero también se trata de articular y respetar, más aún, estimular las prácticas sociales contrahegemónicas en tanto prácticas del conjunto. Prácticas que no representen, sino que nos hagan actores protagónicos de las mismas. Esas experiencias pueden resultar en aprendizajes.

Se discute cómo saldremos de esta crisis. Evidentemente no habrá algo unívoco en esto. Nada está predicho. El camino está abierto y las salidas son impredecibles. Pero el modo de transitar la pandemia probablemente incida en los caminos de elaboración que podamos construir.

Si se avanza con medidas que favorezcan al conjunto, es necesario también construir colectivamente nuevos significados y sentidos para el futuro, con espíritu instituyente. Ese es uno de los desafíos para ganar la gran batalla material, social y simbólica que significa salir de este cataclismo en dirección a construir la Argentina que nuestro pueblo necesita.

[VOLVER
AL MENÚ](#)

VENTRILOQUIA
MÉDIUMS, USUARIOS Y ALGORITMOS

Daniel Badenes (Quilmes, 1982) es docente, editor y periodista. Se desempeña como profesor-investigador en la Universidad Nacional de Quilmes, donde dirigió la carrera de Comunicación entre 2012 y 2016. También es editor de *La Pulseada* e integrante de la radio comunitaria Futura. Autor y compilador de varios libros, como *Editar sin patrón* (2017) y *Estado de feria permanente* (2019). Durante el aislamiento por el coronavirus terminó su tesis doctoral, *Mapas para una historia intelectual de la comunicación popular*, madurada durante varios años.

Comunicación, pandemia y nuevo orden

Daniel Badenes

Por el buen hábito de jugar con las palabras y los sentidos, en estos días se hizo común el uso del número 40, aunque las *cuarentenas* ya no tienen una cantidad de días prefijada como aquellas utilizadas para detener la peste negra hace siete siglos. Justo 40 —años, no días— son los que se cumplen de la presentación ante la UNESCO del informe final de la Comisión Internacional sobre Problemas de Comunicación, que se hizo conocida como la “Comisión MacBride”. Sean MacBride era un activista de los derechos humanos irlandés y encabezó el grupo de dieciséis especialistas que trabajó entre 1977 y 1980: en un mundo bipolar, tenía el curioso mérito de haber obtenido tanto el Premio Nobel como el Premio Lenin de la Paz. Aquella Comisión tuvo la ambiciosa tarea de estudiar *todos* los problemas de comunicación contemporáneos y proponer soluciones, encomendada en 1976 por la Conferencia General del organismo de Naciones Unidas dedicado a los asuntos educativos y culturales. Durante la década de 1970, la UNESCO fue

el escenario donde se dieron fuertes debates sobre los desequilibrios mundiales en materia informativa, cuyos planteos iniciales realizó el gobierno chileno de la Unidad Popular en el marco del Pacto Andino y que tomaron fuerza a partir de la Cumbre del Movimiento de los Países No Alineados desarrollada en Argelia en 1973. Como correlato del “Nuevo Orden Económico Internacional” que los países tercermundistas reclamaban en la ONU, comenzó a hablarse también de un “Nuevo Orden Internacional de la Información”, superador de aquellas asimetrías.

Mientras la pregunta por el después de la pandemia ha llevado a muchxs de hablar de un “Nuevo Orden Mundial”, no es mala idea volver sobre aquel informe entregado el 12 de mayo de 1980. Claro que hoy la problemática no es la trama colonial de los cables telegráficos y telefónicos submarinos, pero sí las redes de fibra óptica, los *back bones* continentales y los satélites por los que estos días ha transitado casi cada momento de nuestras vidas excepto, creo, el sueño.

Además, aunque se lo recuerda —con razón— como parte del debate impulsado por los No Alineados, las 508 páginas (en su edición en español) del Informe MacBride no se acotaban al problema del flujo desequilibrado de la información y a las disparidades infraestructurales entre los países, sino que hablaban también de la comunicación interpersonal, las políticas lingüísticas, las regulaciones nacionales sobre los medios, su potencial educativo, su

rol en relación a la promoción de los derechos humanos y la paz, las responsabilidades y derechos de los periodistas, la formación y la investigación en comunicación, entre otros temas. Incluso se ocupaban de ciertas iniciativas que buscaban “combatir el monopolio de los sistemas de comunicación verticales y centralizados”: la *contrainformación* vinculada a la acción política radical, la *comunicación comunitaria* por entonces asociada a la experiencia canadiense y la creación de redes de comunicación propias de los sindicatos y otras organizaciones sociales.

Se trataba, claro, de un “documento negociado” (así lo caracterizaron los dos integrantes latinoamericanos de la Comisión, Gabriel García Márquez y Juan Somavía), producto de una búsqueda de consensos difíciles de lograr (y en algunos casos nunca logrados), lo que explica su eclecticismo teórico y la vaguedad de ciertas definiciones. Su valor no fue académico sino político. Todavía hoy podemos discutir en qué medida el debate de la UNESCO domesticó a las iniciativas más transformadoras; lo indudable es que el Informe MacBride constituyó el hito internacional más importante en cuanto al reconocimiento de las desigualdades en las infraestructuras de comunicación, apuntó los desafíos de la convergencia tecnológica (en esa época llamada con un término de ascendencia francesa: “telemática”) y alertó sobre la concentración horizontal y vertical de la propiedad y la transnacionalización del sector. Tan irrefutable como las tensiones que su elaboración dejó al interior del UNESCO,

y que llevaron a que entre fines de 1984 y principios de 1985 Estados Unidos y el Reino Unido —en tiempos de Reagan y Thatcher— se retiraran del organismo, recortando notablemente su financiamiento. Algo similar a la amenaza de Donald Trump que pesa hoy sobre la Organización Mundial de la Salud (OMS).

Lo que siguió fue el fracaso de la Comisión MacBride en la medida que la UNESCO y sus Estados miembro, presionados por los sectores empresarios, hicieron poco y nada de lo que sugería el Informe, o al menos en sus aspectos más democratizantes. Desde los ochenta, además, la estrategia de las principales potencias fue desviar los temas comunicacionales al ámbito de la Unión Internacional de Telecomunicaciones y luego incluso a la Organización Mundial del Comercio. Muchos de los debates sobre las políticas de comunicación que hemos tenido en los últimos años se sintetizan en la puja de dos bibliotecas: podés pensar con la óptica de la UNESCO, que promueve el pluralismo, o con la de la OMC, para la cual los medios son un negocio más. En días de hiperconexión provocados por la cuarentena global, no está mal volver sobre esa disyuntiva.

Hace 40 años, el Informe Mac Bride —otro que no tendrá festejo de cumpleaños por la pandemia— ponía en cuestión que la información y el entretenimiento fueran

tratadas como mercancías: “La información es un bien inmaterial y un servicio de gran valor, que procede evaluar en términos sociales y culturales más que económicos. Hay que considerarlas como ‘bienes tutelares’ (esta expresión se aplica a los bienes —por ejemplo, la educación y los servicios sanitarios— que tienen tanta importancia para la sociedad y que su suministro no debe depender únicamente de las fuerzas del mercado)”. Las conclusiones de la Comisión Internacional insistían en que “la comunicación es tanto un derecho fundamental del individuo como un derecho colectivo, que procede garantizar a todas las comunidades y todas las naciones”; por lo tanto, ya no puede ser considerada “como un servicio accidental, cuyo desarrollo quede al azar”. Por eso sugerían priorizar la “comunicación con fines de enseñanza e información”, reducir el impacto de la publicidad en el sistema de medios, establecer medidas jurídicas eficaces para limitar la concentración y la monopolización, y buscar un reparto más equitativo del espectro electromagnético y la órbita geostacionaria. ¿Cuál de esas recomendaciones ha perdido vigencia?

Por supuesto, la Comisión encabezada por Sean MacBride no se refirió a internet ni a las pandemias. El desafío es nuestro. El “accidente normal”¹ que hoy nos aqueja nos plantea algunas evidencias:

[1] Ver: <http://revistaanfibia.com/ensayo/la-pandemia-accidente-normal/>

1. *Una estructura mundial de comunicaciones más desigual y más concentrada.* Internet —a la que el escritor y activista canadiense Cory Doctorow caracterizó como “el sistema nervioso del siglo XXI”— no está siendo ni horizontal ni abierta como alguna vez se la imaginó. El poder se reparte entre un puñado de proveedores de tránsito (hay solo 15 redes de Nivel 1, en su mayoría norteamericanas) y un grupo cada vez más poderoso de proveedores de contenidos, encabezado por Google y Facebook, que concentran la mayor parte del tráfico de datos de la red. En el título anterior de ASPO, *La Fiebre*, Silvia Ribeiro incluyó a estas megaempresas entre los ganadores por la pandemia, junto a las farmacéuticas y las productoras de insumos para la protección sanitaria.

Frente a ellas es difícil pensar alternativas. Ya no se trata del periódico o la radio popular que dispute la hegemonía a medios análogos. Entre los dueños de la internet actual no hay comunitarios: nuestras intervenciones son tácticas, siempre en el terreno del otro. Es imposible enfrentar esos poderes sin el Estado, y bastante difícil hacerlo con los Estados que hoy conocemos. ¡Mirá si no tiene vigencia la necesidad de un *nuevo orden*!

2. *La profundización de un modelo de negocios basado en la llamada “minería de datos”.* En el fondo, es una derivación de la opción liberal norteamericana que promovió un sistema mediático sustentado a partir de la publicidad y no a

través de los ingresos fiscales. Solo que la publicidad actual, sutil y efectiva, se basa en la recolección permanente de datos sobre nuestras vidas. La metáfora que nombra este proceso es útil para señalar su carácter extractivo y el exponencial enriquecimiento de sus beneficiarios. Pero a diferencia de la minería tradicional, que extrae de forma irreversible, aquí la materia prima no se agota sino que se expande cada día. Es difícil cuantificar cuántos datos nuevos entregamos a quién sabe qué empresa en dos meses de pandemia mientras digitalizamos compras, conversaciones e imágenes cotidianas.

En 2015 Natalia Suazo estimaba que “si quisiéramos leer los términos y condiciones de los sitios que usamos en un año tendríamos que dedicar entre 181 y 304 horas”.² Es posible que leer las que aceptamos las últimas semanas nos hubiera llevado la mitad de la cuarentena. Hay un dicho popular: “Lo barato sale caro”. Lo gratuito, más todavía.

3. La emergencia de una nueva forma de desinformación: la que se produce por exceso de información. Para Michael Bhaskar, esa sobreabundancia contemporánea es la que valoriza la tarea de editorxs y curadorxs: son quienes ayudan a superar la saturación.³ Hete ahí un mérito de ASPO y su *Sopa de Wuhan*: la propuesta de un itinerario de lecturas posible.

[2] Suazo, Natalia. *Guerras de internet. Un viaje al centro de la red para entender cómo afecta tu vida*. Debate, Buenos Aires, 2015.

[3] Bhaskar, Michael. *Curaduría. El poder de la selección en un mundo de*

En estos días aprendimos una nueva palabra: infodemia (*infodemic*). Aunque originalmente refería al exceso de informaciones —que ya era un problema—, ahora se utiliza especialmente para nombrar aquellas que son falsas y maliciosas (*false news* y *fake news*) y logran una circulación *viral*. Como señaló Ignacio Ramonet en un completo análisis sobre el impacto de la pandemia, “el miedo a la COVID-19 así como el deseo de sobreinformarse y el ansia de entender todo lo relacionado con la plaga han creado las condiciones para una tormenta perfecta de noticias tóxicas”.⁴ Por supuesto, la información maliciosa preexiste al coronavirus y es parte de la escena política contemporánea, al punto que algunos partidos políticos —como el macrismo en Argentina— tienen más *trolls* que militantes.

Frente a las *fake*, y ahora la infodemia, han surgido muchas plataformas de chequeo (algunas con intereses solapados), en buena medida desconocidas para lxs reenviadorxs compulsivxs que habitan los grupos de WhatsApp. Ante el ineficaz ejercicio de desmentirlas una vez viralizadas, se hace necesario llevar la formación crítica más allá de nuestros círculos. Sería —para seguir la metáfora— como vacunar contra la desinformación. En los 70, los mismos que promovían formas de comunicación alternativa o popular (experiencias donde no hubiera “emiso-

excesos. Fondo de Cultura Económica (Colección Comunicación), México, 2017

[4] Ver: <https://www.eldiplo.org/wp-content/uploads/2020/04/Ramonet-pandemia-sistema-mundo.pdf>

res” y “receptores”, sino interlocutores en pie de igualdad), propiciaban también la recepción crítica. Basta volver sobre los trabajos de Mario Kaplún, Daniel Prieto Castillo o Fernando Reyes Matta para encontrar referencias explícitas a esa tarea impulsada junto a organizaciones de base. Es tiempo de volver sobre esas ideas, adaptadas a la época: ¿por qué no pensar talleres populares que generen ofrezcan herramientas contra las *fake news*?

Tampoco hay que olvidar que infodemia pueden ser también algunas noticias sueltas cuando son repetidas, descontextualizadas, manipuladas. Las cadenas comerciales que transmiten 24 horas de *primicias* son proclives a eso: hemos visto fallecidos que mueren en *loop*, una y otra vez (por no mencionar las tergiversaciones en torno a las medidas tomadas frente a la bomba de tiempo que es el hacinamiento en las cárceles). Y muchos periodistas han creído que contabilizar contagios/muertes de aquí y allá, señalar famosxs que violan la cuarentena, utilizar metáforas bélicas (¡no es una guerra!) y mostrar un portón verde a la espera de anuncios oficiales es *informar* sobre lo que pasa.

4. *La expansión de formas de censura privada*, a veces con la excusa de la prevención de las *fake news*. En 1980 el Informe MacBride ya advertía que “no todos los obstáculos que coartan la libre circulación de las noticias se deben a las autoridades públicas” sino que “pueden surgir en sector en las cuales haya monopolios privados, una concen-

tración del control de los medios de comunicación social y conglomerados de empresas”. Lo que no llegó a conocer la Comisión es cómo la censura privada se volvió, además, automática. Durante la pandemia, las empresas de redes sociales licenciaron a sus empleados dedicados al control de contenidos, delegando la tarea en *bots*. Un algoritmo pasó a decidir sobre la moralidad o la veracidad de las publicaciones, lo que llevó a la restricción indebida de contenidos, inclusive de medios periodísticos. Las formas de regular estas plataformas pueden debatirse —es el tema de hoy y de los próximos años—, pero la experiencia del COVID-19 ya no deja dudas: nadie discute hoy que lo que pasa en esas redes constituye un nuevo *espacio público*, y que el respeto a los derechos humanos, entre ellos la libertad de expresión, no debe serle ajeno.

Entonces, la pregunta del editor: ¿qué medidas pueden tomar los Estados? Lo primero sería reconocer que, como dijo alguna vez Eva Perón, donde hay una necesidad nace un derecho. La cuarentena, pues, parió un derecho cuando, de un día para el otro, resultó que todos debían tener conectividad y una buena computadora en la casa. Para trabajar, para estudiar, para encontrarse con la familia. Hasta las relaciones sexuales tienden a digitalizarse, según recomiendan médicos en la tele. La vida se convirtió

en una videoconferencia.⁵ Con las medidas de aislamiento, el tráfico IP se incrementó cerca del 60% en los países más desarrollados y un 25% en Argentina (donde la base del incremento estuvo en las videollamadas, que aumentaron un 1500%). Dependientes de las redes, internet se volvió definitivamente un servicio esencial. Una necesidad. Es decir, un derecho.

En Argentina, el DNU 311/2020 dispuso por 180 días la prohibición del corte de servicios por mora o falta de pago de hasta tres facturas: entre ellos incluyó no solo el gas, la electricidad y el agua, sino también la telefonía (fija y móvil) y la televisión (por cable o satelital), a los que considera "centrales para el desarrollo de la vida diaria" y los enmarca, en línea con el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, como parte del compromiso constitucional de garantizar "una vivienda digna". Decisiones similares se tomaron en Colombia, Ecuador, Perú y Brasil. Desde ya, son medidas de plazo limitado y que nada dicen respecto de quienes no tienen deudas porque ni siquiera tenían acceso al servicio (y muchos menos de quienes no tienen techo). Pero hay un principio de reconocimiento: internet es, hoy, un servicio esencial. La estricta regulación tarifaria, la existencia de abonos sociales y la prestación pública que

[5] En un meme que circuló los primeros días, Fred Jones (personaje de Scooby-Doo) está a punto de descubrir a un enmascarado: *¿quién estará detrás de la máscara del COVID-19?* Cuando lo destapa, aparece el logotipo de la plataforma Zoom, que pasó de 10 millones de usuarios en 2019 a más de 200 millones a fines de marzo.

universalice el servicio ya no pueden estar fuera de la agenda de la política. Aunque por el momento, en esta coyuntura, la digitalización de la educación y otras prácticas hizo más desiguales a sociedades que ya eran desiguales.⁶

Una primera política sería asegurar a todxs el acceso a internet. Y es probable que ni los Estados ni las corporaciones se opongan ya a esta meta: en algún punto, sus lógicas de gobierno y de rentabilidad van camino a convertir a la red más que en un derecho, ¡en un deber! (...si no te conectás, sos sospechosx). Pensar un orden más justo no es postular el derecho a internet, sino más bien preguntarse a qué internet tenemos derecho.

Por ejemplo, a una internet sin censuras. Y al decir *censura* debemos nombrar no solo al contenido “bajado” de la red, sino también al encorsetamiento de los algoritmos que nos muestran lo que ya sabemos, lo que queremos ver, lo que dicen nuestros pares (Aunque no lo hayamos pedido ni pensado, el espacio público que hoy construye Facebook no se asemeja a una ciudad sino más bien a un country). Si la diversidad y el pluralismo son los principios rectores de un orden deseado, esa compartimentación de nuestra experiencia virtual, que es una forma de in-comunicación, es uno de los mayores problemas de nuestro tiempo.

[6] En América Latina y el Caribe, según el Índice CAF de Desarrollo del Ecosistema Digital, solo el 54,4% de la población accede a Internet de manera regular (ver: <https://www.caf.com/app/tic/#es/home>). En otras palabras: 4 de cada 10 difícilmente tomen clases por Zoom o lean este texto.

¿Cómo regular esas construcciones invisibles, sino con más institucionalidad pública, nacional e internacional? Lejos de desarmar los andamiajes internacionales, es el momento de fortalecerlos. La acción coordinada de los Estados es la única que podría legislar por sobre las “leyes” que rigen de facto el ciberespacio, que es público pero lo regulan las grandes empresas a través de términos y condiciones, algoritmos y cookies.

Y a la hora de pensar nuevas reglas puede ser útil, otra vez, recuperar algunos debates y convicciones de larga data, como las “cuotas de pantalla” que hace décadas protegen la producción local y por ende el pluralismo en el sector audiovisual, o los principios que garantizan el derecho a la privacidad.

Traigo a colación las “cuotas” en relación a un asunto que ya estaba en agenda pero cobró fuerza con estas semanas de encierro, cuando las salas dejaron de vender entradas y plataformas como *Netflix* se convirtieron en nuestro único cine: la necesidad de regular los servicios OTT (*over-the-top*, de libre transmisión) audiovisuales. Además de hacer que paguen impuestos que podrían fomentar al sector audiovisual⁷ —como el 10% de las taquillas o el tributo que solían pagar los videoclubes—, no

[7] Ver: <https://www.eldestapeweb.com/cultura/el-destape-radio/estudian-aplicar-un-nuevo-impuesto-a-las-series-de-netflix-para-financiar-el-cine-argentino-202042810180>

estaría mal imaginar reglas que garanticen un mínimo de producción local como condición para operar en un país.

La protección de datos personales es un asunto aún más espinoso. Porque si hay una herencia que dejará la “batalla” contra el COVID-19 —“la primera enfermedad global contra la que se lucha digitalmente”, como la definió Ramonet— es una expansión de la cibervigilancia de la que no reniegan empresas ni gobiernos, y ni siquiera patean muchos grupos de una sociedad civil colonizada por la máquina de la inseguridad. Teléfonos que alertan si violamos la zona de cuarentena y personas identificadas por colores según su potencial de contagio: a menos de diez años de su estreno, varias distopías de *Black Mirror* se quedaron cortas.

El elogio a las medidas de Corea del Sur, China, Singapur y Taiwán es el elogio a la prevención sobre la base del Big Data, que el día de mañana (o el de hoy) puede convertirse en la represión sobre la base del Big Data. ¿Quién defina los límites entre cuidado y vigilancia? Otrora Richard Sennett caracterizaba a la ciudad como “un asentamiento humano en el que los extraños tienen probabilidades de conocerse”. ¿Será posible pensar un futuro donde el espacio público se defina por la posibilidad del anonimato?

Y ojo: no se trata de impugnar la presencia del Estado sino de preguntarnos la forma que queremos que asuma. Es decir, de moldear el rumbo de lo que quizá sea el legado más positivo de esta pandemia: el retorno de lo pú-

blico. Porque la evidencia de la muerte multiplicada allí donde los programas neoliberales habían desguazado los sistemas de salud, volvió sentido común —quién sabe por cuánto tiempo, pero enhorabuena— que los derechos no se dejan en manos de empresas privadas.

Estaría bien —propongo, para salir de la cuarentena del pensamiento—⁸ aplicar esa misma certeza al ámbito de la comunicación. Hace 40 años, en uno de los capítulos más vitales del Informe MacBride, dedicado a la *Democratización de la comunicación*, se mencionaban las ideas que conducían “al reconocimiento de nuevos derechos humanos”, entre ellos el derecho a la comunicación. Entonces: si la principal infraestructura de la salud es pública, porque la salud es un derecho; si el gobierno de los procesos educativos es público, por la educación es un derecho, ¿por qué, en materia de comunicación, dejamos un derecho humano en manos de empresas con fines de lucro?

[8] En *La cruel pedagogía del virus* (CLACSO), otro libro de urgencia publicado para pensar la pandemia, Boaventura de Sousa Santos dice estamos atravesando una cuarentena dentro de una cuarentena. Las medidas de aislamiento llegaron cuando ya vivíamos atrapados en otros límites, no tan visibles: los que obstruyeron, en las últimas décadas, la imposibilidad de pensar alternativas emancipatorias.

[VOLVER
AL MENÚ](#)

Francisco Sierra Caballero. Catedrático de Teoría de la Comunicación de la Universidad de Sevilla. Director de la Sección de Comunicación y Cultura de la Fundación de Investigaciones Marxistas, en la actualidad, preside la Unión Latina de Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura (ULEPICC) y es miembro activo de la RED TRANSFORM de la UE, y de la Asociación Española de Investigación en Comunicación (AE-IC). Autor, entre otras obras, de Comunicación e Insurgencia (Hiru, Donostia, 1997) y Políticas de Comunicación y Educación. Crítica y Desarrollo de la Sociedad del Conocimiento (Gedisa, Barcelona, 2006) dirige el Grupo Interdisciplinario de Investigación en Comunicación, Política y Cambio Social (COMPOLITICAS) y forma parte del Instituto Andaluz de Investigación en Comunicación y Cultura (INACOM). Ver: www.franciscosierracaballero.net

Políticas de comunicación y dominio público Alternativas para el buen vivir

Francisco Sierra Caballero

Introducción

Los tiempos de la pandemia son propios de la cultura del avatar y de la distancia, que no, con permiso de Brecht, del necesario distanciamiento preciso para la crítica social. Pues esta es una era de la segregación y el aislamiento, difícil de confrontar para los que siempre nos declaramos enemigos de Robinson Crusoe. Un tiempo, en fin, en el que el teletrabajo nos impide pensar en la riqueza y el interés general tanto como en los productos tóxicos que nos circundan desde Wall Street. Pero no viene al caso cuestionar aquí el confinamiento y su universo semántico, sino más bien pensar el sentido del momento histórico que vivimos en el que se trata de afirmar la negación del antagonismo. El Gran Hermano tecnovisual, advierte Franco “Bifo” Berardi, es la máquina de ver de lejos que aproxima el orden y captura todo fenómeno y acontecimiento en la rejilla de

programación en forma de escaleta. La proliferación de pantallas ubicuas no cambia sustancialmente esta función performativa de vigilia y castigo. La hipótesis de William Gibson sobre el ciberespacio pone en evidencia que, en nuestra era, se intensifica la relación mente-cuerpo en el mundo de imágenes que se multiplican con la iconofagia y que colonizan nuestra sensibilidad. Nuestra experiencia y sentimiento del mundo como posibilidad ha de inspirarse en este sentido más allá del espectáculo del apocalipsis que han programado en las pantallas, si ha de cultivarse el principio esperanza.¹ Por ello en la guerra bacteriológica actual bien deberíamos pensar en el dominio del avatar: el reino de la vicisitud contrario al desarrollo y la buena marcha del mundo y, al tiempo, el universo de la identidad virtual proyectada como una sofisticada y masoquista cultura del juego de dominio impuesto en forma de una suerte de semiesclavitud posmoderna.

La telestesia es, bien lo sabemos, del orden y reino de la apariencia, del tiempo sin reflexión, de una vida permanentemente pospuesta a la incandescencia, antaño de las 625 líneas, hoy de las 1250 o de la realidad virtual, vida mixtificada en forma de plasma. El aislamiento físico y simbólico de este capitalismo tóxico se conforma así como experiencia dominante de la guerra a distancia, de la necropolítica que reproduce lo visto, en virtud del principio

[1] Ver Bloch, Ernst (2007). *El principio esperanza* (Tomo I). Madrid: Editorial Trotta.

de quien se mueve no sale en pantalla. En este escenario, la televisión y nuestros dispositivos móviles configuran una vida cotidiana regida por la ley de hierro del efecto burbuja. La paradoja es que mientras los medios mainstream nos inducen el sentimiento de pánico moral, la gente que conversa en *Youtube*, más que buscar *influencers* y *followers*, experimenta el vermut digital, así como formas creativas de sentir frente a la anestesia de la telestesia. En suma, si la esencia de este orden es abolir las contradicciones de la vida en estado puro de ebullición, parece que la crisis está siendo una oportunidad para pensar-nos y trascender ciertas mediatizaciones, las propias de un orden que reina por separación del flujo, del tiempo y del espacio y de la apariencia respecto de la esencia al dominar una lógica vectorial en la que informar es dividir, frente al comunicar como materialismo del encuentro. Por ello la lógica del don no es propia de las redes sino de los enredos de toda comunidad, con sus fiestas y rituales. La información compartida se define por principio por ser relación liberada de la forma mercancía pero, en la era mediática, la lucha por la liberación del código es cuando menos lenta desde la invención de la imprenta hasta nuestros días. Rige aún, y por un tiempo más, una política de sustitución del objeto de deseo por la imagen: la reificación del sujeto devaluado en su soberanía como actor creativo. Pero, como decimos, es cuestión de tiempo.

El plasma no todo lo resiste. Venceremos y saldremos a las alamedas a celebrar. En común. Pero ello exige más política y una mayor capacidad crítica de transformación del sistema informativo. En las siguientes páginas se aborda una propuesta exploratoria para la discusión empezando por el diagnóstico, a partir de algunas experiencias prácticas, y ejes nucleares a abordar en la era digital de confinamiento y clausura de las infinitas otras formas de vivir.

Crisis de mediación y emergencias

Ahora que vuelven los espectros y un fantasma recorre de nuevo Europa, coronavirus mediante, hay que aclarar, ya que todo parece un juego o película distópica, que al capital especulativo más que el fantasma del comunismo le preocupa la actividad de los roedores marxistas. Así nos denominaba hace algunos años la patronal de la publicidad con motivo de la regulación de la Directiva Televisión sin Fronteras. Y hoy parece que vuelve a estar de moda en el léxico de algunos actores políticos. Lo que nadie dice, menos aún los medios de referencia dominante, en justa lógica con este discurso, es, si somos roedores, qué son ellos: ¿felinos o quizás halcones o buitres? No es casual, hoy que hemos de impartir docencia en la universidad con una herramienta privativa —*Blackboard*²

[2] Blackboard Inc. es una compañía estadounidense de tecnología educativa con sede en Washington D. C.. Es conocida por su sistema de gestión de

la ausencia de todo enunciado en este sentido. En nuestro espacio público lo que prima siempre es la lógica de la caja negra. Invariablemente, se impone el fetichismo de la mercancía. De hecho la publicidad busca conectar un producto con un público heterogéneo a partir de un deseo o estructura profunda de persuasión y una carencia que, por principio, siempre desconocemos. Esta es la función paradójica de la publicidad: mostrar lo no aparente, ocultando siempre más de lo que dice. Por ello, el lenguaje publicitario es fabulado y fabuloso, exalta la espectacularidad, embruja, hechiza y seduce tanto como silencio. Se trata de un lenguaje poético, lírico, eufemístico, hiperbólico, y hasta eufóricamente exaltado. En los anuncios de un tiempo a esta parte, prima en consecuencia el código humorístico, el lenguaje desenfadado, paradójico y banal. La búsqueda del placer musical de las palabras favorece así una estética de la creación verbal inocua, trivial y hasta chabacana, propia de una cultura ligera y, en lo esencial, paródica, capaz de ironizar y reírse de sí misma al cumplir eficazmente la función que la estructura económica le ha asignado a priori y que nunca nos muestra. De ahí que las continuas referencias de los anuncios al producto y a la competencia, más allá de la compleja trama de diálogos intertextuales que teje en la recepción con la audiencia,

aprendizaje llamado Blackboard Learn. Ofrece servicios de plataformas y consultoría a empresas, manejo de hosting, servicios de entrenamiento de empleados y estudiantes, manejo de la plataforma en línea, etc.

encubran sistemáticamente lo que nunca debemos y se nos deja conocer. En este empeño de la pornografía sentimental que nos invade con anuncios solidarios y bienpensantes, emplazándonos al bien común, las distancias de los actores de la comunicación resultan del todo contradictorias, al primar el discreto encanto de la burguesía y su imaginación absurda de una fantasía onírica de sueños no realizados que incitan a reproducir más de lo mismo: el consumo hasta morir. La autenticidad rara vez forma parte de la retórica aplicada por este tipo de mensajes. Todo es simulacro, en especial si pensamos en el interés público. Toda voluntad de mimesis, de conservación y ayuda a los otros no es más que la proyección positiva del capital para influir en la norma de consumo de masas. Una operación más física que sentimental, pese al referente semántico de la voluntad cooperativa manejado. Así, por ejemplo, el aumento del volumen de sonido, a diferencia de los programas de relleno de la televisión, se programa con el fin de captar el interés y atención de la audiencia, o el uso de colores, formas y movimientos muy llamativos tienen por objeto sorprender visualmente al espectador, algunos de ellos menores de edad. Los mensajes estructuran por otra parte la información para el cambio de actitudes en esta crisis, como en la llamada normalidad, por medio de la imitación de modelos y estilos de vida, de interiorización de creencias y valores, y de sumisión al producto del deseo, con la promesa o beneficio sugerido en la misma comuni-

cación publicitaria como reclamo. A tal fin es recurrente la explotación estética de la moda y la lógica posmoderna de la estética del *revival*, (cualquier tiempo pasado fue mejor) con la intención de lograr la participación activa del espectador en un acto de identificación, que refuerza la pérdida de referencia y la asociación del producto con el recuerdo y los deseos más íntimos del público en forma de juego de palabras, en el que el simple deleite paradójico resulta funcionalmente recurrente en la seducción y retención selectiva de la audiencia. El uso arbitrario de sufijos, construcciones gramaticales y aliteraciones, cacofonías o encabalgamientos de todo tipo, entre otros recursos lingüísticos, sirven de acuerdo a esta lógica como un instrumento o efecto placebo de promoción en demanda de una complicidad e implicación del público, convertido en lector con-vencido y hoy copartícipe, cuando no directamente colaboracionista, de una suerte de fascismo amable que nos repiten a ver si conforme al principio conductista de reforzamiento, asumimos con familiaridad estos valores o ideas fundamentales de la campaña de guerra en la que estamos inmersos.

La industria publicitaria, no hay que olvidarlo, es antes que nada una industria de la persuasión que participa de la concepción de la comunicación como dominio. Todo lo contrario de la Comunicación para el Buen Vivir. Ahora pues, que nos enfrentamos al colapso del sistema, es hora de cuestionar por ello el sentido de la publicidad y la transparencia, una práctica hegemónica que se antoja como mí-

nimo disruptiva, cuando no un oxímoron, otro tropo publicitario no apto para el análisis crítico de la comunicación como bien común. En otras palabras: es tiempo de problematizar el agujero negro del consumo, la reproducción social, en suma. Ello implica disputar el sentido de la vida y de las formas ideológicas cotidianas asociadas a procesos inconscientes como la cultura de *consume hasta morir*.

Como dejó escrito Maurice Dobb, el capitalismo básicamente se caracteriza como sistema de regulación social por favorecer las formas de vida no conscientes. La ley del valor nos sitúa ante un sistema de producción e intercambio que opera sin regulación colectiva y racional. Por ello, pensar la comunicación, en nuestro tiempo, pasa por problematizar el discurso publicitario desde los mundos de vida y la voluntad insumisa de autonomía de la gente común. Y por develar que mientras se desentienden los amos de la información y de la internacional publicitaria, disimulando que lo que piensan es que la ley de la indiferencia, propia del discurso publicitario, nos oculta otra ley, la lección que Felipe González aprendió de Deng Xiaoping. A saber: gato blanco o gato negro, da igual; lo importante es que cace ratones. Por suerte, cabe recordar que ellos, los amos de la internacional publicitaria, tienen también su caja negra, y no saben que los ratones, llámense Pixie o Dixie, aprendieron a sobrevivir a toda amenaza o cercamiento. Al gato Jinks solo le queda pues seguir exclamando ¡malditos roedores! Así es la historia, este es el juego

en el que estamos, se llama lucha de clases, aunque lo disfracen siempre en forma de lucha de frases. Y esta es la base de la emergencia de nuevos procesos y el origen de la crisis de los mediadores de la industria cultural que hemos de pensar y redefinir.

Agenda para la acción

Los tiempos de incertidumbre y bifurcación, como los que se viven con la pandemia, son siempre proclives a todo tipo de proyección imaginaria: desde la distopía al principio esperanza de la transformación del mundo que habitamos. La imaginaria se alimenta para ello de una variada nómina de materiales, empezando por los fragmentos o ruinas de la propia historia. Reordenando por ejemplo mis papeles, durante el confinamiento, para escribir sobre la obra de Sánchez Vázquez, uno descubre joyas documentales, en lo personal y en lo político, que dan que pensar y decir. Una de ellas es una reseña del libro de Achille Occhetto sobre la caída del muro y la deriva consecuente del Partido Comunista Italiano. Tres lecciones para la izquierda de *Un año inolvidable* (Ediciones El País-Aguilar, 1991) se apuntaban en el texto que viene bien rememorar aquí a propósito de la imagen en la política *naïf* en nuestro tiempo. A saber: la necesidad de repensar la izquierda y renovar la teoría y práctica de la política emancipadora; la prioritaria disputa de la hegemonía, la cultura y formas

hibridadas de mediación y, por último, finalmente, la centralidad del pensamiento y la teoría feministas desde el punto de vista de la innovación y las formas de articulación política, que el tiempo ha demostrado insoslayables. Ahora, revisando este fragmento o apunte perdido en los archivos personales, cual arqueólogo de nuestro pasado inmediato, una advertencia me llamó poderosamente la atención dado que, con la debida distancia, resultó entonces premonitoria y hoy, además, cobra plena vigencia. Occhetto señalaba que la nueva etapa y cultura política podría reducirse a una operación de imagen. Y entonces, dejó escrito, nos veremos impulsados casi inevitablemente, también, a causa de los actuales modelos informativos y de la relación entre información y política, hacia una creciente personalización en el plano del liderazgo, dando gran poder al líder frente al decisivo desarrollo colectivo. Más aún, la cultura de la apariencia debida va más allá de las lecciones de Maquiavelo. Hemos sido colonizados durante un siglo por la narrativa hollywoodense de la pantalla total que, hoy con Netflix, carece de consistencia y pareciera, también, carecer de la propia materialidad de la vida real. En la sociedad de consumo del capitalismo tardío, advierte Žižek, se impone el fraude escenificado en el que nuestros vecinos se comportan en la vida real como actores y extras de una superproducción global, cuando no de una puesta en escena obs/cena, participando activamente del espectáculo grotesco. Inmersos como estamos

en la cultura *Instagram*, convendría por lo mismo, si de construir otro horizonte de progreso se trata, alterar esta lógica de la pregnancia de la imagen por una política del acontecimiento más densa, diversa y tramada en común. En esta tarea nos jugamos el futuro, la propia posibilidad de pervivencia de la humanidad, mientras la audiencia permanece atenta a las imágenes que se proyectan equívocamente, superando los records de consumo televisivo de los últimos veinte años. Es hora, en fin, de apagar la tele y prender la imaginación. Y partir de experiencias concretas, como por ejemplo algunas iniciativas de interés del gobierno de coalición en España que, si bien renuncia a procesos de democratización importantes en lo material, proyecta —contrariamente— elementos a tomar en cuenta a modo de agenda para la acción. Permita el lector algunas consideraciones a partir de la experiencia en mi país, sin ánimo de agotar la discusión a este respecto.

El inicio de la nueva legislatura en España inaugura un ciclo político marcado por la conformación del primer gobierno de coalición y la impostergable resolución de déficits históricos de nuestra democracia como la ausencia de una cultura informativa pluralista. Un reto este estratégico, a juzgar por la virulencia de los discursos ultramontanos de la extrema derecha a lo Trump. Aunque considerado habitualmente un problema menor, el futuro del país dependerá en buena medida del alcance de las políticas de comunicación y la capacidad

del gobierno de influir en la consolidación de los valores democráticos de tolerancia, respeto a los principios constitucionales y una comunicación abierta y socialmente responsable. Ello exige, como es lógico, comenzar por la renovación del Consejo de la RTVE,³ siguiendo el modelo de concurso público, y los principios de mérito, paridad y prestigio profesional para la independencia de sus profesionales. En este sentido, la plataforma *Teledetodos*⁴ viene demandando medidas urgentes respecto al modelo de gobernanza, la financiación y el proyecto de desarrollo de la radiotelevisión pública, carente al día de hoy de una dirección legitimada y de un marco estratégico adecuado a los retos del nuevo entorno informativo. Pero de ello apenas se ocupa el acuerdo de coalición progresista. Sí se contemplan, en cambio, medidas fundamentales para el futuro de la industria cultural como la creación de la Oficina Pública de Derechos de Autor que sin duda puede mejorar los ingresos de este sector de la llamada economía creativa en el PIB, garantizando la sostenibilidad y condiciones laborales de los profesionales frente al monopolio de los *GAFAM*.⁵

[3] Radiotelevisión Española.

[4] *Teledetodos* es un Grupo de estudio que agrupa a profesionales, académicos, investigadores y a todos aquellos ciudadanos o colectivos interesados en un auténtico servicio público de comunicación audiovisual y multimedia. Ver: <https://teledetodos.es/>

[5] *GAFAM* es el acrónimo de las marcas Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft.

La apuesta del nuevo ejecutivo por una política activa en torno a la revolución digital contempla además iniciativas importantes como el desarrollo de un plan de infraestructuras para la competitividad, el impulso de la tecnología 5G, y la planeación de proyectos piloto en campos tructores como el turismo o las *Smart Cities*, además de diversas medidas de formación como la Estrategia de Ciudadanía Digital para la participación en el ágora virtual donde se forman las identidades del nuevo sujeto de la llamada pospolítica. Este planteamiento es coherente con la *Carta de Derechos Digitales* que viene impulsando la UE y puede situar a España a la vanguardia del nuevo horizonte tecnológico ante formas emergentes como el *blockchain* o la sociocibernética de nueva generación. La centralidad de esta visión sobre la cuarta revolución industrial plantea incluso un nuevo marco de Estatuto de los Trabajadores que aborde el desafío del capitalismo de plataformas digitales. Entre las medidas de progreso, se contempla el uso del *Big Data* para la automatización de procedimientos administrativos y la fiscalización social con garantías para la población que sufre la precariedad de prestaciones como falsos autónomos. La Administración Pública de la era digital que se esboza en dicha propuesta es un proyecto transversal, que el propio Ministro de Universidades, Manuel Castells, ha descrito, en *La sociedad red*, con magistral erudición y visión prospectiva. Lo inédito es que, por vez primera, un gobierno de España se tome en serio la comunicación y no precisamente en una lectura decimonó-

nica limitada al periodismo. Los retos de la Inteligencia Artificial, la ciberseguridad, la economía circular y los sistemas expertos de minería de datos, la conectividad y el Internet de las Cosas perfilan, en nuestro tiempo, un ecosistema cultural que nos obliga a repensar la comunicación para el progreso, en pleno Siglo XXI, desde nuevas matrices y bases materiales. Y ello presupone un notable incremento de la inversión pública en ciencia y tecnología, como también la consideración de enseñanzas artísticas en la formación superior universitaria, no consideradas tradicionalmente en las políticas de comunicación y cultura, aunque resultan vitales para sectores punta como la industria del videojuego. En un sistema híbrido como el actual es necesario, en suma, revisar principios y marcos normativos convencionales y empezar a problematizar el rol de los medios, verdadero obstáculo para el futuro y la democracia. Y es que la estructura duopólica de información sigue marcando la agenda en nuestro país con la lógica mercantilista de cuanto peor mejor en la cuenta de resultados, vulnerando toda exigencia de calidad y deontología profesional. En otras palabras, el ejecutivo no podrá implementar estas medidas si no empezamos a desbloquear el campo de producción del imaginario que sigue anclado, como dejó escrito Blas Infante, en la lógica política de Cánovas —el Bergamin Pontífice de la caciquería española—, lógica que se realimenta de la destrucción creativa de la chalanería y la especulación bárbara e insultante, en vez de la potencia creadora de la transformación.

Un primer paso, en esta dirección debiera ser la aprobación de una Ley General de Comunicación que modernice nuestro ecosistema mediático, empezando por la transparencia de la publicidad institucional, verdadero fondo de reptiles que hace posible la dinámica heredada del bipartidismo de lo mismo, entre liberales y conservadores. Pero nos tememos que ello resulta, a día de hoy, inviable, entre otras razones porque la caverna mediática es eso: penumbra y oscuridad. Nos queda pues solo seguir insistiendo en la pedagogía democrática de la comunicación: por el bien de España y por el progreso de todos. Esta situación probablemente se pueda observar en otros contextos en los que, en la actual coyuntura, cabe pensar al menos algunas ideas básicas que conviene confrontar desde una perspectiva crítica.

Cinco hipótesis de trabajo

La biopolítica contemporánea del universo *Black Mirror* desplaza el campo de disputa de la hegemonía, concentrando en el ámbito de la mediación social las principales contradicciones y brechas del sistema de reproducción ampliada, siendo la comunicación el eje de transformación y dominio fundamental del capitalismo de plataformas digitales. Ello plantea, inexorablemente, un problema de economía política de la información que exige repensar las condiciones estructurales de libertad y autonomía comunicacional. Cabe, en esta línea, identificar cinco hipótesis de

trabajo con las que repensar, a modo de prospección, las políticas y el dominio público en tiempos de cercamiento y clausura del espacio común que hemos de habitar.

I.- Las condiciones de funcionamiento operativo y organizacional del campo informativo están siendo restringidas por una lógica de captura y virtual monopolio del proceso de mediación social general. Tanto desde el punto de vista de la autonomía de los mediadores como a tenor de los intereses económicos que rigen la producción y estructura de la información, podemos corroborar que las oportunidades y espacios de interlocución de las voces diversas de la sociedad civil se ven restringidas en el acceso y representación del espacio público. La calidad de la oferta contrasta pues con la fortaleza de la infraestructura material disponible en la era internet, imponiéndose la ley inversamente proporcional entre cantidad y calidad, entre contenidos y tecnología por las que imperan las restricciones en términos de diversidad, interés, originalidad, necesidad y proporción del ecosistema mediático.

II.- La configuración del capitalismo de plataformas digitales no es la causa de la desinformación, sino el síntoma. Las llamadas *fake news* no son una manifestación específica de las redes sociales. La historia moderna de la comunicación demuestra que la concen-

tración y uso instrumental de la información ha dado lugar a múltiples formas de manipulación de las masas, siendo, como advirtiera Mattelart, la libertad y la paz mitos constitutivos de la comunicación moderna, la misma que a lo largo del largo Siglo XX ha contribuido a la guerra del Golfo Pérsico, a la invasión de Siria o Afganistán, o recientemente al golpe de Estado de Bolivia y los ataques a Venezuela.

III.- La era digital es propicia al despliegue de la guerra híbrida e irregular. Negar el carácter novedoso de las llamadas *fake news* en la historia moderna de la comunicación no significa que no se reconozca la relevancia de la desinformación en la epidermis social por medio de la proliferación de estos nuevos canales. Sabemos que en países como España cuatro de cada cinco usuarios reciben falsas noticias en sus dispositivos móviles. El 70% de las informaciones manipuladoras llegan por *Whatsapp* al tiempo que redes como *Tik Tok* son espacios colonizados por la extrema derecha y *The Movement* de Steve Bannon para refundar las bases de un nuevo contrato social hobbesiano con la consiguiente proliferación de un discurso de la desconfianza, la exasperación y el antagonismo de un fascismo amable que instala un nuevo sentido común de ideas periclitadas que, al tiempo, ponen en cuestión el periodismo clásico y el papel de los propios mediadores sociales.

IV.- El principal dispositivo de control en la era digital es la explotación del Big Data. El desarrollo de la inteligencia artificial y la cuarta revolución industrial implementan un nuevo extractivismo de nuestra segunda naturaleza orientado a la medición de registros con vistas a tomar medidas de control social sin fiscalización ni control democrático en una suerte de tragedia de los *communes* por la que se observa un desplazamiento del dominio público de la información a manos privadas. En este escenario, cobra vigencia las ideas anticipadas por Dallas Smythe sobre la venta de la audiencia (hoy sus datos) al capital. El problema de la tecnocracia de este modelo de mercantilización es que da lugar a un sistema de videovigilancia total. Podríamos definir, en fin, esta lógica como propia de la cultura Echelon, una red estadounidense de control y espionaje que fue revelada por el Parlamento Europeo, sin consecuencias, pese a que se dedica a espiar a sus adversarios políticos, más allá del llamado telón de acero, interfiriendo las comunicaciones personales, como revelara Snowden, de eurodiputados y empresas electrónicas de capital u origen comunitario como Thompson.

V.- El problema central del dispositivo de dominio de la comunicación en nuestros días se concentra en la economía política del tiempo. No es posible, recordaba Postone, a propósito de Marx, una teoría del valor, ni una crítica de la aliena-

ción, sin pensar el proceso de regulación temporal. Y este, en la era de las redes, está dominado por la lógica productiva de los GAFAM. Nuestra vida cotidiana está invadida por los dispositivos tecnológicos que son la punta de lanza del proceso de captura del trabajo vivo y la subsunción de la sociedad y la cooperación social por la lógica de valorización capitalista. En este contexto, el reto es pasar de la economía política de la información y la lógica extractivista a una ecología de la comunicación de los bienes *communes*. O, en otros términos, la transición del Corporate Network al Social Media.

La nueva economía social de la cultura digital exige una decidida apuesta radical por el cooperativismo y la capacidad creativa de un nuevo sujeto político que demanda, porque en la práctica despliega, una mayor autonomía y, por ende, el control democrático de la red en virtud de criterios de proporcionalidad, protocolos de validación y fiscalización social, garantías para la comunalidad y una institucionalidad abierta y dinámica. En esta línea, el Marco Civil de Internet, aprobado por el gobierno de Dilma Rousseff, apunta nuevas bases para una política democrática de la información en la era digital. A saber:

- a. La organización de la nueva infraestructura material de intercambio y cooperación en red exige garantías para la libertad de expresión, la privacidad y el respeto a los Derechos Humanos.

- b. La gobernanza abierta, multilateral y democrática, con transparencia, de Internet, para impulsar la creatividad colectiva y la participación social, junto a gobiernos y el sector privado frente al modelo privativo que hoy domina Estados Unidos es prioritaria.
- c. La universalidad, inclusión y desarrollo social de la red al servicio de la ciudadanía.
- d. La neutralidad.
- e. Y la diversidad cultural.

La experiencia de Brasil ilustra que es factible regular los principios normativos de organización de la galaxia Internet y que resulta, hoy más que nunca, necesario pensar la comunicación para el buen vivir impulsando diversas estrategias y programas de actuación en este sentido. Por abrir la discusión, principal pretensión de este artículo, señalaríamos a este respecto diez objetivos a modo de conclusión:

1. El diseño de políticas activas de comunicación es un déficit en la mayoría de los Estados que ha de ser priorizado, empezando por la regulación de los bulos y amenazas a la libertad de información de los intereses económicos y políticos antidemocráticos. Ello, como defiende Simona Levi y Xnet, es posible, tanto on line como off line.
2. La naturaleza difusa de las redes descentralizadas de información exige iniciativas comunitarias y de la

sociedad civil como *Maldita Hemeroteca*⁶ para la verificación, contraste y crítica del poder de informar. Los poderes públicos han de amparar y promover propuestas del tipo *Newtral*⁷ para multiplicar las formas de contrahegemonía, equilibrio y fiscalización de los medios convencionales y las estrategias de manipulación proliferantes en las redes sociales.

3. La regeneración democrática requiere políticas de pedagogía de la comunicación. La adquisición de competencias de la multitud inteligente debe garantizarse por medio de programas e iniciativas de formación en el ejercicio de la ciudadanía digital que la mayoría de gobiernos y países tienden a relegar limitando el apoyo a formas y experiencias de enseñanza no formal, cuando más evidente resulta la acción del Estado en materia de educación para la comunicación, incluyendo el aprendizaje de derechos y deberes del nuevo sujeto político de la galaxia Internet.

[6] *Maldita Hemeroteca* es una experiencia perteneciente a Maldita.es, un proyecto de periodismo y comunicación dedicado a constatar la veracidad de información que circula por diferentes redes sociales y medios de comunicación. Ver: <https://maldita.es/>

[7] *Newtral* es una startup de contenido audiovisual fundada en enero de 2018 por la periodista Ana Pastor. Forman parte de esta experiencia periodistas, ingenieros, investigadores, programadores, productores, realizadores, grafistas y documentalistas. Trabajan con datos a los que consideran la base de todo su trabajo, y señalan que su uso y la innovación en el periodismo, son fundamentales en la lucha contra las fake news. Ver: <https://www.newtral.es/>

4. El nuevo ecosistema informativo debe ser reorganizando bajo el impulso de nuevas normativas y regulaciones transparentes, adecuadas a la era del *Big Data*. La emergencia de colectivos de dataactivismo es un síntoma que apunta a la necesaria intervención del Estado en un ámbito monopolizado por las corporaciones tipo *Google*. La prevalencia del principio de tierra de nadie en el ámbito digital amenaza las libertades públicas y vulnera derechos fundamentales para el ejercicio de la democracia, por lo que urge intervenir políticamente en este ámbito en defensa del dominio público de la información.
5. La gobernanza democrática y multilateral de Internet debe, al mismo tiempo, ser complementada por políticas de defensa de la soberanía tecnológica y el desarrollo del conocimiento libre de las tecnologías apropiadas de los pueblos y culturas nacionales.
6. El principio de diversidad apunta, en este sentido, a la necesaria cooperación Sur-Sur⁸ en materia de nuevas tecnologías como ya advirtiera hace décadas el Informe McBride.⁹ En otras palabras, sin cooperación multinivel, polivalente, transversal y recíproca no es posible pensar en la comunicación-mundo como un

[8] *Cooperación Sur-Sur* es un programa de intercambio y cooperación entre estados iberoamericanos. Ver: <https://www.cooperacionsursur.org>

[9] Ver en este mismo volumen "Comunicación, pandemia y nuevo orden", de Daniel Badenes.

espacio abierto de intercambio y proyección de las voces que habitan el sistema global de información, pero en proyectos de integración supranacional como la UE o MERCOSUR, la agenda relativa a estos temas prácticamente brilla por su ausencia.

7. El movimiento alterglobalista y contrario al sistema copyright de la Organización Mundial de Comercio es, en este punto, central para superar las formas de dependencia y control del sistema de videovigilancia global que hace posible el neocolonialismo y las guerras híbridas de este Siglo XXI, pero rara vez forma parte de la agenda institucional en las políticas públicas. Sin derechos comunes sobre la información y la comunicación difícilmente se podrá avanzar en libertades públicas. Por ello la disputa sobre el sentido de propiedad de los bienes culturales constituye un eje vital en la UNESCO, espacios de integración como la UE, y en el conjunto de políticas de Estado en la materia.
8. La comunicación es la base cultural estratégica en nuestro tiempo, por lo que no es posible pensar políticamente procesos emancipatorios sin vincular las políticas de comunicación con las políticas culturales autocentradas, diseñando la acción de gobierno a este respecto con las políticas educativas y las líneas de actuación en el campo de la cultura clásica, más allá de los debates restringidos de lo que se ha dado en llamar Economía Creativa.

9. Las experiencias regulatorias de Uruguay y Argentina inspiran hoy además iniciativas de política pública que impulsan la ampliación de espacios de la ciudadanía proponiendo el cultivo y desarrollo de los medios ciudadanos o comunitarios. Una política que no despliegue, más allá del Estado, canales, herramientas e insumos en esta materia está condenada a ser rehén de la doctrina ordoliberal y su voraz apropiación de los medios y la información de dominio público, por lo que precisamos dar mayor consistencia a los programas institucionales y las propuestas que extiendan las formas de autonomía social de la ciudadanía en sus organizaciones, movimientos y comunidades de referencia, complejizando y enriqueciendo los sistemas de comunicación de lo local a lo global.
10. Finalmente, es evidente la ausencia de conocimiento sistemático en materia de políticas, regulación y sistemas de intervención del Estado en relación a la comunicación. Este campo central para la configuración de los modelos de reproducción social ha estado marginado históricamente en las políticas de ciencia y tecnología, por lo que sigue siendo una asignatura pendiente la inversión en I+D+i,¹⁰ priorizando el estudio y evaluación de las políticas públicas en comunicación desde una visión integral del objeto y proceso de determinación a este nivel.

[10] Investigación, desarrollo e innovación.

Decía un célebre filósofo, que nacer es conocer, y en esta materia aún estamos empezando a caminar, como quien dice. Ciertamente, no son tiempos propicios para el equilibrio y, a lo Benjamin, la paseología, pero justo cuando nos encontramos en un tiempo-encrucijada hay que transitar, a riesgo de errar, senderos de esperanza, a modo de prueba y error. Este es el principio de libertad en disputa, y el sentido mismo de la comunicación como intercambio y cooperación, como el arte de construir en común, de caminar juntos. Esperemos que algunas de estas ideas sirvan, en tiempos de incertidumbre, para pensarnos mejor. Esta al menos es la voluntad de los editores que nos con/vocan. Que así sea.

[VOLVER
AL MENÚ](#)

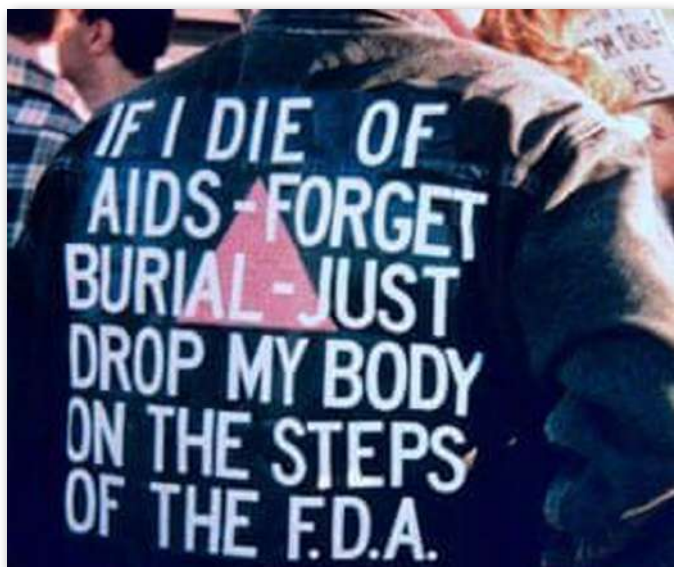
PUNCTUM
FIGURAS DE LA PESTE Y LO VIVIENTE

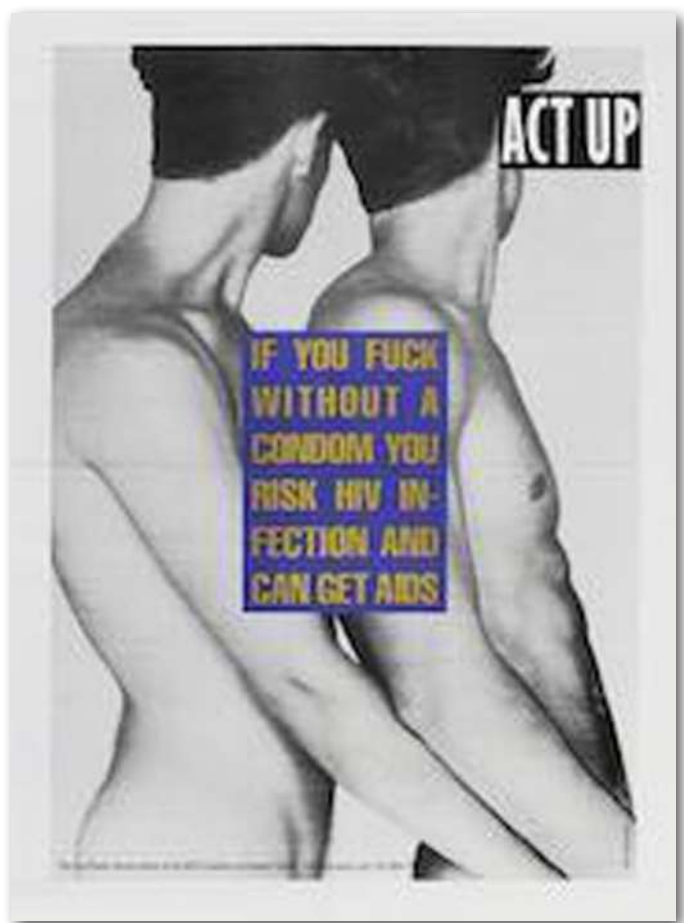
Gabriel Giorgi (Córdoba, 1966) es crítico, investigador y profesor en la Universidad de Nueva York, y profesor invitado en la Universidad de San Andrés, en Argentina. Estudió en la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina) y NYU. Es autor de *Sueños de exterminio. Homosexualidad y representación en la literatura argentina* (2004), *Formas comunes. Animalidad, biopolítica, cultura* (2014), traducido al portugués en 2016, y co-autor, junto a Ana Kiffer, de *Las vueltas del odio. Gestos, escrituras políticas* (Eterna Cadencia, 2020, en prensa). Co-editó una antología de ensayos sobre biopolítica, *Excesos de vida* (2007). Fue profesor e investigador visitante en la Universidad Federal de Río de Janeiro en 2016. Ha dictado seminarios en Estados Unidos, Ecuador y Argentina.

Leer las imágenes del contagio

Gabriel Giorgi

En plena crisis del VIH-SIDA, cuando todavía faltaba mucho para el cóctel y el silencio equivalía a la muerte, los activistas en el norte y el sur lanzaban imágenes como estas:







Vistas desde ahora, algunas de estas imágenes no tienen la misma fuerza que tenían hace 30 años: dos pibes desnudos y el llamado a coger con condón, son parte de nuestra ecología de imágenes; la de David Wojnarowicz y sus instrucciones para funeral político, sin embargo, nos sigue interpelando, al igual que ese “yo” definido por el contagio en el cuerpo público de la camiseta de lxs *Fabulous Nobodies* argentinxs.

Pero en el momento en el que subían a la superficie de lo público, estas imágenes llevaban adelante una tarea clave en la que se jugaba, en gran medida, el cruce entre pandemia y política: *la de hacer visible el contagio*, la de for-

jar herramientas para que eso invisible —lo latente, lo silenciado, eso que sucede a la escala infravisible del virus y de sus traspasos— se vuelva visible, manifiesto, figurable. Porque claro, hacer visible el contagio no es, nunca, solamente mostrar células y procesos biológicos: es también, sistemáticamente, hacer visible los modos en que un virus pone en juego un orden dado de relaciones sociales, unas formas de silenciamiento y violencia de relaciones de poder en curso, y unas disputas por las formas de vida.

Toda pandemia es un *zoom* sobre el tejido de lo compartido: sobre lo que hay, lo que existe *entre* nosotros, entre los cuerpos. Sea el sexo, la sangre, el aire, la saliva, el tacto, las secreciones: cada virus elige sus vías, sus métodos. Y hace subir a la superficie ese tejido común, esos lazos y canales invisibles que son el tejido mismo de la vida colectiva. *Contagio* se vuelve la forma de nombrar ese tejido invisible que sostiene la vida compartida de los cuerpos: lo que disputa las fronteras de “mi” cuerpo, de lo propio, del cuerpo como demarcación física de “mi” autonomía.

Me interesa mucho pensar las *imágenes del contagio* que produce una pandemia, porque esas imágenes (con su doble valencia: fragmentos figurales de lo real, y también trabajo de la imaginación) tiene que dar cuenta de lo que es, fundamentalmente, invisible: el circuito del virus, del germen, de la bacteria, ese tacto expansivo, que descubrimos tan denso, entre los cuerpos: lo que pasa ahí. Y me interesa por un lado, porque involucra una destreza técnica y estético-

ca, propia del arte: la de hacer visible lo invisible, manifiesto lo latente, la de reorganizar las formas de lo sensible para albergar esa irrupción del virus, y de lo que arrastra con él. Pero también, me interesan porque es en relación y a partir de estas imágenes que se ponen en juego relaciones de poder, formas del lazo social, las formas de lo político que se forjan y se disputan en esos momentos sísmicos que son los que vienen con una pandemia.

Los poderes, los activismos y las intervenciones que se juegan en torno a una pandemia operan frecuentemente sobre estas imágenes, como una especie de inconsciente visual de la política. Por eso mucha veces la gestión de imágenes del contagio es una tarea clave de los activismos.

Desde los años 80, la cuestión del VIH-SIDA puso en el centro de lo político la cuestión de la sexualidad, las subjetivaciones que se jugaron allí, los múltiples retornos conservadores que se intentaron a partir de la pandemia. Y fue uno de las disputas que puso en el centro de lo político una noción que para nosotrxs se vuelve central: la de *cuidado*. Cuidado de lxs enfermos, allí donde el Estado y la sociedad lxs abandonaron agresiva y ostensivamente. Cuidado de los cuerpos, propios y ajenos, cuando hubo que incorporar el condón a la cotidianeidad de la vida. Cuidados subjetivos, en las formas de negociar la propia relación con los riesgos de contagio, que siempre están y estarán ahí, con la regla fundamental del cuidado. Cuidado, miedo, deseo: el SIDA armó territorios de subjetividad en ese triángulo. Y articuló demandas per-

manentes de mecanismos de protección a Estados que habían decidido, sin mayores ocultamientos, que una parte de la población estaba destinada a la muerte. En la crisis del VIH, todo eso —que forma uno de los horizontes históricos para nuestros debates contemporáneos sobre “cuidado radical”, precariedad, éticas de la interdependencia— se jugó, fundamentalmente, en torno a la sexualidad: el deseo, la reproducción, la posibilidad de otras formas de vida.

El COVID vuelve a poner todo el universo político del cuidado y la vida precaria en juego. Pero lo hace sobre otro terreno: **el del trabajo**.

Hay que aprender a leer, cada vez, las imágenes del contagio.

Trabajo esencial

Estamos, imagino, todxs suficientemente hartxs de la hipocresía de estas sociedades que ahora llaman “héroes”, con aplausos y todo, a quienes hasta hace apenas días eran consideradxs puro descarte o en el mejor de los casos una carga que había que sostener con salarios de miseria, como lxs enfermerxs y lxs trabajadorxs de la limpieza. Lxs precarizadxs del neoliberalismo ahora son “héroes”: de golpe, murales, saluciones, aplausos, visibilidad. Son “trabajadorxs esenciales”: súbita conciencia sobre el hecho de que ese trabajo es “esencial” para la continuidad de la vida. Ya lo era desde antes, por si hace falta la aclaración.



Mural en honor a los trabajadorxs de la salud en el Bronx, New York.

Ahora la urgencia y el miedo y la necesidad le pone palabras a eso. Una vez más: el contagio hace visible lo invisible, público lo silenciado. Se abre ahí la oportunidad para un reconocimiento largamente adeudado a ese “trabajo invisible”, sistemáticamente marcado a nivel de género y

raza además de clase, que define la postal incesante de la precariedad en las sociedades neoliberales. Un momento quizá excepcional para dar la disputa en torno a trabajadores informales y trabajo invisible, sobre ingreso universal, sobre reconocimiento de las tramas de género y raza en las que pivotan las gramáticas brutales de desigualdad.¹

Pero *las imágenes del contagio dicen algo más*, y albergan una gran ambivalencia de este momento. La máscara del “héroe”, de los que están en la “trinchera”, se vuelve brutalmente literal. Los trabajadores denominados “esenciales”, junto a los aplausos, se encuentran con la obligación de ir a trabajar en condiciones frecuentemente de exposición al contagio. Y se empiezan a jugar disputas muy profundas en los modos en que el capital busca reformular las condiciones mismas del trabajo.

Dado que las nuevas imágenes del contagio son, en gran medida, las imágenes del trabajo precarizado: el trabajo que no puede pasar al teletrabajo, al “trabajá desde

[1] “El campo de batalla del capital contra la vida se juega hoy sobre qué trabajos son declarados esenciales y cómo remunerarlos acorde a ese criterio, implicando una reorganización global del trabajo. El campo de batalla del capital contra la vida se juega hoy en la capacidad colectiva que tengamos de suspender la extracción de rentas (financiera, inmobiliaria, de las transnacionales del agronegocio y responsables del colapso ecológico) y de modificar las estructuras tributarias. Este campo de batallas no es abstracto. Está compuesto de cada lucha en la crisis, en cada iniciativa concreta. El desafío está en conectar las demandas que surgen de territorios diversos y transformarlas en un horizonte de futuro aquí y ahora.” Cavallero, Luci y Gago, Verónica (2020). “Deuda, vivienda, trabajo: una agenda feminista para la pandemia”. Buenos Aires: Anfibia. Recuperado de <http://revistaanfibia.com/ensayo/deuda-vivienda-trabajo-una-agenda-feminista-la-pospandemia/>

tu casa". *El contagio le da una vuelta a la noción de precariedad y de trabajo precario*: no solo condiciones sociales, económicas, de derechos laborales, sino condiciones directamente ambientales y biológicas en las que se traza un nuevo piso, un nuevo mínimo o un nuevo subsuelo de las condiciones laborales. El contagio se vuelve un indicador, un índice de los niveles de precarización que ya modelaban nuestras sociedades y que amenazan profundizarse hasta el paroxismo en contexto de la pandemia. Marca, así, el grado de exposición a lxs otrxs, al mundo, al que me fuerzan o me fuerzo, al que las condiciones en que me muevo me arrojan. Modela, ilumina y figura los umbrales de precariedad en los que transcurre el trabajo así como lo diseñaron décadas de neoliberalismo.

El trabajo esencial, en su gran mayoría, es el que llevan adelante lxs precarizadx de la sociedad neoliberal. Amplifica las gramáticas de distribución de la vulnerabilidad que venían de antes, y que ahora alcanza nuevas figuras (por ejemplo, la del médico.) Dado que la cuestión del "trabajo esencial", en lógicas neoliberales, se vuelve una herramienta para intensificar condiciones de explotación que se traducen, directamente, en *condiciones de contagio*. Sujeto a las presiones de la industria de la carne, Trump recientemente la declaró "trabajo esencial", que obliga a lxs trabajadorxs a volver al trabajo en condiciones sanitarias pésimas (el índice de contagio y de muertes es muy alto). Bolsonaro declaró a los gimnasios

y peluquerías “trabajo esencial”, casi un símbolo de su política genocida: arrinconadxs entre el hambre y el virus, lxs trabajadores pueden “elegir” si van a trabajar, si abren sus negocios, si se exponen y exponen a otrxs al contagio casi seguro. Esto es, sin duda, lo que tienen en mente el empresariado argentino cuando llama a marchas contra la cuarentena: demarcar el terreno de la libertad entre el virus y nuevos niveles de precarización, ahora demarcados en relación al contagio.

¿Qué pasa cuando las condiciones laborales incluyen, con pocas excepciones, condiciones de contagio? “Neoviralismo”, dice Nancy, como nueva versión del neoliberalismo. El contagio trae el plano viral de la precariedad. No es metáfora, sino literalmente una intervención directa y material sobre los cuerpos.

Las lógicas de precariedad que se gestaron en décadas previas suben a la superficie, y se reformulan. Por eso las imágenes son importantes: porque permiten ir figurando las formas en que ese proceso tiene lugar, el plano sobre el que tienen lugar los sentidos, las luchas, las disputas.



Foto de @krestapepe

Cada pandemia nos rehace el cuerpo, el sida lo prueba abundantemente. El propio cuerpo, y las relaciones con el cuerpo de lxs otrxs. Este rehacer no es nunca simple, ni unívoco: es un terreno de disputas a todos los niveles, desde el barbijo y el acceso al agua —la foto de Ramona Medina acarreando agua antes de su muerte

es otra de las imágenes del contagio— hasta el sistema de salud entero. *No dejemos que ese modelado se lleve adelante de acuerdo a las necesidades del capital, que ha descubierto una nueva oportunidad de brutalización y de muerte.* Sin duda, allí la capacidad del Estado para frenar ese instinto del capital es decisiva; su necesidad se vuelve urgente. Sin embargo, la idea de que la pandemia devuelve automáticamente un Estado fortalecido como contracara del mercado alberga su mismo contraargumento: ese Estado fuerte puede ponerse rápidamente al servicio del capital concentrado, tanto en su aparato legislativo como, siempre, en el aparato policial. El caso Trump es más que ilustrativo. El “trabajo esencial” usado como herramienta de precarización promete nuevos infiernos, en los que se desfonda todo mínimo de derechos y condiciones de trabajo.

Exposición: ante lo público

Contagio es una palabra con cola. Es una de las palabras con las que nombramos lo que pone en cuestión, en disputa, el límite mismo de nuestros cuerpos: ese límite es político, y por eso las imágenes del contagio trabajan los umbrales de lo visible, porque tiene que figurar ese límite en la superficie de lo sensible. Allí ponen en juego el lazo social mismo, las formas en que se forja, se quiebra, se vigila y se reinventa el espacio de la relación con los otros,

que nunca está dado ni garantizado pero que en una pandemia se vuelve un *foco* de lo político —como un foco del contagio—. Un punto de irradiación.

Porque contagio es también la energía afectiva que circula y que empuja, la fuerza que arrastra a los cuerpos hacia la expresión grupal, hacia la marcha, la protesta, la acción colectiva. Es la fuerza del movimiento, que pasa por las conciencias, las demandas, por los lenguajes, pero cruza y arrastra siempre al cuerpo —*contagio* nombra esa gravitación física y afectiva de los cuerpos hacia la acción común, hacia esa proximidad en la que los cuerpos producen vibración compartida—. El contagio también nombra eso, lo que reúne los cuerpos, hace vida colectiva y hace vida pública, y nos sirve como figura para esa potencia afectiva que recorre los grupos y los movimientos allí donde quieren impactar sobre el espacio público.

Leer las imágenes del contagio es descifrar y activar lo que en el espacio del contagio, que es el espacio de la precariedad y de la relación social, se vuelve ocasión para nuevas figuraciones de lo público como instancia de disputa. Justamente en el momento en que las formas tradicionales de expresión pública están en suspenso —la marcha, la ocupación, el corte de calle: los cuerpos juntos—, la cuestión del trabajo esencial va trazando los circuitos en los que se anuncian los recorridos y las formas de las luchas que se vienen:



Protesta de trabajadorxs de delivery en Buenos Aires. Link al video: https://www.facebook.com/AgenciaANRed/videos/263843421408499/?eid=ARAGQpjdADpAwpaj-KUcLvgzAb2fV4Gl6MkOVTiZH0HS1d-HQtHIB3El05cY_QrRPiaC4RSCEuq99Lfgy

La protesta de lxs trabajadorxs de delivery —símbolo casi automático de la precarización neoliberal— ocupando una calle vacía, en movimiento, justamente quienes, cuando el llamado es “quédate en casa”, no tienen lugar fijo de trabajo, habitan el circuito de red y lo anclan en el cuerpo. *Figuras de la exposición*: lo público menos como el espacio de expresión que como la instancia de exposición, donde se traman el espaciamiento entre los cuerpos, las formas de su proximidad y distancia —justamente, en la era de la “distancia social”— como formas de exposición y de cui-

dado. Quizá esa sea una de las tareas que nos esperan: las de seguirle el trazo a las nuevas encarnaciones de lo público, que es el laboratorio de lo colectivo, allí donde *exposición* y *cuidado* se vuelven las prácticas definitorias, las que moldean los territorios compartidos, contra la nueva brutalización que viene del capital.

Aprender a leer las imágenes del contagio, los rastros de futuro abismal o emancipatorio que las habitan.

[VOLVER
AL MENÚ](#)

Carlos Gamarro ha publicado las novelas *Las Islas* (1998), *El sueño del señor juez* (2000), *El secreto y las voces* (2002), *La aventura de los bustos de Eva* (2004), *Un yuppie en la columna del Che Guevara* (2011), *Cardenio* (2016) y los cuentos de *El libro de los afectos raros* (2005). Sus ensayos incluyen *El nacimiento de la literatura argentina y otros ensayos* (2006), *Ulises. Claves de lectura* (2008), *Ficciones barrocas* (2010), *Facundo o Martín Fierro* (2015), *Borges y los clásicos* (2016) y *Shakespeare en Malvinas* (2018). Sus traducciones incluyen *Hamlet* y *El mercader de Venecia* de Shakespeare. En 2007 fue Visiting Professor en la Universidad de Cambridge y en 2008 y 2019 participó en el International Writing Program de la Universidad de Iowa.

La peste como metáfora

Carlos Gamerro

Tan habitual es utilizar la peste para metaforizar el mal, especialmente cuando éste asume la forma de un flagelo que se extiende sin remedio, que su uso ha terminado banalizándose. Los ejemplos van desde el barrial “Jaimito es la peste” a otros apenas más sofisticados: para Trotsky, el que era la peste era Stalin; “No saben que les traemos la peste,” habría susurrado Freud —refiriéndose al psicoanálisis, claro— en el oído de Jung mientras entraba a Nueva York el barco en que viajaban (la anécdota es un invento de Lacan, según Elizabeth Roudinesco, pero no viene al caso); durante la Segunda Guerra, los franceses acuñaron el término “la peste brune” (la peste parda) para referirse al nazismo.

Pero también hay ejemplos más sofisticados. En las páginas finales de *Crimen y castigo*, Raskolnikov sueña con “una terrible, inaudita y nunca vista plaga que, procedente de las profundidades de Asia, caería sobre Europa”, y cuyos gérmenes “eran espíritus dotados de inteligencia y voluntad. Las personas que los contraían

se volvían inmediatamente locas. Pero nunca, nunca se consideraron los hombres tan inteligentes [...]. Jamás se consideraron más infalibles en sus dogmas. Se armaban unos contra otros en ejércitos enteros; pero los ejércitos, ya en marcha, empezaban de pronto a destrozarse ellos mismos, rompían filas, se lanzaban unos guerreros contra otros, se mordían y se comían entre sí.” Es evidente que aquí no se trata de una peste literal sino una ideología (un compuesto de nihilismo, socialismo y utilitarismo, en este caso, el mismo que lo llevó a cometer el crimen del título) que vuelve a las personas incapaces de vivir en sociedad.

En febrero de 1955 Roland Barthes publicó una nota sobre la célebre novela de Camus, titulada “*La Peste*, ¿anales de una epidemia o novela de la soledad?”. En ella cuestionaba el uso, por parte del autor, de la metáfora de la peste que cae sobre la ciudad argelina de Orán para referir la ocupación de Francia durante la Segunda Guerra, y el recurso de hacer de la lucha de sus personajes contra la epidemia una alegoría de la Resistencia. Es fácil, señala Barthes, exaltar la solidaridad cuando se trata de unirse para eliminar microbios; pero si lo que hay que eliminar son otras personas —los nazis y sus colaboradores— ya no se trata de una lucha ‘limpia’ y la solidaridad deviene soledad: “El mal tiene a veces rostro humano, y de esto *La peste* no dice nada.” Además, al proponerse como metáfora de la lucha contra *todos* los totalitaris-

mos, contra “la” Tiranía, *La peste* pretendía fundar “una moral antihistórica” divorciada de la situación concreta que todos acababan de atravesar.

La respuesta del autor no se hizo esperar (de hecho, su carta a Barthes *precede* a la publicación de la nota de éste). Escribe Camus el 11 de enero de 1955: “Aunque pretendí que a *La peste* se le dieran muchas lecturas, su contenido evidente es la lucha de la resistencia europea contra el nazismo. [...] *La peste*, de cierto modo, es más que una crónica de la resistencia; pero sin duda alguna, no es menos que eso.” Y a renglón seguido expone las razones del desplazamiento de la lucha contra los alemanes a la lucha contra las bacterias: “el terror tiene muchos rostros, lo que justifica aún más que yo no haya nombrado ninguno para poder golpearlos mejor a todos. Esto es sin dudas lo que se me reprocha, que *La peste* pueda servir a todas las resistencias contra todas las tiranías.”

El 4 de febrero responde Barthes: “¿Tiene el novelista el derecho de alienar los hechos de la historia? ¿Puede una peste equivaler, no digo a una ocupación, sino a la Ocupación? Todo su libro, el epígrafe que lo encabeza y hasta sus explicaciones van a parar a ese derecho que precisamente se confunde ante sus ojos con el rechazo al realismo en el arte, en el que, bien lo ha precisado, usted no cree. Ahora, a mi modo de ver yo sí creo en el realismo en el arte, o al menos [...] creo en un arte literal en el que las pestes no sean otra cosa que las pestes...”

Roland Barthes no fue el primero en manifestar su incomodidad: análogos reparos habían sido formulados por Francis Jeanson en su reseña de *El hombre rebelde* del número de mayo de 1952 de *Les Temps Modernes*, que provocaría la ruptura entre Sartre y Camus, y también por Sartre, en el número de agosto, y por Simone de Beauvoir.

Que *La peste* es una metáfora, tal vez una alegoría, sobre la Francia ocupada y, más generalmente, sobre el totalitarismo, ha sido un lugar común de casi todas las lecturas de la novela, y de hecho era casi inconcebible que fuera leída de otra manera: Camus la escribió entre 1941 y 1947, cuando el nazismo era un problema bien real (antes bien, era *el* problema real) y la peste no solo un recuerdo lejano sino una posibilidad remota: la última gran epidemia de peste bubónica de Francia había sido la de 1720-1721 en Marsella, la misma que movió a Defoe a escribir su novela *Diario del año de la peste*, piedra de toque y modelo de todas las que después se escribieron sobre el tema, incluida la de Camus. Aunque es cierto que la tercera y última gran pandemia de peste bubónica había tenido lugar a principios del siglo XX, devastando sobre todo la India, el avance de las campañas de vacunación, el uso del DDT y el reciente descubrimiento de los antibióticos parecía anunciar el fin de la era de las epidemias. Resultaba evidente, podía deducirse sin haber leído una sola línea de la novela, que Camus, que residió en la Francia ocupada desde 1942, que fue miembro de la Resistencia y editor de

la revista clandestina *Combat*, estaba hablando de la guerra, no de la peste. La polémica con Barthes se basa en la premisa, indiscutida por ambos, de que *La peste* no es una novela sobre la peste.

Esto resulta todavía más notorio en la adaptación cinematográfica de Luis Puenzo (1992). En su película, la peste no es otra cosa que la última dictadura argentina y, por extensión, la serie de dictaduras latinoamericanas de las últimas décadas, en especial la chilena. Los periodistas franceses que llegan a la ciudad ahora latinoamericana de Orán se cruzan con una marcha de reclamo por los desaparecidos; las tropas del ejército son omnipresentes, las autoridades sanitarias se comportan como servicios de inteligencia y en una clara referencia a la utilización del Estadio Nacional de Chile como campo de detención de prisioneros políticos, los enfermos o sospechosos de serlo son encerrados en un estadio de fútbol que funciona como virtual campo de concentración. La conclusión es clara: Puenzo cree en la peste todavía menos que Camus, y eso puede explicar en parte por qué su película no ha sido revivida ni referida en estos días de pandemia.

La incomodidad que provocó este sesgo metafórico de *La peste* tomó un nuevo giro con el comienzo, en la posguerra, de la lucha por la liberación de Argelia. De pronto se hizo palpable que si *La peste* era una metáfora sobre la ocupación nazi, en los años cuarenta, en Orán, Argelia, 'los nazis' eran los franceses y los luchadores de la resistencia eran

los árabes; y que su autor, no importa si conscientemente o no, esquivaba la cuestión invisibilizando a los árabes: su novela transcurre en Argelia pero todos los protagonistas son o franceses o *pied noirs*, argelinos de origen francés, como el propio Camus: no hay árabes individualizados o nombrados, y al no incluir a ninguno de ellos en su equipo de lucha contra la peste, el autor parece presentarlos como una masa pasiva, incapaz de cuidarse a sí mismos, que solo la tutela de los franceses puede salvar de la muerte.

La postura de Camus ante el proceso independentista argelino fue entendiblemente ambigua. Era mucho más fácil para intelectuales como Sartre y Simone de Beauvoir justificar la lucha de los argelinos nativos sin vueltas: no habían nacido en África, no se consideraban argelinos, no tenían a su madre, familia y amigos viviendo en Argelia. Con ser más fácil, su postura era, desde el punto de vista histórico, la única posible; la de Camus, justo es decir, era imposible, o para usar uno de sus términos favoritos, *absurda*: como *pied noir*, se sentía tan argelino como el que más, y no podía concebir que el más de millón de argelinos de origen francés, empezando por su madre, se vieran obligados a abandonar la tierra que sentían como propia, como efectivamente sucedería tras su muerte; como intelectual de izquierda, humanista y progresista, no podía sin contradicción escribir “contra todas las tiranías” y al mismo tiempo justificar la presencia francesa en Argelia. Trató de conciliar lo inconciliable abogando por la inde-

pendencia de Argelia siempre y cuando se tratara de establecer un estado plurinacional, con fuerte participación de los *pied noirs*, y condenando 'toda violencia', pero este humanismo de alto vuelo no lo salvó de la flagrante contradicción de haber justificado la violencia de los franceses que luchaban contra la ocupación alemana y condenado luego la de los argelinos nativos que luchaban contra la francesa, como evidenció su desesperada respuesta a los cuestionamientos de un joven militante argelino en ocasión de recibir el Premio Nobel: "Creo en la justicia, pero defenderé a mi madre por encima de la justicia".

Y sin embargo de toda esta maraña de evasiones, confusiones y desplazamientos surgió una novela que habla poderosamente sobre la situación que atravesamos. Como Camus le responde a Barthes, "*La peste* [...] es más que una crónica de la resistencia"; es ese "más" el que hoy nos interesa. Si la novela ha pasado a ser una de las más leídas de la actualidad, al menos en Europa, no será por un súbito renacimiento del interés en la historia de *La Résistance* ni en la lucha contra los totalitarismos, sino por el renovado interés en la peste. No nos equivocamos en acudir a la novela de Camus, y ciertamente nos equivocamos menos que el autor y sus críticos: *La peste* se ha vuelto, hoy, como quería Barthes, una novela sobre la peste, aunque debió esperar más de setenta años para serlo. Muchas veces los libros deben aguardar paciente-mente a que llegue su momento; nosotros, mucho más

que los franceses de la posguerra, somos los lectores para los cuales *La peste* fue escrita; nadie, antes de nosotros, ni siquiera Camus, pudo leerla como pide ser leída: su héroe, el maduro doctor Rieux, es un médico que debe denunciar cada caso de la enfermedad, aun sabiendo que eso separará al paciente de sus seres queridos y disminuirá sus posibilidades de supervivencia, pero no lo hace por miedo a las autoridades ni por colaboracionista, sino porque es su deber como médico; el padre Paneloux pronuncia dos sermones: en el primero fustiga, exultante, a sus feligreses con la figura de la peste como azote de Dios, en el segundo les propone aceptar con humildad lo que no se puede entender, que Dios haya querido el sufrimiento atroz de un niño inocente: la evolución del padre Paneloux puede entenderse perfectamente si se trata de la peste; no sería tan clara, ni convincente, si tuviéramos que entender que 'en realidad' está diciendo que Dios envió a los nazis para castigar a Francia, y que nos pide que aceptemos la tortura de un niño por parte de éstos como manifestación de la voluntad divina; Cottard, como oportunista que lucra con la peste, está más vivo, es más interesante e inteligible, que Cottard símbolo del colaboracionismo. La novela gana si se la lee literalmente, como una novela sobre la llegada de una epidemia a una ciudad que no estaba preparada para recibirla; y cuando el sentido literal es más fuerte que el sentido alegórico, el sentido alegórico se desvanece.

Aun así, las lecturas en clave alegórica o metafórica dominaron las interpretaciones de *La peste* durante décadas. Una voz disidente fue la de Susan Sontag: “La novela de Camus no es, como suele afirmarse, una alegoría política en la que el estallido de la peste bubónica en un puerto mediterráneo represente la ocupación nazi. [...] Camus no protesta contra nada, ni contra la corrupción ni contra la tiranía, ni siquiera contra la mortalidad. La peste es ni más ni menos que un acontecimiento ejemplar, la irrupción de la muerte que da seriedad a la vida. Su uso de la peste, epítome más que metáfora, es distanciado, estoico, alerta, no se trata de hacer un juicio. [...] Los personajes de la novela de Camus afirman lo impensable que es una peste en el siglo XX...”

La cita pertenece a *El sida y sus metáforas* (1988) y este dato basta para explicar por qué la autora eligió leer *La peste* a contrapelo de las lecturas anteriores: en los años ochenta el SIDA se consideraba incurable y la epidemia no cesaba de extenderse, y para muchos tenía el potencial de devastar el planeta, y de hecho devastó y sigue devastando una buena parte del continente africano: solo en Sudáfrica, el SIDA causó en 2006 la muerte de 345,185 personas, el 50 % de las muertes por cualquier causa.

La conclusión es clara: se necesita de la experiencia de una epidemia, o al menos del miedo —que suele tomar la forma del pánico— a una epidemia, para leer *La peste* como una novela sobre la peste. En 1947 ni la experiencia

reciente ni las perspectivas futuras dotaban de sustancia al fantasma de la peste, y de ahí que a nadie —ni siquiera a Camus— le resultara muy fácil tomársela en serio.

Tal vez Camus se propuso escribir una alegoría de la *Résistance*, pero no fue eso lo que le salió. A Borges le gustaba insistir con que las obras muchas veces se escapan del propósito inicial de sus autores, y uno de sus ejemplos favoritos era el *Martín Fierro*: en uno de sus prólogos al poema conjetura que el propósito inicial del autor fue componer “un folleto popular contra el Ministerio de Guerra” y que en algún punto “felizmente, Martín Fierro se impuso a José Hernández; el gaucho maltratado y quejoso que hubiera convenido al esquema fue poco a poco desplazado por uno de los hombres más vívidos, brutales y convincentes que la historia de la literatura registra. Acaso el propio Hernández no sabría explicarnos lo que pasó.” Algo parecido debe haberle pasado a Camus, solo que en su caso lo que se le impuso no fue un personaje sino la realidad vívida, brutal y convincente de la peste.

Es probable que el desiderátum de Camus fuera una novela a la vez realista y simbólica; según su biógrafo Herbert R. Lottman, uno de sus modelos pudo haber sido *Moby-Dick*, que sin dejar de ser una metáfora sobre el mal, y de la lucha fanática y monomaniaca contra éste, es un minucioso retrato verista de la vida a bordo de un barco ballenero. Así, *La peste* pudo leerse en su momento como metáfora de la Segunda Guerra, y puede leerse hoy como

retrato de la vida de una ciudad bajo una epidemia. Camus quería una novela tan realista como la de Defoe, pero con el agregado de una dimensión simbólica que la novela de Defoe no tiene. Este agregado fue su maldición y su rémora, hasta el día de hoy, en que podemos liberarla de esa carga y leerla literalmente.

Hasta ahora he manejado la calificación de metafórico o simbólico por un lado, y alegórico por el otro, sin explicitar las diferencias. Hay una que me parece especialmente relevante para el caso que nos ocupa: en un relato metafórico pueden coexistir el sentido literal y el simbólico; y este último puede ser, de alguna manera, optativo: *La peste* puede ser un relato directo sobre la peste, y además puede entenderse como una metáfora sobre la guerra, o la epidemia puede simbolizar la ocupación, etc. Si *La peste* fuera una alegoría, como tantos sostienen, el sentido literal (la epidemia) no sería más que una máscara o excusa, y el sentido figurado (la ocupación, la guerra) su verdadero sentido.

La diferencia queda bien clara cuando se pasa de *La peste* a *El estado de sitio*, la obra teatral que Camus escribió contra el franquismo. La acción de ésta se sitúa en una Cádiz más española que un decorado de *Carmen*, y ya desde el listado inicial los personajes renuncian a ser individuos y se presentan como roles ("El juez", "El gobernador", "El cura", "Un hombre del pueblo"), y cada uno se mantendrá fiel al estereotipo del rol en el que su ser se agota: El gobernador decreta, primero, que la peste no

existe, luego que “hay que ocultar la situación y no decir la verdad al pueblo a ningún precio”; El cura fulmina “¡A la iglesia! ¡Llega el castigo! Que todos confiesen en público lo peor que hayan hecho” y luego huye para salvarse del contagio; El juez despotrica contra quienes no demuestran conciencia cívica y luego propone a su esposa “Deja a los otros y piensa en tu casa. [...] Almacena, mujer, almacena.” Eventualmente también “La peste” aparecerá como personaje, y de su boca saldrán frases como: “llegará un día, acaso, en que todo sacrificio os parecerá estéril, en que el grito interminable de vuestras sucias rebeliones cese por fin. Ese día reinaré verdaderamente en el silencio definitivo de la servidumbre”. Pero no hay que tenerle demasiado miedo, porque detrás de la máscara de la peste se oculta un tembloroso tiranuelo, y basta no hacerle caso para que su poder se desvanezca: como para que no queden dudas de que se trata de una peste de mentirillas, en el tercer acto los hombres que le pierden el miedo no solo no se contagian sino que *reviven*. Ya no se trata, como en *La peste*, de que *El estado de sitio* tenga una dimensión metafórica o aun alegórica: es una alegoría, y sigue la lógica de una de esas moralidades medievales en las cuales los conceptos (Alma, Pereza, Vicio, Virtud, Constancia) bailan y cantan en escena, trayendo a la mente el acertado *dictum* de Poe sobre el tema: “La emoción más profunda que despierta en nosotros la más lograda de las alegorías, *en tanto alegoría*, es el sentido apenas satisfecho de

que el artista, con su ingenio, ha superado una dificultad que hubiéramos preferido que no se tomara el trabajo de acometer". Pero lo cierto es que en este caso Camus no la supera, y Lottmann es generoso al atribuir el fracaso de la obra (fue estrepitoso) a desinteligencias entre el autor y el director Jean-Louis Barrault; la obra es tan mala que lo difícil es imaginar un director lo suficientemente brillante para salvarla de la catástrofe.

Algo que ni Camus ni sus críticos podían avizorar, pues sus efectos se darían en el largo plazo, fue que esta metáfora del autoritarismo como peste prendiera hasta tal punto que cada vez que alguien dijera 'peste' todos tradujeran automáticamente 'autoritarismo' y ya nadie creyera en la peste. En una página célebre de su *Vigilar y castigar*, Michel Foucault contrasta dos modelos de control social, el modelo de la lepra y el modelo de la peste. El modelo de la lepra es el de la exclusión: se aísla a los enfermos en el leprosario, lo más alejado que se pueda del cuerpo sano de la sociedad, y allí se los deja abandonados a su suerte, conformando una masa amorfa sobre la cual no es necesario ejercer ningún poder ni construir ningún saber, porque están *afuera*. En el caso de la peste, el control debe ejercerse en la ciudad misma, casa por casa, y en el cuerpo de todos por igual, sanos y enfermos. Cada casa se convierte en una celda; cuando se pasa revista, los habitantes deben asomarse a la ventana; si falta alguno, la autoridad tiene derecho a intervenir; los registros son minuciosos y se ac-

tualizan a diario; ni siquiera se puede llamar a un médico o a un sacerdote sin permiso de la autoridad. Concluye el autor:

Este espacio cerrado, recortado, vigilado, en todos sus puntos, en el que los individuos están insertos en un lugar fijo, en el que los menores movimientos se hallan controlados, en el que todos los acontecimientos están registrados, en el que un trabajo ininterrumpido de escritura une el centro y la periferia, en el que el poder se ejerce por entero, de acuerdo con una figura jerárquica continua, en el que cada individuo está constantemente localizado, examinado y distribuido entre los vivos, los enfermos y los muertos —todo esto constituye un modelo compacto del dispositivo disciplinario.

En su descripción de este “sueño político de la peste”, de corte netamente orwelliano, es evidente que Foucault está utilizando la lepra y la peste como modelos, lo cual es una variante de su uso metafórico: ni la lepra ni la peste eran problemas reales en el momento que escribió su texto, ni lo fueron para la mayoría de sus lectores hasta hace unos tres meses. Foucault está hablando de la cárcel, la policía, los dispositivos de vigilancia; de hecho este capítulo no se titula ni “La peste” ni “La lepra” sino “El panoptismo”.

Esta larga tradición de uso metafórico de la peste en el pensamiento europeo puede ayudar a entender la reacción de Giorgio Agamben, que el 26 de febrero último, en un breve texto sugestivamente titulado “La invención de una epidemia” condenó “las medidas de emergencia frenéticas, irracionales y completamente injustificadas para una supuesta epidemia” y afirmó que “la desproporción frente a lo que según la CNR (Consiglio Nazionale delle Ricerche) es una gripe normal, no muy diferente de las que se repiten cada año, es sorprendente. Parecería que, habiendo agotado el terrorismo como causa de las medidas excepcionales, la invención de una epidemia puede ofrecer el pretexto ideal para extenderlas más allá de todos los límites.” Es comprensible la reacción de Agamben: se pasó toda su vida profesional teorizando (brillantemente) sobre el estado de excepción y la gestión biopolítica de la vida desnuda, y hete aquí que surge una situación que parece calcada de las páginas de sus libros. No es la primera vez que una calamidad natural, o al menos de origen no enteramente humano, parece hecha a medida de los deseos de algún gobierno o grupo de poder: en los ochenta el SIDA pareció hasta tal punto una respuesta providencial a los ruegos de los grupos conservadores que muchos liberales o progresistas lo creyeron diseñado ex profeso en laboratorios secretos. La incredulidad que Agamben manifiesta en su texto podría disculparse como apreciación temprana, cuando eran muchos los que no se creían

el cuento, pero insistiría en su posición en nuevos textos del 11, 17 y 27 de marzo.

“La peste (al menos la que se mantiene en estado de previsión) es la prueba en el curso de la cual se puede definir idealmente el ejercicio del poder disciplinario,” propone Foucault en otro momento de su texto, y agrega: “Para ver funcionar las disciplinas perfectas, los gobernantes soñaban con el estado de peste.” Es fácil leer este texto saltándose el paréntesis: el sueño de los gobernantes —y el de muchos otros factores de poder, empezando por las grandes corporaciones, podemos agregar— es el estado de la peste sin peste, la sociedad vuelta dócil por el recuerdo o la amenaza de la peste, no por una peste presente. La llegada de una epidemia verdadera es para ellos menos sueño realizado que pesadilla.

Aun una lectura desatenta del *Diario* de Defoe alcanza para advertir la desesperación de las autoridades que ponían en marcha tales medidas, que en muchos casos el objetivo no era aprovechar la peste para producir flujos regulares y cuerpos dóciles sino evitar la propagación de la enfermedad y la terrible mortandad. El narrador de Defoe no deja de criticar las disposiciones que considera desacertadas, como la clausura de las casas donde se descubría algún enfermo, que frecuentemente condenaba a una muerte cruel y sin asistencia a toda la familia, sirvientes incluidos, sin por ello mitigar la propagación de la epidemia; no deja de señalar los casos de corrup-

ción y de abusos de poder, pero lo hace a partir de una premisa fundamental: la peste es bien real, no es una fabricación ni una excusa; las autoridades no están exultantes, ni se frotan las manos de contentos ante la llegada de esta peste que les permitirá realizar su 'sueño político'; darían, ellas también, cualquier cosa por ver terminada esa pesadilla (no todas: la corte se muda a Oxford y se desentiende del problema, y son las autoridades municipales las que se quedan en la ciudad y toman todas las medidas, buenas o malas, y muchas veces pagan por sus errores con sus vidas).

La historia de las epidemias suministra innumerables casos en que las medidas supuestamente tomadas 'por el bien de la población' fueron no solo inútiles sino contraproducentes, y que estos 'errores' no fueron meramente individuales sino la consecuencia directa de las desigualdades, los abusos de poder, las injusticias del sistema económico, social y político: durante la tercera gran pandemia de peste bubónica que arrasó la India en las primeras décadas del siglo XX, las autoridades coloniales inglesas, herederas de un lejano mito según el cual la peste había sido erradicada para siempre de Londres por el gran incendio que consumió buena parte de la ciudad en 1666, y educadas en una larga tradición de desprecio racial y de clase de los nativos, decidieron quemar los suburbios pobres de Mumbai, donde a su entender anidaba el mal, y no solo dejaron a cientos de miles de personas en la calle sino que mandaron a las ate-

rrorizadas ratas infectadas a todos los puntos de la ciudad, volviendo incontrolable la epidemia.

La tarea de discernir qué disposiciones pueden ser acatadas y cuáles deben ser resistidas, qué instrumentos pueden tolerarse por ahora, sin la certeza de que luego podrán ser desmontados, qué hábitos podemos incorporar sin que se vuelvan nueva normalidad o segunda naturaleza, es tan incesante, microscópica, desesperante y agotadora, se encuentra hasta tal punto bajo el imperio de la incertidumbre y el miedo, que por momentos es comprensible caer en las simétricas resignaciones de la obediencia ciega y la resistencia ciega, en suponer que la peste no existe o que se origina en siniestras conspiraciones. Leer con cuidado *La peste* de Camus puede ayudarnos a navegar este siempre cambiante laberinto: es a la vez un retrato de una ciudad en una verdadera situación de peste y una advertencia sobre los riesgos de claudicar ante cualquier gobierno o sistema que se aprovecha de las catástrofes para cumplir su "sueño político". Leer políticamente *La peste* de Camus, hoy, es leerla literalmente. No es denunciando conspiraciones y fabricaciones imaginarias, ni levantándose contra la peste creyendo que esta es apenas la máscara detrás de la cual se esconde el poder disciplinario, que se lucha efectivamente contra éste.

En un conocido relato que no pretende quitarnos el miedo a la peste sino asustarnos en serio, Edgar Allan

Poe hace que el príncipe Próspero desenmascare al far-
sante que se ha presentado en su fiesta disfrazado de
Muerte Roja para descubrir que detrás de la máscara de
la Muerte Roja se ocultaba nada menos que la Muerte
Roja; acto seguido todos mueren.

[VOLVER
AL MENÚ](#)

Daniel Link es catedrático y escritor. Ha editado la obra de Rodolfo Walsh (*El violento oficio de escribir, Ese hombre y otros papeles personales*) y publicado, entre otros, los libros de ensayo *La chancha con cadenas, Cómo se lee* (traducido al portugués), *Leyenda. Literatura argentina: cuatro cortes, Clases, Fantasmas, Suturas* y *La lógica de Copi*, las novelas *Los años noventa, La ansiedad, Montserrat* y *La mafia rusa*, las recopilaciones poéticas *La clausura de febrero y otros poemas malos* y *Campo intelectual y otros poemas* y su *Teatro completo*. En 2007 estrenó su primera obra de teatro, *El amor en los tiempos del dengue* y en 2011 publicó su primer libro para niños, *Los artistas del bosque* (Planta). En 2019 publicó su libro de recetas de cocina, *Las cuatro estaciones. La lectura: una vida...* aparecerá en traducción al francés por la editorial Gallimard en 2021.

Sur, infección y después...

Daniel Link

Durante la cuarentena no he dejado de pensar en la paradoja o venganza de la historia. Retomé un tema frecuente en mis clases y en mis libros: el olvido maniático del siglo XX al que Occidente quiso entregarse, para relacionarse de manera directa con el siglo XIX, como si el XX hubiera sido un intervalo indecente, un cólico, una ráfaga de mal viento que ya pasó. Uno de los ejemplos que solía esgrimir es la discusión entre evolucionistas y creacionistas, que es completamente anacrónica y supone un horizonte teórico más bien positivista. El otro, naturalmente, la tachadura del registro de lo imaginario.¹

El corto siglo XX (en oposición al largo siglo XIX), dicen los historiadores, comenzó con la Gran Guerra.

[1] **Nota de la edición:** para entrever algo más de la trama que se abre cuando irrumpe "lo imaginario", resulta interesante acercarse a las reflexiones del autor en torno de las fantasmagorías, la imaginación literaria, los imaginarios y la imagen, reunidas en su ensayo *Fantasmagorías. Imaginación y sociedad*, editado por Eterna Cadencia (2009).

El 20 de febrero de 1909 apareció en *Le Figaro* el “Manifiesto Futurista”, promovido por Filippo Tomasso Marinetti. Esa vanguardia intelectual encontraría en el fascismo una vía de desarrollo poco sorprendente, si se recuerda que en su artículo 9 el “Manifiesto” proclamaba: “Queremos glorificar la guerra —sola higiene del mundo—, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los anarquistas, las bellas ideas que matan, y el desprecio a la mujer”. Esa misma inteligencia se había entregado, antes de ese encuentro con el fascio, a los juegos bélicos.

Todavía hoy sorprende la cantidad de voluntarios que se enrolaron para pelear en la Primera Guerra. Como tantos otros y otras, Guillaume Apollinaire, por ejemplo, murió al volver del frente. No se lo llevó propiamente la contienda sino la Gripe Española, que mató más personas que los ejércitos (50 millones de personas en el mundo entero).

La inteligencia americana (que entonces era mucha) ya lo había advertido. El 5 de abril de 1909 Rubén Darío publicó en *La Nación* de Buenos Aires una crítica radical al “Manifiesto futurista”, que señalaba, entre otras cosas: “El poeta innovador se revela oriental, nietzscheano, de violencia acrática y destructora. ¿Pero para ello artículos y reglamentos? En cuanto a que la Guerra sea la única higiene del mundo, la Peste reclama”. Darío notó, antes que nadie, las aporías vanguardistas: ¿destrucción reglamentada? No nos convence. ¿La Guerra como Higiene? No sean infantiles: la Peste le gana.

Guerra y Peste en el comienzo del siglo. Crisis del petróleo (1973) en su final. *Todo eso*, que el siglo XXI quiso olvidar junto con el comunismo y el fascismo, junto con las purgas políticas y las desapariciones, volvió condensadísimo en estas semanas para decirnos que la Guerra, el Fascismo, la Crisis y la Peste siguen estando ahí, y nos obligan a pensar las vías de superación de un régimen de acumulación insensato y hostil a lo viviente.

Sí, el siglo XX ha tenido lugar y para que no nos olvidemos de ese haber tenido lugar volverá cuantas veces quiera porque el cartero llama dos veces y es imposible esconder los cadáveres de niños insepultos. No se puede olvidar lo que pasó, lo que hay que hacer es usarlo como plataforma para pegar el salto: *Hic Rhodus, hic salta!* ("Hier ist die Rose, hier tanze").

La pandemia nos obliga a pensar y, sobre todo, a pensar un futuro que, siempre lo supimos pero ahora nos alarma, no puede estar en las manos de médicos, abogados y economistas, sino de asambleas populares, de filósofos y de políticos audaces.

Pienso, una vez más, en los que hacen posible nuestros "Diarios de la peste" (nuestros *Decamerones*) y nuestros desvaríos culinarios en cuarentena: los que se exponen a la catástrofe son mucho más humanos que nosotros, encerrados en nuestras cápsulas de amianto. En la televisión, los epidemiólogos más renombrados no cesan de recomendarnos siempre lo mismo: lavarnos las ma-

nos y seguir las curvas de modelos matemáticos proyectivos. Parecen ignorar, en ese punto, el sentido del gesto de lavarse las manos y a lo que conduce: la Cruz. Conviene visitar el *18 Brumario de Luis Bonaparte*, en particular el comentario de Marx sobre la máxima hegeliana: “la Filosofía es La Rosa en la Cruz del Presente”.

La Cruz, nuestra cruz, es la infección planetaria, la pandemia (consecuencia de un régimen de acumulación insensato, intolerable y suicida). Pensar una salida, eso nos toca...

Las posiciones filosóficas que he recopilado con prolijidad en estos días se resumen en dos grandes líneas (dejo de lado las de los cínicos, las de la derecha, las de los insensatos y los insensibles): el lamento y la protesta por lo que hemos perdido, la algarabía ante lo que podemos aprender (y ganar) después de la infección. La opción no es entre salud y economía, es entre sensatez y manía, entre imaginación y burocracia.

Podemos salir fortalecidos de la pandemia si y solo si nos tomamos el trabajo de imaginar un mundo mejor y no un mundo más o menos igual, debidamente acondicionado a las condiciones sanitarias que tendremos por delante (viajar con barbijos, etc.). Adhiero a los deseos de una Constitución de la Tierra, tal como algunos italianos comenzaron a soñarla, a un pacto ecosocial que someta los procesos de acumulación

y de explotación a un riguroso control ecológico, pero estos asuntos no se dirimirán localmente así que, pese a su importancia, habría que ponerlos en un segundo plano.

La infección y el contagio han funcionado “higiénicamente” (en los términos en los que los planteaba Rubén Darío, en los términos en los que los planteaba Deleuze) porque ha revelado las deficiencias de los modelos cerrados (liberales y estatistas) de gestión de lo viviente.

En el AMBA, la situación en la que viven millones de personas es un insulto intolerable a la dignidad humana que no debe prolongarse en el tiempo. La administración de ese territorio (que de pronto adquirió un nombre mediático que rememora la ambigüedad y también la resina fosilizada) requiere de un esfuerzo imaginativo.

No hay que poner el burro detrás del carro. Si nos ha llegado el tiempo de discutir la constitución liberal (porque el siglo XX, en efecto, ha tenido lugar), debe incluirse en el orden del día la provincialización del conurbano. Con eso se resolverían los entredichos políticos (de política sanitaria, educativa y de transporte) y, entonces sí, se podría pensar un sistema auténticamente integral para una “provincia” cuya capital sería la ciudad de Buenos Aires.

Y a partir de ahí se puede empezar a pensar en los burros que tendrían que tirar del carro: el burro del sistema

integral de salud, el burro del sistema integral de transporte. Pero los burros delante y, en todo caso, burros por su capacidad de carga (es decir, de trabajo) y no burros por su afición a la zanahoria y por su escasa capacidad imaginativa.

Nos dijeron que la cuarentena era necesaria para mejorar los devastados sistemas de salud nacional y provinciales. La infección reveló lo que se guardaba en negativo: el Estado, desde hace ya muchas décadas, es incapaz de garantizar la salud de aquellos a quienes representa.

El complejo sistema mixto argentino: hospitales públicos (nacionales y provinciales), obras sociales (privadas, con mercado cautivo; algunas desreguladas y otras no) y prepagas es un disparate desequilibrado e injusto.

Desequilibrado sobre todo en su altísimo costo para el ciudadano medio y por las desigualdades que patrocina, que han quedado desnudadas por la infección. Nos infectamos, socialmente, de desigualdad, de canallada, de cinismo, de falta de imaginación, de acumulación de poder por el poder mismo, de incapacidad para atender las necesidades mínimas de las comunidades.

Todo sería tan sencillo si algún ministro se pusiera las pilas. ¿Por qué no cobrarle a los argentinos (nativos o por opción) y residentes que estén adheridos a alguna de las opciones del complejo sistema de salud, cada vez que concurran a un hospital público?

Si alguien va a atenderse a un hospital (nacional o provincial), aunque sea porque el Registro Civil le pide un

certificado, que les facturen a las compañías de medicina prepaga y las obras sociales de los sindicatos (después de todo, la plata que tienen y administran vienen de los bolsillos de los trabajadores). La atención gratuita quedaría reservada a quienes no tienen ninguna protección, ni siquiera PAMI debería quedar exento.

Naturalmente, habría que mejorar y multiplicar los hospitales públicos, pero como hoy ésa es una demanda generalizada de la sociedad, nadie se quejaría por ello, todo lo contrario. Los trabajadores veríamos con algarabía que los aportes que realizamos mensualmente al sistema de salud (obras sociales sindicales o prepagas), la mayoría de las veces sin usarlo, significan algo en el contexto general.

Además, por si eso fuera poco, habría que dotar a cada unidad hospitalaria de un ala administrativa eficiente y transparente: ¡más ladrillos, más obra pública, más fuentes de trabajo!

En los albores de la democracia postdictadura, Raúl Alfonsín propuso una solución bien imaginativa al problema del centralismo porteño que, como no fue escuchado, nos dejó girando en el vacío. O mejor: nos dejó girando sin centro y, a nuestro alrededor, como en la linterna mágica de Proust, vemos figuritas cuya extrañeza crece a medida que se acelera la velocidad de giro.

Por ejemplo, resulta muy rara la importancia desmedida que se le otorga a la ciudad de Buenos Aires. Desde el punto de vista estrictamente gubernamental, Buenos Aires, Vicente López, Quilmes y Avellaneda son unidades de democracia idénticas, que involucran las mismas obligaciones de gestión y los mismos problemas por resolver.

La Ley 23.512, que aparentemente sigue vigente, al mismo tiempo que establecía la mudanza de la Capital Federal, legislaba la “provincialización” de Buenos Aires como consecuencia necesaria y lógica de aquel impulso traslativo.

El traslado de la sede de gobierno nacional, ideada por el Proyecto Patagonia en 1986 (junto con la provincialización de Tierra del Fuego), constituía la tercera pata del proyecto en el que se fundó (siquiera imaginariamente) “La segunda república”.

Más allá de las valoraciones, los actuales procesos de integración regional profundizan y amplifican los planteos de la Declaración de Foz de Iguazú de 1985 y el Mercosur/ Mercosul/ Ñemby Ñemuha de 1991, consecuencia de aquella Declaración, pero no hay nada que tienda a profundizar y amplificar el fallido traslado de la Capital Federal. El resultado es una “gobernación autónoma”, que sin embargo no ha dejado de ser sede del gobierno federal.

Y así, cuando proyectos disputan, en el mismo espacio, diferentes objetos de la democracia (no es lo mismo el Estado que la Ciudad), se produce un conflicto propiamente territorial entre fuerzas que se consideran antagónicas

pero que no lo son porque operan en estratos o campos de operación inconmensurables.

La Reina del Plata, aunque quiera brillar con todo su derecho como metrópoli cultural latinoamericana (capital del libro, festivales de cine, ropa barata, conciertos, *glamour*, disponibilidad sexual, protesta, diversidad, cosmopolitismo, Sprengelburd), es solo una ciudad (aunque se crea provincia), con alrededor de tres millones de habitantes y un 40% de su población integrada por migrantes. En la medida en que el electorado porteño quiera subrayar su vocación separatista, será una ciudad cada vez más imposible de ser habitada y militarizada en niveles alarmantes (3 fuerzas la controlan).

Como nadie aceptaría lo más obvio (retrotraer la capital a su situación federal), y el traslado de la sede del gobierno nacional es una empresa olvidada, habría que buscar soluciones alternativas para que Buenos Aires recupere su *posibilidad de ciudad* y para que cualquier gobierno nacional pueda sacarse de encima esa pesadilla incomprendible de un distrito que se cree más de lo que es.

La infección dejó a la vista las situaciones de precariedad del AMBA (dentro y fuera de una ciudad que no tiene bordes, sino umbrales de transformación) y, al mismo tiempo, la inviabilidad de la provincia de Buenos Aires, que está integrada por dos zonas sanitaria, económica y demográficamente bien diferenciadas. ¿Por qué no trazar una raya en el mapa que haga del AMBA, ahora sí, una provincia autónoma cuya capital podría llamarse Buenos Aires?

Si el siglo XX ha tenido lugar, no podemos seguir pretendiendo vivir en un país diseñado en el siglo XIX y seguir pensando que el modelo del Centenario todavía nos conviene.

Traslado de la Capital Federal, sí, un proyecto inconcluso, pero además reorganización territorial y demográfica.

La infección, aquí en el sur, ha desnudado, además, la total inadecuación del sistema del transporte al tiempo en que vivimos. Los trenes y subterráneos, los ómnibus y demás variedades públicas de transporte fueron pensados para una época que ya no es la nuestra pero que, además, se revelan como los lugares donde el contagio y la muerte esperan con algarabía a quienes serán sus presas fáciles.

Verónica es una joven que vive en los lindes de Moreno, desde donde toma un colectivo para llegar a esa estación (\$18). Una vez que baja del tren (\$18,50) en Once (si consigue realizar el trayecto), debe tomar otro colectivo hasta el barrio donde ejerce su trabajo de asistente doméstica (\$18). Gasta, ida y vuelta, \$109, sin tarifa social. Si algún día agrega más obligaciones en otro lugar de la ciudad, debe sumar algún otro viaje: \$127 por día, en condiciones propiamente animales (hacinamiento, acoso sexual, etc). Como eso ya no puede sostenerse (gracias, oh sí, a la infección) habrá que comparar con sistemas más eficientes. En Berlín (como en cualquier otra ciudad de Europa), el

sistema de transporte es un bien social, está (como corresponde) unificado y lo usa todo el mundo porque es excelente. Las tarifas se calculan en relación con un sistema de anillos que se identifican con las letras A, B y C. La zona C se corresponde con los límites últimos del Gran Berlín y equivale, grosso modo, a la relación que existe entre el centro de Buenos Aires y Moreno.

Si Verónica viviera en Berlín ganaría en euros y resolvería sus necesidades de transporte diario, en el peor de los casos, con solo € 9,60 (el costo de un boleto que permite viajes *ilimitados* durante la jornada en todos los medios de transporte: trenes, colectivos y subtes).

Naturalmente, solo las personas incapaces de planificar sus obligaciones pagan esa suma. Un pase semanal (se lee en www.bvg.de) cuesta €41 (prorrataado: €5.85 por día). El pase mensual cuesta €104 y reduce el costo diario del transporte (insisto: ilimitado) a €3,46. El abono anual, finalmente, cuesta €1.092 (se paga en doce cuotas mensuales) y lleva la cifra a €2,99 por día (\$229). Hay opciones todavía más específicas y económicas: el pase senior (+65: €1,68 diarios), por ejemplo.

Pero compárense los números: por €2,99 (es un error convertir esa cifra a pesos, porque en Berlín los sueldos son en esa moneda: habría que ver qué parte de salario representa esa suma, les dejo la tarea), Verónica podría viajar en Berlín cómodamente, con puntualidad, sin someterse al riesgo del contagio (sin poner en

juego su vida). En AMBA, por el contrario, nunca está segura de que volverá a su casa.

No es, como se ha escuchado, que el transporte en Buenos Aires sea pésimo porque es barato, ni que el Estado sea incapaz de cumplir con las más mínimas obligaciones que se le han encomendado. La verdad es más escalofriante. Entre nosotros, el Estado se dedica a robar a los pobres con tarifas de transporte exorbitantes (que el servicio sea de pésima calidad es anecdótico), con el cinismo de quien se sabe impune: Verónica no vota (es paraguaya).

Tenemos que salir de la encerrona en la que la infección nos ha puesto. Hay que proponer un plan regional que incluya, para siempre, ingreso ciudadano básico (independiente de las horas de trabajo), modificación radical y progresiva del sistema impositivo, conectividad y transporte público gratis para todos y todas, inversión sostenida en el tiempo en salud y educación, federalización y plena vigencia de los tres poderes con control ciudadano, subordinación de los procesos de acumulación de capital a las necesidades de uso (frugalidad) y total control ambiental de los procesos productivos.

Hace falta un líder continental que proponga al mundo un nuevo modelo civilizatorio para nosotros, por nosotros.

La vida no es un algoritmo, ni una abstracción, ni una cuantificación estadística. La vida es *una* vida, ésta: tales

ilusiones, sueños, la forma de relacionarnos con los otros y el Otro. Una vida interesante incluye a esos animales exhaustos y acorralados en sus territorios devastados, pero también a aquellas personas que, de facto, han sido excluidas de la posibilidad de resguardarse.

Ahora que el régimen de vida propio del siglo XIX (y el modo de acumulación con él asociado) ha naufragado definitivamente, tenemos que sentarnos a pensar nuestro destino colectivo después de la tragedia, sin trampas, sin ambiciones de poder, sin demagogia, sin corrupción.

Si ya no tenemos nada y la pandemia lo ha dejado en evidencia, ¿qué podríamos llegar a perder?

[VOLVER
AL MENÚ](#)

ANÁBASIS
LA INVENCION DE UNA ERRANCIA

Leonora Djament es Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Publicó artículos sobre teoría y crítica literaria en revistas y en libros. Publicó el libro *La vacilación afortunada. H. A. Murena: un intelectual subversivo* (Colihue, 2007). Dicta clases en la materia Teoría y análisis literario en la UBA desde el año 1996. Es docente del Maestría de Edición de la Universidad Diego Portales (Chile) y de la Maestría en Gestión de la cultura de la Universidad San Andrés (Argentina).

Trabaja en el sector editorial desde comienzos de 1996. Hizo prensa y fue editora en Alfaguara. Estuvo a cargo de la Dirección Editorial del Grupo Editorial Norma. Desde noviembre de 2007, es Directora Editorial de Eterna Cadencia Editora. Durante la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires de 2015 fue distinguida con el Premio a la Editora del Año.

Nuestro principio de esperanza (II)¹

Leonora Djament

“Dime cómo piensas la esperanza y te diré quién eres”

En este tiempo de pandemia, crisis sanitaria, crisis económica, crisis ecológica, donde la vida cotidiana se parece más a una mala película distópica que al porvenir que alguna vez soñamos, muchos pensadores publicaron sus reflexiones sobre el virus (ya no fantasma) que recorre el mundo, intentando imaginar diferentes futuros. Hacía mucho tiempo que el análisis del presente no implicaba de un modo tan explícito y abierto un pensamiento del y sobre el futuro. Como pocas veces en la historia, si se me permite la exageración, la escatología se volvió una narrativa cotidiana, desde la futurología indocumentada hasta la proyección empresarial pasando por renovados mesianismos.

[1] Nota de la edición: La parte I de “Nuestro principio de esperanza. Ensayo y mesianismo a principios de siglo”, consta de una conferencia dictada por la autora en el marco de la Cátedra abierta en Homenaje a Roberto Bolaño en la Facultad Comunicación y Letras de la Universidad Diego Portales, 2017. Disponible en: <http://culturadigital.udp.cl/index.php/video/catedra-abierta-homenaje-roberto-bolano-leonora-djament/>

Y digo mesianismos porque, efectivamente, la “salvación” de vidas, la confianza en un “Estado salvador”, la posibilidad de “salvarnos” solos o superar este desastre como comunidad, vuelven una y otra vez en los textos que circularon en las últimas semanas, no importa el grado de religiosidad o ateísmo de sus autores. Me gustaría hacer un breve recorrido por algunas de estas posturas porque las formas que adopta la esperanza (categoría poco materialista a primera vista) es siempre un modo de intervención política.

Podríamos decir que desde las últimas décadas del siglo XX la revolución, la emancipación, la transformación social, el arte crítico habían quedado totalmente desactivados, devaluados o anulados, como consecuencia de las derrotas de los socialismos europeos, del avance neoliberal en el mundo y las teorías del fin de la historia. El marxismo, incluso, por esos años empezaba a cuestionarse la posibilidad de cualquier *horizonte* revolucionario (Palti, 2005) y alternativamente corría el riesgo de tirar todo por la borda: su teoría (por ineficaz para entender la situación actual del capitalismo) y la praxis (por las derrotas acumuladas en el siglo). Por eso mismo, Fredric Jameson (2003) podía afirmar que era más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo y Georges Didi-Huberman (2012) sostenía que “hay razones para el pesimismo” (aunque proponía “repensar nuestro principio de esperanza” (p. 36 y 46)). Y, sin embargo, en cada uno de los textos sobre la pandemia, el virus se vuelve un catalizador que permite observar una

concepción específica sobre el futuro, sobre la temporalidad y sobre la posibilidad de imaginar y, por lo tanto, proponer y hacer un mundo distinto. Rastrear (siguiendo a Didi-Huberman) ese principio de esperanza —o su falta— en algunos de los pensadores que por estos días escriben tal vez nos acerque a entender lo que está en juego en el tiempo pandémico.

Podemos pensar, en principio, dos modos de imaginar ese futuro a partir de las reflexiones sobre el virus. Como pudimos leer en las últimas semanas, hay teorías que son absolutamente optimistas y que confían: sea en la sociedad, en los sujetos, en el Estado o en las potencialidades de un virus que puede descubrir de una vez por todas las contradicciones del capitalismo para emancipar conciencias y dejar asentados los pilares para construir una sociedad mejor. Estos textos se caracterizan por cierto voluntarismo y carácter afirmativo. Slavoj Žižek (2020), por ejemplo, está convencido de que “la epidemia de coronavirus es una especie de ataque de la “Técnica del corazón explosivo de la palma de cinco puntos” contra el sistema capitalista global, una señal de que no podemos seguir el camino hasta ahora, que un cambio radical es necesario” (p. 23) y tiene esperanzas en el futuro: “Pero quizás otro virus ideológico, y mucho más beneficioso, se propagará y con suerte nos infectará: el virus de pensar en una sociedad alternativa, una sociedad más allá del estado-nación, una sociedad que se actualiza a sí misma en las formas de solidaridad y cooperación global” (p. 22).

Markus Gabriel (2020), pese a su visión por momentos descreída, es otro de los filósofos que también confía en lo que el virus puede y en un posible desarrollo evolutivo racional: “El coronavirus pone de manifiesto las debilidades sistémicas de la ideología dominante del siglo XXI. (...) Sin progreso moral no hay verdadero progreso. La pandemia nos lo enseña con los prejuicios racistas que se expresan por doquier”. (p. 131, 132).

Por otro lado, hay teóricos que podríamos llamar rápidamente pesimistas en relación a las expectativas que genera esta pandemia o los efectos del virus. Byung-Chul Han (2020), a diferencia de Zizek, sostuvo que

el virus no vencerá al capitalismo. La revolución viral no llegará a producirse. Ningún virus es capaz de hacer la revolución. El virus nos aísla e individualiza. No genera ningún sentimiento colectivo fuerte. De algún modo, cada uno se preocupa solo de su propia supervivencia. La solidaridad consistente en guardar distancias mutuas no es una solidaridad que permita soñar con una sociedad distinta, más pacífica, más justa. No podemos dejar la revolución en manos del virus. Confiamos en que tras el virus venga una revolución humana. Somos NOSOTROS, PERSONAS dotadas de RAZÓN, quienes tenemos que repensar y restringir radicalmente el capitalismo destructivo, y tam-

bién nuestra ilimitada y destructiva movilidad, para salvarnos a nosotros, para salvar el clima y nuestro bello planeta (p. 110, 111).

Es interesante observar cómo la desconfianza es hacia los poderes esclarecedores que puede traer el virus y, sin embargo, hay un voto de confianza en las “personas” (con mayúsculas), “dotadas de razón”. Si hubiera la posibilidad de un cambio, dudoso al parecer, ese cambio sería a manos de las “personas” como motor exclusivo, como agentes de la transformación.

Giorgio Agamben (2020) es otro de los filósofos que leen de manera pesimista la coyuntura: “hay una tendencia creciente a utilizar el estado de excepción como paradigma normal de gobierno” (p. 18), “parecería que, habiendo agotado el terrorismo como causa de las medidas excepcionales, la invención de una epidemia puede ofrecer el pretexto ideal para extenderlas más allá de todos los límites” (p. 19), para que “en la medida de lo posible las máquinas sustituyan todo contacto —todo contagio— entre los seres humanos” (p. 33).

Alan Badiou (2020), por su lado, si bien quisiera situarse a igual distancia de unos y otros (“Sea que claman por el evento fundador de una revolución increíble, que no vemos qué conexión tendría con el exterminio del virus, del cual, además, nuestros “revolucionarios” no tienen el mínimo medio nuevo. Sea que éstas se hundan en un pesimismo del fin del mundo” (p. 70)) no deja de tener pocas esperanzas en lo que el

virus puede: acaso darnos la posibilidad de seguir trabajando, pensando en nuevas figuras políticas, pero no mucho más. Y esto es así porque Badiou no deja de leer el crecimiento del Estado benefactor que vemos en muchos países por estas semanas como una estrategia más (y nada nueva) del Capital para vencer la "guerra" —contra el virus en este caso— y continuar, con la menor pausa posible, su acumulación incesante. Hay otro punto interesante que señala Badiou en su artículo y es la necesidad de volver a la Razón, a un pensamiento cartesiano contra cualquier otro tipo de pensamiento:

Parece que la prueba epidémica disuelve en todas partes la actividad intrínseca de la Razón, y que obliga a los sujetos a regresar a los tristes efectos (misticismo, fabulaciones, rezos, profecías y maldiciones) que en la Edad Media eran habituales cuando la peste barría los territorios. De repente, me siento obligado a reagrupar algunas ideas simples. Con mucho gusto diría: cartesianas (p. 70).

Recordemos que la Razón era invocada también por Han como antídoto contra algunos pensamientos irracionales que aparecen a partir del virus, así como Markus Gabriel (2020) reclamaba la necesidad de "concebir una Ilustración global totalmente nueva" (p. 132) contra la superstición y fe ciega en la técnica y la ciencia. Pareciera, así, que en situaciones extremas como

las que estamos viviendo algunos filósofos vuelven sobre viejos vocabularios y oposiciones como Razón versus profecías, Ilustración versus pensamiento mágico.

Escépticos esperanzados

Ahora bien, sea que se trate de intelectuales optimistas o pesimistas sobre el futuro de la sociedad o sobre lo que el virus puede, hay para ellos confianza, certezas, cálculos y lo que hay al final del camino es un horizonte por el que vendrá la revolución o el apocalipsis final (y en cualquier de los dos casos no deja ser una escatología, una teoría sobre el destino último). Es posible, sin embargo, rastrear una tercera posición: pensadores que no son catastróficos y a la vez descartaron de cuajo el optimismo y la esperanza plena propios de cierto progresismo positivista que, pese a las buenas intenciones, en definitiva, es deudor de un pensamiento teleológico, continuista de la historia, que anuda tecnología y razón a progreso, progreso a desarrollo y desarrollo a libertad. Muy por el contrario, estos teóricos a los que me quiero referir no tuvieron una esperanza plena sino algo que podríamos llamar "esperanza escéptica". O al revés: se trata de pensadores que fueron o son pesimistas pero confiaron en el pesimismo: tuvieron esperanzas en ese pesimismo. Porque para ellos ese pesimismo agujereado permite pensar algún tipo de liberación. Recordemos que Walter Benjamin (1988) pedía hacer de la "organización del pesimismo" la consigna del día:

Pesimismo en toda línea. Desconfianza en la suerte de la literatura, desconfianza en la suerte de la libertad, desconfianza en la suerte de la humanidad europea, pero sobre todo desconfianza, desconfianza (...) Y solo confianza ilimitada en la I.G. Farben y en el perfeccionamiento pacífico de las fuerzas aéreas (p. 59, 60).

La confianza ilimitada, podríamos decir, nos dejó en este lugar donde estamos hoy, de extrema desigualdad, neoliberalismo salvaje, colapso climático, patriarcado feroz. Se trata ahora de practicar algo bien distinto y encontrar en la esperanza escéptica (o pesimismo agujereado) y desde otra temporalidad la potencia para actuar. Walter Benjamin pero también Adorno, Scholem, Didi Huberman, Derrida son algunos de los teóricos que en el siglo XX trabajaron a partir de lo que podríamos llamar un mesianismo débil (una "débil fuerza mesiánica" decía Benjamin en las "Tesis de filosofía de la historia"), que funciona en sus textos como antídoto necesario tanto contra el absoluto derrotismo o mirada apocalíptica como contra las *grandes* ideas mesiánicas, contra los grandes relatos liberadores, contra todo proyecto teleológico afirmativo. No se trata de imaginar el gran horizonte triunfante del final, no hay nada teleológico o trascendente en estas posturas, sino que ahora, en cualquier momento, tal vez, sin muchas ilusiones, pueda suceder algo que *interrum-*

pa el curso de la historia. En esa línea, Didi-Huberman (2012) diferencia un mesianismo intermitente, fugaz, del gran mesianismo triunfal de salvación:

Así, pues, es muy diferente pensar en la escapatoria mesiánica como imagen (ante la cual no podremos por mucho tiempo hacernos ilusiones, porque desaparecerá pronto) o como horizonte (que llama a una creencia unilateral, orientada, sostenida por el pensamiento de un más allá permanente, aunque sea a la espera de su futuro siempre) (p. 67).

Pensar, entonces, en contra de los grandes horizontes afirmativos sobre los que se recuestan o hacia los que miran las teorías confiadas en el futuro progresivo, sea en su variante optimista o apocalíptica.

Rita Segato (2020) es una de las ensayistas que por estos días cuestiona a todos aquellos filósofos que hacen futurología y apuestas teleológicas tanto triunfantes como catastróficas y propone, en cambio, pensar el virus como un significante vacío —siguiendo a Laclau—, a partir del cual observar

la incerteza y el desconcierto en que [el virus] ha sumido a la humanidad. Esto es muy importante considerarlo pues nos lleva hacia la apertura de la historia, a su imprevisibilidad y a la

aceptación de los límites implacables impuestos a nuestra capacidad de controlarla, ordenarla. (...) Se ha mostrado una realidad que nos excede y supera todo voluntarismo (p. 79).

Si hay una confianza en Segato es en lo imprevisible, en las oportunidades incalculables que acontecimientos como la pandemia abre intempestivamente. Porque, agrega, “la única utopía que ha sobrevivido a los sucesivos fracasos “revolucionarios” en su intento de reorientar el camino de los pueblos es la absoluta imprevisibilidad del futuro” (p. 78). Si las certezas y los grandes horizontes nos defraudaron, este es el punto de partida, podríamos decir, descartando las ideas teleológicas, progresivas de la historia, para trabajar con otras temporalidades, con tiempos interrumpidos, quebrados, suspendidos, superpuestos. O en palabras de Franco “Bifo” Berardi (2020): “El virus es la condición de un *salto* mental que ninguna prédica política habría podido producir. La igualdad ha vuelto al centro de la escena. Imaginémosla como el punto de partida para el tiempo que vendrá.” (p. 54, subrayado mío). No es la línea evolutiva temporal sino el salto, la interrupción, el hiato, donde se encuentra la potencia.

Maristella Svampa (2020), por su lado, también trabaja con estos otros modos de concebir la temporalidad y afirma que “el *horizonte* civilizatorio no está cerrado, (...) todavía está en disputa” (p. 28, subrayado mío) porque

La pandemia del coronavirus y la inminencia del colapso abren a un proceso de liberación cognitiva, a través del cual no solo puede activarse la imaginación política tras la necesidad de la supervivencia y el cuidado de la vida, sino también la interseccionalidad entre nuevas y viejas luchas (sociales, étnicas, feministas y ecologistas), todo lo cual puede conducirnos hacia el *portal* de un pensamiento holístico, integral, transformador, hasta hoy negado. (p. 35, 36, subrayado mío).

Es más que interesante esta idea de “portal” hacia algo no conocido, no asegurado, que abre, fugazmente, una posibilidad. Por eso mismo, María Pía López (2020) puede arriesgar:

El productivismo que aconteció en muchos sectores alrededor de afianzar las lógicas del trabajo a distancia evidencia el temblor ante la revelación *potencial* de que lo que hacemos diariamente sea superfluo. Y si lo fuera, ¿qué vidas se *abrirían*?, ¿qué *posibilidades* para cada quien, para los núcleos familiares y las redes afectivas? (p. 71, subrayado mío).

Y lo que se *abre*, cuando el tiempo en su progresividad lineal se interrumpe, no es necesariamente el futuro triunfante, previsto, calculado sino, al modo de los me-

sianismos débiles, una efímera posibilidad (un *portal*, decía Svampa). Ahora bien, esa posibilidad, no se precipita solo de cara al futuro, mirando hacia adelante, con la voluntad de escribir la historia, dictar el futuro, prescribir recetas. Es necesario también y, sobre todo, la activación de saberes, archivos y memorias colectivas del pasado. Por eso López (2020) se pregunta “¿Qué recordamos cuando todo se interrumpe? ¿Qué memorias personales y sociales se nos hacen presentes? ¿Cuáles de ellas están allí, a disposición y a la espera, tensionando el presente desde lo transcurrido?” (p. 69).

Svampa (2020) insiste en el igual sentido: “Las crisis, no hay que olvidarlo, también generan procesos de «liberación cognitiva»” (p. 27) y en lugar de recurrir al “imaginario extractivista/desarrollista” actual, deberíamos trabajar con las “narrativas emancipatorias disponibles en América” (p. 34). A esto mismo apunta Gabriel Giorgi (2020) cuando relee hoy los activismos en torno al SIDA de la década del 80 y las enseñanzas que nos traen en relación al cuidado de los cuerpos y los lenguajes que transformaron la esfera pública.

Pero hay algo más: esos archivos ancestrales, esas memorias colectivas, esas narrativas emancipatorias disponibles, distan mucho, seguramente, de la Razón con mayúsculas que reclamaban Han o Badiou. Están ligados, en ocasiones, a los saberes locales, experienciales, comunitarios y, muchas veces, herejes. Resuenan en María

Galindo (2020) cuando rebusca sus “libros de medicina ancestral para producir una fricción respiratoria antiviral, como las que hacíamos cuando Mujeres Creando era una farmacia popular en una zona periférica de la ciudad, pienso en el absurdo” (p. 124). Y también en Silvia Federici (2018) cuando nos recuerda que “con la persecución de la curandera de pueblo, se expropió a las mujeres de un patrimonio de saber empírico en relación con las hierbas y los remedios curativos, que habían acumulado y transmitido” (p. 327), subrayando que el problema de la magia no era solo sus posibles peligros sino un modo de pensar colectivo, en comunión con la naturaleza, alternativo a la Ilustración. Así, a partir de

la racionalización del espacio y el tiempo que caracterizó la especulación filosófica de los siglos XVI y XVII, la profecía fue reemplazada por el *cálculo de probabilidades*, cuya ventaja desde el punto de vista capitalista es que el futuro puede ser anticipado solo en tanto se suponga la inmutabilidad del sistema (p. 231, 232).

Por lo tanto, la opción no es para estos pensadores ni el “nuevo Iluminismo” que reclama Markus Gabriel, ni los relatos bíblicos aleccionadores que aparecen por estos días, con sus relatos de plagas moralista y pedagógicas, como nos recuerda Segato.

Benjamin (2007) insistía en que salvación es mostrar la *discontinuidad* de la historia. Se trata, entonces, de trabajar con la transitoria apertura y los nuevos modos de vida y comunidades que puedan surgir. Esa “vida en común”, señala Mónica Cragolini (2020), demanda una responsabilidad social y no individual de lo que sucede. “Creo que “otro modo de ser” en relación con la tierra y la comunidad (de lo) viviente nos está reclamando hace tiempo” (p. 48). En todo caso, como propone María Galindo, se trata de la “autogestión social de la esperanza”. O podríamos decir: cómo hacer para no depositar, delegar, entregar por completo la esperanza (en un partido, en un Estado, en una persona, en un virus) sino articularla desde una comunidad, sin certezas, sin cálculos, pero sabiendo que la imaginación es política. Por eso, podemos decir que repensar nuestro principio de esperanza es un modo de repensar una ética del bien común.

Fuentes y referencias

- Agamben, Giorgio. (2020) "La invención de una epidemia", "Contagio" y "Reflexiones sobre la peste" en *Sopa de Wuhan*. Buenos Aires: ASPO.
- Badiou, Alain. (2020) "Sobre la situación epidémica" en *Sopa de Wuhan*. Buenos Aires: ASPO.
- Benjamin, Walter. (1998) "El surrealismo" en *Imaginación y sociedad. Iluminaciones I*, Madrid: Taurus.
- Benjamin, Walter. (2007) *Libro de los Pasajes*, Madrid: Akal.
- Berardi, Franco "Bifo". (2020) "Crónica de la psicodeflación" en *Sopa de Wuhan*. Buenos Aires: ASPO.
- Cragolini, Mónica B. (2020) "Ontología de guerra frente a la zoonosis" en *La fiebre*. Buenos Aires: ASPO.
- Didi Huberman, Georges. (2012) *Supervivencia de las luciérnagas*, Madrid: Abada.
- Federici, Silvia. (2018) *Calibán y la bruja*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Gabriel, Markus. (2020) "El virus, el sistema letal y algunas pistas..." en *Sopa de Wuhan*. Buenos Aires: ASPO.
- Galindo, María. (2020) "Desobediencia, por tu culpa voy a sobrevivir" en *Sopa de Wuhan*. Buenos Aires: ASPO.
- Giorgi, Gabriel. (2020) "Neoliberalismos, pandemias y las éticas del cuidado" en *Página/12*, 20 de marzo de 2020.
- Han, Byung-Chul. (2020) "La emergencia viral y el mundo de mañana" en *Sopa de Wuhan*. Buenos Aires: ASPO.
- Jameson, Fredric. (2003) "Future city" en *New left review*, N°21, mayo-junio.

- López, María Pía. (2020) "La vida en cuestión" en *La fiebre*. Buenos Aires: ASPO.
- Palti, Elías. (2005) *Verdades y saberes del marxismo*. Bs As: Siglo XXI.
- Segato, Rita. (2020) "Coronavirus: Todos somos mortales. Del significativo vacío a la naturaleza abierta de la historia" en *El futuro después del Covid-19*. Buenos Aires.
- Svampa, Maristella. (2020) "Reflexiones para un mundo post-coronavirus" en *La fiebre*. Buenos Aires: ASPO.
- Žižek, Slavoj. (2020) "El coronavirus es un golpe al capitalismo a lo Kill Bill..." en *Sopa de Wuhan*. Buenos Aires: ASPO.

[VOLVER
AL MENÚ](#)



Este libro se terminó de confeccionar
el día 17 de junio de 2020
en Tolosa, Ciudad de La Plata
Provincia de Buenos Aires
Argentina
Indoamérica





ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio) es una iniciativa editorial que se propone perdurar mientras se viva en cuarentena, es un punto de fuga creativo ante la infodemia, la paranoia y la distancia lasciva autoimpuesta como política de resguardo ante un peligro invisible.